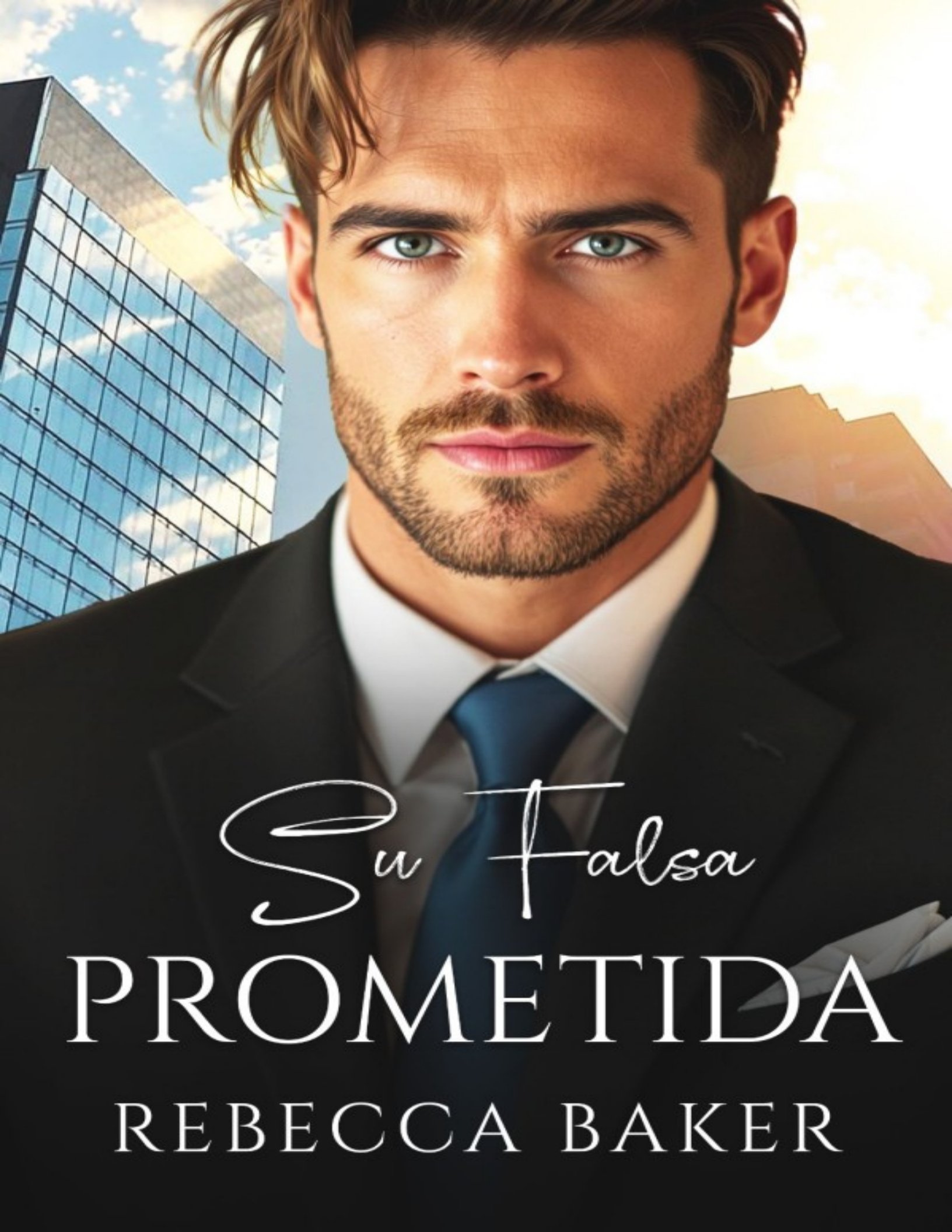

Su Falsa
PROMETIDA
REBECCA BAKER

Su Falsa Prometida

Deseo prohibido

Rebecca Baker

Indice

Descripción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Descripción

Solo debía ser mi salvador por una noche.
Hoy toda la ciudad conoce nuestro "compromiso" falso...
Él deja claro que no quiere nada de mí. Pero anoche fue todo menos falso.
¿Qué debo hacer ahora?

La organizadora de bodas Melody Rimes normalmente no se queda sin palabras. Hasta que en la reunión de su promoción se encuentra cara a cara con Ginny, su archienemiga, quien se burla a voz en grito de que precisamente Melody, la organizadora de bodas, no haya conseguido un hombre.

Ginny se vuelve cada vez más cruel y Melody quiere que se la trague la tierra, cuando de repente siente un brazo que la rodea por detrás y una voz ardiente le susurra dulces palabras al oído. A Ginny se le cae la mandíbula... porque el desconocido no solo es descaradamente atractivo, sino que además paga generosamente la ronda para todos.

Melody disfruta la velada y se siente más cómoda que nunca en presencia de su salvador. En realidad, no espera volver a verlo jamás. Pero al día siguiente lee en el periódico sobre su compromiso con un conocido empresario de la ciudad.

Melody quiere aclarar todo, pero su supuesto "prometido" Everett tiene planes completamente diferentes.

Capítulo 1

Melody

Cuatro y media de la madrugada.

Di una vuelta sobre mí misma y disfruté de la tranquilidad y el vacío a mi alrededor. Hace apenas media hora, la pista de baile donde ahora me encontraba había estado llena de gente. Personas riendo y celebrando se habían movido despreocupadamente al ritmo de la música, brindando alegremente entre ellas. Habían levantado sus copas una y otra vez por los novios, vitoreándolos repetidamente.

Tabitha & John

Los nombres de ambos estaban escritos en rosa y azul sobre la pancarta blanca que colgaba en la pared detrás de la pista de baile.

Rosa y azul. En secreto, negué con la cabeza. Podría ser apropiado para un bautizo, pero para una boda me parecía bastante infantil. Sin embargo, yo solo era la organizadora de bodas, encargada de hacer realidad los deseos de Tabitha y John. Por eso me pagaban. Y bastante bien. Aunque había hecho todo lo posible por convencerlos

de elegir otros colores, al final tuve que ceder a sus ideas. Suspiré. Si al menos hubieran sustituido el rosa por rojo. Al fin y al cabo, el rojo es el color del amor y la pasión. ¿Qué podría ser más adecuado para una celebración en la que dos personas se prometen amarse hasta el final de sus vidas? El rosa era más bien para el bautizo de su primer hijo, si resultaba ser niña. Aunque, desde luego, no se lo había dicho tan directamente a Tabitha y John.

Y precisamente por eso, ahora colgaba la pancarta con el texto en rosa y azul sobre la pista de baile.

Da igual, Melody. Fue una boda exitosa. Todos quedaron satisfechos, bailaron, rieron y bebieron. Ellos consiguieron lo que querían. Fue todo un éxito.

Aunque había vivido en Nueva York toda mi vida, solo hace poco me había establecido por mi cuenta como organizadora de bodas. Cada vez me llenaba de especial satisfacción poder hacer feliz a una pareja de novios. El brillo en sus ojos era mi mejor recompensa, aunque, por supuesto, no podía ni quería renunciar a mi dinero.

Poco a poco me invadió el cansancio. Había sido un día largo. Estaba en pie desde primera hora de la mañana organizando los últimos detalles. Naturalmente, lo había previsto todo con antelación, pero incluso durante el gran día siempre había suficiente trabajo. Siempre faltaba algún detalle o algo no salía según lo planeado. ¿Y a quién acudían entonces? Por supuesto, a mí. Para eso estaba.

Anteayer por la noche, Tabitha me había llamado con voz de pánico porque el sacerdote que iba a casarla con John se había puesto enfermo. Estaba en cama con un resfriado y no podía hablar. Todavía podía escuchar la voz horrorizada de Tabitha en mi oído. ¡El sacerdote era un amigo de la infancia de John, y por eso Tabitha quería que fuera él y nadie más quien celebrara su boda! Con

esfuerzo había calmado a Tabitha y luego organizado rápidamente un sustituto que había hecho muy bien su trabajo. Incluso la madre de Tabitha lo había elogiado. Hoy, una de las niñas de las flores había vaciado su cestita al pie de un árbol antes de la ceremonia, en el restaurante se había atascado un inodoro y el DJ había tenido problemas técnicos al comienzo de la fiesta.

Pero había encontrado solución para todos estos contratiempos. Aunque, en realidad, ocuparme de inodoros atascados no formaba parte de mis funciones.

Al final, tu trabajo es satisfacer a los novios, Melody. Pase lo que pase.

Crucé la pista de baile con pasos lentos. Ya era hora de que volviera a casa y durmiera unas horas. Al fin y al cabo, mañana tenía que estar de nuevo en mi oficina.

¿Mañana? No, ¡hoy!

Por la tarde tenía una cita con otra pareja cuya boda iba a organizar. Eran citas maravillosas, pero también agotadoras. Llegaba a conocer muy bien a las personas y sus deseos. Pero no era raro que la novia y el novio acabaran discutiendo en mi oficina porque tenían opiniones diferentes sobre cómo y dónde querían casarse, cuántos invitados debían ser invitados y cuánto debería costar la celebración.

Sin embargo, amaba mi trabajo y no me arrepentía ni un segundo de haberme establecido por mi cuenta como organizadora de bodas.

—¿Adónde crees que vas? —balbuceó una voz detrás de mí. Me giré asustada. Cuando vi quién me había llamado, solté el aire que había estado conteniendo. En la pista de baile había una Tabitha

visiblemente borracha que me señalaba acusadoramente con el dedo —. ¿No creerás que puedes largarte así sin más?

Hice un gesto conciliador. —La fiesta ha terminado, Tabitha. Todos los invitados ya se han ido a casa. Y tú y John vais a pasar la noche arriba en la suite nupcial. Seguro que él ya te está esperando. — Tabitha y John habían celebrado en un elegante hotel al borde de Central Park. La ceremonia en sí había tenido lugar en Central Park, concretamente en el Lady's Pavilion. El pabellón ornamental de hierro fundido se encontraba bajo los árboles y ofrecía una vista idílica de un lago. Además, estaba protegido de la lluvia. Pero hoy Nueva York se había mostrado en su mejor versión. Por suerte. Yo había aconsejado a Tabitha y John otro lugar, porque ahora, a principios de primavera, hacía demasiado frío para celebrar en el Lady's Pavilion. Pero también en esto Tabitha había ignorado mi consejo.

Siguiendo mi recomendación, Tabitha y John al menos habían decidido pasar la noche en este hotel. Sí, vivían cerca, pero ¿quién querría irse a casa después de su propia boda? Además, era bonito pasar la noche de bodas en un lugar especial. Yo, desde luego, desearía algo así para mi boda.

No sueñes, Melody. Nunca te vas a casar.

—¿John me está esperando? —La voz estridente de Tabitha me sacó de mis pensamientos. Y mejor así. Mi propia boda, que nunca existiría, no era realmente un tema con el que quisiera lidiar.

—Seguro que sí, Tabitha. Está arriba. —Me acerqué lentamente a Tabitha. Era mejor que la llevara de vuelta a su suite. Sola, en ese estado, seguramente no encontraría el camino. ¿Se acordaría mañana de su noche de bodas?

Probablemente no.

—¿Una mierda de noche de bodas después de una mierda de boda? —Tabitha soltó una risa irónica.

—Por favor, Tabitha. —Coloqué cuidadosamente mi mano sobre el antebrazo de Tabitha. Evidentemente, la novia había bebido mucho más alcohol del que yo creía—. La celebración fue todo un éxito.

—No nos mientas. —Una voz masculina me hizo girar. En la puerta de la cocina del hotel estaba John. Con esfuerzo se sujetaba al marco de la puerta. Al parecer, estaba tan borracho como Tabitha. ¿Y cómo había llegado a la cocina? Los invitados no deberían estar allí.

Fruncí el ceño. Una pareja de novios borrachos armando escándalo en el hotel era algo que nunca había tenido entre mis clientes. Debía llevarlos a la cama cuanto antes.

—Deberíamos subir ahora —intenté de nuevo, cogiendo suavemente la mano de Tabitha.

—¡No deberíamos hacer nada! —Tabitha apartó su mano de un tirón. Sus ojos brillaban de ira—. ¿Has arruinado nuestro día y ahora solo quieres deshacerte de nosotros? —La voz de Tabitha vacilaba ligeramente y apenas podía mantenerse en pie.

¿Arruinado el día? Repasé mentalmente toda la boda como si fuera una película.

—¡Los globos! —Tabitha levantó su dedo acusador.

—¿Qué pasó con ellos? —quise saber. Tabitha no se calmaría hasta que no soltara su ridícula queja.

Por favor.

Que lo hiciera.

—¡Eran rosas! —gritó John desde la puerta de la cocina. Intentó dar un paso hacia mí, pero se tambaleó tanto que tuvo que agarrarse de nuevo al marco de la puerta—. ¡Maldito rosa! ¡Como en un bautizo!

—Vosotros queríais globos rosas. Eso ya lo habíamos acordado. Globos que combinaran con la pancarta. —Señalé la inscripción en azul y rosa que destacaba visiblemente sobre la pista de baile—. Me ceñí exactamente a vuestras instrucciones.

—Globos rojos en forma de corazón —chilló Tabitha—. Eso es lo que vi la semana pasada en la televisión y se veía mucho mejor que nuestros globos rosas.

Estos dos ya me estaban sacando de quicio. Lo que más me apetecía era dejarlos plantados e ignorar sus absurdas quejas. Pero como organizadora de bodas no podía permitirme ese lujo. La satisfacción del cliente era mi máxima prioridad. Dependía de las opiniones positivas y las recomendaciones. Solo así podría seguir expandiendo mi negocio.

—Eso es cuestión de gustos, Tabitha. A cada uno le gusta algo diferente. Lo más importante es que tú y John ahora estáis casados. Hoy es el primer día de vuestra vida en común. —Le sonreí radiante a Tabitha. Me dolía la cara porque tenía que forzarme a levantar las comisuras de los labios y transmitir un ambiente positivo. Normalmente me resultaba fácil, pero ahora estaba cansada y quería

irme a casa. Y sobre todo, no quería escuchar más quejas sin sentido.

—Pagamos para que el maldito día fuera como nosotros queríamos. Con globos rojos. —Ese fue John.

—Exacto —lo apoyó Tabitha. De nuevo me apuntó con su dedo extendido—. Globos rojos. Eso es lo que queríamos. Y una tarta de boda dulce. No esa cosa seca que no sabía a nada.

Respiré hondo. —Fuimos juntas a la pastelería, Tabitha. Leanna Hall te mostró varias tartas de boda e incluso pudiste probarlas. Entregó exactamente la que tú elegiste. Y estaba realmente deliciosa. —Esta tarta de boda incluso me había gustado. En realidad, no me gustan esas cosas empalagosas. Me encantan las composiciones frescas y afrutadas, pero parece que en los últimos años han pasado de moda. Este año, las tartas pesadas con mucha crema de mantequilla volvían a estar en la mayoría de las mesas nupciales. Sin embargo, para mi alegría, Tabitha se había decidido por una tarta con pistachos y crema de frambuesa.

—Sí, A TI te gustó —respondió ahora Tabitha—. Solo la elegí porque tú estabas tan entusiasmada. Pensé que como organizadora de bodas sabrías lo que le gusta a la gente. Por eso me decidí por ella.

Me quedé sin palabras. ¿Tabitha seguía mis deseos y luego se quejaba porque algo no le gustaba?

—Has influenciado a mi mujer —bramó John desde la puerta de la cocina—. Te has centrado en las tartas de boda en lugar de ocuparte de un sistema de sonido decente.

—Pero eso no es cierto en absoluto —protesté ahora. Por mucho que el cliente siempre tuviera razón, esto no podía tolerarlo—. Tabitha, me pediste mi opinión sobre la tarta y te la di. Pero la decisión fue exclusivamente tuya. —Respiré profundamente—. Y en cuanto al sistema de sonido, el DJ había olvidado un cable. Después de que el jefe de recepción del hotel encontrara uno de repuesto, todo funcionó perfectamente. Durante toda la noche.

—Sí, pero el comienzo de nuestra fiesta fue un desastre. —John sacudió el puño—. La gente lo recordará para siempre. Seremos el hazmerreír de toda la ciudad, y todo porque fuimos tan estúpidos como para encargarte la organización de nuestra boda. No cometeremos ese error por segunda vez.

Me mordí la lengua y me tragué la respuesta de que Tabitha y John difícilmente se casarían por segunda vez. Y también me contuve de comentar que a la mayoría de la gente en Nueva York no le interesaba esta boda.

En su lugar, intenté calmar las aguas. —Hoy es vuestra noche de bodas —susurré, esforzándome por sonar tan amable y tranquilizadora como me era posible—. No querréis pasarla discutiendo, ¿verdad? Podemos reunirnos en mi oficina en los próximos días y hablar de todo con calma. Ahora deberíais disfrutar de vuestra suite nupcial.

John se echó a reír. —¿Suite nupcial? Es un buen nombre para ese trastero. Ni siquiera tenemos un jacuzzi privado.

—Pero tenéis una cama extra ancha. Y mañana os servirán el desayuno directamente en la habitación. ¿No es maravilloso? —Mi entusiasmo empezaba a tomar un cariz desesperado. ¿Es que no querían irse de una vez? Cuando durmieran la borrachera, seguro que todo se vería diferente.

—Sé que piensas que solo nos quejamos porque estamos borrachos —balbuceó Tabitha en ese momento.

—Exacto. Quieres deshacerte de nosotros —coincidió John.

—Pero no será tan fácil —continuó Tabitha—. Nos defenderemos. No volveremos a poner un pie en tu oficina. Y tampoco queremos hablar más contigo.

Esta perspectiva me llenó de alivio. Yo tampoco tenía ganas de seguir hablando con ellos.

—Nuestro abogado se pondrá en contacto contigo. —John volvió a sacudir su puño.

—¿Qué? —Todo esto se volvía cada vez más ridículo—. ¿Queréis contratar a un abogado? ¿Pero por qué?

Tabitha soltó una risita. —¿No creerás que vamos a pagarte por algo así? —Hizo un gesto con la mano que abarcaba la sala y que pretendía representar toda la boda.

—Pero... —Me había quedado sin habla.

—Haces lo que te da la gana en lugar de cumplir nuestros deseos ¿y encima quieres que te paguemos? —John hizo otro intento de acercarse a mí. De nuevo se agarró al marco de la puerta—. Esto es demasiado —balbuceó.

—No verás ni un céntimo —confirmó Tabitha con voz pastosa.

—Pero si he organizado todo, y además tal como lo queríais —respondí—. Podemos hablar de un descuento, como compensación por las cosas que no salieron del todo bien. Pero más no es posible.

No, más no era posible. En el contrato no decía que todo tuviera que salir perfecto y que yo debiera adivinar los deseos de los novios. ¿Cómo iba a saber qué tarta de boda quería Tabitha? ¿O que aunque insistían en globos rosas, en realidad querían rojos?

Resoplé.

Este asunto era simplemente ridículo.

—¡No nos tomas en serio! —gritó entonces John—. Pero espera a que lleve el asunto a la prensa. Y a que te deje algunas reseñas en Google y Facebook.

Miré a John horrorizada. De ninguna manera podía permitirme malas valoraciones. —Por favor, podemos... podemos hablar de todo.

—No queremos hablar más —rugió John—. Eso ya lo hemos dicho antes. Tendrás noticias de nuestro abogado. —Hizo un gesto con la cabeza hacia su esposa—. Vamos, Tabitha.

Tabitha se tambaleó hacia su marido. Contuve la respiración. ¿Llegaría hasta la puerta de la cocina sin caerse? Si se caía, posiblemente también me haría responsable de ello.

Lo consiguió.

Incluso logró girarse una última vez hacia mí. —Vete ya y déjanos en paz de una vez.

John arrastró a Tabitha hacia la cocina. No tenía ni idea de cómo pensaban llegar desde allí a la suite nupcial.

Pero eso ya no era mi problema.

Exhausta, cerré los ojos.

Abogado.

Malas valoraciones.

Esto era lo último que me faltaba.

Justo ahora que mi empresa finalmente iba bien, que recibía encargos y que mi vida volvía a estar más o menos encauzada.

Y todo por una tarta de boda y unos globos rosas.

Mi estómago se contrajo.

¿Y si los dos hablaban en serio?

Capítulo 2

Everett

Mi propio rostro me miraba fijamente desde la portada del periódico. No era una foto favorecedora. No me veía bien ni estaba sonriendo. Mis labios formaban una fina línea, mis cejas estaban fruncidas y mi nariz ligeramente arrugada. Lo que veía era un tipo arrogante y prepotente. Alguien a quien claramente le importaba un bledo la gente y con quien nadie querría tener nada que ver.

Bajo mi foto destacaba en letras grandes y gruesas el titular: *El jefe más despiadado de Nueva York*

Apreté la mandíbula. Mis dientes rechinaron sonoramente. Ese no era yo. No era así. Definitivamente no era así. Pero ahora todo Nueva York pensaría que lo era. La gente siempre cree lo que dicen los periódicos, especialmente si es algo malo sobre otras personas. Y si la persona descrita es más rica que el 99,9% de los neoyorquinos, entonces lo creen con más razón.

Yo era rico, dirigía mi propia empresa y acababa de tener que despedir a algunos de mis empleados.

La mujer que estaba a mi lado en la cola de la cafetería se dio la vuelta. Me observó detenidamente, luego dirigió su mirada al periódico que colgaba en la pared junto a nosotros, comprobó mi cara allí y volvió a mirarme. Me había reconocido. En su rostro se reflejaba el desprecio. Levantó su dedo y me señaló.

A pesar del aromático aroma de la cafetería, en ese momento perdí las ganas de tomar mi café favorito. Me di la vuelta sobre mis talones y me dirigí a la puerta.

—Admita que es usted —gritó una voz de mujer detrás de mí—. Debería darle vergüenza. Despedir a gente pobre solo para hacerse aún más rico. Les quita el trabajo a otras personas porque usted nunca tiene suficiente. ¡Pero si ya tiene más dinero del que necesita! ¿Es que no le da vergüenza?

No me volví. Rápidamente abrí la puerta de la cafetería. Sobre mí tintineó una campanilla anticuada. Y enseguida me encontré en la acera, respirando los gases del tráfico matutino de Nueva York en lugar del aroma a café. Era un cálido día de principios de primavera. El cielo sobre mí estaba azul claro y sin nubes, y en los árboles aparecían los primeros brotes. Pronto todo estaría en flor.

Pero hoy no tenía ojos para la belleza de la ciudad. Abrí apresuradamente la puerta de mi coche. Para colmo, justo hoy iba en mi Bentley Flying Spur. Este automóvil de lujo podía alcanzar velocidades de más de 300 km/h, convirtiéndolo en una de las berlinas de serie más rápidas del mundo. Aunque no podía aprovechar esto en la ciudad de Nueva York, siempre disfrutaba sentándome tras el volante de mi coche. Pero ahora arranqué el motor tan rápido como pude y salí del aparcamiento. No quería que la mujer de la cafetería tomara una foto y la vendiera a los periódicos. En mi mente ya veía el pie de foto: Ayer despide a empleados, hoy se marcha en su coche de lujo.

Maldita sea, yo no QUERÍA despedir a mis empleados. TUVE que despedirlos para salvar mi empresa y, con ella, los puestos de trabajo de los demás empleados que seguían contratados. Mi socio comercial, o mejor dicho, mi EX socio comercial Richie, había tomado algunas decisiones desastrosas que ahora yo tenía que solucionar.

Recordé cómo, hace unos meses, me había hablado maravillas de una gran oportunidad: podía conseguir a buen precio dos instalaciones en Pensilvania que se integrarían perfectamente en mi empresa de cosméticos. Respondió de manera convincente a mis preguntas sobre las condiciones locales y los artículos producidos allí. Cuando quise visitar ambas ubicaciones, Richie me disuadió. Yo ya tenía bastante que hacer. Él se encargaría. ¿Y por qué no? Richie había sido mi mano derecha durante 10 años. Yo estaba muy ocupado y por supuesto que él podría manejarlo. Ya se ocupaba de la mitad de mis instalaciones. Si no podía confiar en él, ¿en quién entonces?

En nadie.

Como resultó, no podía confiar en nadie. Y menos aún en Richie. Las dos ubicaciones resultaron ser ruinas que requerían grandes inversiones para actualizar las naves de producción a la última tecnología. El precio que Richie había pagado por estas fábricas jamás estuvo justificado.

Y como descubrí, Richie ni siquiera había pagado el precio declarado, sino que había desviado la mayor parte del dinero de nuestra caja directamente a su bolsillo. Despedí a Richie en el acto y exigí la devolución de mi dinero. Pero Richie ya había desaparecido, por supuesto con el dinero. Probablemente estaba disfrutando de la vida en alguna isla caribeña, gozando del sol, cócteles y algunas bellezas locales que lo mimaban a su antojo.

Yo, en cambio, estaba aquí en Nueva York teniendo que recoger los escombros que Richie había dejado atrás. Los perfumes fabricados en ambas fábricas eran totalmente poco rentables. Nadie compraba esa porquería. La producción costaba más de lo que se obtenía por las ventas. En resumen: las dos fábricas eran auténticas devoradoras de dinero y si continuaba operándolas, mi empresa acabaría en quiebra tarde o temprano.

No podía permitirlo. Al fin y al cabo, tenía la responsabilidad sobre los demás empleados en las otras veinte ubicaciones de *Rockwood Cosmetics*. Había que asegurar sus puestos de trabajo. Así que, con gran pesar, decidí cerrar las dos fábricas en Pensilvania y despedir a los empleados.

Naturalmente, ahora quedaba como un idiota ante la prensa. Yo era el villano que compraba dos empresas solo para cerrarlas y dejar a la gente en la calle.

Con los dientes apretados, giré hacia la entrada del aparcamiento subterráneo que se encontraba bajo la sede central de *Rockwood Cosmetics*.

Diez minutos después estaba de pie con expresión airada frente a mi escritorio. Normalmente disfrutaba cada día al entrar en mi oficina. La vista desde el piso más alto del rascacielos era impresionante en cualquier época del año. Aunque no había nacido ni crecido en Nueva York, me sentía como si lo hubiera hecho y nunca me cansaría del horizonte de esta ciudad. Ahora que tenía el privilegio de trabajar con vista directa al Empire State Building y al Chrysler Building, era como tener mi propio mirador privado.

Pero hoy no tenía ojos para la belleza de la ciudad que nunca duerme. Miraba fijamente el montón de periódicos que mi secretaria había dejado sobre mi escritorio de cristal de diseño. En la parte

superior estaba el periódico que ya había visto en la cafetería. Rápidamente extendí todos los periódicos sobre mi escritorio. Mi cara aparecía en cada maldita portada. Los titulares se parecían tanto como las imágenes. En todas partes yo era el villano.

—¡Maldita sea! —Agarré todos los periódicos y los tiré al suelo. Que la limpiadora se ocupara de esta basura.

Everett. No te queda más remedio que ocuparte tú mismo de esta basura.

Apreté los dientes y encendí mi ordenador. Rápidamente accedí a los sitios web de algunos periódicos diarios.

Lo mismo.

Everett Rockwood, el villano de Nueva York.

Me levanté de nuevo y abrí la puerta. —Que Jessica suba inmediatamente —ladré hacia fuera. Normalmente no hablaba en ese tono con mi secretaria Rosemary, pero hoy no podía evitarlo.

Esperaba no estar convirtiéndome realmente en el capullo que los periódicos retrataban. Aunque probablemente Rosemary olvidaría pronto mi comportamiento de hoy. Pasado mañana se iba de vacaciones y tendría que arreglármelas sin asistente durante las próximas semanas. Sin embargo, ese era el menor de mis problemas en este momento.

Me di la vuelta y miré pensativamente por la ventana. Nueva York parecía la de siempre, pero ahora en todos esos edificios entraban y salían personas que no pensaban nada bueno de mí.

—Everett —la voz de Jessica a mis espaldas me hizo girar—. Por lo que veo, ya estás perfectamente informado. —Jessica señaló los periódicos en el suelo.

—Probablemente no hay nadie en Nueva York que no esté informado —dije con sarcasmo—. Probablemente todos piensan que soy un capullo. —Respiré hondo. Ese no era mi único problema. Había otro más—. Y probablemente algunas personas estén reconsiderando si deberían seguir comprando productos de *Rockwood Cosmetics* en el futuro. —Esta perspectiva me preocupaba considerablemente. *Rockwood Cosmetics* funcionaba excelentemente. Éramos el mayor fabricante de cosméticos de todos los Estados Unidos y también exportábamos nuestros productos a otros países. Nuestras clientas adoraban nuestros productos. Yo cuidaba mucho la imagen de mi empresa.

Pero ahora todo mi trabajo estaba en peligro porque mi ex socio comercial me había estafado y me estaban culpando por el resultado de sus malos negocios.

—Necesitamos publicar urgentemente algo sobre las indemnizaciones y los programas que estamos creando para los empleados despedidos. —Tenía previsto ayudar a las personas a las que ya no podía ofrecer trabajo a encontrar un nuevo empleo. Si necesitaban formación adicional, la pagaría yo. Además, había contratado a un orientador laboral para ayudar con los currículos. Estos gastos me los podía permitir; eran una nimiedad en comparación con la cantidad que las dos empresas en ruinas consumirían cada mes.

—Eso no le interesa a nadie —rechazó Jessica con un gesto—. Con eso no vas a impresionar a nadie. Los periodistas probablemente ya lo saben y simplemente han decidido no publicarlo.

La miré indignado. —¿Qué quieres decir con que lo saben y no lo han publicado? ¡Los periódicos están obligados a informar sobre la verdad!

Jessica se rio. —Everett, no seas tan ingenuo. Por supuesto que están obligados a informar sobre la verdad. Y lo han hecho. Solo que no toda la verdad. Los periodistas son creadores de opinión. Escriben lo que es verdad Y a la vez escriben aquello que saben que será bien recibido por la gente. Tienen que vender sus periódicos, igual que *Rockwood Cosmetics* tiene que vender sus productos. — Jessica se dejó caer en el sillón de la pequeña mesa de reuniones que estaba en la esquina frente a mi escritorio de cristal de diseño, y me miró expectante—. Necesitamos un enfoque diferente.

Me planté con las piernas separadas frente a Jessica. —¿Qué quieres decir con eso? No podemos mantener estas empresas. Eso está totalmente fuera de discusión. Si me dejo presionar por los periódicos y retiro los despidos, entonces en un año tú ya no tendrás trabajo. No puedo mantener las empresas. Y de todas formas, no voy a permitir que la prensa me dicte mis decisiones.

Jessica asintió. —No estoy hablando de eso, Everett. Soy tu responsable de relaciones públicas. No es mi trabajo hacer política empresarial o interferir en tus decisiones. Pero sí es definitivamente mi trabajo venderte a ti y a *Rockwood Cosmetics* de la mejor manera posible. O mejor dicho: presentaros.

Esperé. No tenía ni idea de a dónde quería llegar exactamente Jessica.

—Tienes que hacer algo positivo. Algo que interese a los periódicos. Algo sobre lo que se abalancen como buitres. —Jessica me asintió.

—¿Y qué debería ser eso? ¿Acaso el programa para los empleados no es algo positivo? —Sacudí la cabeza irritado. Estaba haciendo suficiente. Estaba haciendo más de lo que cualquier otro en mi posición haría. Pero los periódicos no lo veían. Y era el trabajo de Jessica enseñárselo.

—Me he tomado la libertad de preguntar a Rosemary por tus citas de hoy. No tenías ninguna. Ahora sí. —Jessica me sonrió. No parecía intimidada en absoluto, aunque todavía estaba de pie frente a ella mirándola desde arriba—. Más tarde entregarás personalmente un cheque de donación en el refugio de animales. —Jessica hizo un gesto de desestimación—. Lo sé, lo sé, donamos al refugio de animales cada año y eso no es nada nuevo. Bueno, este año lo haremos de manera un poco diferente. Entregarás el cheque personalmente y de paso acariciarás algunos gatos.

—¿Y qué tiene eso de noticioso? La gente no va a conseguir trabajo porque yo acaricie algunos gatos. —Miré a Jessica irritado.

—No, pero los reporteros conseguirán algunas buenas fotos. Y créeme, eso sí lo publicarán. —Jessica asintió enfáticamente. Luego continuó—. Y mañana por la noche asistirás a una cena benéfica en el Hotel Regency donde también entregarás una donación. La cena es a beneficio de un hogar para niños con discapacidad. Lo sé, lo sé, normalmente también donamos allí, pero sin que tengas que ir a la cena. Esto también funcionará un poco diferente ahora.

—¿Y quién me dice que esto no se volverá en nuestra contra? —quise saber, cruzándome de brazos. No tenía la más mínima gana de pasar mi tiempo en el refugio de animales y en una cena benéfica. Donar, sí, por supuesto. *Rockwood Cosmetics* lo hacía todos los años de todas formas. Yo ganaba buen dinero y me gustaba compartir mi riqueza con otros. Pero quería pasar mi tiempo como yo quisiera.

—¿A qué te refieres? —La pregunta de Jessica me sacó de mis pensamientos.

—¿Y si mañana los periódicos dicen 'Everett Rockwood intenta comprar una buena imagen con dinero'? Eso es exactamente lo que estamos haciendo. —Miré fijamente a Jessica—. Los reporteros tampoco son tan tontos.

—Por supuesto que no son tontos —respondió Jessica—. Tienen que vender periódicos, Everett. VENDER. Y los gatos y los niños venden bien. ASÍ piensan los reporteros. No de otra manera.

—Si solo se trata de los gatos y los niños, entonces alguien más podría entregar las donaciones —refunfuñé—. De verdad que no tengo tiempo y aquí hay suficientes empleados fotogénicos. En realidad, había planeado tomarme la tarde libre y ocuparme de mi Harley. Ya era hora de hacerlo.

—Te corresponde a ti decidir qué es más urgente —dijo Jessica—. Pero no puedes enviar a otra persona. En las portadas está TU cara. No la de algún empleado que también sea guapo. —Señaló hacia los periódicos que había tirado al suelo antes.

Miré hacia el montón. —Está bien —refunfuñé—. Si es bueno para nosotros, entonces supongo que no me queda otra opción.

—Ponte otro par de calcetines antes —ordenó Jessica—. Llevas un calcetín verde y otro azul claro. Sé que te gustan los calcetines de colores. Pero ante la prensa debes parecer ordenado. Especialmente en la cena benéfica. Ahora no podemos permitirnos ningún error. —Con estas palabras, Jessica se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Dejaré toda la información con Rosemary.

La puerta se cerró.

¿En qué lío me había metido el maldito Richie?

Capítulo 3

Melody

—¡Queremos rescindir el contrato! —El hombre corpulento golpeó la pared con su mano. Acababa de recibirle a él y a su futura esposa y les había conducido a la pequeña sala que utilizaba para las reuniones con las parejas. La habitación estaba decorada en un cálido tono amarillo, con cortinas a juego en un acogedor amarillo claro. En lugar de impersonales sillas de reunión, había sillones de mimbre con cómodos cojines alrededor de una mesa baja. En las esquinas había plantas altas y las paredes estaban adornadas con fotografías de parejas de novios que se sonreían felizmente. En una pared había una estantería donde guardaba algunos libros ilustrados y material que mostraba a las parejas que no podían decidirse por un lugar o que no sabían lo que querían. Esto ocurría con más frecuencia de lo que uno podría pensar.

Era una habitación que invitaba a sentirse cómodo y a quedarse. De ninguna manera quería que mis parejas planearan su boda en la atmósfera impersonal de una sala de reuniones normal. Esto no era un bufete de abogados ni una asesoría fiscal. Yo estaba ahí para acompañar a las personas en uno de los días más importantes de su

vida y asegurarme de que también fuera uno de los días más hermosos.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté, examinando al hombre visiblemente alterado. Connor, así se llamaba. Su futura esposa, Clare, permanecía en silencio, sin decir palabra. ¿Se habrían peleado? Aunque no parecía ser el caso. De ser así, difícilmente habrían venido juntos. Hasta ahora, solo una de "mis" parejas había cancelado su boda. No lo habían hecho juntos. Yo había recibido un correo electrónico de la novia —o mejor dicho, ex novia— con pocas palabras llenas de dolor.

—¡Queremos rescindir el contrato! ¡Eso es lo que ha ocurrido! —El visiblemente alterado Connor caminaba a grandes zancadas de un lado a otro de la sala de conferencias.

—Exacto —intervino ahora Clare con voz estridente—. ¡No queremos que USTED planifique nuestra boda!

¿USTED?

¿Había un problema conmigo?

¡Quería saber más detalles!

Respiré hondo. —¿Por qué no lo desean?

Connor resopló. —¿Tenemos que justificarlo?

—Por supuesto que no —respondí.

—Pues eso —dijo Connor, en un tono que dejaba claro que ese "pues eso" no era el comienzo de un largo discurso, sino una palabra final.

Tenía que intentarlo de otra manera. —Realmente lamento que cancelen la boda. Ustedes son una pareja maravillosa. Eso fue lo que pensé la primera vez que les vi. ¿No hay alguna manera en que puedan reconciliarse?

—No hemos cancelado la boda —chilló Clare antes de que Connor pudiera decir algo—. Solo no queremos que USTED la planifique, después de todo lo que Tabitha y John nos han contado.

Tabitha y John.

La pareja de anoche. Cerré los ojos y de repente me invadió un profundo cansancio. Ayer había llegado tarde a casa —o mejor dicho, esta mañana temprano— y había dormido a fondo. Hace poco más de una hora había llegado a la oficina, todavía algo adormilada, y me había ocupado del papeleo que inevitablemente se acumula en cualquier empresa, sin importar su tamaño.

En realidad, me había considerado lo suficientemente descansada para mantener esta conversación, pero ahora preferiría haberme metido de nuevo en la cama. O haber retrocedido en el tiempo y haberle dicho a Tabitha y John que pidieran ellos mismos sus malditos globos. Así no se quejarían conmigo sobre el color o la forma.

Apreté los dientes. De ninguna manera quería dejar ver mi enfado. —Solo fueron algunos malentendidos, que ocurren de vez en cuando —dije tranquilizadoramente—. Estoy segura de que si Tabitha, John y yo mantenemos una conversación aclaratoria, todo se resolverá satisfactoriamente. —Pensé brevemente en la noche anterior.

Consideraba extremadamente improbable que Tabitha y John quisieran hablar conmigo de nuevo. Pero Clare y Connor no necesitaban saberlo.

—¿Qué se va a resolver satisfactoriamente? —Connor finalmente interrumpió su ir y venir nervioso y se detuvo frente a mí. Me miró amenazadoramente—. Tabitha y John son nuestros amigos. En realidad, nosotros también habríamos estado allí ayer, pero no pudimos ir porque era el 70º cumpleaños de la madre de Clare. Pero hace un momento lo hemos escuchado todo de primera mano. La boda de ellos fue un desastre.

Un desastre.

¿Por unos globos?

¿Globos?

La situación era extremadamente tensa, pero en ese momento una parte de mí quería estallar en una carcajada incontrolable.

Es la falta de sueño, Melody. Has trabajado demasiado en los últimos días y necesitas relajarte un poco. Esto no es divertido.

No era nada divertido.

Si Tabitha y John iban en serio y ahuyentaban a mis clientes, entonces yo tenía un problema. Un problema serio.

Sin clientes, en unas semanas me quedaría sin trabajo.

Sin trabajo significaba sin dinero.

Y sin dinero significaba...

Prefería no imaginarme lo que eso significaba.

No necesitaba imaginármelo.

O mejor dicho: no quería imaginármelo.

—Yo no lo llamaría un desastre —respondí ahora al argumento de Connor—. Es cierto que algunas cosas no salieron de manera óptima, pero eso no significa que todo el día fuera un desastre. Y nosotros tres podemos prestar especial atención a esos detalles para evitar que algo así ocurra en vuestra boda. —Mi voz sonaba conciliadora. No había cometido ningún error con Tabitha y John, pero era mejor no decirlo abiertamente y poner buena cara al mal tiempo.

Connor negó con la cabeza.

—No queremos correr ningún riesgo —chilló Clare—. Queremos que nuestro día sea perfecto. Absolutamente perfecto. Tal como lo deseamos. ¿Para qué gastamos tanto dinero si no? —Clare se encogió de hombros.

—Pero podemos hacer que el día sea perfecto. —Poco a poco, la desesperación empezaba a apoderarse de mí. ¿Por qué eran tan tercos? No querían entablar ninguna conversación ni darme una oportunidad.

—¿No ha oído? —Las cejas de Connor se fruncieron amenazadoramente—. No queremos correr ningún riesgo. Y por eso vamos a rescindir ese maldito contrato. ¡Queremos que nos devuelva

la señal! —Connor cerró su mano derecha en un puño y la golpeó contra la palma abierta de su mano izquierda.

El ambiente en mi acogedora sala de reuniones era cualquier cosa menos acogedor.

—Si no tenemos el dinero en la cuenta mañana, contactaremos con un abogado. —Connor agarró el brazo de Clare—. Vamos, cariño, vámonos. Ya hemos perdido suficiente tiempo aquí.

Clare me lanzó una mirada venenosa. Ambos desaparecieron sin decir una palabra más.

Me habría gustado dejarme caer en uno de los cómodos sillones de mimbre, cerrar los ojos y convencerme de que nada de esto había sucedido.

No sirve de nada, Melody. No lamentes la pérdida de estos dos. Solo eran clientes. Concéntrate mejor en el futuro. Hay otros clientes con los que te llevarás mejor.

Salí de la sala de reuniones, cerré la puerta suavemente y me dirigí a la pequeña oficina donde estaba mi ordenador.

Pulsé la barra espaciadora. La pantalla cobró vida. En la barra de tareas parpadeaba el icono que me indicaba un nuevo correo electrónico.

¿Quizás una nueva pareja interesada?

Hice clic en el programa de correo.

Unos segundos después, tragué saliva.

Una cancelación.

Más exactamente, dos cancelaciones.

Dos parejas que habían reservado una primera cita de presentación para mañana y para la semana que viene, acababan de cancelarla. Independientemente una de la otra, pero casi al mismo tiempo.

¿Era una coincidencia?

Miré fijamente la pantalla, como si pudiera encontrar allí la respuesta.

No podía.

Pero Connor, Clare y probablemente también estas dos parejas habrían asegurado mis ingresos en las próximas semanas y meses. Al firmar el contrato se exigía una señal, el dinero que Connor y Clare querían recuperar ahora.

Con eso podría haber vivido un tiempo.

Cerré los ojos.

Una hora después, dejé que la puerta del apartamento se cerrara tras de mí.

—¿Ya de vuelta? —La alegre voz de mi compañera de piso, Darleen, sonaba desde la cocina—. Pensaba que tenías una larga reunión.

—Se ha cancelado. —Cuando colgué mi chaqueta de primavera en el perchero, me sentí de repente exhausta y deprimida. ¿Quizás no había sido tan buena idea establecerme como organizadora de bodas por mi cuenta? Quizás debería haber aceptado un trabajo en alguna oficina. Me divertiría menos, pero al menos tendría unos ingresos seguros.

—¿Qué pasa? —Darleen asomó la cabeza por la puerta de la cocina —. No suenas nada bien. ¿Ha ocurrido algo?

—Ay... —Hice un gesto de desdén. Lo que más me apetecía era olvidar todo el asunto. Si no hablaba de lo que acababa de pasar, entonces no había pasado. ¿O sí?

—¡Suéltalo ya! —Darleen puso los brazos en jarras. En su mano derecha sostenía una cuchara de cocina. En circunstancias normales, me habría reído de la imagen que mi compañera de piso estaba ofreciendo. Pero hoy no tenía ganas de reír.

—Bueno... los dos han rescindido el contrato. —Di un paso adelante y quise pasar junto a Darleen hacia mi habitación.

Pero mi compañera de piso me agarró del brazo y me arrastró a nuestra cocina. —¡Vamos, habla ya! —exigió.

Y entonces todo salió de mí. Connor, Clare y la rescisión del contrato. Las dos cancelaciones. Mis dudas. Mis miedos. Los miedos que llevaba dentro de mí cada día y que nunca compartía con nadie. ¿Y si mi decisión de trabajar por mi cuenta había sido errónea? ¿Y si estos incidentes significaban el fin de mi sueño? ¿El fin de mi libertad conseguida con tanto esfuerzo?

—¡Le estás dando demasiadas vueltas! —La enérgica voz de Darleen me devolvió al presente. Mi compañera de piso me empujó hacia una silla y me miró fijamente a los ojos—. Estas cosas pasan, Melody. Todos los empresarios lo saben. A veces se sube y a veces se baja. Dos pasos adelante y uno atrás. ¿Y al final? Sigues habiendo progresado y dado un paso adelante. Las dos cancelaciones no tienen por qué tener nada que ver con toda esta historia. Eso es solo tu interpretación.

Desanimada, me encogí de hombros. —Puede ser. Pero en este momento no se siente como dos pasos adelante y uno atrás. Se siente más bien como una caída libre. Pero sin paracaídas. —Apoyé los codos en la mesa y puse la cabeza entre las manos—. De verdad, Darleen. Los de ayer... quieren llamar a un abogado o algo así. Los de hoy también, si no devuelvo el dinero. Y los otros... —No terminé mi frase. Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi labio inferior empezó a temblar.

—Ay, Melody. —Darleen se puso a mi lado y me dio palmaditas en los hombros—. Ahora te voy a preparar un café. Entonces todo parecerá distinto. No debes ser tan pesimista. Los de ayer probablemente solo estaban borrachos. Cuando se les pase la borrachera, volverán a ser razonables.

—¿Qué quieres decir con que se les pase la borrachera? Si ya han podido llamar a sus amigos y hablar mal de mí. —Sorbí por la nariz y cogí la caja de pañuelos que estaba sobre la mesa de la cocina.

Darleen fue a la cafetera y echó café molido. —Seguro que todavía tienen alcohol residual en la sangre. Cuando lo metabolicen, probablemente vendrán a ti arrastrándose y se disculparán.

Me parecía bastante improbable. Pero no contradije a Darleen.

Darleen echó agua en la máquina y la encendió. Se rio. —O quizás descubrieron demasiado tarde que no encajan y que preferirían no haberse casado. Pero ahora es demasiado tarde. Los divorcios son caros, así que ahora intentan ahorrar dinero en otros sitios. — Darleen se volvió hacia mí y sonrió.

Su buen humor era contagioso. Al menos pude esbozar una sonrisa cansada.

—Deberías olvidarte de ellos y no dejar que te amarguen. Concéntrate mejor en ti y en tu futuro. Últimamente solo has trabajado. Mejor haz algo diferente. ¡Algo solo para ti!

La cafetera borboteaba, resoplaba y pitaba detrás de Darleen.

Darleen tenía razón. Ya sabía desde hacía tiempo que trabajaba demasiado y que estaba demasiado centrada en mi éxito. —Tengo una cita después. En el refugio de animales. Quiero empezar allí como voluntaria y voy a ver cómo es todo. —La idea de algunos gatos adorables, perros que necesitaban mi apoyo y otros animales que seguramente me esperaban allí, me animó. Siempre he amado a los animales. Desafortunadamente, nunca me permitieron tener una mascota cuando era niña, y más tarde tampoco tuve la oportunidad.

—¡Refugio de animales! —Resoplando, Darleen colocó una taza de café sobre la mesa y me la acercó—. Deberías apuntarte a una web de citas.

Citas.

Con esa palabra, se formó un nudo desagradable en mi estómago. En cuanto pensaba en una relación, volvía el recuerdo de mi ex.

—Todavía no estoy preparada para eso —respondí y tomé un sorbo de café. La caliente bebida despertó inmediatamente mis espíritus vitales.

—Nunca se está preparado. Estar preparado no existe. Todas las personas buscan ese sentimiento, pero nadie lo ha encontrado jamás —dijo Darleen con aire de suficiencia—. Los animales están muy bien y no estoy diciendo que no debas ayudar en el refugio. Debes hacerlo. Pero no es un sustituto de lo que REALMENTE necesitas. —Darleen se sentó frente a mí en la mesa con una taza de café y golpeó dos veces la superficie de madera con el mango de su cuchara.

—Simplemente estoy contenta de que mi vida funcione más o menos bien. —No quise decir más. No quería hablar en absoluto de este tema desagradable—. No necesito un hombre.

Me levanté.

—Ahora tengo que prepararme. Gracias por el café.

Salí rápidamente de la cocina.

No quería de ninguna manera que Darleen profundizara más en este tema.

De hombres ya había tenido suficiente de una vez por todas.

Capítulo 4

Everett

—Nos alegra mucho que esté hoy aquí, Sr. Rockwood. —El hombre pequeño y regordete me saludó frente a la puerta del edificio bajo de una planta. *Animal Shelter of NYC* se leía en letras verde claro sobre el cartel blanco encima de la puerta. Así que era aquí donde los gatos y perros abandonados, los conejos y conejillos de indias que nadie quería ya, encontraban un nuevo hogar. Negué con la cabeza. ¿Cómo podía alguien conseguir un animal y luego simplemente dejar de quererlo? Los animales son seres vivos y quien decide darles un hogar, adquiere un compromiso con ellos. No se les abandona o se les deja en cualquier sitio simplemente porque la situación se vuelve demasiado difícil, porque el animal no se comporta como se esperaba o porque surgen otras prioridades.

Volví a negar con la cabeza. No podía entender ese comportamiento. No era casualidad que *Rockwood Cosmetics* hubiera realizado cada año una generosa donación al *Animal Shelter of NYC*. El gran cheque que ahora me ponían en las manos no era, en principio, nada nuevo.

Lo que sí era nuevo eran los reporteros y fotógrafos que esperaban frente al refugio de animales y se peleaban por conseguir la mejor

posición para sus cámaras y micrófonos. Hasta ahora, siempre había transferido mi donación sin anunciarlo a la prensa. Hacía el bien y no tenía que demostrar nada a nadie. Así de sencillo.

—Me alegro también de estar aquí —respondí, aunque no del todo sinceramente. Sin todo este alboroto a mi alrededor me habría sentido considerablemente más cómodo. Pero Jessica me había dejado claro una vez más lo que debía hacer por el bien de mi empresa. Y eso significaba que ahora tenía que enfrentarme a las preguntas y al bombardeo de flashes.

—He oído hablar mucho de usted —dijo el hombrecillo regordete con mejillas de hámster a mi lado—. Solo llevo aquí medio año. Mi predecesor, el Sr. Greer, hablaba maravillas de usted. Aunque no mencionó nada sobre la prensa. Pero agradecemos cualquier publicidad. Cuanto más aparezcamos en los medios, más personas quizás se decidan a adoptar a uno de nuestros protegidos y darles un nuevo hogar. —El hombrecillo regordete irradiaba felicidad. Estaba seguro de que se había presentado hace un momento, pero por más que lo intentaba, no podía recordar su nombre.

¿Sr. Morris? ¿Se llamaba así?

—Vamos allá. —El Sr. Morris, o como quiera que se llamase, se colocó en posición. Se situó a mi lado, tomó un extremo del cheque desproporcionado que Jessica había conseguido organizar rápidamente y esbozó una radiante sonrisa.

No me quedó más remedio que hacer lo mismo. Sonreí tan ampliamente que casi me dolían las mejillas.

Amaba mi trabajo como CEO. De verdad. No habría querido hacer otra cosa en el mundo. Y me encantaba la posibilidad de donar

dinero a organizaciones de mi elección. Sin embargo, habría preferido mil veces hacerlo sin todo este circo mediático.

Las cámaras hacían clic.

Un reportero me puso un micrófono bajo la nariz. —*Rockwood Cosmetics* dona este año al refugio de animales.

—No solo este año. Donamos una suma considerable cada año —contesté.

El director del refugio —¿Sr. Morris?— asintió confirmando.

—Ajá. Pero este año ha decidido invitar a la prensa para la entrega de la donación. ¿Tiene eso casualmente algo que ver con los artículos que han aparecido hoy sobre usted en los periódicos?

Me retorcí interiormente. Jessica no me había preparado para esta pregunta.

Inesperadamente, el Sr. Morris me sacó del apuro. —El *Animal Shelter of NYC* lleva años pidiendo al Sr. Rockwood que haga la entrega de la donación de manera un poco... bueno, digamos, un poco más mediática. Nos alegramos de cualquier atención que recibamos. Nosotros y los animales que acogemos dependemos de donaciones y de personas que se preocupen por ellos y quizás incluso les den un nuevo hogar. Así que estamos muy contentos de que el Sr. Rockwood haya decidido finalmente darnos algo de publicidad. —El Sr. Morris sonrió a los reporteros como si fuera Pascua, Acción de Gracias y Navidad juntos.

Asentí con énfasis. —Que la cita de hoy coincida con la publicación de los artículos sobre el cierre de mis fábricas es, naturalmente, una

desafortunada coincidencia. La atención debería centrarse únicamente en el refugio de animales. —Eso era solo medio mentira. Estaba aquí porque Jessica quería prensa positiva para *Rockwood Cosmetics*. Pero ciertamente opinaba que los periódicos deberían escribir más sobre el refugio y sus residentes que sobre mí.

—En cuanto a las fábricas, Sr. Rockwood: seguramente algunas personas dirán que la generosa suma que acaba de donar al refugio de animales podría invertirla igualmente en Pensilvania. Así la gente de allí mantendría sus puestos de trabajo. ¿Qué dice a eso? —Una pequeña reportera con pelo corto y un piercing sobre el labio superior me tendió un micrófono.

Me aclaré la garganta para ganar algo de tiempo para mi respuesta. —Ciertamente tiene razón. Pero esta suma habría salvado los puestos de trabajo en Pensilvania durante un mes como máximo. No más. —Negué con la cabeza para subrayar mi afirmación—. Ninguna empresa del mundo puede permitirse mantener ubicaciones que no son rentables. Eso pone en peligro, en última instancia, los puestos de trabajo de TODOS los empleados. —Ahora asentí con énfasis.

—¿Y por qué compró entonces esas empresas en Pensilvania? —La pequeña reportera con el piercing y el pelo corto hacía bien su trabajo. No se rendía sin más, sino que insistía.

Apreté brevemente los dientes. —Mi socio comercial fue el responsable de esa decisión. Sin embargo, hace algún tiempo que ya no trabaja para *Rockwood Cosmetics*. —No quería decir más sobre este asunto, así que añadí—: Como saben, hemos creado programas generosos para los empleados que desafortunadamente ya no pueden trabajar para nosotros. *Rockwood Cosmetics* ofrece apoyo en formación continua y solicitudes de empleo. Haremos todo lo posible para que las personas a las que ya no podemos dar trabajo encuentren buenas oportunidades en otros lugares.

Al pronunciar estas palabras, me di cuenta de la ironía de la situación. Lo que valía para las personas en mis empresas, también valía para los animales aquí en el *Animal Shelter of NYC*. Esperaba que los reporteros no llegaran a la misma conclusión. ¿O debería esperar precisamente eso? En ese momento ya no estaba seguro de qué era bueno o malo. O mejor dicho: ya no estaba seguro de qué era bueno o malo para la prensa.

No importa, Everett. Al final solo cuenta lo que es bueno o malo para TI. Lo que piensen los demás es importante. Pero no tan importante como lo que piensas tú mismo.

—Estaremos encantados de guiarles por nuestras instalaciones —intervino entonces el Sr. Morris a mi lado.

Entre los reporteros presentes se produjo cierto revuelo. La mayoría guardó sus micrófonos y cámaras y se pusieron en marcha hacia su siguiente cita. Pero un puñado de periodistas aceptó la invitación del Sr. Morris. Entre ellos estaba también la pequeña reportera del pelo corto y el piercing.

Entramos en el edificio de una planta y pasamos por recepción y las oficinas de administración. El Sr. Morris giró a la derecha. —En esta ala del edificio están alojados nuestros mininos. —El Sr. Morris soltó una risita.

¿Había dicho realmente mininos? ¿O había oído mal? Por supuesto que a veces se llamaba así a los gatos. ¿Pero delante de la prensa? Miré con cautela a la pequeña reportera del pelo corto. ¿Aprovecharía la oportunidad para hacer un escándalo con ese comentario del Sr. Morris y acusarle de hacer comentarios sexistas?

La reportera permaneció callada. Mi respeto por ella aumentó un poco. Evidentemente sabía distinguir entre ataques personales y

comentarios torpes. No podía decir que me gustasen sus preguntas, pero parecía hacer bien su trabajo.

Doblamos una esquina.

Me detuve bruscamente. Casi choco con una mujer que estaba allí de pie acariciando a un joven gato atigrado de color rojo y blanco en su brazo.

—Miau —maulló el gatito con miedo al notar la horda de personas que de repente se encontraba frente a él.

—Schhhh... Todo está bien —susurró la joven mujer y acercó al gato a su mejilla. Suavemente presionó el pequeño cuerpo contra su cara. El gato tembló un momento y luego se calmó. A mi lado, las cámaras hacían clic.

Naturalmente, ESE era un motivo como los que amaba la prensa.

¿Cómo había dicho Jessica? Gatos y niños.

La mujer volvió a bajar al gato a la curva de su brazo y le acarició con cariño el pelaje entre las orejas.

—Miau. —Esta vez el gato sonaba complacido.

Mis ojos se desplazaron hacia el rostro de la mujer que sostenía al gato y lo proveía de caricias tan generosas. Un rostro en forma de corazón, de facciones regulares. Cabello rubio recogido. ¿Qué largo tendría cuando estuviera suelto? Seguí observando a la mujer. La ceja derecha estaba dividida en el centro por una cicatriz claramente visible. Esta pequeña irregularidad hacía que el rostro de la mujer

resultara aún más interesante. ¿Qué le habría pasado? ¿Cómo se habría hecho esa cicatriz?

Sentí el impulso imposible de quitarle el gato a la mujer, acariciarlo con el mismo cariño, sonreír a la mujer y preguntarle por su cicatriz.

¿Estás loco, Everett? ¿Qué crees que saldrá mañana en la prensa? Ya puedes imaginar el titular: "Empresario utiliza donación al refugio de animales para ligar".

Así o de forma similar aparecería garantizado en los periódicos, junto a una foto adecuada. Miré con cautela a la pequeña reportera con el piercing y el pelo corto. ¿Habría notado cómo observaba a la mujer con el gato? Pero la reportera estaba ocupada dictando algo en su móvil. Probablemente el borrador para el artículo que aparecería mañana.

Dejé que mi mirada volviera a deslizarse hacia la fascinante mujer. En ese momento apartó sus ojos del gato y me miró directamente. Ojos azul profundo, en los que leí algo que nunca antes había visto de esa manera en una persona. La mujer parecía de repente increíblemente vulnerable.

¿Vulnerable?

Miré de nuevo.

La mujer parecía vulnerable. Aquí, en medio de un refugio de animales en Nueva York, con un gato en el brazo y rodeada de representantes de la prensa, me miraba de una manera que despertaba en mí el deseo no solo de hablar con esta mujer, sino de abrazarla y decirle: *Todo está bien. No tienes que tener miedo.*

La mujer se aclaró la garganta y el momento pasó tan rápido como había llegado. Bajó los ojos y miró al suelo de hormigón desnudo en el pasillo frente a las jaulas de los gatos. Observé los labios carnosos, que ahora se fruncían ligeramente, como si la mujer quisiera dar un beso al pelaje del gato.

¿Quería hacerlo?

Pero en lugar de eso, la mujer simplemente asintió brevemente y dijo: —Necesita su comida. —Luego se dio la vuelta y se alejó con el pequeño gato en brazos hacia una jaula situada a unos metros de distancia. Observé, conteniendo la respiración, cómo la mujer abría la puerta de la jaula y colocaba cariñosamente al pequeño gato en el suelo. Luego se arrodilló y tomó el cuenco con la comida. Probablemente quería comprobar cuánta comida le quedaba al gato.

Y en ese momento se soltó la horquilla con la que la mujer llevaba recogido su pelo rubio. El pelo cayó sobre la espalda de la mujer. Antes me había preguntado qué largo tendría. Ahora lo sabía. Muy largo. Le llegaba hasta las caderas.

Volví a contener la respiración.

Sentí en mí el increíble impulso de acercarme a la mujer, coger la horquilla y volver a recogerle el pelo. De manera que todo quedara bien sujeto y nadie viera nada de ella que no debiera ser visto. Quería proteger a esta mujer.

Everett, ni siquiera conoces a esta mujer. No puedes concluir de una sola mirada suya que debes protegerla. Quizás ni siquiera QUIERE ser protegida.

La mujer volvió a colocar el cuenco de comida en el suelo, buscó la horquilla en su pelo y restableció su peinado tan rápido como fue posible. Al hacerlo, no miró a su alrededor.

Qué pena.

Me habría gustado ver su rostro una vez más. Su cicatriz, que le daba un aspecto algo luchador y audaz. Y la expresión vulnerable en sus ojos azules, que no encajaba en absoluto con la cicatriz.

—¿Sr. Rockwood? —Una voz llegó a mi oído.

Me di la vuelta. —¿Sí, dígame?

La pequeña reportera con el piercing y el pelo corto me miraba. Había algo extraño en su mirada. ¿Me había hablado ya varias veces? Fruncí el ceño, pero decidí simplemente disimular la situación. Al fin y al cabo, todo el mundo se queda absorto en sus pensamientos alguna vez.

—¿Quiere hacerse la foto obligatoria con el gato? —La reportera me miró con burla. Parecía estar esperando a que cometiera un error y me mostrara como quien realmente era en su opinión: un capullo que dejaba a la gente en la calle y ahora quería congraciarse con la prensa con unas cuantas fotos con gatos.

—No —dije entonces—. Lamentablemente no puedo ofrecerle esa foto. Sufro una leve alergia al pelo de gato. Por eso mi compromiso con el refugio de animales se limita a hacer donaciones. —Me encogí de hombros—. Cada uno hace lo que puede, ¿no es así?

La reportera levantó las cejas. —Mañana por la noche se le verá supuestamente en una cena benéfica. ¿Es casualidad o está

trabajando en una campaña a gran escala para mejorar su imagen?

Apreté los dientes. La mujer realmente hacía bien su trabajo. Pero no me dejaría provocar por ella. —Que la cena benéfica tenga lugar mañana difícilmente es idea mía. No soy el organizador, sino solo un invitado.

Con estas palabras, asentí a la mujer y me abrí paso entre los reporteros hacia el exterior. Ya había pasado suficiente tiempo aquí dentro.

Al salir, resistí el impulso de volverme una vez más para mirar a la mujer del pelo rubio, la cicatriz y los ojos azules con esa expresión vulnerable.

Capítulo 5

Melody

Un día después, al final de la tarde, abrí la puerta del apartamento y olfateé. Olía a quemado. Más concretamente, a bizcocho chamuscado. Olfateé de nuevo. ¿Esperaba Darleen visita? No me había dicho nada. Normalmente, mi compañera de piso y yo nos manteníamos informadas sobre las visitas. Por supuesto, no era necesario "aprobar" una invitación, pero para nosotras era la cortesía normal que formaba parte de la vida en un piso compartido. Al fin y al cabo, ambas vivíamos aquí y a nadie le gustaba llegar a casa y encontrar un montón de personas extrañas en su cocina sin previo aviso.

Me encogí de hombros. Tal vez Darleen me había avisado y simplemente me había olvidado. Ayer no estaba precisamente receptiva, así que era muy posible que me hubiese perdido algo.

En fin, qué más daba.

De todos modos, no me apetecía sentarme en la cocina y charlar sociablemente, ni con Darleen, por muy simpática que fuera, ni con otras personas que ni siquiera conocía. Me retiraría a mi habitación,

me pondría los auriculares, escucharía música relajante y esperaría quedarme dormida lo antes posible. En sueños no pensaría en mi difícil situación. Hoy había pasado todo el día intentando contactar con clientes potenciales y tratando de localizar a las dos parejas que habían cancelado la primera cita.

Sin resultado.

Además, otra pareja más había cancelado su primera cita. Y también había devuelto el anticipo a Connor y Clare. Me habría encantado borrar este día del calendario.

—Meeeeeloooooodyyyyy —La voz de Darleen sonaba tan alegre como siempre—. He oído perfectamente que acabas de llegar a casa. Así que ni se te ocurra intentar escabullirte por delante de la puerta de la cocina. Tienes que contarme sin falta cómo te fue ayer.

Suspiré. Darleen era la mejor compañera de piso que podía desear. Pero hoy lo que más anhelaba era tranquilidad.

La puerta de la cocina se abrió. De nuevo estaba Darleen allí, con las manos en las caderas. Llevaba un delantal. Su pelo estaba despeinado y cubierto de harina. —No me digas que ibas a intentar escabullirte —resopló indignada y luego me sonrió—. Estoy ansiosa por saber cómo te fue en el refugio de animales.

—Ah... sí. —Ya casi había olvidado mi visita al refugio. Al final me había distraído, pero el efecto no había durado mucho—. Fue muy agradable. Seguro que iré más veces —añadí por obligación. Entonces me forcé a sonreír—. Los gatos eran realmente adorables.

En ese momento recordé al hombre que había conocido frente a las jaulas de los gatos. ¿Quién sería? Había aparecido con varios

fotógrafos y periodistas. No había entendido muy bien toda la situación. ¿Por qué se dejaba fotografiar en un refugio de animales? Había querido preguntarle a Mr. Morris al respecto. Sin embargo, Mr. Morris se había marchado a casa justo después de la cita y yo había estado ocupada el resto de la noche. Desde entonces había pensado varias veces en aquel hombre. Lo rodeaba un aura de inaccesibilidad. Pero algo en mi interior me decía que eso era solo una capa protectora y que en realidad debía de ser una persona muy especial.

¡Melody! ¿Has perdido la cabeza? ¿Por qué piensas en alguien a quien conociste por casualidad y de quien ni siquiera sabes quién es?

ESO precisamente podía decirlo con exactitud. Pensaba en él porque me había mirado como nadie me había mirado nunca. Como si yo fuera la única mujer en el mundo. Como si quisiera protegerme y cuidarme de todo mal. Me habría encantado arrojarme directamente en sus brazos.

Eso es una tontería, Melody. Te lo estás imaginando. ¿Quién lo sabe mejor que tú? Un hombre así no existe. Quizás en un libro de cuentos, sí. Ahí se encuentran a montones. En la vida real los príncipes están extintos. Al menos en los Estados Unidos. Y de todos modos, que solo puedes confiar en ti misma y en un hombre menos que en nadie, ESO es lo que has aprendido realmente. ¿O no?

Pero la sensación de seguridad que sentía en mi cuerpo con solo pensar en aquel atractivo y bien formado desconocido no quería abandonarme. Algo dentro de mí me decía que ÉL jamás me dejaría sola. ÉL me apoyaría cuando las cosas se pusieran difíciles.

—¡Tierra llamando a Melody, tierra llamando a Melody! —Darleen se rio y me miró moviendo la cabeza—. ¿Dónde estás con tus

pensamientos? Pareces tan... abstraída. Un poco como recién enamorada —Darleen soltó una risita.

—Qué tontería —me defendí. Pero no pude evitar que mis mejillas se sonrojaran—. Por supuesto que no estoy enamorada —añadí para asegurarme—. ¿De quién iba a estarlo?

—¿Quizás conociste a alguien ayer en el refugio? —Darleen volvió a reírse.

Mis mejillas se pusieron aún más rojas. —¿Qué estás horneando? —pregunté rápidamente para evitar que Darleen me examinara más de cerca y quizás me hiciera más preguntas.

—Son unos muffins para ti. He buscado expresamente en Google una receta sin azúcar. Así no serán tan dulces. Justo como te gustan —Darleen me sonrió radiante y se pasó la mano llena de harina por el pelo.

—Vaya —dije, y lo decía exactamente así. Darleen rara vez se dejaba ver en la cocina. Ayer tenía un cucharón en la mano, pero probablemente solo se había preparado una sopa de sobre. Como la mayoría de los días.

—De alguna manera tengo que animar a la mejor compañera de piso del mundo —Darleen me guiñó un ojo.

—Yo... no sé qué decir —balbuceé—. Pero, ¿no crees que huele bastante a quemado? —pregunté entonces con cautela.

Darleen respiró hondo y se dio la vuelta. —¡Mierda! —exclamó—. Olvidé poner el temporizador y luego me quedé pensando en otra

cosa y no presté atención a los muffins —Darleen se dio la vuelta. En dos pasos llegó al horno y abrió la puerta de golpe.

Una nube de humo salió a su encuentro.

—¡Oh, maldita sea! —maldijo entre toses, agitando las manos delante de su cara para disipar el humo. Agarró el paño de cocina y sacó la bandeja del horno. Con un fuerte *CLONC* la dejó caer sobre la cocina.

Me acerqué y vi doce muffins negros como el carbón. —Supongo que... ¿no deberían verse así? —pregunté para asegurarme.

—Ja, ja —protestó Darleen. Pero mi compañera de piso se recuperó rápidamente. Me dio un codazo en el costado y se rio—. Al menos puedes volver a hacer bromas. Entonces no puede irte tan mal.

Suspiré. —Bueno... —murmuré, mirando fijamente la bandeja con los muffins carbonizados.

—¿No te gustó el refugio de animales? —quiso saber Darleen.

—Sí, claro... —Vacilé. ¿Realmente podía molestar a mi compañera de piso con mis preocupaciones? Pero si no era ella, ¿entonces quién? Cuando me establecí por mi cuenta, dejé atrás mi antigua vida, y por una buena razón. Por eso ya no tenía tantos amigos con los que simplemente pudiera desahogarme.

—En cualquier caso, mi sorpresa ha sido un completo fracaso —Darleen señaló la bandeja—. Solo quería darte una alegría.

—Gracias —Apreté brevemente el brazo de Darleen—. Pero hoy nada podría alegrarme. Ni siquiera me animaría si el hombre ideal entrara

por esa puerta —En ese momento volví a pensar en el desconocido del refugio. Se había sentido de alguna manera correcto. O mejor dicho, en su presencia yo me había sentido de repente correcta. Era como si pudiera decirle todo. O como si no necesitara decir nada y él me entendería, así sin más...

—¿Tan mal? —La pregunta de Darleen me devolvió al presente. Y era mejor así. Soñar con algún desconocido era realmente lo último que debería estar haciendo con mi tiempo. Quizás otras mujeres podían permitírselo. Pero yo tenía que ganar dinero y poner en orden mi vida.

—Si esto sigue así, pronto no me quedará ningún cliente. Sí, pronto es la boda de Christina y Neil, pero hoy otra pareja ha cancelado —conté abatida, dejándome caer en la silla donde ya me había sentado ayer cuando le conté mis penas a Darleen.

—Pero no pueden conocer todos a Tabitha y John —Darleen se plantó frente a mí. Parecía tan indignada como si se tratara de SU negocio y no del mío.

Me encogí de hombros, desconcertada. —Tabitha y John conocen a Connor y Clare, y Connor y Clare conocen a alguien, y esos a su vez conocen a... —Miré a Darleen impotente—. He conseguido clientes principalmente a través de recomendaciones y contactos. No puedo permitirme grandes campañas publicitarias. Los anuncios en esas revistas que leen las mujeres para ver qué se puede hacer en las bodas son simplemente impagables para mí.

—Todavía —dijo Darleen con energía—. No puedes dejarte vencer tan fácilmente, Melody. Entonces tienes que buscar a tus clientes en otro sitio.

—¿Y dónde? —Miré fijamente la mesa y dibujé pequeños círculos con el índice de mi mano derecha—. Difícilmente puedo ir por la calle preguntando a la gente si van a casarse pronto y si quieren que yo organice su boda.

—Esa idea no es TAAAAN mala —Darleen frunció los labios pensativa.

Levanté la mirada. —La gente me tomará por loca —Negué con la cabeza—. ¡Ni hablar!

—No me refiero a que abordes a gente al azar en la calle. Pero podrías hacer un poco de networking —Darleen me miró expectante —. ¿Qué hay de esa invitación a tu reunión de antiguos alumnos que tiraste tan rápidamente a la papelera? Esa sería la oportunidad perfecta para ti. TODOS a nuestra edad se están casando ahora — Darleen se rascó la cabeza. Su pelo parecía cubierto de harina en muchos sitios. No pude evitar sonreír.

—Bueno, no TODOS —se corrigió Darleen—. Algunos ni siquiera saben hacer muffins y nunca serán buenas amas de casa.

Ahora me reí a carcajadas.

—Así me gustas mucho más —se alegró Darleen. Apartó una silla de la mesa y se sentó frente a mí—. En serio, Melody, lo de la reunión de antiguos alumnos no es tan mala idea. Habrá un montón de gente que conoces. Puedes revivir algunos viejos contactos, y aunque ninguno de tus antiguos compañeros de clase esté a punto de casarse, seguro que alguno conocerá a alguien, que conoce a alguien, que conoce a alguien... —Darleen agitó las manos en el aire para ilustrar lo que quería decir. Luego se levantó de nuevo, rebuscó en el montón de viejos folletos publicitarios y otros papeles que había en una esquina de la encimera y sacó algo.

—Aquí —Un poco de harina cayó sobre la mesa cuando Darleen puso una hoja delante de mí.

La invitación.

La invitación que había desechado inmediatamente.

Porque no quería ir a esa reunión de antiguos alumnos bajo ningún concepto.

Tragué saliva.

—¿Por qué no quieres ir? —Darleen se sentó de nuevo frente a mí y tomó mi mano.

Miré fijamente la mesa.

—Puede ser divertido volver a ver a viejos conocidos —intentó convencerme Darleen.

—Quizás para ella —dije en voz baja, dibujando círculos en la mesa de nuevo—. Pero para mí... —Me estremecí. En ese momento volvió el recuerdo de mis años escolares. Había sido un tiempo de tormento para mí—. Siempre me acosaban y se burlaban de mí. Decían que era gorda, tonta y estúpida, y que... —Mi voz se apagó. Aquel tiempo quedaba muy atrás, pero cuando pensaba en los insultos que había tenido que soportar entonces, de repente volvía a ser una adolescente que no podía defenderse.

—Pero seguro que no eran todos, ¿verdad? —Darleen tomó mi mano y me dio unas palmaditas.

Levanté la mirada. —No —dije con voz ronca—. No eran todos. Pero en cada clase y en cada escuela hay algunas chicas a las que todos escuchan. Son las que marcan el tono. Ya sabes.

Darleen asintió. —Lo sé. También los teníamos. Por suerte, yo no estaba entre los que fueron destrozados por ellas. Pero puedo imaginar cómo te sientes.

—Entonces también entiendes por qué no quiero ir —Volví a mirar la mesa.

—Sí —respondió Darleen para mi alivio—. Claro que puedo entenderlo —Darleen apretó mi mano con más fuerza e inclinándose sobre la mesa—. Pero creo que deberías ir. El pasado es el pasado y el presente es el presente. Ahora puedes con esas arpías sin problema. Tienes tu propia empresa, con la que tienes éxito y ayudas a la gente.

—En este momento me siento todo menos exitosa —dije lastimosamente—. Si realmente tuviera éxito, no tendría que estar pensando ahora de dónde sacar clientes.

—*¡Fake it till you make it!* —Darleen no se rendía—. No se trata de que busques clientes desesperadamente. En una reunión de antiguos alumnos simplemente cuentas a qué te dedicas. Eso harás tú, como todos los demás. Y si surge la ocasión y alguien puede necesitar tus servicios, serás tan amable de ayudar a esas personas a organizar su boda. ¡Exactamente como lo haces con todos tus otros clientes! —La voz de Darleen sonaba firme. Deseaba poder sentir en mí al menos una fracción de su convicción.

—Ay, Darleen. Nada es tan sencillo... —Miré la mesa con expresión atormentada.

—No es sencillo. Y es sencillo —Darleen cerró la mano en un puño —. Maldita sea, Melody. En su día tenías buenas razones para esconderte. Hoy ya no es así. Puedes mostrarte. Debes mostrarte. TIENES que mostrarte. Bastante malo es que esas pijas te destrozaran entonces. Con más razón deberías demostrarles ahora que ya no tienen ningún poder sobre ti y que nunca lo tuvieron.

Las palabras de Darleen movieron algo dentro de mí.

La pandilla me había hecho la vida un infierno entonces.

Pero hoy...

No podía permitir que los incidentes de la época escolar siguieran determinando mi vida.

Enderecé los hombros.

—Piensa en tu empresa —Darleen parecía sentir que algo se movía dentro de mí.

Respiré hondo. —Iré.

Capítulo 6

Everett

Sin entusiasmo, abrí la tapa de la cajita decorada con terciopelo negro. Sobre el suave acolchado blanco descansaban dos gemelos perfectamente pulidos con mis iniciales. ER. Parecían de plata, pero en realidad estaban fabricados con platino de alta calidad y costaban al menos treinta veces más que unos hechos a medida en plata. Los elegantes gemelos habían sido un regalo de mis padres, que probablemente habían pedido un préstamo para comprarlos. O casi. Por eso no había tenido valor para decirles que me parecían demasiado ostentosos y pretenciosos. Les había dado las gracias y había guardado la cajita en un cajón. Hasta ahora nunca me los había puesto. Pero esta noche, para la cena benéfica, se presentaba una ocasión apropiada.

¿O no?

Indeciso, contemplé los dos gemelos perfectamente pulidos. ¿No sería quizás demasiado ostentoso para una cena benéfica? Al fin y al cabo, se trataba de demostrar que no era un completo imbécil y que no me aprovechaba de la desgracia ajena. No debía dar motivo para ataques.

Solté un fuerte suspiro.

Dios, cómo odiaba esta parte de mi trabajo.

¿Por qué no podía simplemente quedarme tranquilo en mi oficina y tomar las decisiones que impulsaran mi empresa?

Porque esto también impulsará tu empresa, Everett. Representar a la compañía en una cena benéfica forma parte del negocio tanto como todo lo demás.

La voz que acababa de escuchar en mi cabeza sonaba claramente como la de Jessica. Resoplé irritado.

Sí, todas estas cosas formaban parte de mi trabajo. Pero eso no significaba que se me dieran bien o que me gustara hacerlas. Todo el mundo lo sabía, ¿no? Por mucho que te gustara tu trabajo, siempre había una cosa u otra que simplemente no era divertida y aun así tenía que hacerse. Para algunos eran las tareas rutinarias. Para mí eran las entrevistas, las conversaciones con la prensa y los eventos en los que tenía que dejarme ver porque "se" hacía así cuando "se" pertenecía a la élite de Nueva York.

Volví a resoplar.

Cuando una vez le confesé a Jessica que, en estas circunstancias, preferiría renunciar a pertenecer a la élite de Nueva York, ella simplemente sacudió la cabeza sin comprender y me instó a aceptar la realidad.

Por supuesto. Tenía un problema de lujo. Ahí fuera había miles de personas que darían todo por ocupar mi lugar en la cena benéfica de esta noche. Estarían encantados de mostrar sus rostros sonrientes a

la cámara, sonreír a los periodistas y responder las mismas preguntas una y otra vez. Naturalmente, las respuestas siempre debían variar un poco para que los periodistas tuvieran algo que escribir.

Con determinación, saqué los gemelos de la caja de terciopelo negro, doblé los extremos de la manga izquierda de mi camisa, y metí el pasador del gemelo a través del ojal. Luego giré el pasador y ajusté la manga.

Listo.

En el lado derecho tardé un poco más y me sorprendí pensando que sería agradable tener una mujer que me ayudara con esto.

¡Everett! Realmente no tienes tiempo para este tipo de pensamientos hoy.

Desde luego que no. Ya era bastante malo que la prensa me considerara un esnob arrogante. Pero si me consideraran un esnob arrogante que ligaba indiscriminadamente con mujeres atraídas por tipos ricos y arrogantes, sería aún peor.

Resoplé de nuevo.

Que los periodistas pensaran de mí lo que quisieran.

Que lo hicieran.

Agarré la manga de mi camisa y estaba a punto de quitarme el gemelo.

El timbre de mi móvil me interrumpió.

Giré sobre mí mismo. ¿Dónde demonios había dejado el maldito aparato?

Quienquiera que me estuviera llamando era tremendamente persistente. El teléfono seguía sonando sin parar.

Volví a girar. El timbre venía claramente del aparador. Pero allí no había ningún móvil. Solo un montón de corbatas, porque no podía decidirme por lo que debía ponerme esta noche. El código de vestimenta era un enigma para mí, no solo en cuanto a los gemelos. ¿Cómo debía ser para las mujeres? Al menos los hombres no podíamos equivocarnos con el traje. Una mujer tenía muchas más posibilidades: vestido equivocado, zapatos equivocados, bolso equivocado, peinado equivocado, pintalabios equivocado, joyas equivocadas...

Mi móvil no quería dejar de sonar.

Con un movimiento de la mano, barrí las corbatas del aparador.

Efectivamente, el smartphone estaba debajo.

Joe

El nombre en la pantalla me arrancó una sonrisa. Si había una persona con la que quería hablar ahora, esa era Joe. Habíamos compartido pupitre en el colegio y durante nuestra juventud pasábamos cada noche toqueteando motos y charlando sobre el sentido y sinsentido de la vida. Joe fumaba un cigarrillo tras otro, mientras yo arrugaba la nariz con asco. Pero aparte de eso, nos

llevábamos a las mil maravillas. Joe era para mí el hermano que nunca tuve.

Más tarde, nuestros caminos se separaron: mientras yo me fui a Nueva York, estudié y fundé mi propia empresa, Joe se quedó en nuestro pueblo natal. Ambos procedíamos de un pueblo en las Montañas Catskill, a unas dos o tres horas en coche de Nueva York. Al igual que yo, Joe también había fundado su propia empresa: era dueño del mejor taller de motocicletas de la zona.

Hace algunos años, ambos nos compramos una Harley Davidson.

—Joe, viejo amigo. Tu llamada viene como anillo al dedo —contesté finalmente al teléfono.

—¿Ah, sí? —Joe soltó una risita—. Pues has tardado bastante en atender tu móvil. ¿Te he interrumpido? ¿Tienes una cita agradable? —Joe siguió riendo.

—Tonterías —resoplé e hice un gesto despectivo, aunque Joe no podía verlo—. No tengo tiempo para esas cosas.

—Ts ts ts —dijo Joe—. No digo que necesites una mujer. Pero sí necesitas tiempo para vivir, Everett. ¿Cuándo fue la última vez que viniste a las Catskills? Ya ni siquiera recuerdas cómo es tu Harley.

Joe tenía razón.

Yo mismo no podía recordar la última vez que había experimentado esa satisfactoria sensación de libertad y diversión que siempre me invadía sobre la moto. Cuando conducía, era... simplemente yo mismo. No tenía que representar a nadie, ni ser alguien que no era, y desde luego no tenía que fingir nada. Simplemente conducía y

disfrutaba junto a Joe de la inmensidad infinita de la naturaleza americana.

Fugazmente, me pasó por la cabeza que, lamentablemente, nunca había conocido a una mujer que también valorara esa sensación.

—Veré si puedo llegar a las Catskills lo antes posible —le prometí a Joe, intentando recordar mi agenda. ¿Cuándo podría liberarme un fin de semana? En realidad, ayer por la tarde había pensado tomarme el día libre y sorprender a Joe. Pero no funcionó; en su lugar, visité el refugio de animales.

—Realmente deberías hacerlo. Tu pieza de recambio ha llegado hoy y por fin puedo instalarla —la voz de Joe sonaba triunfante.

—¿Te refieres al rectificador? —quise saber. Con esfuerzo, intenté recordar nuestras horas de mecánica juntos en mi adolescencia. ¿Para qué servía esa pieza?

—Exacto. Lo instalaré esta misma noche. Entonces tu pequeña joya volverá a estar como nueva. —Joe soltó una risita.

—No sabes cuánto preferiría pasar por tu taller esta noche en lugar de ir a esta cena benéfica, donde tengo que comportarme de manera refinada y aparentar como si nunca me hubiera ensuciado las manos. —Frustrado, contemplé las corbatas frente a mí. ¿Sería la de rayas azul claro la corbata adecuada? Mi traje era azul oscuro. ¿No sería el contraste demasiado fuerte? De nuevo deseé secretamente tener una mujer a quien pedir consejo.

—Suena como un evento tortuoso. Pero quizá al menos haya algunas mujeres estupendas allí —intentó consolarme Joe.

Solté una carcajada. —Muñecas de moda maquilladas en exceso, que solo van detrás de mi dinero y creen que, como vendo cosméticos, me gustan las mujeres con más maquillaje del que es bueno para ellas y odio los looks naturales. Sí, ESE tipo de mujeres estarán allí en masa. Todas se me echarán encima y pasaré toda la noche ocupado manteniéndolas alejadas sin ofenderlas tanto que vayan llorando directamente a la prensa.

Joe gruñó. —Ciertamente, no suena a que vayas a divertirte mucho, amigo. Deberías buscarte una mujer. Si apareces allí acompañado, no tendrás todos esos problemas.

—¿Buscar una mujer? —Negué con la cabeza, aunque Joe no pudiera verlo—. No tengo tiempo para eso, amigo. Y ya sabes: la Harley es mi único amor.

—Con más razón deberías mover tu precioso trasero hasta aquí. Cancela la cena. Di que estás enfermo —sugirió Joe—. Puedes estar aquí en tres horas. Para entonces habré instalado el rectificador y daremos un bonito paseo. Podríamos ir a nuestro lugar secreto, asar unas salchichas en la fogata y hablar de los buenos tiempos. El tiempo esta noche será perfecto para ello.

Sonaba demasiado bueno para ser verdad.

Miré la corbata azul claro que sostenía en mi mano derecha.

¿Y si dejara todo aquí y me fuera para ser finalmente yo mismo? Algo que llevaba tanto tiempo sin ser que casi había olvidado cómo se sentía.

Pero no podía hacer eso.

No hoy.

El futuro de mi empresa estaba en juego.

—Hoy lamentablemente no puedo permitírmelo —dije con pesar—. Pero planeo pasar un fin de semana largo en las Catskills tan pronto como sea posible.

—Tienes el trabajo equivocado, amigo. Puede que seas asquerosamente rico, pero ¿de qué te sirve? —El tono de Joe era burlón, pero yo lo conocía lo suficientemente bien como para saber que su pregunta tenía un núcleo serio—. Mírame a mí. No tengo preocupaciones. No tengo que ir a cenas para conocer a mujeres que ni siquiera quiero ver. Tengo suficiente dinero y puedo salir con la moto cada fin de semana si quiero. No hay mejor vida que esa.

Joe tenía razón.

Y al mismo tiempo, sabía que un taller de motos en las Catskills no me satisfaría a largo plazo. Odiaba las cenas y los eventos con la prensa, pero me encantaba desarrollar nuevos productos y ofrecer siempre lo mejor a mis clientes. Los números eran, junto con las motos, mi segunda pasión, y con ellos trataba cada día.

Yo era un hacedor.

Lo llevaba en la sangre.

Y de vez en cuando, pues, tenía que asistir a alguna cena.

Mi móvil vibró.

Una segunda llamada.

Rápidamente comprobé la pantalla.

Jessica.

¿Qué querría de mí?

—Joe, amigo, tengo que colgar. Una llamada urgente —me disculpé.

—Claro, claro. —Joe mostró comprensión—. Entonces no olvides tus buenos propósitos. Creo que necesitas urgentemente un descanso. Hasta pronto. —Joe terminó la conversación.

Descanso.

Sonaba tentador.

Pero en lugar de seguir soñando, atendí la llamada de Jessica.

—Everett —me asaltó de inmediato—, quería decirte urgentemente que esta noche debes prestar atención a tus calcetines. Esa gente de la prensa te fotografiará de arriba abajo y si no llevas los calcetines adecuados, sino dos diferentes como ayer por la mañana, se burlarán de ti y...

—Me queda claro, Jessica —corté el torrente de palabras y fruncí el ceño irritado. ¿Qué era esto? ¿Qué clase de llamada era esta?

Sí, era el trabajo de Jessica organizarlo todo y pensar en todo.

¡Pero no era mi madre!

—Solo quiero asegurarme de que te presentes de manera óptima. ¿No has olvidado la cena? —La voz de Jessica se elevó a alturas insospechadas.

—Por supuesto que no. —La irritación por el comportamiento de Jessica ahora era claramente audible en mi voz. Pero me daba igual —. Soy el jefe de una empresa, Jessica. Soy TU jefe. Y como tal, soy capaz tanto de recordar citas importantes como de ponerme un par de calcetines adecuados.

—Ayer por la mañana parecía muy distinto —objetó Jessica—. Sabes, Everett, mi trabajo también está en juego aquí y...

No presté más atención a las palabras de Jessica.

¿Me llamaba para tratarme como a un niño porque temía por su trabajo?

Aunque podía entender perfectamente sus miedos, esto iba demasiado lejos. ¡Realmente iba demasiado lejos!

—Sé lo que está en juego, Jessica —respondí con calma pero firmeza—. Es amable por tu parte recordármelo. Pero es totalmente innecesario. Me las arreglaré bien esta noche.

—Si quieres, puedo acompañarte, Everett, y... —Jessica soltó otro torrente de palabras.

—¡No! —corté a Jessica sin más—. Es completamente innecesario —repetí mis palabras anteriores—. Que tengas una buena noche. —Entonces aparté el teléfono de mi oreja y pulsé con el dedo el botón rojo.

Llamada finalizada.

Vamos, por favor.

Jessica era mi empleada, ni más ni menos.

La conversación anterior me había recordado por qué estaba solo y por qué eso era bueno. Mi padre nunca le había pedido consejo a mi madre. A cambio, ella lo trataba como a un niño pequeño. Le compraba camisas y decidía qué se ponía y qué desayunaba. Mi padre nunca se había opuesto a este trato, sino que se sometía voluntariamente. Si le gustaba o no, no podría decirlo, ya que casi nunca mostraba emociones. Cuando mi madre le prohibía algo, él simplemente asentía con resignación y aceptaba su destino.

No, no quería convertirme en un hombre así.

Y precisamente por eso estaba soltero y seguiría estándolo.

Era mejor así.

Capítulo 7

Melody

Enderecé los hombros, tal como había hecho unas horas antes en nuestra cocina.

¿Cómo había dicho Darleen?

Fake it till you make it.

Nuestra reunión de antiguos alumnos se celebraba en el Hotel Regency, a solo dos manzanas de Central Park. Cuando salí de casa, me sentía un poco insegura. ¿No iría demasiado arreglada con ese vestido de gala azul claro?

—Estás preciosa —me había susurrado Darleen al oído cuando salía de nuestro apartamento. Mi compañera de piso me había dado un besito en la mejilla de despedida—. Será un gran éxito. Lo conseguirás. —Con estas palabras, Darleen me había empujado hacia la puerta.

Por el camino, había ocultado el vestido azul claro bajo un abrigo. Así al menos no llamaba tanto la atención. Me encantaba la parte superior sin tirantes con las aplicaciones brillantes en forma de flores y la falda amplia. Pero el vestido claramente no estaba hecho para las calles de Nueva York o el metro.

Normalmente lo llevaba en bodas para pasar desapercibida entre los invitados elegantes mientras hacía mi trabajo. Para eso el vestido era perfecto. Pero, ¿sería también adecuado para una reunión de antiguos alumnos?

Mis dudas se disiparon cuando entré en el elegante vestíbulo del Regency. En el hotel de 5 estrellas me recibió un suelo de mármol perfectamente pulido. Sofás de cuero oscuro esperaban a los huéspedes que tuvieran algo que discutir y quisieran que todos los vieran, pero que nadie los escuchara. Bajé las comisuras de los labios con desdén. Conocía muy bien a ese tipo de personas tan importantes.

¡Melody! Ni siquiera deberías pensar así. Quizás algún día esas mismas personas tan importantes formen parte de tu clientela. ¡Y nunca se debe pensar mal de los clientes!

Me llamé al orden.

Pero luego reconsideré el asunto. Claro, no se debería pensar mal de los clientes. Pero, ¿no tenía yo derecho a mi propia opinión? No todos los clientes eran iguales. Tabitha y John no me habían tratado precisamente bien, y no pensaba alabarlos delante de otras personas. Por supuesto, tampoco los criticaría. Pero alabarlos, no, eso realmente no era necesario.

Este reconocimiento me alivió. Volví a mirar alrededor. El vestíbulo estaba iluminado por lámparas de araña modernas. En lugar de

velas, había hilos de luces en forma de perlas.

—¿Puedo ayudarla, señora? —Un atento botones se acercó a mí.

—Sí, estoy aquí para la reunión de antiguos alumnos del Instituto Thomas Jefferson —respondí mientras seguía mirando alrededor. Algunos hombres con traje se apresuraban por el suelo de mármol. Una pareja bien vestida entró en el vestíbulo. Los examiné detenidamente. ¿Serían antiguos compañeros de clase?

Tonterías, Melody, son demasiado mayores.

De repente, sentí algo de emoción y anticipación. ¿Cómo se verían mis antiguos compañeros de clase hoy? ¿En qué se habrían convertido? ¿Seguirían juntas algunas de las parejas de entonces?

—¿Puedo tomarle el abrigo y acompañarla a la sala? —La voz del botones me sacó de mis reflexiones y me devolvió al presente.

De nuevo enderecé los hombros y respiré profundamente. Era hora de enfrentarme a la realidad.

—Por supuesto —respondí.

El botones me ayudó a quitarme el abrigo—. Por aquí, señora. —Me señaló el camino hacia dos grandes puertas dobles—. Las organizadoras de la reunión han decidido no establecer un orden de asientos. La reunión es bastante informal, hay mesas altas y nuestro personal se encargará de su bienestar —explicó el botones.

Informal.

Reprimí un resoplido.

Probablemente el presupuesto no daba para más. Ya me había sorprendido cuando recibí la invitación.

¿El Regency?

¿Nuestro instituto normal y corriente, un instituto mediocre como cientos de otros en Nueva York, celebraba su reunión de antiguos alumnos en uno de los hoteles más elegantes de la ciudad? ¿Tanto dinero había sobrado de nuestra fiesta de graduación? ¿O había algún patrocinador generoso? ¿Algún compañero de clase había conseguido una riqueza inesperada?

Ahora tenía la respuesta.

Habíamos elegido el hotel más elegante, pero el paquete más barato.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señora? —preguntó el botones.

Solo entonces me di cuenta de que había dudado.

Negué con la cabeza—. No, gracias. —Luego atravesé las dos puertas dobles entrando en la guarida del león. Con precaución, me quedé un momento detrás de la puerta y miré alrededor. ¿Ya estaban allí? ¿Estaba Ginny con su pandilla?

Dejé que mi mirada recorriera a los aproximadamente cincuenta asistentes. ¿Aquél de allí era Rodrigo, verdad? Dios mío, qué elegante se veía ahora. Y eso que entonces parecía un gangster de un barrio sombrío.

Quizás se ha convertido en un gangster elegante, Melody.

Reprimí una risita nerviosa y seguí mirando. De Ginny no había ni rastro. Todavía no debía haber llegado. Lentamente, solté el aire contenido y me relajé. Tal vez mi antigua enemiga ni siquiera vendría y yo podría disfrutar de la reunión.

—¿Melody? —Una voz masculina pronunció mi nombre. Alguien había entrado por las puertas dobles detrás de mí.

Me di la vuelta. Delante de mí había un hombre ligeramente con sobrepeso que parecía bastante mayor que yo. Y sin embargo, debía tratarse de uno de mis antiguos compañeros de clase. De lo contrario, no estaría aquí ni conocería mi nombre. Pensé febrilmente. ¿De quién podría tratarse?—. ¿Alan? —pregunté con cautela.

—Por supuesto. No me digas que no me has reconocido. —Mi compañero de pupitre del curso de inglés sacudió la cabeza. Sus mejillas de hámster se agitaron. Antes era un chico delgado sin músculos.

—Claro que sí —me apresuré a asegurar.

—No pensaba que vendrías —Alan levantó una ceja—. ¿No dijiste entonces que no querías tener nada más que ver con nosotros y que no querías volver a ver a ninguno de nosotros?

Sí.

Lo dije.

Y hasta hace unas horas, estaba decidida a mantenerme fiel a mi propósito.

Pero eso seguro que no se lo diría a Alan. Me encogí de hombros—. Eso fue entonces. Hoy es hoy.

—Alan, viejo amigo. —Un hombre de estatura media con barba completa dio un puñetazo amistoso en el costado de Alan. ¿Era Tony?

—¿Qué haces aquí parado como si no supieras qué hacer? Ven a nuestra mesa, te llevamos esperando media hora. —Con estas palabras, Tony agarró a Alan por la manga y se lo llevó con él. Los dos desaparecieron sin dignarse a mirarme de nuevo. Tony ni siquiera me había saludado. Quizás ni siquiera me había visto.

Todo como antes, entonces.

Suspiré.

¿Qué esperabas, Melody? ¿Que las personas que te excluyeron de todo hace años, de repente se alegren de verte y se interesen por ti, solo porque llevas un vestido de gala azul claro y eres unos años mayor? Esto no es La Cenicienta, esto es la vida real.

Al menos yo no buscaba un príncipe, sino solo algunos clientes. Con atención, dejé que mi mirada recorriera a las mujeres presentes. Las bodas eran cosa de mujeres. Eso incluía la elección de una organizadora de bodas. Lentamente, fui de mesa en mesa intentando encontrar un punto de conexión para una conversación.

—Ah, sabes, y luego tuvo cólicos de tres meses...

—La marca del carrito también es...

Fragmentos de conversaciones pasaron por mi oído. Al parecer, todos los presentes no solo estaban ya casados, sino que también tenían al menos un hijo que mostrar. Darleen debió equivocarse por unos años cuando dijo que todos los de nuestra edad pronto se casarían.

Todos los de nuestra edad YA estaban casados.

Desanimada, levanté los hombros. Me quedaba una última mesa donde probar suerte. Alrededor había tres mujeres. ¿No eran las chicas que siempre se sentaban en la última fila de la clase de biología y hacían tonterías?

—Hola —dije y me acerqué a la mesa.

Tres cabezas se volvieron hacia mí—. Hola —respondió una de las mujeres. ¿No se llamaba Rose? Las otras dos no dijeron nada. Se produjo un momento de silencio.

Melody, di algo. Haz algo.

Pero antes de que pudiera reaccionar, Rose dio un codazo a sus dos camaradas—. No sé cómo estáis vosotras, chicas, pero yo necesito ir urgentemente al baño. —Rose soltó una risita—. Todo este champán, ya no estoy acostumbrada. —Las otras dos se unieron a la risita de Rose y se cogieron del brazo mutuamente.

—Iba a decir exactamente lo mismo. Vamos.

Las tres desaparecieron sin dignarse a mirarme de nuevo. Me quedé sola en la mesa redonda y alta, sintiéndome como si tuviera una enfermedad contagiosa. ¿Es que nadie quería hablar conmigo?

—¿Puedo ofrecerle una copa de champán, señora? —Un camarero apareció delante de mí y me puso una bandeja bajo la nariz. Normalmente no bebía alcohol, pero ahora cogí una copa y agradecí al camarero con un asentimiento. Al menos ahora podía agarrarme a la copa y fingir que estaba ocupada. De nuevo, dejé que mi mirada recorriera a los invitados presentes. En todas las demás mesas se hablaba y reía. Fragmentos de palabras como "¿Te acuerdas" llegaban hasta mí. Todos parecían estar divirtiéndose enormemente.

En ese momento, percibí por el rabillo del ojo cómo una mujer pequeña me señalaba y susurraba algo a sus compañeras de mesa. ¿No era Zoey? Aunque no había sido tan mala como Ginny, no le faltó mucho. Había querido pertenecer desesperadamente a la pandilla de Ginny y por eso me había maltratado igual que mi acosadora. El dedo de Zoey seguía apuntándome. No podía oír lo que decía, pero toda la mesa estalló en una sonora carcajada mientras todos me miraban.

Fue una idea estúpida venir aquí, Melody. Realmente estúpida. Seguro que aquí no encontrarás clientes.

Dejé mi copa de champán en la mesa, enderecé los hombros y caminé a través de la sala hacia las grandes puertas dobles. Aquí me sentía superflua y por eso no quería quedarme ni un segundo más de lo necesario. Que los demás se divirtieran, por mí incluso a mi costa. No les daría el placer de estar presente.

Cuando entré en el vestíbulo, me toqué las mejillas. Estaban calientes. Cerré brevemente los ojos y respiré profundamente.

Todo está bien, Melody. Ahora encuentra al botones, recoge tu abrigo y vete a casa. Lo has intentado, eso es mejor que nada.

—¿Y esto? ¿La pequeña Melody duerme de pie? —Una voz estridente me sacó de mis pensamientos. Abrí los ojos.

Delante de mí había una mujer grande y rechoncha que me miraba desde arriba.

Ginny.

Mi archienemiga.

Precisamente.

¿No podría haber llegado tres minutos más tarde?

Alrededor de Ginny estaban Susan, Mary, Brooke y Lou. La vieja pandilla de Ginny. Soltaron una risa maliciosa.

—Ah, pero si está despierta —constató ahora Ginny y miró alrededor buscando aprobación. Sus amigas volvieron a reír, como si Ginny acabara de decir algo especialmente ingenioso.

Era exactamente como antes.

Realmente exactamente como antes.

Ginny dejó que su mirada se deslizara por mi cara—. No has cambiado ni un poco, Melody.

—Ni un poco —repitió Brooke como un eco. Susan, Mary y Lou asintieron con énfasis.

—Sigues siendo tan fea como antes. —Ginny estalló en una sonora carcajada. Cuando se calmó un poco, añadió—: O en realidad, incluso más fea. No habría pensado que eso fuera posible, pero acabo de aprender la lección. Incluso ESO es posible. La fea Melody es ahora aún más fea que antes.

Tragué saliva.

Simplemente vete, Melody. O defiéndete.

Pero mis pies y mi lengua estaban paralizados. Me quedé clavada en mi sitio y no pude pronunciar palabra.

—Esa cicatriz que te desfigura completamente, no la tenías antes. —Ginny acercó su cara a la mía y me examinó detenidamente—. Se ve realmente horrible y, como he dicho, no creía que pudieras volverte más fea de lo que ya eras. ¿De dónde sacaste esa cicatriz?

Guardé silencio.

—De alguna manera seguro que te la has ganado —reflexionó Ginny. Luego tomó aire—. ¿Por qué no te la has quitado? No puede ser TAN caro. —Conocía lo suficientemente bien a Ginny para saber que no era un consejo amistoso. Ginny sonrió inmediatamente—. Seguro que habrías conseguido un descuento por cantidad, porque el cirujano podría haber arreglado otras cosas a la vez. Tu nariz, tus pechos... probablemente no habría podido hacer de ti una mujer atractiva, pero sí una bastante aceptable. —Ginny rio con un chillido. Susan, Mary, Brooke y Lou volvieron a unirse.

—Quiero decir, sinceramente... —Ginny me puso la mano en el brazo —. Así no puedes andar entre la gente. ¿Qué tipo de trabajo tienes?

Espero que sea algo donde nadie te vea. ¿En un archivo quizás? Se ve realmente mal. No se puede exponer a nadie a tu visión.

Bajo las risas de mis antiguas compañeras de clase, el rubor de la vergüenza me subió a la cara. Me habría encantado decirle a Ginny que era una vaca muy mala. Pero en cuanto mi enemiga abría la boca, yo me encogía interiormente. Las palabras que acababa de tener en la punta de la lengua ahora se me pegaban al paladar. Odiaba a Ginny. Y me odiaba un poco a mí misma porque no podía defenderme, por mucho que quisiera.

Melody. Haz algo. No dejes que te humillen aquí como antes.

Pero por mucho que me instigara interiormente, permanecí callada y mis pies no se movieron ni un paso.

Quería irme y no podía.

Capítulo 8

Everett

Entré en el vestíbulo sin ganas. Irradiaba elegancia atemporal, como todo en el Hotel Regency. No en vano era una de las mejores direcciones de Nueva York. Los organizadores de la cena benéfica se habían esforzado y no habían escatimado en gastos. Pero hoy podrían haberme invitado a la terraza del Empire State Building o a cualquier otro lugar: eso no habría cambiado mi desgana. Simplemente no quería estar aquí. Solo había un lugar en el mundo donde me habría sentido bien en ese momento, y era el taller mecánico de Joe. Simplemente quería ser yo mismo por una vez, sin tener que representar ni trabajar.

Fruncí el ceño. ¿Cuándo fue la última vez que no trabajé? Ni siquiera podía recordarlo. Mi vida parecía consistir solo en mi escritorio y conferencias telefónicas.

Ya es hora de que te tomes un descanso, Everett. Es parte de la vida, sin importar cuánto ames tu trabajo y tu empresa.

Miré a mi alrededor en el vestíbulo. Un suelo de mármol perfectamente pulido que combinaba exactamente con mis zapatos

brillantes. Sofás de cuero negro que, sin embargo, estaban todos vacíos en ese momento. En el vestíbulo solo había un grupo de mujeres que reían ruidosamente. Dejé que mi mirada pasara sobre ellas. Probablemente todas habían bebido ya algunas copas de cava y ahora se daban ánimos mutuamente antes de dirigirse a la cena benéfica para cazar a los hombres presentes.

Este pensamiento me hizo estremecer.

Exactamente por mujeres así no había querido ir a la cena benéfica.

Con cautela, volví a dirigir mi mirada hacia el grupo. Una mujer, cuyo rostro no podía distinguir, estaba apoyada de espaldas contra una columna. Las otras mujeres formaban un grupo a su alrededor y me daban la espalda.

De nuevo se oyeron risas.

Como ninguna de las mujeres podía verme, las observé con más detenimiento. Todas llevaban vestidos elegantes. Pero algo en ellas parecía diferente a las mujeres que solía encontrar en este tipo de eventos. ¿Era su postura? ¿O su peinado? No podía determinarlo con exactitud. Al mirar más de cerca, no parecía que estas mujeres fueran a asistir a la cena benéfica y tampoco eran del tipo que aparecían en la primera página de una revista del corazón del brazo de un hombre.

Eso podría haberme tranquilizado.

Pero en su lugar, me puse más alerta.

Algo no encajaba con este grupo.

En ese momento, una de las mujeres se movió ligeramente a un lado, revelando a la mujer que estaba apoyada contra la columna.

Se me cortó la respiración.

Y por un momento, incluso sentí como si mi corazón se detuviera.

Era ELLA.

ELLA.

La mujer de la protectora de animales, que había acariciado al gato con tanto cariño y cuyos ojos azul profundo me habían fascinado tanto. Justo a esos ojos azul profundo estaba mirando ahora y parecían tan asustados como ayer.

¿A qué le temía esta mujer?

De nuevo se extendió en mí un impulso imposible. Si en la protectora había sentido el deseo de quitarle el gato de los brazos y acariciarlo con el mismo cariño, ahora quería apartar a las mujeres que reían, tomar de la mano a la mujer de los ojos azules y marcharme con ella.

No seas tan ridículo, Everett. Ni siquiera conoces a esta mujer. Tal vez siempre tenga esa mirada asustada, incluso cuando está bromeando con sus amigas. Quizá sea una de esas mujeres que tienen miedo a la vida.

Pero algo dentro de mí me decía que esta mujer no era así.

No es asunto tuyo, Everett. No te concierne en absoluto.

La mujer de los ojos azul profundo se llevó la mano al pelo y de repente tenía en la mano su pasador. Un pasador brillante y elegante que combinaba perfectamente con el vestido de gala azul claro con la parte superior discretamente brillante. Solo entonces me di cuenta de que la mujer de los ojos azul profundo vestía más elegantemente que las mujeres que la rodeaban.

Las mujeres estallaron en sonoras carcajadas. El dolor en los ojos azules pareció aumentar aún más y en su rostro uniforme con forma de corazón había una expresión de profundo abatimiento. Pero no pude ver más, porque el círculo alrededor de la hermosa desconocida se cerró de nuevo, impidiéndome verla.

¿El círculo se cerró de nuevo?

¡Igual que con Olivia!

Por un momento, mis pensamientos viajaron en el tiempo y aterrizaron en mi hermana pequeña Olivia. Era dos años menor que yo y había ido al mismo instituto. Pero mientras que a mí me gustaba ir a la escuela, para Olivia era una auténtica tortura. Cada día era humillada y acosada por sus compañeras de clase. Las otras chicas se burlaban de que el incisivo superior izquierdo de Olivia estaba ligeramente torcido y de que tenía las piernas ligeramente arqueadas al caminar. Recuerdo bien cómo Olivia le rogaba a nuestra madre cada mañana que no la obligara a ir a la escuela. A menudo había lágrimas en sus ojos cuando salíamos juntos del autobús escolar. Intenté proteger a Olivia lo mejor que pude, pero por supuesto no podía estar constantemente a su lado, sino que tenía que asistir a clase en mi propia aula.

Siempre que rescataba a Olivia del grupo de chicas que se burlaban, en sus ojos marrones había la misma expresión que ahora en los ojos azul profundo de la hermosa desconocida.

Me acerqué discretamente al grupo de mujeres.

Por supuesto, no quería ser un acosador. Pero simplemente tenía que asegurarme de que todo estaba bien y que la mujer estaba bien. Si ese era el caso, la dejaría en paz e iría a la cena benéfica.

—He oído que es organizadora de bodas —dijo una mujer regordeta con un vestido de corte poco favorecedor a sus compañeras. Dio un codazo a la mujer que tenía al lado—. ¡Organizadora de bodas! ¿Te lo puedes imaginar? ¡Fea como la noche, ni siquiera consigue un hombre para ella misma y luego planifica las bodas de otras personas! ¡Precisamente! —La mujer estalló en una risa estridente.

Las otras mujeres que la rodeaban se unieron.

—Oh Susan, esto es simplemente demasiado bueno —jadeó una con un vestido verde chillón, sujetándose el costado de tanto reír.

—Deberíais considerar que probablemente esa es exactamente la razón por la que planifica las bodas de otras personas —gritó una mujer alta y corpulenta con una voz particularmente estridente—. De otro modo nunca iría a una boda. ¿Cómo podría? Nunca se casará y amigos que la inviten, ya no tenía entonces. Seguro que eso no ha cambiado. ¡Sigue siendo tan fea y tonta como entonces!

Las mujeres chillaron.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Esto era peor que todo lo que Olivia había soportado jamás.

Pero, ¿por qué no se defendía la hermosa desconocida? No solo se veía mil veces mejor que todas las demás, sino que seguramente

también era mil veces más inteligente y agradable. ¡Podía superarlas fácilmente!

Así era también con Olivia, Everett. Recuérdalo. Ella tenía más ingenio que todas las demás. Pero contra el grupo nunca tuvo oportunidad.

¿Y por qué la hermosa desconocida no se iba simplemente? Olivia habría salido corriendo encantada, pero no podía evitar a sus acosadoras. No importaba si era en el aula, en la cafetería, en el gimnasio o en el baño: las chicas del instituto la acechaban en todas partes.

Pero aquí...

La desconocida solo tenía que salir del hotel y subirse al primer taxi que pasara, ¿no?

Fruncí el ceño y recordé algo que Olivia me había contado hace unos meses. Cuando hoy se encuentra en una situación que le recuerda a sus tormentos de entonces, literalmente se congela. Simplemente se queda ahí, tan indefensa como entonces, y espera a que todo pase. Aunque está en el presente, su cuerpo reacciona como entonces y soporta los tormentos en silencio, como si no hubiera otra opción.

¿Estaría pasando algo así con la hermosa desconocida?

Eso no importa, Everett.

TÚ vas a ayudarla ahora.

Igual que ayudaste a Olivia entonces y como la ayudarías hoy de nuevo.

Respiré hondo y di un paso decidido hacia adelante.

—Disculpen, señoras —me abrí paso entre la mujer regordeta con el vestido gris poco favorecedor y la de la voz especialmente estridente —. Si me permiten interrumpir un momento.

Las mujeres dejaron de reír y me miraron fijamente.

Pero yo solo tenía ojos para la hermosa desconocida. Me habría encantado tomarla en mis brazos inmediatamente y sacarla del hotel.

Y entonces...

¿Entonces qué, Everett?

Ella no es Cenicienta y tú no eres el príncipe.

—Oh, SU interrupción la perdonamos encantadas. ¿Verdad, chicas? —La mujer con la voz estridente soltó una risita. Sus amigas le siguieron.

La hermosa desconocida no se rió. Me miraba fijamente. Y con eso, para mí la cosa estaba clara. No pertenecía al grupo. Era la marginada, constantemente acosada. Justo como Olivia.

Guiñé un ojo a la mujer de forma tranquilizadora e intenté señalarle: *No te preocupes, te sacaré de aquí. Déjamelo a mí.*

De hecho, las comisuras de la boca de la hermosa desconocida parecieron elevarse un milímetro. Me sonrió, pero tan imperceptible y secretamente que ninguna de las otras mujeres lo notó.

Mi corazón se ensanchó.

Era solo un milímetro, pero ese milímetro significaba más para mí de lo que jamás habría creído posible.

Me habría encantado devolverle la sonrisa. Pero eso habría sido precipitado. Todavía no habíamos ganado la partida contra las otras mujeres, la hermosa y yo. Y aún no quería que las brujas malvadas supieran que la hermosa y yo ahora estábamos haciendo causa común.

Pronto lo sabrían, pero a MI manera. De una forma que las dejaría sin habla.

Me abrí paso un poco más y ahora estaba justo delante de la hermosa desconocida. Le guiñé el ojo de nuevo.

Sígueme el juego. No te pasará nada. Conmigo estás segura.

Eso quería transmitirle.

Los ojos de la desconocida se abrieron de par en par. Y de nuevo se elevaron las comisuras de sus labios. Esta vez incluso dos milímetros.

—Cariño. ¿Por qué te escondes aquí? Te he estado buscando por todas partes —con estas palabras me incliné hacia adelante y fingí soplar un beso en la oreja de la hermosa desconocida. Un ligero aroma a flores me envolvió y me habría encantado cerrar los ojos y entregarme a la fantasía de que esta mujer y yo corríamos juntos por un prado estival.

¿Puede ser más cursi, Everett?

—Yo... —La desconocida intentó dar una respuesta, pero era evidente que la situación la superaba. Al menos me sacó de mis sueños cursis. Y eso era mejor así. Yo era Everett Rockwood y tenía un trabajo que hacer aquí. Después de rescatar a esta mujer, tenía que representar a mi empresa en una cena benéfica.

¡Un momento!

¿Por qué no matar dos pájaros de un tiro e ir con la mujer a la cena benéfica? Así, un evento obligatorio y molesto podría convertirse en una noche bastante agradable.

—Simplemente sigue el juego —le susurré ahora a la desconocida al oído y luego me retiré un poco. El aroma a flores permaneció en mi nariz.

—Ya sabes, nos esperan puntualmente —cogí la mano de la hermosa desconocida. Todavía no conocía el nombre de esta mujer. ¿Cómo se llamaría?

—Impuntual, sí, eso siempre lo fue —la voz estridente detrás de mí me hizo dar la vuelta.

—¿Hay algún problema entre ustedes y mi prometida? —Mi voz era profunda y dura. Solo sonaba así en negociaciones con socios comerciales desagradables.

—¿Su... prometida? —La mujer con la voz estridente parecía de repente bastante sumisa.

—Prometidos —confirmé y apreté la mano de la hermosa desconocida. Me volví hacia ella y miré de nuevo a los ojos azul profundo—. Realmente siento que hayas tenido que esperar tanto,

cariño. El senador me ha retenido como siempre. A veces realmente no hay quien lo pare. Pero por lo que veo, has encontrado una compañía agradable —hice un movimiento de cabeza hacia las mujeres y sonreí ampliamente—. Por supuesto, me encantaría conocer a tus amigas, pero lamentablemente no tenemos tiempo para eso. Nos están esperando.

Por el rabillo del ojo, noté cómo los rasgos faciales de la mujer con la voz estridente se descomponían.

Bien.

Parecía ser la líder. Pero ahora no podía pronunciar ni una palabra.

Había desarmado a mis enemigas.

O mejor dicho: había desarmado a las enemigas de la hermosa desconocida.

Objetivo cumplido.

Saludé con la mano a las mujeres y me llevé a la hermosa desconocida conmigo. Salimos del círculo de sus acosadoras. Su mano estaba cálida y suave en la mía, y mientras caminábamos por el vestíbulo, creí sentir cómo la mujer a mi lado se erguía cada vez más y adoptaba una postura cada vez más recta.

Bien.

Solté su mano y puse un brazo alrededor de sus hombros.

Que las mujeres, que seguramente nos miraban fijamente, tuvieran algo de qué cotillear.

Además, todo esto se sentía condenadamente bien.

Capítulo 9

Melody

Caminaba lentamente junto al hombre por el vestíbulo.

¿Adónde me llevaba? ¿Qué pretendía hacer conmigo? En mi cabeza los pensamientos se agitaban caóticamente. ¿Sería este tipo peligroso? Ciertamente no tenía aspecto de villano. Al contrario, parecía alguien en quien podrías confiar fácilmente. Sí, su voz había sonado profunda y dura antes. En su tono había resonado una advertencia. Pero esa advertencia estaba dirigida a Ginny y su pandilla.

Mi mano descansaba cómodamente en la suya. La mano del hombre se sentía cálida y firme, y ejercía exactamente la presión adecuada, donde me sentía guiada pero no arrastrada. Era como si ya me hubiera tomado de la mano muchas veces.

Sí, eso era lo más extraño de todo. El hombre me resultaba FAMILIAR. Parecía tan conocido, como si nos conociéramos desde hace tiempo.

Y en cierto modo, era cierto. Nos conocíamos. Lo había visto en el refugio de animales.

Sé razonable, Melody. A una persona que has visto UNA VEZ no la conoces todavía. Si no, conocerías a mucha gente. Estamos en Nueva York. Ves a miles de personas cada día y a la mayoría no las conoces. A la mayoría nunca las vuelves a ver.

¿Qué significaba realmente conocer a alguien? ¿Conocer a alguien de verdad? Yo también creía conocer a mi ex, y luego resultó que no era en absoluto el hombre que había creído. No había sido la persona buena, atenta y fiable que yo buscaba, sino todo lo contrario.

Al recordar aquellos tiempos, mi estómago se contrajo desagradablemente y un escalofrío recorrió mi espalda. Tensé los hombros. El hombre a mi lado pareció notarlo, porque de repente soltó mi mano. Sentí como algo desagradable la pérdida de ese contacto.

Un segundo después, el desconocido puso su brazo alrededor de mis hombros. —No tengas miedo —murmuró—. No van a volver. No se atreverían.

¿Ellas?

Estaba hablando de Ginny y su grupo.

Apenas pensaba en eso ahora. En este momento solo podía pensar en cómo se sentía el brazo del desconocido.

Seguro.

Se sentía seguro. Me hubiera encantado simplemente dejarme caer en él y cerrar los ojos. Y entonces...

Melody. No pienses tonterías. Esto es Nueva York y estamos en el siglo XXI. La Cenicienta solo existe aquí y ahora como mucho en un musical de Broadway. O en el cine. En la realidad, ese cuento de hadas no existe.

Mi piel hormigueaba donde el desconocido me tocaba, y mi cuerpo parecía relajarse y a la vez palpitar con excitación. ¿Qué significaba esto? Nunca había experimentado algo así. Con mi ex siempre había estado tensa, como me di cuenta en ese momento. Constantemente había estado esperando que ocurriera algo terrible. Ni siquiera me había dado cuenta de ello. Al contrario, hasta me había parecido NORMAL. Quizás porque había pasado gran parte de mi vida así. Después de todo, siempre había tenido que estar alerta en el instituto. Ginny y su grupo siempre inventaban nuevas maldades para las que tenía que estar preparada.

Y ahora estaba relajada por primera vez en mucho tiempo.

Se sentía tan nuevo y desconocido que me detuve abruptamente.

El desconocido dejó caer su brazo. De nuevo sentí una sensación de pérdida. Me hubiera encantado pedirle que me abrazara completamente y me protegiera para siempre.

¡Melody! ¿Has perdido la cabeza? Tienes que protegerte tú misma, lo sabes perfectamente. Si la vida te ha enseñado algo, es ESO.

—Todo está bien —repitió el desconocido, mirándome penetrantemente. Parecía saber cómo me sentía. Con este pensamiento, de repente mi labio inferior comenzó a temblar. Toda

mi vida había buscado protección y consuelo sin encontrarlos en ninguna parte. En el instituto no había tenido apoyo, y mi ex nunca me había respaldado. Más bien había empeorado las cosas. ¿Y ahora aparecía este hombre, que ni siquiera me conocía, captaba la situación de un vistazo y sabía exactamente qué hacer? No podía ser. Esas cosas no existen.

—A mi hermana también la acosaban antes —dijo entonces el desconocido.

Por un momento sentí que estaba a punto de romper en lágrimas. Simplemente porque por fin me sentía segura. Pero luego me mordí los labios y tragué saliva. Con cuidado, miré hacia atrás al vestíbulo. Ginny y su grupo seguían allí, mirándonos fijamente. Si me despedía ahora y me iba a casa, el drama volvería a empezar, y el desconocido me habría rescatado para nada.

—Era como en el instituto —me encogí de hombros impotente y miré al hombre.

Asintió con severidad. Me reconfortó infinitamente que alguien pareciera indignado por el sufrimiento que me habían causado.

—Y si ahora me voy a casa... —No terminé la frase, solo lancé una mirada significativa hacia Ginny y su grupo.

—Entonces no se vaya a casa —el desconocido tomó mi mano nuevamente—. Acompáñeme a la cena benéfica y siga fingiendo ser mi prometida.

Mi piel hormigueaba. Mis dedos se acoplaban agradablemente en la mano del hombre, como si pertenecieran allí. No deseaba nada más que acompañarlo.

Pero, ¿en qué me estaba metiendo? ¿Debería fingir estar comprometida con alguien que ni siquiera conocía? Ni siquiera sabía cómo se llamaba el hombre. ¿Quién me aseguraba que no tenía segundas intenciones? Cualquier neoyorquina conocía a esos hombres que frecuentaban eventos benéficos o bares caros examinando a las mujeres presentes. Todos tenían un solo objetivo: conquistar a alguien para una noche.

Y yo no era así. Nunca había sido ese tipo de mujer y nunca lo sería. Tampoco quería serlo. No era una mujer de una noche.

—Yo... no creo que sea el tipo de mujer que está buscando. Y además, ni siquiera conozco su nombre —intenté liberar mi mano. En vano. El hombre simplemente la sujetó.

En sus ojos destelló una chispa divertida. —Me llamo Everett. ¿Y qué tipo de mujer estoy buscando? —una sonrisa se dibujó en su rostro. De repente parecía casi juvenil. Y aun así, condenadamente atractivo.

—Yo... —tartamudeé avergonzada y sentí cómo me sonrojaba. Dios mío, ¿qué había dicho?

Everett seguía sonriendo. Luego se inclinó hacia adelante y me susurró al oído: —No estoy buscando a ninguna mujer. Pero para salvarte de las garras de esas arpías, fingiré que sí. Iremos a la cena, pasaremos una buena noche y después te irás a casa. O te acompaño, como prefieras —Everett se enderezó de nuevo—. ¿Trato? —preguntó.

Mordisqueé mi labio inferior con indecisión. Pero, ¿qué tenía que perder? Nada. Se trataba de una cena benéfica. Habría mucha gente en este evento. No tenía idea de cuántos invitados habría, pero seguramente serían al menos cien o más.

Un pensamiento destelló en mi mente. ¿Quizás podría encontrar clientes potenciales allí?

Me armé de valor. La noche no podía empeorar más de lo que ya había sido, ¿verdad?

Levanté la cabeza y miré directamente a los ojos de Everett. —Soy Melody.

Everett asintió satisfecho. —Trato hecho —dijo, y me guió de la mano.

Me detuve. —¿Y si no hay sitio para mí? O... —no continué. Un pensamiento inquietante se formó en mi mente: ¿Y si Everett realmente había tenido una acompañante para esta noche y ella había cancelado? ¿Era yo solo un reemplazo conveniente?

De nuevo mi estómago se contrajo desagradablemente.

—No te preocupes por eso —Everett sonrió—. Eso es una minucia para los organizadores. Lo arreglarán.

Pensé en las bodas que había planificado. No era precisamente una minucia cuando alguien aparecía en el último momento con un acompañante que no había registrado. Me había pasado una vez. Pero lo había resuelto. Everett tenía razón.

Y lo principal de su comentario era: Yo no era el comodín de última hora que tenía que sustituir a otra persona.

Everett pareció sentir que algo había cambiado en mí.

—¿Vamos? —tiró suavemente de mi mano hacia los carteles donde se mostraba el logotipo redondo, naranja claro de la organización benéfica para la que se recaudaban fondos esa noche.

Asentí y caminé con Everett hacia las altas puertas dobles.

Everett me ofreció su brazo.

Parecíamos una pareja, aunque no lo éramos ni nunca lo seríamos.

Media hora después, estaba sentada bajo el alto techo de un salón de baile, mirando a mi alrededor con asombro. Aunque como organizadora de bodas estaba acostumbrada a la elegancia. En las bodas no faltaban decoraciones elegantes, elementos de belleza con estilo y hermosos detalles para la vista, al menos no cuando yo era la responsable.

Pero esto era algo completamente diferente. Todo el salón irradiaba nobleza. Aquí se podía literalmente oler el dinero. Mis clientes anteriores seguramente no habían sido pobres, pero ninguno de ellos había sido realmente rico. Al menos no tan rico como los invitados presentes aquí.

Miré a mi alrededor. Bajo las resplandecientes arañas había numerosas mesas redondas. En las sillas de respaldo alto se sentaban personas de todas las edades, conversando animadamente. Pero estos no eran personas CUALQUIERA. ¿No conocía a ese hombre de allí por los periódicos? ¿Era un jugador de baloncesto, no? Y la mujer en la mesa de al lado también me resultaba familiar. ¿Una modelo quizás? ¿O una actriz? No lo sabía exactamente.

Mientras seguía recorriendo la sala con la mirada, al menos diez caras me resultaban familiares. Y esas eran solo las personas cuyas caras podía ver. Otras estaban sentadas de espaldas a mí o giraban la cabeza porque hablaban con sus compañeros de mesa. Toda la sala debía estar llena de celebridades.

¿Y aquí quería encontrar clientes?

La idea era ridícula.

El asunto era simplemente demasiado grande.

Everett pareció sentir que algo pasaba dentro de mí y puso tranquilizadoramente su mano sobre la mía. Cálida y firme. Miré a los ojos del hombre que me había traído aquí.

—Todo irá bien —Everett me sonrió. Respiré profundamente. Pero antes de que pudiera decir algo, una voz fuerte sonó a mi espalda.

—¿Everett, en mi mesa? ¿Y con una compañía tan encantadora? Qué maravillosa sorpresa.

Me di la vuelta, pero el hombre que había saludado a Everett ya se deslizaba a su lado y retiraba una de las sillas de la mesa. Una mujer elegantemente vestida de mi edad se sentó y me sonrió. —Esta es Janice. Y yo soy Parker —se presentó el hombre.

—Melody —dije, mirando con cautela a Everett.

—Parker y yo nos conocemos del club de negocios. Tiene una empresa de software muy conocida aquí en Nueva York. Y Janice es su encantadora novia —Everett apretó brevemente mi mano y luego saludó a su amigo.

—Prometida, Everett, prometida. Janice y yo nos casaremos pronto.

—Felicidades —dije, sonriendo a ambos—. Entonces les esperan unas semanas y meses emocionantes.

—Ay —se quejó Janice—, emocionantes es quedarse corto. Todas las cosas que hay que organizar para una boda. Hay que pensar en cada detalle y al final hay que llamar a todo el mundo para seguimiento.

—Te dije, cariño, que buscáramos a alguien que se encargara de todo eso por nosotros. Pero no quisiste —Parker se encogió de hombros y miró de mí a Everett y de vuelta—. ¿Qué puedo hacer entonces?

—No quiero dejar la dirección de mi boda a alguien que ni siquiera conozco. Todo es tan impersonal. Se supone que debe ser NUESTRO día más hermoso y no algo cualquiera —Janice sacudió la cabeza enérgicamente.

—¿Qué opina usted, Melody? ¿Contrataría a una organizadora de bodas? —Parker me miró con curiosidad.

Tragué saliva. En pocos minutos, la conversación había tomado un giro completamente inesperado.

Ahora ha llegado tu oportunidad, Melody.

—Lo haría —sonreí a Janice y Parker—. Aunque soy un poco parcial en este aspecto. Como soy organizadora de bodas, difícilmente puedo afirmar que prescindiría de mis propios servicios, ¿verdad? —les guiñé un ojo a Janice y Parker. Y en ese momento, finalmente se disolvió la tensión restante en mi interior. Aquí todo podría ser más

fino y elegante de lo que estaba acostumbrada, y la gente podría ser famosa, prominente y sobre todo rica... Pero me sentía cómoda. Me sentía completamente cómoda.

Esto se debía en gran parte a la tranquilizadora presencia de Everett.

—¿USTED es organizadora de bodas? —Janice me miró sorprendida.

Asentí y sonreí.

—Parece tan... tan agradable y tan organizada y... —Janice parecía no saber qué decir.

Así que tomé la iniciativa. —Si aún necesita apoyo con su boda, ¿por qué no pasa por mi oficina en los próximos días? Junto con Parker. Entonces me cuenta cuáles son sus mayores problemas y vemos si puedo ayudarle y en qué exactamente —le sonreí a Janice—. Sin compromiso, por supuesto. Si descubrimos que no congeniamos, se va a casa y olvidamos todo.

—Yo... no lo sé —Janice parecía indecisa.

—No tenemos nada que perder, cariño —Parker dio un pequeño codazo a Janice—. Un poco de ayuda no vendría mal. Entonces finalmente estarías un poco más relajada y yo podría disfrutar más de ti —se inclinó hacia su prometida, le dio un beso en la mejilla y le susurró algo al oído.

—Está bien —dijo Janice—. Concertaremos una cita para la próxima semana. Realmente podría necesitar algo de ayuda.

En ese momento, Everett también apretó mi mano.

Me mordí el labio para asegurarme de que no estaba soñando.

La velada, que había comenzado como una pesadilla, se estaba desarrollando mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Capítulo 10

Melody y Everett

Melody

—¿Cómo que no bailas? ¿Es que acaso no sabes bailar? ¿Siendo organizadora de bodas? —Janice me miró con incredulidad.

Acabábamos de disfrutar de nuestro postre y los diligentes camareros con fracs negros se apresuraban entre las mesas, recogiendo platos y sirviendo café y té. Me había reclinado en mi asiento y por un momento cerré los ojos. Hacía mucho tiempo que no pasaba una velada tan maravillosa.

En ese instante, alguien —¿el organizador?— había declarado abierta la pista de baile y la música había comenzado a sonar. Cuando abrí los ojos de nuevo, Parker había tomado la mano de Janice y ambos se habían levantado.

—Vamos —nos instó Janice a Everett y a mí—. Los cuatro inauguraremos el baile juntos. Así todos los demás nos seguirán. —

Los ojos verde claro de Janice brillaban de entusiasmo. Alzó sus perfectas cejas y miró de Everett a mí.

En ese momento me di cuenta dolorosamente de que mi propia ceja estaba dividida por una cicatriz y que solo por eso ya me diferenciaba de todas las demás mujeres de la sala. Yo no pertenecía a este lugar. No me parecía a todas las demás y, en realidad, ni siquiera estaba invitada. Desde luego no iba a convertirme ahora en el centro de atención siendo una de las primeras en salir a la pista de baile.

¿Qué había dicho Ginny en la fiesta de graduación de nuestro instituto? Que bailaba como un caballo con patines. Al recordar las risas burlonas, mi cuerpo se tensó de nuevo. Como si de repente fuera varios años más joven y estuviera otra vez entre mis compañeras de clase.

Maldita sea, Melody. ¿Por qué no puedes olvidarlo sin más? Fue hace tanto tiempo. Se acabó, se acabó, se acabó. Nadie se reirá de ti aquí. Son todos demasiado finos para eso.

Nadie se reiría de mí. Pero eso no significaba que no fuera a hacer el ridículo. Y eso sería más que una pesadilla. No solo había visto caras conocidas en la sala, sino también a algunos representantes de la prensa. Por supuesto. Esto era una cena benéfica. Los organizadores querían aparecer en la prensa para promocionar su buena causa. Y quienes hacían donaciones querían aparecer en la prensa para promocionarse a sí mismos y a sus empresas.

Yo no quería salir en la prensa. Y precisamente por eso no quería bailar. Miré a Janice y negué con la cabeza, ante lo cual Janice me miró con incredulidad.

Sentí cómo me sonrojaba de nuevo. ¿Qué debía responder ahora? Si no bailaba, quizás mi negocio con Janice estaría en peligro. No podía permitírmelo. Pero SI bailaba, también estaría en peligro. Seguro que Janice no contrataría a una organizadora de bodas que bailaba como un caballo con patines. Cerré los ojos y deseé por primera vez, desde que había entrado en la sala, estar en otro lugar. En casa, en mi sofá. Allí no existía este dilema y allí nadie me observaba, garantizado. A Darleen le daba absolutamente igual si tropezaba o no.

—Ella sí baila —dijo entonces Everett y de repente puso su mano sobre la mía. De nuevo sentí ese familiar calor. Me habría encantado cerrar los ojos y abandonarme completamente a esa sensación. Aquí había alguien que me sostenía, que me recogía, que me daba apoyo.

¡Melody, qué soñadora eres!

—Sin embargo, bailo todo menos bien. Incluso logré arruinar nuestro baile de compromiso —anunció Everett con una amplia sonrisa—. Si Melody dice que no quiere bailar, en realidad solo quiere evitarme la vergüenza de hacer el ridículo delante de toda esta gente.

Respiré aliviada y miré a Everett. Me apretó la mano. Una vez más, había percibido exactamente lo que yo quería y necesitaba, sin que hubiera dicho una sola palabra. ¿QUIÉN era este hombre?

***

Everett

Melody se relajó de nuevo a mi lado.

¿QUIÉN era esta mujer?

No conseguía entenderla. En un momento parecía tan alegre y conversaba animadamente con Janice, y al siguiente se replegaba en su caparazón sin que pareciera haber motivo para ello. No habría deseado nada más que bailar con ella, pero sencillamente parecía no querer.

—¿Baile de compromiso? No habéis mencionado ni una palabra sobre que estáis comprometidos. —Janice chilló emocionada.

Melody se tensó otra vez.

—Ah... —Hice un gesto despreocupado con la mano. Después me incliné hacia delante—. Queríamos mantenerlo bastante en privado durante un tiempo. Simplemente disfrutar de algo más de tiempo juntos y no hacer un gran asunto de ello.

Janice frunció el ceño. Parecía no entender mis argumentos. Pero luego se encogió de hombros. —Entonces al menos deberíais recuperar el baile de compromiso. ¿Y dónde podría ser mejor que aquí? —La prometida de Parker nos miró insistentemente.

Suspiré para mis adentros. Parker me caía bien y su prometida también era agradable. Pero al mismo tiempo era increíblemente pesada. No se daba por vencida cuando quería algo. A Parker no parecía importarle demasiado.

—Vamos, Everett —ahora también Parker intentaba convencerme. Hacía buena pareja con Janice.

Miré a Melody. Mis ojos recorrieron su dulce rostro. Los ojos azul profundo ya no parecían tan asustados como antes. Había cierta

timidez en ellos, pero también una especie de confianza. ¿Confianza en mí? Con ese pensamiento me invadió una calidez interior. No deseaba nada más que liberar por fin a Melody de sus inhibiciones. Agarré los dedos de Melody con más firmeza con mi mano e inclinándome hacia ella.

—Bailemos. Así estos dos por fin nos dejarán en paz —le susurré al oído y la levanté. Dirigiéndome a Parker y Janice dije—: Os lo advierto. Si os choco por detrás, no podréis decir que no os lo advertí. Soy aún peor bailarín de lo que creéis. —Después rompí en una sonora carcajada.

La mano de Melody temblaba un poco en la mía, pero se relajó de nuevo al oírme reír.

Muy bien.

Habría hecho cualquier cosa para que se sintiera cómoda.

Con pasos rápidos y decididos, conduje a Melody hacia la pista de baile. Cuanto antes nos moviéramos juntos al ritmo de la música, más rápido perdería Melody su nerviosismo. Estaba seguro de ello. Había visto cómo se movía por el pasillo en el refugio de animales. Tenía una gracia natural y su cuerpo se adaptaba perfectamente al ritmo de su entorno. Tenía que ser una bailarina innata.

Además, ya no estábamos solos en la pista de baile. Durante nuestra discusión ya habían sonado las primeras canciones y algunas parejas giraban bajo la brillante bola de discoteca. Sonaron los primeros compases de la siguiente canción.

That's What Friends Are For

Por supuesto. Apenas había un evento benéfico donde no se tocara esta canción. No me gustaba especialmente, pero ahora parecía perfecta: lo suficientemente lenta para tomar a Melody en mis brazos. La atraje hacia mí y puse un brazo en su espalda. Melody volvió su rostro hacia mí. Sus labios carnosos estaban ligeramente entreabiertos y respiraba un poco más superficialmente. Así que sí estaba nerviosa. Le sonreí tranquilizadoramente.

—Si ya no quieres seguir bailando, simplemente empújame. Entonces te pisaré y nos iremos de aquí —le susurré al oído y después me erguí completamente.

Melody me miró con incredulidad. Luego sus labios se curvaron en una sonrisa. —¿En serio? —Leí las palabras más de sus labios que entenderlas.

Asentí. —En serio.

Los ojos de Melody destellaron animados y de repente se rio. Se rio de verdad. No solo levantó los labios uno o dos milímetros, sino que estalló en una risa que sacudió todo su cuerpo. Involuntariamente, la apreté un poco más contra mí. Un leve aroma a flores me envolvió y los pechos de Melody tocaron mi cuerpo.

Error, Everett.

Me habría encantado estrechar a Melody entre mis brazos. Pero algo dentro de mí me decía que no debía hacerlo. La mujer en mis brazos parecía independiente y autónoma. Tenía su propia empresa, ayudaba en el refugio de animales y aparentemente se las arreglaba bien en la vida. Sin embargo, antes había visto su otro lado: era frágil y vulnerable. En ella dormitaban viejas heridas que aún no habían sanado y que podían abrirse en cualquier momento si alguien

la tocaba inesperadamente. Melody se mostraba a veces tan retraída para protegerse a sí misma. Pero, ¿de qué?

Pensativo, observé la cicatriz que dividía la ceja derecha de Melody en dos partes y que hacía que su rostro fuera aún más interesante. No, Melody no era una mujer cualquiera. Era alguien sobre quien sentía más y más curiosidad cuanto más veía de ella. Dejé que mis ojos recorrieran arriba y abajo la cicatriz. ¿Qué había pasado allí? ¿Quién o qué había herido tanto a Melody? ¿Había sido un accidente?

Un pensamiento me atravesó.

¿Quizás por eso Melody tenía tanto miedo de aquellas mujeres?

Las mujeres también podían ser crueles y violentas. Olivia lo había experimentado en carne propia.

Melody movió ligeramente la cabeza. La horquilla en su pelo comenzó a deslizarse. Llevé una mano al cabello de Melody. Cabellos sedosos y suaves, entre los que me habría encantado pasar mis dedos. Que me habría gustado despeinar un poco para sentirlos mejor.

Melody contuvo la respiración.

Antes de que el miedo alcanzara sus ojos, retiré mi mano y me detuve. Entonces sostuve la horquilla ante los ojos de Melody.

—Creo que tienes que arreglarte el pelo. —Sonreí a Melody y la llevé al borde de la pista de baile. Me habría encantado seguir bailando con ella. Pero no quería tentar al destino.

Para mi alivio, Melody se rio. —Esto me pasa constantemente. Si supieras cuántas horquillas, sprays y otros productos he probado ya. Pero nada ayuda, absolutamente nada. Todo se desliza de mi pelo y cualquier peinado se deshace después de un rato. No sé qué hacer. —Melody tomó la horquilla de mi mano y se arregló el peinado.

Así sin más.

Sin coquetear con ello.

Sin desaparecer en el baño durante una hora.

Ni siquiera sacó un peine o cepillo de su bolso.

Simplemente se arregló el peinado.

Observé los movimientos rápidos, graciosos y experimentados con los que Melody volvía a poner en orden su cabello. Como si lo hiciera todos los días.

Everett, hombre, lo hace todos los días.

—Señora, señor, ¿puedo traerles algo? —Un camarero con frac negro hizo esta pregunta. Evidentemente, no se veía con buenos ojos a los invitados que no bailaban ni bebían.

Miré interrogante a Melody. Ella ladeó la cabeza. —Aún no lo sé. Pide tú primero, si quieres algo.

—Un Cosmopolitan —le dije al camarero.

Melody tosió ligeramente y luego se rio. —¿Un Cosmopolitan? ¿A TI te gusta el Cosmopolitan?

—¿Algún problema? —Arqueé las cejas con fingida severidad. En el fondo me alegraba de haber captado la atención de Melody con mi elección de bebida.

¿Qué me pasaba?

¿Qué me estaba haciendo esta mujer?

Antes de que pudiera seguir reflexionando, Melody soltó una risita. —Pensaba que era una bebida de mujeres. —Una chispa desafiante brilló en sus ojos al decirlo.

—¿Ah, sí? —De nuevo arqueé las cejas—. ¿Una bebida de mujeres? ¿Como el boxeo es un deporte de hombres?

—No lo he dicho así —se defendió Melody—. Solo que... no me lo esperaba de ti. —Ladeó la cabeza y mordisqueó su labio inferior con los dientes.

—¿Qué esperabas entonces de mí? —quise saber. Aunque acababa de desafiar a Melody, estaba disfrutando visiblemente de la conversación. O quizás precisamente por eso. Sí, se había burlado de mi pequeña peculiaridad, pero de la misma manera en que uno bromea con un viejo amigo. En su risita no había nada de arrogancia. Me sorprendí al darme cuenta de que me sentía tan a gusto con Melody como normalmente solo me sentía con Joe. Nunca antes me había pasado algo así. Y mucho menos con una mujer.

Melody frunció el ceño. —Tampoco lo sé exactamente... —Me examinó pensativa—. Desde luego tampoco pareces un bebedor de

whisky.

Un carraspeo nos interrumpió. —¿Qué le puedo traer, señora? —El camarero seguía a nuestro lado esperando el pedido de Melody.

—Yo también tomaré un Cosmopolitan —se unió Melody a mi elección.

—Ajá —se me escapó con cierta satisfacción. Entonces sonreí a Melody—. Ahora tienes que revelarme uno de tus secretos.

Melody pareció pensarlo. Entonces volvió a aparecer ese brillo en sus ojos y se puso de puntillas. Con una mano se apoyó en mi hombro. —Odio el pastel de boda —me susurró al oído—. Suele ser demasiado dulce y muy pesado.

Me reí. —¿En serio?

Melody se alejó de mí y asintió.

En ese momento, un flash de cámara destelló junto a nosotros. Ambos nos volvimos sorprendidos. —Disculpen. En realidad no hago fotos sin preguntar. Pero se veían tan dulces e íntimos, los dos riendo juntos. —Una reportera bajó su cámara y nos miró interrogante.

—No pasa nada —dije quitándole importancia. Simplemente quería seguir disfrutando del tiempo con Melody sin interrupciones. La reportera debería desaparecer lo antes posible. Miré a la mujer con insistencia.

Pareció entenderme. —¿Una última foto?

Suspiré. —Vosotros, los buitres de la prensa, nunca podéis dejarlo estar.

—Nunca le habíamos visto antes con una mujer, señor Rockwood. —La reportera chasqueó la lengua.

—He mantenido a mi prometida escondida de vosotros por buenas razones. Simplemente sois... —No pude terminar mi frase. Mi teléfono vibró en el bolsillo de mi pantalón.

¿Quién me llamaba a estas horas? Había configurado el teléfono específicamente para que solo pudieran contactarme unas pocas personas. Mi familia. Joe. Jessica.

Tenía que ser una emergencia.

Me alejé unos pasos y saqué el teléfono de mi bolsillo.

—¿Hola? —dije tan bajo como fue posible.

—Tienes que venir inmediatamente. —La voz de Jessica sonaba sin aliento.

—Pero... —No quería irme de aquí.

—Es realmente urgente. —Jessica sintió mi resistencia—. De todas formas no querías ir a esa cena benéfica, así que alégrate de que te dé ahora una razón para marcharte.

—¿Qué ha pasado? —quise saber.

—Te lo diré cuando estés aquí. —Jessica colgó.

Miré enojado mi teléfono. Pulsé "Volver a llamar", pero Jessica no contestó. Apenas pude contener una maldición. Entonces miré con pesar a Melody.

Qué lástima.

Mejor así, Everett. Esta mujer es peligrosa para ti. Demasiado peligrosa.

Y así me dispuse a explicarle a Melody que ahora tenía que irme urgentemente.

Capítulo 11

Melody

Pip.

Pip.

Pip.

Somnolienta, estiré el brazo y tanteé buscando el despertador. ¿Dónde estaba el maldito aparato? Normalmente lo colocaba justo donde podía alcanzarlo desde la cama.

Pip.

Pip.

Pip.

Los pitidos del despertador se hacían cada vez más fuertes y sonaban en intervalos más cortos. La pequeña caja negra no se

callaría hasta que me levantara. O hasta que pulsara la tecla de repetición, algo que solía hacer todas las mañanas. Me encantaba acurrucarme bajo las mantas cinco o diez minutos más y abandonarme a mis ensoñaciones o ilusionarme con el día que me esperaba.

Pip.

Pip.

Pip.

Por fin alcancé el botón de repetición y el despertador guardó silencio.

Me giré de lado, mi posición favorita para dormir, y me hice un ovillo de nuevo. Hoy tenía mucho sobre lo que soñar. La noche anterior había transcurrido de forma completamente distinta a lo planeado. Había vuelto a ver al hombre de la protectora de animales y se había mostrado tan atento y servicial como cualquier mujer podría desear. Me había salvado de mis acosadoras y había pasado una agradable velada conmigo. Nadie había hecho algo así por mí nunca.

Pero entonces alguien le había llamado y había desaparecido sin más. Así de simple. Justo cuando nos estábamos riendo juntos y habíamos pedido unos cócteles demasiado dulces, se despidió sin pedirme mi número o siquiera insinuar que le gustaría volver a verme. Simplemente se marchó.

Me había despedido de Janice y Parker, alegando que Everett había tenido que atender una emergencia y que me encontraría con él más tarde en casa. Nada podría haber estado más lejos de la verdad.

Así es la vida, Melody. Hay algo de verdad en las burlas de Ginny. No consigues que un hombre que sea encantador, agradable y maravilloso se interese por ti de forma permanente. De alguna manera, espantas a todos estos hombres y solo atraes a los que no valen nada.

De repente, sentí frío a pesar de estar en mi cálida cama.

No sirve de nada darle tantas vueltas. Eso no le hará volver. Mejor piensa en lo que tienes por delante. Hoy vas a ir de compras con Darleen porque necesitas urgentemente un nuevo conjunto de trabajo.

Eso era algo que me ilusionaba. Que ME IBA a ilusionar. Con determinación, me incorporé y balanceé mis piernas hasta el suelo. Apagué el despertador, me levanté y me estiré. Hoy sería un buen día. Y ayer era simplemente un bonito recuerdo. Nada sobre lo que debiera pensar demasiado. La vida continuaba.

Al abrir la puerta, oí a Darleen trajinando en la cocina. Perfecto, ya estaba vestida y yo podría ir al baño. Una ducha me sentaría bien ahora. Después me sentiría como nueva.

Cuando entré en la cocina media hora después, ya me sentía mejor, pero aún no como nueva. Para eso probablemente me faltaba un café. Sin embargo, el aromático olor de la bebida caliente ya se extendía por el pasillo. Darleen ya había preparado café. Ese era uno de los grandes beneficios de tener una compañera de piso madrugadora. Casi todas las mañanas me esperaba una taza de café cariñosamente preparada. Probablemente no muchas mujeres podían decir lo mismo.

—Buenos días —saludé a Darleen.

—Buenos días. —Darleen me miró de manera elocuente. Elocuente y también un poco... ¿decepcionada? Debía estar equivocada. ¿Por qué iba a estar decepcionada? Entonces mi compañera de piso dijo —: No estaba segura de si debía contar contigo hoy, pero después de oír tu despertador hace un rato, supe que estabas aquí.

—¿Contar conmigo? —No tenía ni idea de qué hablaba Darleen. ¿Por qué no iba a estar aquí?

—Bueno, después de lo de anoche... —Darleen arqueó las cejas.

Me sonrojé ligeramente. ¿Había oído Darleen que llegué tarde a casa? Aunque Everett se había ido abruptamente, me había quedado fuera mucho más tiempo de lo planeado. Pero ¿por qué eso haría que Darleen no contara conmigo esta mañana? Seguía sin entender de qué hablaba.

—Me siento un poco rara —dijo Darleen entonces—. Que no me hayas contado nada... Entiendo que necesites resolver ciertas cosas contigo misma primero. Lo que te ha pasado no es poca cosa. Tienes un pasado difícil y una carga considerable que llevar. Eso hace que uno sea cauteloso, tanto en los encuentros con otras personas como en lo que cuenta a los demás sobre la gente que conoce. Pero que tenga que enterarme de esto por el periódico, eso sí me ha dolido. —Darleen parecía ahora un poco triste—. No pensé que confiaras TAN poco en mí.

—¿De qué estás hablando? —Miré a Darleen preocupada. Obviamente la había herido, pero no tenía ni idea de qué había hecho. Darleen era mi confidente más cercana y mi mejor amiga. No le contaba todo, pero sabía de las cosas importantes. Y además...— ¿A qué te refieres con periódico?

Darleen me miró fijamente. Luego tomó su tableta, que estaba sobre la mesa de la cocina. Tocó la pantalla y me pasó el dispositivo.

Leí el titular.

¡Comprometidos! Everett Rockwood ya no está disponible

Antes de que pudiera asimilar completamente que el hombre mencionado en este artículo también se llamaba Everett, mis ojos se posaron en la imagen. No se veía completa. Rápidamente desplacé la pantalla un poco más hacia abajo.

No había duda.

Era Everett.

Más concretamente, éramos Everett y yo. Anoche. En la cena benéfica. Everett miraba directamente a la cámara. A mí se me veía de perfil, apoyándome en su hombro y susurrándole algo al oído. Oh sí, recordaba ese momento. De hecho, lo recordaba muy bien.

—Estás comprometida y no me has dicho nada. Ni siquiera tenía idea de que hubieras conocido a alguien —se quejó Darleen—. ¿Y qué fue todo eso de ayer? Tuve que convencerte para ir a la reunión de clase, ¿y habías quedado en secreto con este tipo? —Darleen se puso las manos en las caderas—. Y además... me lloriqueas sobre no tener dinero y luego sales con un tipo asquerosamente rico. Es más, ¡incluso estás COMPROMETIDA con él! —La voz de Darleen casi se quebró de indignación.

No podía culparla. Si eso era lo que creía de mí, tenía todo el derecho a sentirse herida e indignada.

Pero no era así.

—Eso... eso no es cierto. —Me dejé caer en una silla. Todavía sostenía la tableta en la mano.

—¿Cómo que no es cierto? —Darleen me miró incrédula—. ¿Acaso vas a afirmar que esa de la foto no eres tú? ¿Tienes una doble?

—No, no me refiero a eso. —Desesperadamente, busqué las palabras adecuadas para explicarle a Darleen lo que había ocurrido ayer. Pero en mi cabeza solo había un caos salvaje.

Cerré los ojos brevemente y respiré profundamente tres veces. Esta técnica me había ayudado a calmarme en mis peores momentos. Luego le conté a Darleen todo. Empecé por la reunión de clase, mencioné a Ginny y sus camaradas, y que de repente me sentí como si estuviera de nuevo en el instituto.

—Y entonces apareció él... —Mi voz se suavizó con el recuerdo.

Darleen se sentó frente a mí y arqueó una ceja.

—Fue como si de repente recibiera la ayuda que siempre había buscado y nunca había encontrado. No puedo explicarte lo que pasó en mí en ese momento. Hubo... hubo tanto y... —Me detuve. Realmente me faltaban las palabras para describirlo con más detalle. Pero como resultó, no necesitaba tantas palabras. Lo que había dicho era más que suficiente.

—Eso puedo entenderlo. —Darleen asintió con firmeza—. A cualquiera le pasaría lo mismo, Melody. —Darleen me sonrió.

Me sentí aliviada. Si sonreía, entonces probablemente no estaba tan enfadada como yo pensaba.

—Pero, ¿tenías que comprometerte con este tipo por eso? —Darleen alzó las cejas—. Quiero decir, incluso si es tan atento y servicial como deseas, ¿no es un poco... precipitado? —Darleen me miró interrogante. Entonces pareció ocurrírsele algo—. ¿O estabas... borracha? —Preocupada, puso una mano sobre mi brazo—. ¿Recuerdas todo lo que pasó ayer? Tal vez lo de la amabilidad solo fue una artimaña y te puso algo en la bebida. Se oye hablar de eso con frecuencia. ¿Tuviste siempre tu vaso a la vista? —Darleen sonaba seria.

—No fue así —la tranquilicé—. Recuerdo todo. Lo del compromiso fue solo una broma. Lo hizo para salvarme de Ginny y luego simplemente seguimos con el juego. Al principio dudé bastante, pero al final fue bastante... divertido. —Una sonrisa se dibujó en mis labios—. Y hasta encontré un cliente, quizás. —Le conté a Darleen sobre Janice y Parker, y cómo se desarrolló la noche—. Entonces esta reportera nos tomó una foto y poco después... simplemente se fue. —Levanté mis manos en un gesto impotente.

—¿Simplemente se fue? —Darleen me miró fijamente.

—Sí. No me pidió mi número ni dijo que quería volver a verme. —Al hacer esta confesión, tuve que tragar saliva—. Quizás no le pareció tan agradable la velada como a mí. O... quizás simplemente yo no le gusté tanto.

—Entonces es un idiota como todos los demás. —El comentario seco de Darleen me hizo reír a mi pesar. Darleen puso los ojos en blanco —. Es verdad, Melody. Deberías alegrarte de que no haya pasado nada más.

En ese momento, un olor a pan quemado llegó a mi nariz. Olfateé. —¿Qué es eso?

—Oh, maldita sea. —Darleen se levantó bruscamente—. Quería darme un capricho para el desayuno y hornear un pan... —Darleen corrió al horno, giró los mandos y abrió la puerta de golpe. Una increíble cantidad de vapor salió del horno y se extendió por toda la cocina.

Tosí.

En ese momento, el detector de humo del pasillo se disparó. Di un respingo.

—Oh joder, Melody, lo siento muchísimo —se lamentó Darleen.

—No ha pasado nada —tranquilicé a mi alterada compañera de piso —. Ocúpate primero del pan. —Me levanté, agarré mi silla y fui al pasillo. Allí me subí a la silla y pulsé el botón del centro del detector de humo. Inmediatamente dejó de pitar.

—Soy realmente un desastre... —Darleen estaba allí como alma en pena, mirando fijamente el objeto negro carbonizado que acababa de sacar del horno—. Probablemente también he estropeado el molde.

—No pasa nada —consolé a Darleen—. Simplemente comeremos un poco de tostadas y...

—Tú tienes problemas mucho más grandes que los míos y yo solo hablo de mí. —Darleen cogió un tenedor, rascó el pan quemado del molde y lo tiró a la basura.

Miré la tableta. Con toda la conmoción, casi había vuelto a olvidar los titulares del periódico. —¿Qué debo hacer ahora? —pregunté tímidamente.

—¿Qué QUIERES hacer? —respondió Darleen—. ¿Qué sería bueno para ti? ¿Para tu negocio?

Fruncí el ceño. No tuve que pensar mucho tiempo. —A ese tipo probablemente le importa un bledo lo que digan de él en el periódico. Es amable, sí, atento y servicial. Pero al final solo es uno de esos tipos ricos que pueden dejarse fotografiar hoy con una mujer y mañana con otra. A ÉL le da completamente igual. Probablemente mañana ya habrá olvidado que yo existía y solo tendrá ojos para la siguiente a su lado. Y su reputación no sufrirá ni un ápice. ¡Pero la mía sí! —Ni yo misma sabía de dónde sacaba la determinación con la que estaba hablando.

Da igual.

Simplemente estaba decidida.

A Darleen pareció gustarle este lado mío, porque asintió alentadoramente. —Tienes toda la razón, Melody. Las mujeres SIEMPRE salimos perdiendo en estas cosas. El tipo es el macho alfa, independientemente de lo que haga o deje de hacer después. Y la mujer siempre es la tonta. La pobre que fue abandonada por él. Aunque en realidad eso no sea cierto. Definitivamente tienes que aclarar esto. —Me hizo infinitamente bien que Darleen me reforzara así.

Pensativa, miré fijamente la tableta, cuya pantalla se había vuelto a oscurecer. ¿Qué pasaría si me pusiera en contacto con un periódico para aclarar el asunto?

Nada.

No pasaría nada.

Probablemente a nadie le importaría. ¿Qué periódico reaccionaría porque yo llamaba para dar una explicación?

Ninguno.

Se reirían de mí. Seguramente ni siquiera podría hablar con el redactor responsable. Esa experiencia la había tenido suficientes veces cuando intentaba hacer publicidad para mi empresa. ¿Un anuncio de pago? Podía contratarlo en cualquier momento. ¿Una entrevista con una experta? No, no lo necesitaban. Tenían material suficiente.

—QUE ÉL lo aclare. —Señalé la tableta—. A mí nadie me escuchará, como siempre. Pero a ÉL sí. Tiene dinero, es rico y probablemente tiene en su empresa todo un departamento que se dedica exclusivamente a estas cosas. Si llaman una vez al sitio adecuado, mañana el periódico dirá que todo fue un malentendido. Iré a su empresa y le pediré que lo corrija. Y después nos iremos de compras. —Miré a Darleen con gesto de disculpa—. Espero que no te importe retrasar todo una hora. Esto es más urgente.

—Claro que es más urgente. ¿Pero realmente crees que lo hará? —Darleen parecía escéptica.

—Si soy lo suficientemente convincente, seguro que lo hará. —Sonaba más decidida de lo que me sentía.

Pero por otro lado... ¿qué interés podría tener Everett en pasar por mi prometido?

Seguro que a él también le convenía aclarar todo.

Capítulo 12

Everett

—¡No puedo creer que me hayas ocultado esto! —Jessica cerró con ímpetu la puerta de mi despacho tras de sí.

Levanté la vista de los cálculos sobre los que estaba cavilando, irritado. Jessica era una empleada excelente. Hacía su trabajo mejor que cualquier otra directora de relaciones públicas anterior. Sin embargo, si había algo que odiaba de ella, era su costumbre de ponerse siempre en primer plano e insistir en la importancia de sus asuntos. Sí, las relaciones públicas eran importantes. Pero incluso estos asuntos podrían esperar cinco minutos. O una hora. NO era tan importante. A menos, claro está, que la sede central estuviera ardiendo. Pero en ese caso, ya habría oído las alarmas de incendio.

Así que no había ningún incendio. Excepto en la imaginación de Jessica.

Sin embargo, hasta que no me ocupara del asunto —fuera lo que fuese— Jessica no me dejaría en paz. Mejor acabar con ello ahora que ya me había interrumpido. Suspirando, aparté el teclado y me recosté en mi sillón ejecutivo.

—¿Qué ocurre, Jessica? —Intenté deducir lo que podría haber pasado por la expresión de su rostro. Pero no conseguía descifrarlo. Jessica parecía un poco molesta, pero sobre todo parecía... ¿complacida? ¿Entusiasmada?

Eso era nuevo.

Jessica nunca me había interrumpido antes con buenas noticias. Las buenas noticias, para ella, siempre podían esperar.

Jessica apoyó ambas manos en el escritorio de diseño de cristal y me miró fijamente. —Sabes perfectamente lo que pasa, Everett. Probablemente TODO el mundo lo sepa. Solo yo no. Precisamente yo, tu directora de relaciones públicas, he tenido que enterarme por la prensa. Estoy enfadada. Debería dimitir. Pero como trabajamos tan bien juntos y me gusta tanto estar en *Rockwood Cosmetics*, seré comprensiva. Tendrás tus razones para haberme ocultado esto. —Jessica hizo una pausa y me miró con esa mirada que me recordaba tanto a mi madre. Quería darme la oportunidad de explicar mis razones. Pero como no tenía la más mínima idea de lo que estaba hablando, no pude responder nada apropiado.

—¿De qué se trata exactamente? —quise saber. Con mi madre, siempre había formulado esta pregunta con cierta cautela, porque mi ignorancia no solo solía provocar un sermón maternal. No, normalmente esta pregunta hacía que mi madre no hablara ni conmigo ni con mi padre durante varios días —a él le culpaba de que yo fuera tan "degenerado" y no pudiera atender sus necesidades. De tal palo, tal astilla. Con ese recuerdo, hice una mueca de dolor. Aunque me había resistido a admitirlo durante mucho tiempo, esas experiencias habían contribuido significativamente a que hoy no quisiera comprometerme en una relación.

De repente, vi la imagen de la mujer con el rostro en forma de corazón, el largo cabello rubio y los ojos azul profundo. La había vuelto a ver inesperadamente anoche y luego... luego había disfrutado de la velada más divertida de mi vida. Por fin había podido ser yo mismo. El hombre que realmente era. El mal bailarín al que le gustaba beber Cosmopolitan. Probablemente a Melody ni siquiera le habría importado si hubiera notado que llevaba calcetines diferentes. Pero gracias a Jessica, había ido correctamente vestido. Y también había sido Jessica quien me había sacado de la cena benéfica. La alarma se había disparado en una de nuestras sucursales. Puse los ojos en blanco mentalmente solo de pensarlo. ¿Por qué tuvieron que informarme y hacerme acudir por eso? Por supuesto, había sido una falsa alarma.

Una parte de mí lamentaba haber tenido que terminar la velada con Melody antes de lo previsto. Me habría encantado seguir bailando y charlando con ella, y saber más sobre ella. Solo ahora me daba cuenta de lo poco que sabía sobre ella realmente. Pero otra parte de mí estaba bastante satisfecha con cómo habían salido las cosas. Había pasado una agradable velada y los periódicos seguramente informarían hoy o mañana sobre la generosa donación de *Rockwood Cosmetics*.

Objetivo cumplido.

—¿De qué va a ser? —interrumpió Jessica mis pensamientos—. ¡De lo que dicen los periódicos, por supuesto!

No había leído los periódicos esta mañana. —Yo... —empecé.

—¡Aquí! —Jessica me tendió una tableta que había subido con ella—. Aparecemos en la primera página de varios periódicos. Solo son tabloides, pero algo es algo. —Resopló brevemente—. Si me hubieras avisado, habría podido concertar una entrevista con un

periódico serio. Incluso podríamos haber organizado una rueda de prensa. —Jessica colocó la tableta sobre mi escritorio y levantó ambas manos—. Ya lo sé, ya lo sé, es tu vida privada. Pero eres el director de una gran empresa y, por tanto, una figura pública. No existe una separación completa entre lo profesional y lo privado.

Mientras Jessica hablaba, eché un vistazo a la tableta.

¡Comprometidos! Everett Rockwood está pillado

Me quedé mirando el titular.

¿Qué?

Rápidamente cogí la tableta y seguí bajando. Bajo el sensacionalista titular había una foto de Melody y yo. Yo miraba a la cámara. La mano de Melody descansaba sobre mi hombro y sus labios parecían casi tocar mi oreja. Su boca estaba curvada en una sonrisa. Era evidente que acababa de susurrarme algo al oído. Recordaba perfectamente ese momento y también cómo el flash de la cámara nos había interrumpido. La fotógrafa había tomado otra foto más.

Seguí bajando.

Efectivamente. Un poco más abajo había una imagen en la que Melody y yo estábamos uno al lado del otro.

Pero ¿cómo se le había ocurrido a la reportera que estábamos comprometidos? ¿Lo había dicho yo? ¿O Melody, después de que me fuera?

Fruncí el ceño. Pero no podía enfadarme realmente por el titular. En realidad, me parecía bastante... divertido. E inmediatamente me

pregunté qué pensaría Melody de todo esto. Lamentaba no haberle pedido su número de teléfono. Así podría llamarla ahora y reírnos juntos del artículo.

—Hay que reconocerte una cosa, Everett. Puede que tengas poco instinto para las relaciones públicas, pero tienes buen gusto para las mujeres. ESTA mujer tiene realmente clase. Por fin alguien que no es tan superficial e intercambiable como una actriz de tercera que nunca ha conseguido un papel. No sé a qué se dedica tu prometida, pero solo por las fotos se ve que tiene algo especial. Tiene profundidad. —Jessica me miró con cierta admiración. Sonaba como si no me hubiera creído capaz de mantener una conversación con una mujer con profundidad, ni siquiera durante una velada. Por no hablar de comprometerme con una mujer así.

Apreté los dientes. Tenía una respuesta mordaz en la punta de la lengua, pero en este momento una discusión así no me pareció apropiada. No iba a empezar a comentar mi vida privada con Jessica. Ella se encargaba de las relaciones públicas de la empresa. Punto.

—Si aprovechamos un poco esto, nadie se acordará ya de los empleados despedidos. —Jessica ya estaba un paso por delante mentalmente—. Los periódicos que más se han cebado contigo son exactamente estos tabloides que publican esto. —Jessica señaló la tableta—. Si organizamos algunas fotos más como estas, nos libraremos del asunto. —Jessica me miró triunfalmente—. Algo así tiene más fuerza que cualquier cena benéfica o visita a un refugio de animales. Compromisos, bodas, hijos de famosos... los tabloides se vuelven locos con estas cosas.

Resoplé. —Mi trabajo no es, desde luego, proporcionar noticias a los tabloides. Eso está completamente fuera de lugar. —Aparte de eso, no tenía ninguna "prometida" con la que posar para fotos y que

respondiera preguntas para un bonito "reportaje en casa". Todo había sido una maldita broma. Pero realmente no quería explicárselo a Jessica ahora. Solo quería olvidar el asunto y volver a mi trabajo.

¿O debería pedirle a Jessica que publicara un desmentido? Lo pensé brevemente. Pero luego negué imperceptiblemente con la cabeza. No era una buena idea. Incluso yo lo veía claro. Los periódicos me despellejarían por segunda vez. Primero era el hombre que despedía a empleados inocentes, y después el hombre que dejaba plantada a una mujer inocente.

Sin embargo, todo había sido una maldita broma.

Ni siquiera sabía dónde encontrar a Melody. Cuál era su apellido. Dónde vivía.

En ese momento, la puerta de mi despacho se abrió de nuevo.

—¿Qué significa esto? —exclamé antes de poder echar un vistazo al nuevo visitante.

Jessica se dio la vuelta.

Y a mí se me quedó la boca abierta.

Frente a mí estaba Melody. Hoy llevaba una falda negra corta sobre unas medias a juego y un jersey blanco esponjoso que ocultaba parcialmente su maravillosa figura. A cambio, su rostro resultaba aún más atractivo. Sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas. ¿Había venido corriendo? Su abrigo estaba abierto. Volví a dirigir mis ojos al rostro de Melody. Los ojos azul profundo no parecían hoy ni vulnerables ni asustados, sino decididos e incluso un poco combativos.

Mi corazón latía con fuerza. Así Melody me gustaba casi más.

Melody frunció las cejas. Su cicatriz solo acompañó a medias el movimiento, lo que hacía que su expresión pareciera especialmente amenazadora. Inconscientemente, me pregunté a quién habría intimidado ya con ese gesto.

En ese momento, Melody se llevó la mano hacia atrás, a su pelo. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Por mucho que Melody quisiera aparentar, su pelo nunca se dejaba domar, por ninguna horquilla del mundo. Y quizás la propia Melody era un poco así.

—Tengo que hablar contigo. —Melody me miró significativamente al pronunciar las palabras que ningún hombre quiere oír nunca de una mujer.

Suspiré para mis adentros.

¿Tenía que ser así?

No tenía una relación y ahora había dos mujeres en mi despacho que querían hablar conmigo. ¿Qué más podría hacer para evitar situaciones como esta en el futuro?

—¡Enhorabuena! —exclamó Jessica y corrió hacia Melody. Tomó la mano de Melody y se la estrechó insistentemente. Por una vez, agradecí el carácter impetuoso y precipitado de Jessica. Así al menos podía ganar unos minutos y pensar en lo que iba a responder a Melody.

Aunque para eso primero tendría que saber qué es lo que iba a decirme.

—Me alegro de que nos conozcamos tan espontáneamente —continuó Jessica sin esperar respuesta de Melody—. Acabo de regañar un poco a Everett por no haberme contado antes su compromiso. POR SUPUESTO que entiendo perfectamente que quisierais un poco de tiempo para vosotros. Pero ahora que la noticia ya es de dominio público, podríamos sacarle un poco de partido. Seguro que Everett te ha hablado de los problemas que hemos tenido últimamente con la prensa. Necesitamos toda la publicidad positiva que podamos conseguir y si TÚ apareces a su lado, las noticias positivas están garantizadas. —Jessica miraba entusiasmada de Melody a mí y viceversa—. Tampoco tendrías que hacer mucho. Quizás un pequeño reportaje en casa, acompañar a Everett a uno o dos eventos y... eso sería todo. Después, la prensa perderá el interés de todos modos porque habrá otras parejas que se junten o se separen. Así es la vida. —Jessica se encogió de hombros.

Entonces miró alarmada su reloj. —Desgraciadamente tengo una cita con el abogado que lleva tiempo programada. —Jessica sonrió —. Pero quizás sea lo mejor, así podréis hablar de todo tranquilamente tú y Everett, y después podremos concretar los detalles.

Mientras Jessica hablaba, mi mente trabajaba. ¿Dos o tres eventos con Melody? ¿Un reportaje en casa?

La parte de mí que había lamentado tener que irme tan pronto ayer, de repente encontró la idea excelente. Más que excelente. En realidad, solo era una continuación de lo que ya existía. Yo había tenido una cita en el refugio de animales, Melody había estado presente. Lo mismo en la cena benéfica. Ambos eventos habían salido bien. Melody me traía suerte.

Simplemente haríamos algunos eventos juntos.

Eso era todo.

No teníamos que casarnos por ello.

Jessica salió de mi despacho tan rápidamente como había entrado.

—Tienes que rectificar esto —exigió Melody sin más preámbulos, señalando la tableta sobre mi escritorio de diseño de cristal. Allí se podía ver claramente la foto de nosotros dos.

Me levanté. —Buenos días, Melody. Me alegro de volver a verte. — Después la miré en silencio a los ojos azul profundo. Me acerqué un poco más. Un aroma como el de un prado de flores en verano llegó a mi nariz.

Melody desvió la mirada con timidez.

—Gracias por la agradable velada de ayer. Siento haberme tenido que ir tan rápido. Ha sido un poco torpe. Pero me alegro mucho de que estés aquí ahora. —Era consciente de que debía parecer bastante calculador, sobre todo teniendo en cuenta lo que estaba a punto de preguntar a Melody. Pero lo decía sinceramente. Realmente me había alegrado cuando Melody entró en mi despacho.

¿No acababa de lamentar saber tan poco sobre ella? ¿No haber llegado a conocerla mejor?

La campaña de relaciones públicas me permitiría precisamente eso.

—Espero que la velada de ayer terminara bien para ti y que Janice y Parker visiten pronto tu oficina para contratarte para su boda. — Recordé cómo Melody había hablado con Janice. Señalé la tableta—.

La periodista se ha precipitado un poco. Esta mañana me he quedado bastante impactado cuando leí el titular.

La frase sonó estúpida.

Me habría encantado retirarla.

—Por supuesto, no por ti —me apresuré a aclarar—. Solo que no pensé que alguien pudiera tomar nuestra broma... tan en serio. Mi directora de relaciones públicas me acaba de dar una buena reprimenda por esto.

Melody sonrió. Por primera vez desde que entró en mi despacho. —Yo también he tenido que escuchar algunas cosas de mi compañera de piso.

Me reí.

Y entonces Melody también se rio.

Y de repente todo volvió a ser como anoche.

Melody y yo riéndonos juntos.

—Escucha —dije—, *Rockwood Cosmetics* ha tenido algunos problemas últimamente. Tuvimos que cerrar una sede y eso no ha sentado nada bien a la prensa. Por eso necesitamos toda la publicidad positiva que podamos conseguir.

—Por eso estabas en el refugio de animales. Y en la cena. —Melody me miró atentamente.

—Sí. —Asentí—. No. No solo por eso. Donamos a ambas organizaciones cada año. Normalmente lo hace otra persona y el sitio en la cena lo dejamos libre. Pero este año Jessica pensó que sería buena idea que me mostrara yo. Para que la gente asocie *Rockwood Cosmetics* con cosas positivas. —Era importante para mí que Melody supiera que no hacía estas cosas por cálculo, sino porque realmente creía en la causa.

Melody asintió. Parecía entender lo que quería decir.

Suspiré aliviado. —Por eso... por eso me vendría bastante mal tener que anunciar ahora mi 'ruptura' en la prensa. —Tragué saliva—. A decir verdad, lo que más me gustaría es que pudiéramos hacer algunos eventos juntos. Algo inocente. Como anoche. Salimos a cenar y hay algunas fotos. —No quería en absoluto que sonara como si estuviera haciendo una propuesta indecente a Melody. Ella no era ese tipo de mujer. No era la mujer que aceptaría algo así y no era el tipo de mujer a la que yo querría hacer tal propuesta.

Era una persona muy especial.

La observé ansiosamente.

¿Qué diría?

Melody se mordió el labio inferior. No podía interpretar la expresión de sus ojos azul profundo.

—Quizás de esta manera también podrías encontrar algunos clientes nuevos. Jessica se aseguraría de mencionar tu profesión y seguro que podemos incluir tu trabajo y tu empresa en el artículo. —Si le mostraba a Melody que ella también se beneficiaría del trato, entonces no podría decir que no, ¿verdad?

Melody seguía sin moverse.

—Solo por unas semanas. Cuando la agitación se haya calmado, cada uno de nosotros volverá a vivir su vida como antes. —Al pronunciar estas palabras, un extraño sentimiento se extendió por mi pecho. Solo había visto a Melody dos veces, pero había sido suficiente para querer conocerla mejor.

Una vez que la conociera mejor, ¿cómo podría dejarla marchar?

Capítulo 13

Melody

Me quedé mirando fijamente a Everett.

Sus palabras rebotaban en mi cabeza.

Quería que siguiera fingiendo ser su prometida, al menos ante la prensa. "Algunas citas conjuntas", así lo había llamado. Su empresa no debía tener problemas y a mí también me beneficiaría, pues me haría más conocida y encontraría clientes.

Al menos eso afirmaba Everett.

Estaba ahí de pie esperando mi respuesta.

Y yo simplemente no sabía qué decir.

Una parte de mí quería aceptar desesperadamente. Inmediatamente. Si nuestras citas conjuntas iban a ser como la cena benéfica de anoche, entonces no deseaba nada más que tener un montón de citas con Everett. En su presencia me sentía tan cómoda

y relajada como nunca antes en mi vida. No podía decir exactamente qué era lo que provocaba ese sentimiento en mí. Quizás porque me permitía mirar sin reservas tras su fachada, otorgándome así su confianza. Yo sabía que su bebida favorita era el Cosmopolitan y que en realidad odiaba los eventos benéficos. El aura de inaccesibilidad que lo rodeaba todavía en el refugio de animales había simplemente desaparecido. Everett había abandonado su capa protectora sin reparos.

Tal vez me sentía relajada porque no tenía que esconder nada ante Everett. Me había visto como realmente soy. No solo conocía la cicatriz de mi cara, sino también la cicatriz de mi alma. Me había visto como Ginny y su pandilla me veían y no me había despreciado por mi impotencia, sino que había estado a mi lado en mi momento más vulnerable.

Observé a Everett y no pude evitar notar de nuevo su cuerpo atlético y su rostro atractivo. Era un hombre cautivador que seguramente conocía el efecto que tenía sobre las mujeres. Y sin duda ya lo habría aprovechado.

Mi cuerpo se tensó y la desconfianza se extendió por mi interior. ¿Quién me aseguraba que Everett no pretendía hacer lo mismo conmigo? ¿Que su oferta solo era un pretexto para acercarse a mí y luego dejarme caer como una patata caliente? ¿No me acababa de decir incluso que eso era exactamente lo que pretendía?

Solo por unas pocas semanas. Cuando la agitación se calme, cada uno seguirá con su vida como hasta ahora.

Esas habían sido exactamente sus palabras.

¿Las palabras de un hombre que simplemente buscaba algo de distracción?

Observé atentamente a Everett. Esperaba mi respuesta. Tranquilo. Sin alterarse, sin presionarme, sin enfadarse ni enojarse porque yo aún no podía responder. Simplemente esperaba.

Era completamente diferente a todas las personas que había conocido hasta ahora. Sobre todo, era completamente diferente a mi ex. ÉL habría tenido un ataque de ira mientras tanto y me habría acusado de egoísta.

No así Everett.

¿Quizás le estás haciendo una injusticia, Melody? Tal vez realmente solo quiere lo mejor para ti y tu empresa y está proponiendo un trato realmente bueno. Solo porque se te ha tratado injustamente en el pasado y has tenido la mala suerte de encontrarte con las personas equivocadas, no significa que vaya a suceder exactamente lo mismo de nuevo. También hay buenas personas.

Pero, ¿cómo podía determinar si Everett era una de ellas?

Me aclaré la garganta.

—Tengo que pensarlo. Ahora tengo otra cita y debo irme con urgencia. No puedo decidirlo en este momento. Te lo haré saber esta noche. —Al pronunciar estas palabras, me sentí orgullosa de mí misma. Mi cuerpo temblaba un poco, pero eso también venía probablemente del recuerdo de mi ex, quien me habría destrozado en una situación así.

Everett, en cambio, simplemente asintió.

—De acuerdo. —Su voz sonaba completamente neutral—. Aquí tienes mi tarjeta de visita. Puedes llamarme cuando hayas tomado

una decisión. —Everett tomó una tarjeta de su escritorio y me tendió el pequeño trozo de cartón.

Cuando la cogí, nuestros dedos se rozaron fugazmente. Un agradable calor se extendió por toda mi mano. Lentamente, fluyó hacia arriba. A lo largo de mi brazo. A través de mi hombro. Y hasta mi corazón.

Casi suspiro. Y lo que más me habría gustado habría sido poner mi mano en la de Everett, como ayer, cuando caminamos juntos por el vestíbulo del Regency Hotel. Se había sentido tan bien. Tan cálido y firme y... simplemente se había sentido correcto y yo habría hecho cualquier cosa para tener esa sensación otra vez.

¿Cualquier cosa?

Negué con la cabeza.

No cualquier cosa. ¿O sí?

Ya no sabía qué pensaba o qué quería. Exactamente por eso tenía que reflexionar sobre la oferta de Everett. Me recompuse.

—Gracias. —Asentí hacia Everett, me di la vuelta y salí de su oficina. En su presencia no podía pensar de ninguna manera. Ni siquiera lograba formar un pensamiento claro.

—Y, ¿cómo ha ido? —Mi compañera de piso ya me esperaba frente a la boutique de la Quinta Avenida, donde primero queríamos buscar un atuendo adecuado. Como organizadora de bodas, los vestidos de gala y cóctel formaban parte de mi código de vestimenta. Además, tenía que ir vestida según la última moda. ¿Quién querría una wedding planner que anduviera con un vestido que tenía diez años o

que se notaba claramente que NO era de la temporada actual? A alguien así no se le confiaría la fiesta más importante de su vida.

—Sí... —dije y sacudí la cabeza. Quería contarle todo a Darleen con urgencia, pero no sabía ni por dónde empezar. Lo que acababa de suceder era simplemente demasiado loco. ¿Quién me creería algo así?

Yo misma apenas lo creía. ¿Quizás lo había soñado todo?

Metí la mano en mi bolso. Cuando mis dedos palparon la tarjeta de visita de Everett y agarré el rectángulo de cartón, supe que no había soñado nada. Realmente había sucedido.

—¿Qué sí? —Darleen me miró impaciente—. ¿Va a publicar la retractación? ¿O te ha echado la culpa?

—No. —Negué con la cabeza. Todavía buscaba las palabras adecuadas.

—¿Qué no? ¿No hay retractación? ¿O no te ha culpado? —Darleen me tomó del brazo—. Me muero de impaciencia, Melody, así que no me hagas sufrir más.

Tomé aire profundamente y le conté a Darleen sobre la oferta. Al hacerlo, tuve cuidado de no profundizar demasiado en mis sentimientos. Simplemente repetí lo que Everett había dicho.

Me miró incrédula. —¿Quiere que sigas fingiendo ser su prometida? ¿Ante la prensa? Desde luego que le falta un tornillo. ¿Se supone que debes hacer de mujer amorosa sin cobrar para que él no quede mal?

—No es así. —De repente sentí la necesidad de defender a Everett. Darleen podía considerarlo terrible, pero no era así. Era diferente a todos los demás hombres—. También piensa en mí y en cómo podría encontrar nuevos clientes.

Darleen me miró evaluativamente. —Eso suena mejor. —Se rascó brevemente la cabeza—. ¿Por qué no? Anoche también conociste a esa pareja. —Se rio—. Si lo pienso bien, todo este asunto podría ser bastante bueno para ti. Y además, muy divertido. —Darleen volvió a reírse.

Yo no me reí.

Darleen frunció el ceño. —¿Qué pasa?

Cambié el peso de un pie a otro. —¿Podemos entrar primero? —pedí señalando la boutique—. Tengo frío y necesito algo de distracción.

Darleen comenzó a responder, pero luego lo pensó mejor. Abrió la puerta de la boutique y comenzamos nuestra sesión de compras.

—Este es realmente genial. —Unos minutos después, Darleen sacó un vestido de cóctel rojo del perchero. Tenía finos tirantes espagueti, un corpiño bien formado y una falda amplia y suelta que me llegaría justo por las rodillas—. Con esto, tu figura se verá estupenda.

—Sí... —dije vacilante. El vestido era algo más llamativo que los que solía usar. Con él no podría fundirme tan fácilmente con el fondo como con un lila claro o azul.

—Disculpe, señora, ¿pero podría tener un autógrafo suyo? —Una joven vendedora con una gruesa capa de maquillaje en la cara me tendió una hoja de papel.

¿Un autógrafo? Seguramente había oído mal.

—Se ve exactamente como en la foto —suspiró ahora la vendedora —. Qué pareja tan hermosa, eso pensé esta mañana cuando leí el artículo. Y ahora está usted en medio de mi boutique. —Me golpeó suavemente con la hoja, tanto tiempo hasta que finalmente la tomé. Era una impresión del artículo de esta mañana.

Dios mío.

Ahora la gente ya me reconocía en la calle. O en este caso, en la tienda. Lo que más me habría gustado habría sido esconderme en uno de los probadores, cerrar la cortina y no salir hasta que esta vendedora terminara su turno.

—Esto... es una confusión —tartamudeé.

—Pero tiene exactamente la misma cicatriz que la mujer de la foto. Y el mismo pelo. Incluso lleva la misma pinza. —La vendedora no se dejaba disuadir tan fácilmente.

No sabía qué hacer.

Darleen sonrió. —Vamos, Melody, no te hagas de rogar. —Luego se inclinó hacia la vendedora—. Si mi amiga le da el autógrafo, solo con la condición de que mantenga su presencia aquí en absoluto secreto. Solo queremos comprar un poco. Mi amiga es organizadora de bodas y necesita algunos atuendos para su trabajo.

—¿Organizadora de bodas? —La vendedora me miró con la boca abierta—. Cuando me case algún día, usted debe organizar mi boda. —Me tendió un bolígrafo. Finalmente lo tomé y firmé la hoja de papel.

¿Qué querría hacer con eso?

Al fin y al cabo, yo no era realmente famosa.

—Si necesitan algo... —dijo ahora la vendedora.

—Por el momento no, gracias. —Darleen me agarró del brazo y me arrastró a uno de los probadores. Colgó el vestido de cóctel rojo en el gancho y me sonrió—. Esto va muy bien. Ya tienes los primeros fans. Y también sería tu cliente.

—No tiene dinero —gruñí.

—En cualquier caso, acabo de cambiar fundamentalmente mi opinión sobre la oferta. Antes pensaba que el tipo quería tomarte el pelo. Pero ahora creo que todo esto solo puede traerte cosas buenas. —Darleen asintió enérgicamente—. Muchas personas pensarán como esta vendedora. La gente hará cola a tu puerta.

—Mmm. —No me gustaba admitirlo, pero las palabras de Darleen me hicieron bien.

—Y solo piensa en la cara que debe haber puesto Ginny esta mañana cuando leyó este artículo. —Darleen se rio fuerte, pero enseguida se tapó la boca con la mano—. No sea que la vendedora pregunte qué pasa aquí —susurró y me guiñó un ojo.

—¿Ginny? ¿No creerás que lee ese tipo de cosas? Es una revista de cotilleos. —Negué con la cabeza. Ginny estaba por encima de todo. Seguramente también por encima de las revistas de cotilleo.

—Por supuesto que lo lee. Se siente permanentemente inferior y por eso tiene que hundir a los demás. Ese tipo de personas siempre

quieren saber lo que otros hacen y dicen. —Darleen sonrió—. Pero eso en realidad no importa. No se trata de Ginny. Se trata de ti. Simplemente de ti, Melody. ¿Qué es lo que tú quieres?

La pregunta de Darleen me pilló completamente desprevenida.

¿Cuándo fue la última vez que alguien me hizo esa pregunta?

Nunca.

Durante toda mi vida, siempre se había tratado de que yo hiciera lo que otras personas querían. Si no obedecía, era castigada y maltratada.

Mi ex había sido el peor.

Al final no lo soporté más y lo dejé. Me mudé del piso que compartíamos. Cuando Harvey me vio por primera vez con la bolsa en la mano, levantó su mano. Al recordarlo, mi cuerpo se crispó, incluso aquí y ahora, bajo la brillante luz del probador, en la segura presencia de mi mejor amiga, que me había apoyado desde que respondí a su anuncio buscando piso. Harvey me había pegado y amenazado. No me fui ese día y, en retrospectiva, me resultaba difícil perdonarme mi debilidad.

Pero unas semanas después finalmente reuní el valor necesario y me escabullí del apartamento después de haber firmado el contrato de alquiler con Darleen. Poco a poco recuperé mi propia vida.

Casi había olvidado a Harvey.

Casi.

Me había acosado y perseguido, pero al final sus negocios turbios se interpusieron en su camino. Harvey se ganaba la vida comprando y vendiendo cosas de dudosa calidad por internet. De vez en cuando incluso vendía cosas que ni siquiera existían y se embolsaba el dinero. Durante mucho tiempo intenté disuadirlo, pero fue como hablar con una pared. Harvey hacía lo que quería y cuando lo dejé, todo empeoró. Harvey fue denunciado por fraude y finalmente acabó en prisión cuando salió a la luz toda la magnitud de sus negocios. Por supuesto, me culpó de todo. Si no lo hubiera dejado, todo habría sido diferente.

Eso me daba igual.

Harvey seguiría en prisión durante un tiempo.

Estaba a salvo de él.

—Es hora de que dejes el pasado atrás, Melody. —Darleen me dio un suave empujón—. ¿O quieres que Ginny y Harvey determinen tu futuro? —Darleen había visto que acababa de pensar en mi ex.

Negué con la cabeza.

—No tienes nada que perder con todo esto. —Darleen continuó insistiéndome—. Así puedes aprender finalmente a dejar que alguien se acerque a ti. Y completamente sin peligro. —Darleen me tendió el vestido de cóctel—. Ahora pruébatelo de una vez. Te quedará estupendo. Deberías atreverte más, Melody. No todas las personas son tan malas como las de tu pasado.

Pensé en los ojos de Everett y en la forma en que me sentía segura en su presencia.

Estaba libre de peligro. Por un lado.

Y por otro lado, precisamente por eso era todo menos seguro.

Con él no podía mantener mis muros de protección.

Y eso era más peligroso que cualquier otra cosa.

Capítulo 14

Melody

Con una bolsa de compras en la mano, paseaba tranquilamente por Central Park. Aún no había llegado del todo la primavera, pero ya se veían los primeros brotes en los árboles. No tardaría mucho hasta que todo estuviese verde y floreciendo. Para mí, era la época más bonita de Nueva York.

—Señora, lleva demasiado peso. ¿Un paseo? ¡Ver todo bonito! —Un conductor de bicitaxi que hablaba un inglés algo rudimentario se detuvo junto a mí y me miró expectante. Debía tomarme por una turista. No conocía a ningún neoyorquino que se permitiera uno de esos caros recorridos. Cuando queríamos desplazarnos, tomábamos el metro o el autobús. Incluso un taxi era más barato que un bicitaxi. Además, veníamos a Central Park para caminar y movernos, no para recorrer las atracciones en un rickshaw.

Hice un gesto negativo con la mano.

—Señora tiene dinero. Yo he visto en periódico con hombre rico —insistió el conductor del bicitaxi.

Me quedé mirándole fijamente. ¿Me había visto en el periódico? ¿Cuántas personas en Nueva York leían esa revista de cotilleos?

Probablemente la mayoría, Melody. Ese tipo de noticias dan un poco de color a la rutina gris. Y son agradables. Positivas. Alentadoras. ¿Quién quiere estar leyendo constantemente sobre crisis económicas y guerras?

Tenía que aceptar, lo quisiera o no, que en el futuro próximo me reconocerían algunas veces más. Y si aceptaba la propuesta de Everett, eso ocurriría con más frecuencia aún.

La idea me hizo estremecer. Una de las cosas que más me gustaban de Nueva York era el anonimato de la gran ciudad. Sí, los vecinos sabían que yo era su vecina, por supuesto. Pero no me conocían REALMENTE. No tenían ni idea de mi vida. Además, me sentía segura en esa multitud de personas. Así, ni una Ginny ni un Harvey podrían encontrarme.

Si aceptaba la propuesta de Everett, todo eso se acabaría definitivamente.

¿O no?

Pensé en la seguridad que sentía con él. Quizás la seguridad que hasta ahora había sentido en el anonimato y el retraimiento, ahora la encontraría en otro lugar.

Con Everett.

—¿Señora? —El conductor del bicitaxi seguía esperando una respuesta.

Negué de nuevo con la cabeza y seguí caminando. Mantuve la mirada fija en el camino de grava que tenía delante. No quería que más personas me abordaran pidiendo un autógrafo o creyendo que tenía mucho dinero, cuando era justamente lo contrario.

¿Qué pasaría si dejara a Everett acercarse a mí? ¿Si me entregara a la seguridad que me ofrecía?

Ese no era el problema. El problema era lo que ocurriría cuando Everett ya no estuviera para brindarme esa seguridad.

De nuevo recordé sus palabras. *Solo por unas semanas. Cuando el alboroto se haya calmado, cada uno seguirá con su vida como hasta ahora.*

Sí, ÉL seguiría con su vida como hasta ahora. Solo que yo no podría volver a la protección del anonimato. Mucha gente sabría quién era yo.

¿Y qué tiene eso de malo, Melody? No tienes que esconderte. ¿De qué? Darleen tiene razón. Ginny y Harvey no son ninguna amenaza para ti y no deberían seguir controlando tu vida. Tienes derecho a hacer lo que quieras. Incluso el deber.

Continué caminando, sumida en mis pensamientos.

¿Qué quería yo?

Hacía mucho tiempo que no me planteaba esa pregunta. Sí, siempre había sabido que quería establecerme por mi cuenta como organizadora de bodas. Pero no se trataba de eso ahora. Se trataba de algo totalmente diferente. Se trataba de mí.

Se trataba de mi corazón.

Mis sueños.

Mis deseos más profundos.

Escuché. En lo más profundo de mí, latía mi corazón. Golpeaba fuerte y vigoroso contra mi pecho. Y tenía muy claro lo que quería: quería volver a ver a Everett.

Él me atraía.

Me interesaba un poco demasiado por él.

Y para eso no me sentía preparada todavía.

Tus pensamientos dan vueltas en círculo, Melody. Así no llegarás a ninguna decisión. Si sigues dándole vueltas, mañana seguirás caminando por Central Park y estarás exactamente igual que hoy.

Pero no sabía cómo tomar una decisión con la que me sintiera cómoda.

En ese momento, sonó mi móvil. Agradecida por la distracción, metí la mano en mi bolso. La pantalla mostraba un número desconocido.

Tragué saliva. Esperaba que no fuera alguien que hubiera reconocido mi foto en el periódico hoy. Posiblemente alguno de mis clientes.

Darle vueltas no mejora nada, Melody. Solo hay una forma de averiguar quién te llama. Contesta.

—¿Hola? —respondí con cautela.

—¿Señorita Rimes? —La voz al otro lado me resultaba vagamente familiar. La había oído antes, pero no sabía dónde.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo? —Mantuve toda la cautela posible.

—Jonathan Gable. Su asesor bancario. —Tan pronto como el señor Gable se presentó, pude ubicar su voz. Por supuesto. Mi "asesor bancario". Casi me echo a reír. No tenía dinero, así que tampoco tenía un asesor bancario. El señor Gable no me "asesoraba". Era el empleado encargado de mi caso que se aseguraba de que yo pagara puntualmente las cuotas de mi préstamo.

O mejor dicho: las cuotas del préstamo de Harvey.

Cuando Harvey decidió dejar su empresa y "establecerse por su cuenta", hablaba constantemente de cuánto dinero necesitaba y para qué. Yo no había querido interponerme en sus sueños y, además, quería hacer algo por nuestra relación. Así que me dejé convencer y le avalé cuando pidió un préstamo. Lo que hizo con el dinero, no lo sé hasta hoy. ¿Comprar alcohol? ¿Jugar? No tenía ni idea.

Solo sabía que el banco —más concretamente, el señor Gable— me había llamado poco después de que Harvey entrara en prisión. No se había pagado el último plazo del préstamo. Ni tampoco el anterior. Ni el anterior a ese. Harvey había asegurado de manera convincente que quería pagar, pero que ahora no podía. En la cárcel, al fin y al cabo, no podía ganar dinero suficiente.

Y así se dirigieron al avalista de Harvey.

A mí.

Darleen me había sugerido contratar a un abogado que consiguiera que yo no tuviera que seguir pagando el préstamo. Incluso había pedido a uno de sus conocidos que me ayudara. Pero él solo había negado con la cabeza: la situación estaba clara. Yo había avalado el préstamo y ahora tenía que pagar.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Gable? —quise saber y añadí por si acaso—: He transferido puntualmente el último plazo. —Las llamadas del banco siempre me dejaban una sensación desagradable. Seguro que el señor Gable no llamaba para saber cómo estaba. O para perdonarme las próximas cuotas.

—Lo sé, señorita Rimes. Quería hablar con usted sobre los próximos pagos —anunció el señor Gable.

—¿Sí? —Me detuve y respiré hondo. Justo a mi lado había un árbol. Me apoyé en él y cerré los ojos. Bajo mi mano sentía la corteza áspera y fría. Mis dedos la recorrían suavemente.

—Mis vecinos, el señor y la señora Palmer, me han traído noticias que me han sumido en la mayor preocupación. —El señor Gable hablaba con la misma afectación que cabría esperar de un funcionario. ¿Era funcionario? Probablemente no.

—¿Sus vecinos? —pregunté sin entender y volví a abrir los ojos. ¿Qué tenían que ver los vecinos del señor Gable conmigo? Ni siquiera los conocía. De nuevo, pasé la mano por la corteza.

—Sí. El señor y la señora Palmer me han hablado de las dificultades en su boda. —El señor Gable sonaba ligeramente irritado.

¿Dificultades en la boda? ¿Los vecinos buscaban una organizadora de bodas? ¿Acaso el señor Gable tenía nuevos clientes para mí? ¿Por eso llamaba?

No, Melody. Los vecinos ya están casados. Señor y señora Palmer.

En ese momento, caí en la cuenta. Señor y señora Palmer. Tabitha y John. Tabitha y John Palmer. Tabitha y John eran los vecinos del señor Gable. La pareja que por unos cuantos globos lo cuestionaba todo.

—¿Y qué tiene eso que ver con mi crédito? —pregunté lentamente.

—Bueno, el señor y la señora Palmer me han contado sobre el desastre y que no quieren pagar la factura totalmente exagerada por sus servicios, señora Rimes. Comprensiblemente, debo añadir.

Resoplé. Tenía una respuesta mordaz en la punta de la lengua, pero me contuve. Una discusión con el señor Gable era lo último que quería ahora. No me habría traído más que problemas.

—Naturalmente, ante eso me he preguntado, señorita Rimes, cómo está la situación con su préstamo. Sé que usted trabaja por cuenta propia y vive exclusivamente de esos ingresos. No es precisamente lo óptimo, si me permite decirlo. Sería mejor que buscara un empleo normal.

—Eso es asunto mío. —Ahora no pude contenerme más. ¿Quién se creía el señor Gable para darme consejos sobre mi vida?

—No del todo, señorita Rimes. También es asunto nuestro. Asunto de su banco, al que usted debe dinero. Sí, ha pagado puntualmente el último plazo y los anteriores también. Sin embargo, también sabe

que seguimos aplazando los plazos vencidos que el señor Harvey Golding no pagó. Estos siguen pendientes. Y si sus clientes no pagan... —El señor Gable no terminó la frase.

Tampoco era necesario. Ya sabía lo que quería decir. Si mis clientes no pagaban, entonces el dinero no entraba y yo no podría hacer frente ni a los plazos normales ni a los pagos aplazados.

—No tiene que preocuparse por eso —le aseguré al señor Gable. Solo quería terminar la conversación lo más rápido posible y luego tomar mi decisión tranquilamente.

—No podemos concederle más aplazamientos. —La voz del señor Gable sonaba especialmente presuntuosa con estas palabras. Como si fuera un profesor y yo la alumna que no había prestado atención antes.

—Tampoco es necesario —dije.

—Ahora su situación financiera puede parecerle normal, pero cuando surjan los primeros problemas, se acordará de mí —pronosticó el señor Gable—. Más concretamente, estará con lágrimas en los ojos frente a mi puerta. Y entonces tendremos el lío montado. Entonces será un poco tarde para buscar otro trabajo. Le impondremos intereses de penalización y tendrá aún más deudas. Y así sucesivamente. —El señor Gable pintaba un panorama sombrío de mi situación—. Porque, ¿de dónde va a conseguir nuevos clientes? El señor y la señora Palmer ya me han contado que apenas pudieron evitar que sus amigos cometieran el mismo error y le confiaran la organización de su boda.

Cometer el mismo error.

Me quedé sin aliento.

El señor Gable se estaba tomando demasiadas libertades.

—Bueno, señorita Rimes, quizás mis palabras le parezcan un poco duras ahora, pero por mi experiencia puedo asegurarle...

No seguí escuchando al señor Gable. Ya había tenido suficiente. Suficiente de esta palabrería. Suficiente de personas que creían saber todo mejor que yo, solo porque trabajaban en un banco y tenían vecinos que nunca estaban satisfechos con nada.

—Ya tengo nuevos clientes —anuncié—. Parker Lee Ruzzi y su prometida Janice. Por si estos nombres le dicen algo.

—¿Parker Lee Ruzzi? ¿El empresario de software? —El señor Gable sonaba sorprendido.

—Exacto. —En mi palabra resonaba más satisfacción de la que jamás hubiera creído posible. Ya le demostraría al señor Gable. Y a todos los que nunca habían creído en mí.

—¿Y cómo consigue USTED un cliente ASÍ? —El señor Gable no se molestó en ocultar su asombro.

Irritada, apreté los dientes. Otro hombre más que no confiaba en mis capacidades. —El señor Lee Ruzzi conoce a mi prometido —se me escapó antes de poder pensarlo mejor.

—Oh. Ah. Eso... eso es otra cosa, claro —balbuceó el señor Gable—. Si su prometido se mueve en esos... en esos círculos...

—No solo mi prometido. Yo también. —Me sorprendió la naturalidad con la que de repente salían las palabras de mi boca. Se sentía completamente natural presentarme como la prometida de Everett —. Puede leer hoy en el periódico un reportaje sobre nuestro último encuentro con el señor Lee Ruzzi y su prometida —le expliqué al señor Gable.

El asesor bancario guardó silencio.

Y en mi interior se expandió una enorme sensación de triunfo.

Así de simple era.

Así de fácil podía hacer callar al señor Gable.

Así de rápido podía convertirme en otra persona.

Así podía conseguir nuevos clientes.

Así podía superar todos los problemas en mi vida.

De repente me sentí capaz de hacer cosas que antes no creía poder lograr.

Y todo esto se lo debía a una sola persona: Everett.

—Entonces... entonces no quiero molestarla más, señorita Rimes — se despidió el señor Gable.

—Gracias —dije con dignidad y terminé la conversación.

Por dentro estaba jubilosa.

¿Por qué había esperado tanto para decirle al señor Gable lo que pensaba? ¿Por qué no lo había hecho hace mucho tiempo?

Antes de seguir reflexionando, saqué la tarjeta de visita de mi bolso. Marqué el número de Everett. —Acepto —anuncié—. ¿Cuándo tenemos nuestra primera cita juntos?

Capítulo 15

Everett

Salimos de mi Mercedes. Por consejo de Jessica, había dejado mi Bentley Flying Spur en el garaje hoy. Opinaba que podría parecer demasiado ostentoso y destruir más rápido de lo previsto la buena reputación que estaba reconstruyendo. Yo había protestado, pues la suposición era ridícula. Con la venta de mi Bentley Flying Spur no habría podido cubrir los costes permanentes de la empresa en Pensilvania. Eso no habría beneficiado a nadie. Ni a mí ni a las personas despedidas.

Jessica me había dejado claro que eso no importaba. —No se trata de eso, Everett. Se trata de la apariencia, no de la realidad. El trabajo de prensa es gestión de imagen.

Estas palabras aún resonaban en mis oídos cuando rodeé el coche y abrí la puerta para Melody. Le tendí mi mano. Ella la tomó sin dudarlo y sacó sus largas piernas del coche. Hoy llevaba una falda hasta la rodilla con medias y tenía una vista perfecta de sus bien formadas pantorrillas.

La mano de Melody descansaba firmemente en la mía. Era cálida y seca, y su agarre resultaba agradable. Me habría encantado entrelazar mis dedos con los suyos. Pero me contuve. No sabía cómo reaccionaría Melody. No podía permitirme un paso en falso ante los representantes de la prensa. No debía surgir la más mínima duda de que Melody y yo éramos realmente pareja. Si eso ocurriese, mi reputación quedaría definitivamente arruinada. Ninguna mujer volvería a comprar cosméticos de *Rockwood Cosmetics*.

Ninguna.

Sería el idiota que despedía a gente y se aprovechaba de mujeres indefensas.

Melody terminó de salir. Sus ojos azul profundo me miraban con firmeza. —¿Listo? —preguntó, casi como si percibiera lo importante que era la cita y que algo estaba pasando dentro de mí.

Asentí. —¿Y tú? —quise saber. Un atisbo de duda cruzó los ojos de Melody, pero desapareció tan rápido como había llegado. Cuando ayer discutimos el programa que Jessica había elaborado para los próximos días, Melody parecía firmemente decidida.

Casi demasiado decidida. Yo conocía eso. Ocurre cuando las personas reprimen sus dudas y quieren convencerse de que lo que están haciendo es definitivamente lo correcto. Estaba seguro de que Melody no estaba cometiendo un error. Y era completamente normal dudar de vez en cuando.

Me habría gustado decírselo, pero no había lugar para tales conversaciones aquí.

Melody y yo íbamos a inaugurar la nueva tienda insignia de *Rockwood Cosmetics* en la Quinta Avenida.

Melody se aclaró la garganta. —Lista —asintió.

En ese momento, ya sonó el primer clic de una cámara junto a nosotros. —Sr. Rockwood. Sr. Rockwood. Aún no nos ha revelado el nombre de su prometida. —La primera reportera me puso sin aliento un micrófono bajo la nariz.

Lo aparté con cuidado. —Eso es correcto. Queríamos mantener nuestro compromiso en secreto un tiempo más... eh... para disfrutar del tiempo a solas. Pero entonces... —Me encogí de hombros y sonreí a la reportera.

—¡Sr. Rockwood! —Un periodista regordete se abrió paso hacia delante y me puso un móvil bajo la nariz. Evidentemente, usaba el smartphone como grabadora. —Hoy inaugura aquí una nueva tienda insignia. La reforma del edificio ha costado cantidades ingentes de dinero. Desafortunadamente, no me fue posible obtener cifras exactas de su departamento de prensa, pero cualquiera puede ver que aquí no se ha escatimado en nada.

—Queremos ofrecer a nuestras clientas la mejor experiencia de compra posible. —Evité abordar directamente los argumentos del periodista. Este truco me lo había enseñado Jessica hace algún tiempo.

Si no quieres o no puedes responder a la pregunta, entonces responde con algo que no encaje completamente con el tema, pero que esté relacionado. Así puedes llevar a la mayoría de los periodistas por otro camino y dirigir la conversación elegantemente en la dirección que desees.

Sin embargo, el reportero regordete no se dejó distraer tan fácilmente. —Claro, claro. Eso es lo que quieren todas las tiendas. Pero seguramente podría haber ahorrado en uno u otro aspecto.

Me encogí de hombros. —¿De qué proyecto no podría afirmarse lo mismo?

El periodista regordete asintió. Todo su cuerpo se balanceó al hacerlo. —Probablemente tenga razón. Sin embargo, *Rockwood Cosmetics* acaba de cerrar una fábrica en Pensilvania porque no había dinero disponible para renovarla. ¿Y ahora invierte sumas enormes en una nueva tienda insignia? —El reportero hizo un gesto hacia la brillante fachada del rascacielos detrás de nosotros. El logo de *Rockwood Cosmetics* estaba colocado sobre la entrada. Una alfombra roja conducía a las puertas correderas de cristal. Frente a ellas se extendía una cinta roja que Melody y yo debíamos cortar juntos.

—Estas dos cosas no tienen nada que ver entre sí.

Mierda, Everett, ese fue el peor comienzo que podías encontrar para esta respuesta.

Me aclaré la garganta e intenté de nuevo. —Es decir, estas dos cosas solo parecen estar relacionadas a primera vista, pues naturalmente *Rockwood Cosmetics* está involucrada en ambos casos. Pero una vez se trata de una planta de producción y la otra de una tienda insignia para la venta de nuestros productos. La planta de producción era permanentemente no rentable. Incluso si hubiéramos decidido no hacer la tienda insignia e invertir el dinero en Pensilvania, no habría sido posible salvar las fábricas de allí y asegurar los empleos de forma permanente. Las cifras exactas pueden obtenerlas de nuestro departamento de prensa.

Ahora estaba satisfecho con mi respuesta.

—¿Pero no cree que sus antiguos empleados en Pensilvania se sentirán enfadados y tristes cuando vean esta noche las imágenes de la inauguración? —El reportero regordete no cedía. Había algo al acecho en su mirada cuando me miró.

Me aclaré la garganta para ganar tiempo. ¿Qué debía responder a este tipo ahora? Jessica me había aconsejado para estos casos simplemente repetir lo mismo con palabras ligeramente diferentes. Pero algo me decía que en este caso no funcionaría. El tipo no se daría por vencido.

—Por supuesto que lo harán. Es completamente normal. —La melodiosa voz a mi lado me hizo prestar atención.

Melody.

Ella había respondido a la pregunta. Ahora sonreía al reportero y decía: —Disculpe si me entrometo tan obviamente. Pero yo también he sido despedida varias veces en mi vida y sé cómo uno se siente entonces. UNO ESTÁ enfadado y triste. Cuando la empresa abre una nueva tienda en otro lugar, por supuesto que eso no mejora la situación. Sin embargo, tampoco encontrarás un nuevo trabajo antes si la empresa NO abre una tienda en otro lugar o incluso quiebra. —Melody levantó los brazos—. Lo que más me ha ayudado en tales casos ha sido concentrarme en mí misma y en mi futuro. A menudo las empresas me han ofrecido ayuda para buscar trabajo, y cuando he superado mi ira y la he aceptado, siempre he podido dar un paso adelante.

El reportero asintió.

Guardó su smartphone en el bolsillo.

Melody simplemente lo había desarmado, con una respuesta sin igual.

—¡Qué respuesta tan maravillosa! —se entusiasmó ahora la primera reportera—. Nuestras lectoras estarán encantadas. —La mujer se aclaró la garganta—. Si me permite preguntar, Sr. Rockwood: ¿dónde se conocieron ustedes dos?

—A mí también me interesaría saberlo. ¿Y por qué hace unos días en el refugio de animales actuaron como si no se conocieran? —La mujer pequeña con pelo corto y el piercing, que me había interrogado tan exhaustivamente en el *Animal Shelter*, se abrió paso hacia adelante. Mientras tanto, se habían reunido varios representantes de la prensa. La invitación de Jessica parecía haber sido bien recibida.

Actuaron como si no se conocieran. Maldición. Por supuesto que Melody y yo habíamos actuado como si no nos conociéramos. No nos conocíamos. Así de simple.

Con presencia de ánimo recordé mis palabras de antes. —Bueno, como les dije, queríamos mantener nuestro compromiso en secreto un tiempo más. Fue nuestra decisión conjunta. Melody intentó cambiar su turno en el refugio y yo también quería posponer la cita. Pero cuando al final quedó claro que estaríamos allí al mismo tiempo, decidimos fingir que no nos conocíamos.

Melody se rio. —Esa vez lo conseguimos bastante bien. Pero fue bastante duro y demasiado. Por eso lo cambiamos en la cena benéfica. Queríamos pasar una agradable velada juntos y no escondernos constantemente.

La reportera miró un poco desconfiada, pero luego sonrió a Melody.

Admirado, miré a mi prometida. Con su encanto natural y sus respuestas espontáneas, estaba conquistando a la prensa de una manera que yo nunca había conseguido. ¿Habría considerado alguna vez Melody aceptar un trabajo en relaciones públicas?

—¿Y dónde se conocieron entonces? —quiso saber la primera reportera—. Nuestras lectoras estarán terriblemente curiosas por saberlo.

Jessica había previsto esta pregunta y nos había encargado a Melody y a mí elaborar una respuesta. Sonreí. De repente, estaba agradecido por el perfeccionismo de Jessica. Incluso quería respuestas preparadas para tales preguntas, para asegurarse de que contestaríamos "correctamente" y todo iría en beneficio de *Rockwood Cosmetics*.

Sin embargo, la respuesta que había ideado también era en beneficio de Melody.

—Nos vimos por primera vez en una tienda de *Rockwood Cosmetics*. Allí nos conocimos —expliqué.

—Exacto. Para mi trabajo, necesito regularmente productos cosméticos de alta calidad. *Rockwood Cosmetics* ha sido mi primera elección durante años. He usado los productos incluso antes de haber oído hablar de Everett. Son los mejores cosméticos del mercado. Duran mucho, lucen genial, tienen colores fantásticos, se sienten agradables en la piel e incluso son adecuados para personas alérgicas. —Las palabras de Melody podrían haber salido de un anuncio publicitario. Le había señalado a Jessica que esta parte podría sonar demasiado artificial. Jessica solo se había encogido de hombros.

En boca de Melody, nada sonaba artificial. Todo era completamente natural.

¿Lo había ensayado en secreto o realmente era así?

Discretamente, la observé de lado. Estaba llena de misterios. En un momento bromeaba y reía con los representantes de la prensa como si nunca hubiera hecho otra cosa en su vida. Poco después parecía vulnerable y asustada, y parecía replegarse en sí misma. Apenas conocía a Melody, pero sabía lo suficiente de ella para estar seguro: el lado asustado no era su verdadero yo. ¿Qué le había ocurrido para convertirse en esto?

—¿Nos regalan un beso de compromiso? A nuestras lectoras les ENCANTARÍAAAAA. —La primera reportera sacó su cámara y la dirigió directamente hacia Melody y hacia mí.

Melody me miró. Y de repente volvía a estar ahí, esa expresión vulnerable en sus ojos, en la que acababa de pensar.

¿Tenía miedo de un beso?

Sentí el impulso imposible de tomar a Melody en mis brazos y susurrarle al oído que estaría segura conmigo. Me habría encantado cogerla de la mano y subirla de nuevo al Mercedes para marcharnos. Me habría gustado salvarla, tal como la había salvado de sus compañeras de instituto.

Pero eso no era posible ahora. Esta era una rueda de prensa oficial y no podía escabullirme con Melody.

Además, me habría encantado besarla. Miré a los profundos ojos azules de Melody, enmarcados por largas pestañas. Mi mirada se

deslizó hacia los labios carnosos que brillaban seductoramente y estaban ligeramente entreabiertos. Ya había notado esto en Melody varias veces. Parecía estar invitándome a posar mis labios sobre los suyos.

Y precisamente por eso no podía hacerlo.

Y menos aún frente a la prensa.

Sabía perfectamente que en cuanto mis labios tocaran los de Melody, estaría perdido. La estrecharía en mis brazos, exactamente como ya me había imaginado innumerables veces. Y entonces no la soltaría. Bebería el beso de sus labios y presionaría mi cuerpo contra el suyo. Por fin Melody me sentiría por completo y entonces mi lengua...

¡Everett! No tienes ni idea de lo que esta mujer piensa realmente de ti.

¿La tenía?

—¿Sr. Rockwood? ¿Una foto del beso? —La reportera se colocó en posición, juguetona—. Solo una. Nuestras lectoras les amarán por ello.

Melody, que antes había encontrado respuestas tan ingeniosas, permaneció en silencio. Simplemente estaba ahí, mirándome.

Me aclaré la garganta. —Eso lo dejaremos mejor para otra ocasión. Aquí tenemos una tienda que inaugurar y me parecería muy agradable si pudiera hacernos una foto cortando la cinta. —Señalé a lo largo de la alfombra roja hacia la puerta de la tienda—. Si ahora les ofrecemos una foto de un beso, todas las demás noticias se

volverán irrelevantes. —Le guiñé un ojo a la reportera. Mi respuesta sonaba ahora tan relajada como las de Melody antes. ¿Estaba aprendiendo de ella cómo tratar con la prensa?

¿Por qué no, Everett?

Y efectivamente, la reportera bajó obedientemente su cámara.

—Pero quizás puedan prometer algo más a nuestras lectoras. ¿Un reportaje en casa, por ejemplo? Usted y su prometida en su hogar compartido. Una mirada a su vida. A nuestras lectoras les ENCANTA eso.

¿Un reportaje en casa?

Era una idea pésima. Melody y yo no teníamos un hogar compartido. Ni siquiera conocíamos la casa del otro. No tenía idea de dónde vivía Melody y Melody no sabía dónde vivía yo.

Un reportaje en casa era la peor de todas las malas ideas. Ni siquiera Jessica, que también creía que Melody y yo estábamos realmente comprometidos, había sugerido algo así.

Pero de repente me sorprendí queriendo saber dónde vivía Melody y cómo era su casa. Quería conocer a Melody. Saberlo todo sobre ella. De dónde venía esa inseguridad, cómo podía disiparla, qué prefería desayunar y con qué películas se reía más fuerte. Quería saber todo lo que se podía saber de otra persona. Y más aún. Quería saber cosas de Melody que ella escondía de sí misma.

Y quería mostrar a Melody mi hogar. Quería mostrarle cómo era mi casa, qué me gustaba y quién era yo. Quizás entonces esa expresión temerosa en sus ojos desaparecería para siempre.

—Un reportaje en casa es una idea excelente —me oí decir.

Capítulo 16

Melody

—Brindemos una vez más por los novios. ¡Por la novia Christina! ¡Por el novio Neil! ¡Que sean felices juntos toda la vida! —El hombre mayor de traje alzó su copa de champán y la dirigió hacia las mesas redondas, donde los invitados le imitaron brindando por el futuro de la pareja.

Observé la escena con satisfacción. Hasta ahora todo había salido a la perfección. La ceremonia había sido preciosa: tanto la madre de la novia como la madre del novio habían derramado algunas lágrimas. Eso siempre era buena señal. Cuando las madres estaban felices, los hijos normalmente también lo estaban.

—¡Vivan! ¡Vivan! ¡Vivan! —Un hombre ya algo bebido se puso de pie y se subió a su silla para ofrecer este brindis. Reprimí una risita. Seguramente era un tío, probablemente de la novia. Se parecía un poco al padre de la novia. Ya había presenciado escenas similares antes y casi siempre era un tío, hermano o primo que bebía un poco de más y luego animaba la boda. Una vez incluso presencié un pequeño escándalo cuando el tío borracho acusó al mejor amigo del novio de haber tenido un romance con la novia.

Esta vez, sin embargo, no parecía que fuera a ocurrir nada similar, pues cuando el padre de la novia tiró de la chaqueta de su hermano, éste bajó de la silla tambaleándose un poco y se sentó obedientemente.

Ahora se levantó el novio. Con voz ligeramente temblorosa, agradeció a sus padres. Luego se dirigió a su esposa: —Y a ti quiero agradecerte que hayas aceptado amarme tal como soy, pasar tu vida a mi lado y apoyarme para que me convierta en una mejor persona. Que nuestros sueños se hagan realidad.

Hasta yo tragué saliva. No era el primer discurso de un novio que presenciaba. Pero por alguna razón, estas palabras me conmovieron especialmente. De repente pensé en Everett. Lo vi frente a mí, cómo me había tendido la mano anteayer en la inauguración de su tienda para ayudarme a salir del coche. Cómo me había mirado sorprendido cuando de repente tomé la palabra ante la prensa. No me había interrumpido, simplemente me había dejado hablar. Eso me había dado tanta seguridad. Parecía que a sus ojos yo no podía hacer nada mal.

Y cuando esa reportera quiso una foto de nosotros besándonos, habría jurado que Everett QUERÍA besarme. En sus ojos había un brillo extraño que oscilaba entre calidez y deseo. Me había mirado como si yo fuera una persona especialmente preciada. Una que nunca querría dejar ir.

Sí, habría jurado que a Everett le habría encantado besarme. Incluso habría apostado un mes de sueldo a que estaba a punto de hacerlo. Pero luego no pasó nada. Everett se dio la vuelta y negoció con la reportera que haríamos juntos un reportaje en casa.

Un REPORTAJE EN CASA.

Una cita más en lugar de un beso.

La decepción se apoderó de mí. Y al mismo tiempo me reproché por ello. Había accedido a acompañar a Everett a algunos eventos para encontrar nuevos clientes como organizadora de bodas. Y sí, quería disfrutar unas cuantas veces más de esa maravillosa sensación que se extendía dentro de mí cuando Everett estaba cerca. Pero NUNCA había pensado en lanzarme directamente a sus brazos.

No te has lanzado a sus brazos, Melody.

Pero lo había pensado y eso tampoco era mucho mejor. Si ya tenía tales fantasías...

Si Everett me hubiera besado, yo habría correspondido sin pensarlo. Delante de todos los reporteros. Delante de las cámaras. No solo le habría devuelto el beso tímidamente, sino que habría abierto mis labios para él. Algo en su mirada hacía que, una y otra vez, derribara todos los muros que había construido a mi alrededor y que se rompieran todos los diques alrededor de mi corazón. Y si abría mi corazón, también quería abrir mis labios.

¿Qué demonios estás pensando, Melody? ¡Cualquiera diría que la que ha bebido eres tú y no el tío de la novia!

—Y después de habernos agradecido mutuamente, me gustaría mencionar a una persona muy especial, sin la cual nunca podríamos haber celebrado este día así: Neil y yo estamos profundamente agradecidos a nuestra organizadora de bodas, Melody. Sin ella, esta boda no existiría. Sin ella, no habríamos intercambiado anillos, todos estaríais sentados en el suelo en vez de en sillas y para comer... bueno, prefiero no deciros lo que os habrían servido. Podéis imaginarlo vosotros mismos, porque sabéis que ni Neil ni yo sabemos cocinar ni planificar nada. Y la tarta de boda habría

quedado empalagosamente dulce y pesada. Pero podéis esperar una creación cremosa y afrutada, y eso se debe únicamente a Melody, que me ayudó en la selección —La novia Christina sonrió a todos y consiguió las risas del público al presumir de sus debilidades.

Qué fácil parecía para algunas personas. Parecían aceptarse tal como eran sin dudar de que otros las quisieran así.

—¡Un aplauso para Melody! —exclamó Christina, y los aproximadamente doscientos invitados a la boda aplaudieron obedientemente.

Sonreí y saludé con la mano. Christina y Neil eran realmente agradables. La mayoría de las parejas daban por sentado a su organizadora de bodas y me hacían correr de un lado a otro el día de su boda. Algunos se disculpaban al final y yo siempre lo entendía; después de todo, todos están especialmente nerviosos en un día tan importante.

Por lo general, me agradecían en privado.

Que alguien me mencionara en un discurso como lo había hecho Christina, era poco frecuente.

—Y ahora pido a todas las mujeres solteras que se coloquen allí en la pista de baile —Christina señaló un punto lo más alejado posible de las mesas. Su boda se celebraba en el gran salón de baile del Waldorf Astoria, uno de los hoteles más elegantes de Nueva York. Varias damas se levantaron y se dirigieron entre risitas y cuchicheos al punto que Christina había señalado.

—Quiero lanzar mi ramo de novia para averiguar cuál de vosotras será la próxima en casarse —anunció Christina. Entonces me miró—:

Melody, tú quedas excluida. Todos sabemos que ya has recibido una propuesta. Al fin y al cabo, se pudo leer recientemente en el periódico.

De nuevo Christina tenía las risas de su lado.

Si antes me había sentido halagada, ahora me puse roja.

Completamente roja.

¿Realmente todos los invitados a la boda sabían que estaba "comprometida"?

Me pregunto una y otra vez en qué me he metido.

No me lo había imaginado así.

Sí, había esperado conseguir nuevos clientes. Todavía lo esperaba. Y por supuesto, era consciente de que mi cara aparecería de nuevo en algunas revistas y en algunas páginas de internet. Pero eso era todo. No había contado con que mi vida se viera afectada más allá por este... este acuerdo.

Pero ahora...

¿Tendría que esperar comentarios como este en cada boda?

¿Mis futuros clientes me preguntarían sobre mi vida privada?

¿Tendría que firmar una revista en cada salida de compras con Darleen?

¿En qué me había metido?

Todo esto es solo temporal, Melody. Nada pasa tan rápido como la fama. Hasta ahora, cada rostro que ha aparecido en los periódicos ha sido olvidado.

No todos.

Sí, no el de las personas realmente famosas, Melody. Pero difícilmente querrás compararte con ellas.

Los demás acababan en la sección "¿Qué fue de...?", donde luego eran extensamente compadecidos por haber sido abandonados, estar arruinados o simplemente haber envejecido.

Me estremecí ante esa idea. No quería acabar así.

Christina pasó junto a mí con el ramo de novia en la mano. Luego se detuvo. —Tengo una pregunta más, Melody —Por supuesto, Christina dijo estas palabras directamente al micrófono, para que toda la audiencia de la boda pudiera oír lo que decía.

Oh Dios.

¿Qué pregunta podría ser?

Me habría encantado hacerme pequeña y esconderme en algún agujero. Como siempre que las cosas se ponían difíciles. Como lo había hecho en el instituto cuando Ginny y su grupo me acribillaban constantemente con "preguntas". Como lo había hecho cuando Harvey estaba de mal humor. Al pensar en esto, mis hombros se tensaron.

—¿Cómo organiza una organizadora de bodas su propia boda? —La pregunta de Christina me devolvió al presente—. ¿Se convierte en planificadora de su propia ceremonia? ¿Lo organiza todo ella misma? ¿O contrata a su propia organizadora de bodas? Y en ese caso, ¿hay alguien que pueda satisfacer sus exigencias? Al fin y al cabo, ella ya sabe hacerlo todo mejor —Christina me miró con genuina curiosidad.

—Yo... —balbuceé sin saber qué decir.

Difícilmente podía decir la verdad.

Que no había pensado en nada menos que en mi propia boda. Después de haberme liberado finalmente de Harvey, nunca había vuelto a pensar en una relación. Y mucho menos en una boda. Simplemente estaba contenta de tener mi propia vida de nuevo y poder ser yo misma.

¿Qué debía responder?

La rapidez mental con la que había respondido a las preguntas de los reporteros a Everett había desaparecido de repente.

—Pues... sinceramente, aún no sé lo que haré —tartamudeé y sentí cómo un rubor aún más intenso que antes subía a mis mejillas.

Dios, Melody, qué vergüenza estás haciendo pasar. Si Everett se entera, cancelará el acuerdo de inmediato.

Tragué saliva.

Pero entonces pensé en los ojos de Everett, que a veces miraban oscuros, a veces inescrutables y a veces pacientes y expectantes. Ese pensamiento me dio fuerza y valor.

—Todavía no hemos hablado de ello —expliqué—. Antes de decir algo al respecto, por supuesto que necesito conocer la opinión de mi prometido —Cuando pronuncié las palabras "mi prometido", dudé imperceptiblemente.

Christina pareció no haberlo notado. —¡Así funciona un buen equipo! —exclamó entusiasmada al micrófono—. Ninguno sin el otro. Nada de acciones individuales —Al decir estas palabras, Christina le lanzó un beso a su novio.

Los invitados de la boda vitorearon y aplaudieron.

—Christiiiiiina. Estaaaamos esperando —Dos de las damas de honor saludaban excitadamente desde el pequeño grupo de mujeres solteras.

—¡Apenas podéis esperar! —gritó ahora Christina al micrófono—. Estáis desesperadas por casaros —Entre risas, se colocó en posición para lanzar el ramo de novia por encima de su hombro.

Observé con curiosidad. ¿Sería una de las emocionadas damas de honor quien atraparía el ramo?

—¿Yaaaaaa estás pensando en tu propia boda? —Una voz chillona y estridente sonó en mi oído. Una voz que me resultaba tan familiar que mis entrañas se contrajeron automáticamente. Esta reacción mi cuerpo la había aprendido hace muchos años y hasta hoy permanecía en mí.

Me giré lentamente.

Ginny.

Mi cuerpo no me había engañado.

—¿Qué... qué haces tú aquí? —pregunté.

Ginny sonrió con suficiencia. —Vaya, ¿qué hago yo aquí? Estoy invitada a la boda de mi primo. ¿Acaso la organizadora de bodas no ha estudiado atentamente los nombres de la lista de invitados? —Ginny negó con la cabeza y chasqueó la lengua, como para indicar que este descuido era realmente imperdonable—. Entonces ten cuidado de hacerlo diferente en tu propia boda. Quién sabe a quién invitará tu marido sin que tú lo sepas. Es posible que incluso te encuentres conmigo el día de tu boda —Ginny sonrió con malicia.

Sentí frío.

¿Ginny conocía a Everett?

¿Tan bien como para que él incluso la invitara a su boda?

—Yo... —balbuceé buscando palabras en vano—. ¿Vosotros... os conocéis? —En el momento en que pronuncié las palabras, me di cuenta de lo idiota que era esa suposición. Por supuesto que NO se conocían. Por supuesto que no. De lo contrario, Everett no me habría salvado de Ginny, al menos no DE ESA MANERA.

Ginny soltó una risa estridente. —A ti se te puede contar cualquier mierda y te la crees. ¿Hay algo en lo que no creas, Melody Rimes? —La risa de Ginny se convirtió en una risita chillona—. Y ahora que estás comprometida, supongo que crees que puedes ponerte en primer plano. Incluso aquí, donde solo eres una simple proveedora de servicios. Hoy es el gran día de los novios. No el tuyo —Ginny me miró con desprecio.

—Pero fue Christina quien me dio las gracias —me defendí.

—Probablemente se sintió obligada a hacerlo. Después de todo, ahora eres famosa —Ginny se rió a carcajadas. Algunos de los invitados que estaban cerca de nosotras se volvieron para mirarnos.

Me sonrojé de nuevo.

De ninguna manera quería atraer más atención sobre mí.

—Hablemos de esto en otro momento, Ginny. Ahora deberías simplemente disfrutar de un buen día. Igual que los novios y todos los demás invitados —Desesperadamente intenté desviar la atención de Ginny hacia otra cosa.

Pero Ginny no se dejaba sacudir tan fácilmente. Eso tampoco había funcionado antes.

—Pero espera: nada dura para siempre. Algún día ese tipo se dará cuenta de qué muñeca tan rígida se ha metido en la cama. Y entonces serás desechada más rápido de lo que puedes parpadear —pronosticó Ginny—. Te lo digo en serio, Melody, mírate: ¿Por qué alguien como ÉL iba a molestarse con alguien como TÚ?

Ya no soportaba la presencia de Ginny. Nunca lo había hecho. Como siempre, me había quedado paralizada. Pero esta vez ocurrió algo diferente. Mis piernas se pusieron en movimiento.

Huí tan rápido como pude.

Lejos de Ginny, hacia los otros invitados.

Pero la pregunta que Ginny me había hecho al final ardía en mi corazón.

Capítulo 17

Everett

Acaricié al gato de rayas rojas y blancas. Melody y yo estábamos otra vez en el *Animal Shelter of NYC*, igual que hace unos días. Aunque esta vez habíamos entrado juntos en el edificio bajo y de una sola planta.

—Qué casualidad tan divertida. Justo este gato es el que tenía su prometida en brazos durante su primera visita. Cuando ambos aún querían mantener en secreto su compromiso —Mr. Morris sacudió la cabeza. Sus mofletes de hámster temblaron—. Es difícil creer que eso fuera hace solo unos días.

Asentí. Yo mismo apenas podía creerlo. Se sentía como si conociera a Melody desde mucho más tiempo del que realmente la conocía.

Pero, ¿realmente la conocía?

Observé a Melody disimuladamente de reojo. Tenía un gato gris en brazos y presionaba su nariz contra su pelaje.

¿Qué sabía yo realmente sobre Melody?

Mucho y a la vez poco. Todavía no me quedaba claro de qué tenía tanto miedo. No tenía ni idea de cómo era su vida, quiénes eran sus amigos y qué apreciaba su familia de ella.

No vas a descubrirlo en actos públicos, Everett.

¿Debería pedirle a Melody que pasara tiempo conmigo fuera de los compromisos?

Abstraído, continué acariciando al gatito joven de rayas rojas y blancas. Su pelaje era suave y esponjoso bajo mi mano. Con cuidado, apreté a la pequeña criatura contra mi pecho.

—Miau —hizo el gatito y pataleó un poco.

—¡Ay! —exclamé cuando las pequeñas garras me alcanzaron.

Melody se rio. —Tienes que tener cuidado. Los gatos tienen su propia cabeza. No se dejan intimidar, a ninguna edad. Cuando son jóvenes, son salvajes. En cambio, un gato mayor se convierte en una diva. Pasea majestuosamente y te ignora hasta que le das de comer.

—Diva —murmuré y seguí acariciando al esponjoso gatito—. ¿Son solo las gatas hembras las que se comportan así o los gatos machos también hacen lo mismo?

Melody estalló en carcajadas. Dejó ir al gato gris de sus brazos a su jaula. Luego tomó el paquete de comida en su mano. Pero de tanta risa no pudo abrir el paquete y lo colocó de nuevo en el suelo. Melody literalmente se sacudía de risa. —Ay, Everett —jadeó ligeramente sin aliento—, eres realmente delicioso. De verdad. —

Melody se sujetó los costados y respiró profundamente—. Realmente delicioso —repitió y poco a poco se fue calmando.

—Es la verdad —refunfuñé. El pequeño gato en mi brazo intentó de nuevo clavar sus garras en mí. Pero esta vez estaba preparado y lo esquivé. Sonreí—. Tienes que admitir que eso sonó como la descripción de una mujer.

—Con todo respeto, señorita Rimes, debo darle la razón a su prometido —inesperadamente, Mr. Morris me apoyó. El hombre pequeño y regordete asintió enérgicamente.

—¿Lo ves? —dije con fingida indignación a Melody—. Mr. Morris opina exactamente igual.

Melody levantó ambas manos y me sonrió desarmándome. También hoy sonreía de verdad. Sus comisuras ya no se elevaban solo dos milímetros como en nuestro primer encuentro. No, su sonrisa iluminaba toda su cara. Era como si alguien hubiera encendido una luz en su interior. Sus ojos brillaban y resplandecían.

¿No siempre se dice que los ojos son el espejo del alma?

¿Qué podía leer entonces en los ojos de Melody?

Respiré hondo.

—Señor Rockwood. Señorita Rimes —al oír mi nombre, me giré rápidamente. La pequeña reportera con pelo corto y el piercing en el labio superior venía corriendo sin aliento por el pasillo hacia nosotros —. ¿Espero no llegar tarde? —miró a su alrededor buscando.

—No —tranquilicé a la mujer—. Todo lo contrario. Es usted la primera representante de prensa.

Melody y yo habíamos salido media hora antes de lo previsto para la cita. A propósito, porque quería pasar un poco más de tiempo a solas con Melody. Quería ver qué hacía y cómo se comportaba cuando no había prensa, ni Ginny, ni Jessica presentes. Quería ver cómo era Melody cuando solo estábamos ella y yo.

¿Seguiría riendo entonces?

¿Seguiría haciendo bromas?

¿Me seguiría aceptando tal como soy?

Pero como Mr. Morris no se había apartado de nuestro lado, había fallado en mi objetivo. Melody y yo no habíamos estado solos. Tendría que pensar en otra cosa.

—Entonces me quedo tranquila —jadeando, la pequeña reportera se detuvo frente a nosotros—. Hoy es simplemente uno de esos días en que todo sale mal. Haga lo que haga. O llego tarde o se me olvida algo.

—Yo también conozco esos días —Melody se rio—. Algo parecido me pasó hace poco. Simplemente todo salió mal —sonrió a la reportera —. Tal vez ahora cambie la tortilla. En algún momento todo mejora, incluso en días así.

—Es cierto —la reportera miró sorprendida a Melody.

Yo no estaba tan sorprendido. Melody ya había sido notablemente abierta en la cita anterior. Pero aun así, siempre me asombraba lo

fácilmente que Melody establecía una relación con la prensa y lo sencillo que parecía todo para ella. Simplemente decía lo que pensaba y respondía a las palabras de los periodistas. Sin grandes segundas intenciones. Por supuesto, no les contaba todo, sino que se ceñía exactamente a nuestro guion y a los detalles acordados. Pero tampoco fingía ni pretendía ser alguien que no era.

Era simplemente ella misma.

Y eso me resultaba más atractivo que cualquier otra cosa.

—Buenos días —nos saludó en ese momento el reportero rechoncho que ya había estado presente en la inauguración de mi nueva tienda.

Pronto sería capaz de distinguir a todos los representantes de la prensa.

¿Quería eso?

En realidad, ¿ese no era el trabajo de Jessica?

—Señor Rockwood —la pequeña reportera con el piercing ahora me miraba sorprendida. Señaló al gatito en la curva de mi brazo—. Está acariciando a un gato.

—¿Y? —pregunté. ¿Acaso esta mujer todavía me consideraba un misántropo y un odiador de animales que despedía a sus empleados sin escrúpulos y al que le daba igual el sufrimiento ajeno? ¿Después de todo lo que había hecho en los últimos días?

—¿No dijo hace unos días exactamente en este mismo lugar que tenía alergia al pelo de gato y que por eso no podía ocuparse personalmente de los animales, sino que solo podía hacer una

donación? —concentrada, la pequeña reportera frunció el ceño y me miró críticamente—. Juraría que fue así. Si escucho la grabación... —diligentemente, la mujer tecleó en su móvil.

Maldita sea.

Quería hacer algo por mi imagen y ahora la prensa me había pillado en una mentira. Por supuesto que había afirmado tener alergia. Simplemente no había querido coger a un gato en brazos porque odiaba ese tipo de fotos.

¿Qué debía decirle a la reportera?

¿Cómo podía salir de esta situación? Difícilmente podía afirmar que mi alergia al pelo de gato se había esfumado mágicamente en cuestión de días.

—Ah, no debe tomarse tan en serio cuando dice esas cosas —Melody soltó una risita a mi lado. La miré. ¿No lo decía en serio, verdad? No podía decirle a la prensa que no debía tomar en serio mis palabras. Los reporteros inmediatamente comprobarían cada declaración mía y pondrían cada palabra en una balanza de precisión. Habría perdido toda credibilidad.

Me acerqué más a Melody y choqué mi rodilla contra su pierna tan discretamente como pude. Esperaba que entendiera mi señal y se callara.

Pero Melody siguió hablando completamente despreocupada. —También hace eso en casa de vez en cuando. Cuando no quiere algo, simplemente inventa una excusa —Melody se encogió de hombros y miró a la reportera con fingida impotencia—. ¿Qué mujer no conoce eso de su marido?

—Tiene razón —admitió la reportera. Volvió a meter el móvil en el bolsillo de la chaqueta y se rio. Melody se unió a su risa.

Con infinito asombro observé a las dos mujeres a mi lado. Se reían... ¿de mí? O al menos de hombres como yo. Y sin embargo, no me sentía ni un poco incómodo en la situación. Todo lo contrario, me sentía mejor que en mucho tiempo.

—En este caso, probablemente deba agradecerme el pequeño engaño de Everett. O dicho de otra manera, es culpa mía que afirme tener alergia al pelo de gato —Melody se inclinó hacia delante y bajó un poco la voz, de modo que parecía estar contándole algo particularmente confidencial a la reportera—. Me gustan los animales... bueno, un poco demasiado.

—Entiendo —asintió la reportera, aunque era bastante obvio que no tenía ni idea de adónde quería llegar Melody. Simplemente quería animarla a seguir hablando.

Melody no necesitaba un estímulo especial. —Me encantaría alojar en nuestra casa a todo el *Animal Shelter* y, además, a todos los demás animales sin dueño que veo en los paseos o de camino al trabajo —Melody levantó los brazos—. Así soy yo, no puedo evitarlo.

—Tiene un gran corazón —comentó la reportera y me miró.

Asentí en confirmación.

¿Qué más podía hacer?

—¿Qué dice a eso, señor Rockwood? —quiso saber ahora la reportera. Me miró inquisitivamente. Detrás de ella se congregaban

más representantes de la prensa que ya habían llegado. Sacaban sus móviles y cámaras.

—Bueno... —sentí la garganta un poco seca cuando quise responder. Me aclaré la garganta—. No mucho —dije finalmente—. Hay que aceptar al otro como es. El gran corazón de Melody es una de las cualidades que más aprecio de ella.

Melody se rio de nuevo. —Es verdad, nunca intenta cambiarme. Y eso, a su vez, es una de las cosas que más me gustan de él — Melody se giró a medias hacia mí y me sonrió.

Clic.

Clic.

Clic.

Las cámaras a nuestro alrededor captaban ahora la imagen que todas las lectoras esperaban. Interiormente gemí. Esto iba de mal en peor. Pronto ya no me encontrarían en la sección de economía del *New York Times*, sino solo en las revistas del corazón. Nadie se preocuparía más por mis éxitos profesionales, sino que todos tendrían curiosidad por mi vida privada.

Por otro lado, eso no estaba tan mal. En ese momento, precisamente queríamos desviar la atención de *Rockwood Cosmetics* y los despidos. Por eso estaba yo aquí, por eso estaba Melody aquí.

—¡Miau! —protestó entonces el gatito en mi brazo. Evidentemente se sentía desatendido.

—Ya está bien —murmuré y seguí acariciando a la esponjosa bola de pelo—. ¿Cómo te llamas? —le pregunté al pequeño gato.

—Todavía no tiene nombre —intervino entonces Mr. Morris—. Como el gato es todavía muy joven, suponemos que será adoptado en los próximos días. Queremos dejar que su nuevo dueño le dé un nombre.

Tomé al gatito entre mis dos manos y lo sostuve frente a mi cara. Las patas se agitaban. Con el pulgar acaricié el vientre del gatito. Ronroneó encantado.

—Bueno, ¿cómo te llamaremos? —murmuré.

—¿USTED quiere adoptar al gato? —la pequeña reportera con el piercing me miró consternada.

¿Yo? Aunque no lo había dicho exactamente así, pero bueno... Eché un vistazo a Melody. Ella me sonreía con total inocencia.

—¿Qué opina de este giro de los acontecimientos, señorita Rimes? —quiso saber la reportera.

Melody se aclaró la garganta. —Por supuesto que me encantaría que fuéramos padres de esta pequeña bola de pelo —mientras tanto, yo había vuelto a colocar al gatito en la curva de mi brazo y Melody acariciaba suavemente su pelaje. Al hacerlo, las puntas de sus dedos también rozaron mi brazo. Aunque llevaba camisa, noté cómo se me erizaba el vello del brazo.

Melody levantó los ojos y me miró. —Pero no quiero obligarte a nada —sus palabras ahora iban dirigidas directamente a mí. Sus ojos eran de un azul profundo y claro.

—¿Qué dice, señor Rockwood? —la reportera con el piercing no se rendía.

Maldición. ¿En qué aprieto me había metido? Si no me llevaba al gatito a casa, mañana habría una foto en el periódico con el título "El generoso empresario resulta ser un odiador de gatos" o "Donación al refugio sí, amor por los animales no". Algo así. Y todo el trabajo habría sido en vano.

—Miau —hizo la pequeña bola de pelo. Tomé al gatito de nuevo entre mis manos.

—¿Qué dices tú? —quise saber.

—Miau —hizo el gatito. Parecía sentirse bastante cómodo en mi presencia. Y sorprendentemente, yo disfrutaba acariciando el suave pelaje y observando al gatito mientras miraba curioso a su alrededor.

TAMPOCO puede dar TANTO trabajo una cosita tan pequeña, ¿verdad? A diferencia de los perros, los gatos son bastante independientes y no necesitan que los saquen a pasear.

Me estiré hacia arriba.

—Lleva calcetines diferentes. Uno verde y uno azul —observó entonces de repente la pequeña reportera. Miró mis pies.

Bajé al gatito.

—Eso le pasa constantemente. Ahora ya han descubierto casi todas sus manías —Melody guiñó un ojo a la reportera.

No sabía muy bien qué pensar de esto. ¿La semana que viene saldría en el periódico que prefiero Cosmopolitan al whisky?

Esto iba demasiado lejos.

Al fin y al cabo, yo era un hombre de negocios y no un actor. Vivía de los ingresos de mi empresa y no de dar entrevistas, de contar todo lo posible sobre mí a la prensa y de aparecer lo más a menudo posible en portadas.

—A mí también me pasa siempre —confesó entonces la reportera. La miré. En ese momento, levantó ligeramente las perneras de sus pantalones. Un calcetín rojo y otro amarillo.

Sorprendido, miré fijamente a la pequeña mujer.

—No es usted el único —sonrió—. ¿Y sabe qué? Este pequeño detalle le hace directamente simpático.

—¡Miau! —protestó de nuevo el pequeño gatito. Obviamente quería ser el centro de atención.

—Trixie —dije entonces.

—¿Cómo dice? —preguntó la reportera.

—Se llama Trixie —asentí.

—¡Miau! —Trixie parecía gustarle su nombre.

—Maravilloso —Mr. Morris sonrió de oreja a oreja, con sus mofletes de hámster.

Eso me daba igual.

La sonrisa en los ojos de Melody, en cambio, me llegó directamente al corazón.

Capítulo 18

Everett

—Ahora el bebé está listo para la acción —dijo Joe mientras apretaba satisfecho uno de los últimos tornillos y dejaba a un lado la llave ligeramente manchada de grasa. Se limpió la cara, dejándose otra marca negra en ella.

—Gracias por cuidarla siempre con tanto cariño —pasé la mano por el asiento de la Sportster XL 1200. El mejor modelo de Harley Davidson, al menos en mi opinión. Luego seguí acariciándola hacia delante. El metal frío se sentía maravilloso bajo mi mano.

—Solo está esperando una pequeña excursión —comentó Joe.

—Sí —dije pensativo.

—¿No te apetece? —Joe arqueó las cejas—. ¿O es que tu nueva novia te ha prohibido montar en moto? —sonrió levemente.

Guardé silencio. Tarde o temprano el tema tenía que surgir. Aunque me hubiera gustado evitarlo. Todo este asunto me resultaba

incómodo delante de Joe. Quizás porque él estaba felizmente casado.

—Me alegra que al menos hayas conseguido llegar a las Catskills, a pesar de tener sorprendentemente una mujer a tu lado. Después de que hace menos de dos semanas afirmaras que querías todo menos eso —Joe soltó una sonora carcajada—. En fin. Bienvenido al club, colega —me dio una palmada amistosa en la espalda y siguió riendo.

Tragué saliva. Hasta ahora no le había contado a Joe qué pasaba entre Melody y yo. Joe creía que Melody y yo éramos pareja, tal como decían los periódicos. Por supuesto. ¿Qué otra cosa iba a creer?

¿Debería decirle la verdad?

Durante todo el camino hasta aquí había estado debatiéndome conmigo mismo, pero no había llegado a ninguna conclusión.

—Para estar locamente enamorado, hoy te has mostrado sorprendentemente reservado —Joe me miró con el ceño fruncido—. Ha pasado tiempo desde la última vez que te vi embobado por una mujer. Pero recuerdo claramente que no podías dejar de hablar de ella. Ahora estás comprometido, pero no has dicho ni una palabra. ¿Hay algún problema?

Negué con la cabeza. Luego me armé de valor. Este era Joe. Mi mejor amigo, que había estado a mi lado en todos los altibajos desde el instituto. Me aceptaba tal como era. Incluso ahora, no se había quejado de que no le hubiera contado nada sobre Melody. No, en lugar de eso, se preocupaba por si yo estaba bien.

—Bueno... —dije vacilante. Entonces le conté a Joe cómo había conocido a Melody—. Cuando la vi allí de pie, no pude evitar ayudarla. Luego la llevé a la cena y fue una noche realmente maravillosa. Muy relajada. Ella no es una pija estirada como todas las demás. Con ella podía ser simplemente yo mismo —el recuerdo todavía me asombraba. Sacudí ligeramente la cabeza.

—Eso suena bastante bien. Y entonces, ¿dónde está el problema? —quiso saber Joe—. ¿Crees que todo fue demasiado rápido? ¿Apenas conocerse y ya comprometidos? Incluso estas historias pueden salir bien, colega.

—Bueno... —seguí divagando. Finalmente, me armé de valor y le describí cómo había dejado plantada a Melody aquella noche—. La primera historia sobre el compromiso que apareció en los periódicos no fue más que un malentendido. Así fue como salvé a Melody de sus acosadoras y así fue como la colé en la sala para la cena benéfica —admití—. No la conozco desde hace mucho tiempo.

Joe me miró incrédulo. Después de un rato, se rio aún más fuerte que antes. —Vaya, tío, esto sí que es algo —Joe se dio una palmada en el estómago de la risa—. ¿Y entonces ese compromiso falso se convirtió rápidamente en un compromiso real? Porque has vuelto a ver a esa mujer mágica. E incluso ya estáis haciendo apariciones juntos ante la prensa.

—Sí, la he vuelto a ver. Pero lo del compromiso... —me pasé la mano por el pelo. Solo ahora me daba cuenta de lo complicada que era realmente la situación—. Simplemente decidimos seguir con la farsa un poco más, porque nos beneficia a ambos. *Rockwood Cosmetics* se ha salido de los titulares porque la gente está interesada en otras cosas. En Melody y en mí. Y Melody obtiene publicidad para su empresa —me encogí de hombros.

—Así que por eso no me has contado nada de ella. No tienes sentimientos especiales por ella —mientras decía esto, Joe me miró de forma penetrante.

Volví a guardar silencio.

—¿Everett? —Joe volvió a fruncir el ceño—. Te conozco lo suficiente como para saber que aún no me has contado todo.

No lo había hecho. Había contado lo que había ocurrido. Había omitido lo que sentía y pensaba. Por lo general, nadie se daba cuenta. Joe era diferente.

—La verdad es que me parece bastante increíble —admití entonces. Mi voz sonaba de alguna manera atormentada.

—Parece que te ha costado confesar eso —Joe arrugó ligeramente la nariz.

—Nada de esto estaba planeado —estallé. Golpeé con la mano el asiento de mi Harley Davidson—. Todo lo que te he dicho, lo dije en serio. No quiero una mujer y no quiero una relación. De verdad.

—Bueno, entonces todo está bien —dijo Joe con toda tranquilidad—. Si no la quieres, seguid con vuestro plan y después cada uno por su lado. Tal como has dicho. Solo porque te parezca increíble no significa que tengas que casarte con ella. O dejar que se mude a tu casa. O hacer cualquier otra cosa.

Solté un fuerte gemido. —No te burles de mí, Joe —le pedí a mi amigo.

Joe sonrió con complicidad. —Vamos, Everett, no lo decía en ese sentido. Pero tengo ojos en la cara. Estás enamorado —Joe se encogió de hombros—. Eso le pasa a cualquiera en la vida. Incluso al gran Everett Rockwood. Ahora te ha tocado a ti. ¿No es la primera vez, verdad?

—¡Por supuesto que no! —resoplé ofendido. Luego respiré hondo—. Pero esta vez es diferente de alguna manera. Melody es diferente y yo me siento diferente. Con ella puedo ser yo mismo. No le importa que me guste el Cosmopolitan ni que lleve calcetines diferentes. Sus fortalezas encajan perfectamente conmigo. Yo no me llevo especialmente bien con la prensa, pero ella... ella simplemente lo hace funcionar. No parece costarle ningún esfuerzo. Es totalmente natural. No es una de esas pijas estiradas.

—Te ha dado fuerte —Joe sonrió—. Me alegro por ti, Everett.

Volví a gemir.

—Dios mío, ¿qué tiene de malo? —insistió mi amigo.

No encontré respuesta.

Cuando estaba frente a Melody y miraba sus ojos azul profundo, nada estaba mal. Cuando la horquilla se le volvía a caer de su pelo liso, lo único que quería era cogerla y arreglarla. Quería hacer reír a Melody para ver cómo toda su cara se transformaba y su cuerpo se sacudía. Y quería asombrarme con sus respuestas ingeniosas. Quería abrazarla y no soltarla nunca, para que nada malo le ocurriera.

—Al principio siempre es bueno —dije finalmente—. Y luego, después de un tiempo, empiezan las peleas. Por todo. Entonces lo que era fantástico de repente es malo y solo recibo críticas por todo.

Joe negó con la cabeza. —Necesitas un cambio, Everett. Ahora vamos a sacar a nuestros bebés a dar una vuelta y luego cenará con nosotros.

Dos horas más tarde me inclinaba con la Harley en la última curva. Éramos uno, ella y yo. Mi cuerpo se había fusionado completamente con la máquina. Guié la moto fuera de la curva. Ahora venía un tramo recto antes de otras tres curvas. Conocía esta ruta como la palma de mi mano. Aquí había crecido y aquí había aprendido a montar en moto. No podría decir cuántas veces Joe y yo habíamos recorrido juntos este camino.

Allí delante venían las siguientes curvas. La Harley me obedecía como siempre. Me hubiera encantado decirle a Joe que la pieza de repuesto que acababa de instalar funcionaba de maravilla. Pero hoy no estábamos conectados por radio durante el viaje y no podíamos comunicarnos. Así que simplemente levanté la mano y alcé el pulgar. Joe iba detrás de mí y me señaló con un breve toque de claxon que me había visto y entendido.

La siguiente curva. Ahora tenía ambas manos en el manillar de nuevo. Si todo fuera tan fácil como montar en moto, sería fantástico. Yo dirigía, la Harley seguía. Me llevaba por todas las curvas. Simplemente estaba ahí, fiable y fiel. Cuando algo iba mal, estaba claro qué había que reparar.

Joe me adelantó y señaló con el dedo la entrada a su casa, que estaba justo al lado de su taller. Giré y me detuve frente al garaje de Joe. Mi Harley había encontrado aquí un hogar permanente. Ciertamente había pensado en guardarla en Nueva York. Pero allí montar en moto simplemente no era divertido. Solo podía disfrutar realmente cuando salía de la ciudad. Por eso mi Harley estaba aquí en casa de Joe, y yo venía tan a menudo como podía. Lo que últimamente no había sido muy frecuente.

Joe se quitó el casco. Yo hice lo mismo y apagué el motor.

—Una ruta fantástica —Joe me sonrió satisfecho.

—Sí, ha sido muy divertido —confirmé. En la moto simplemente olvidaba todo. No había pensado ni una sola vez en Melody y en qué sería de todo esto. Tampoco había dedicado un pensamiento a *Rockwood Cosmetics* o a Nueva York. Simplemente había estado en el presente, disfrutando del viento en mi cuerpo.

—Estás un poco fuera de práctica —me provocó Joe—. Deberías venir más a menudo. Entonces volverás a tomar las curvas más cerradas.

—Lo haré —prometí—. A partir de hoy vendré regularmente.

En ese momento, la esposa de Joe, Cassie, abrió la puerta que daba de la cocina al porche. —Everett, hola. ¿Te quedas a cenar, verdad?

—Hola Cassie —le grité hacia arriba—. Si no es molestia y tenéis suficiente comida, me encantaría quedarme.

Cassie hizo un gesto con la mano para quitarle importancia. —Por supuesto que no es molestia. Y siempre tenemos suficiente comida. Cuando tú no estás, Joe come fácilmente por dos —Cassie sonrió.

Joe la amenazó juguetonamente con el dedo. —Ten cuidado con lo que dices —se rio.

—Y tú ten cuidado con lo que comes —la respuesta de Cassie no tenía desperdicio.

Ahora ambos se reían juntos.

—Ya sé que me tocaba cocinar a mí —gritó entonces Joe hacia arriba —. Lo siento de verdad, cariño. Everett vino de improviso y luego salimos a dar una vuelta y perdimos la noción del tiempo. Te lo compensaré.

Cassie se rio. —Ya me lo imaginaba cuando os vi marchar a los dos. No pasa nada. Mientras Everett no venga todos los días... —Cassie me guiñó un ojo para mostrarme que estaba bromeando.

—También podemos ayudar con los preparativos si la cena aún no está lista —ofrecí. Aunque no tenía ni idea de cocina. En mi casa, eso lo hacía una ama de llaves. No podría decir cuándo fue la última vez que estuve en la cocina o hice cualquier otra tarea doméstica. No tenía tiempo para eso y rara vez estaba en casa. ¿Y por qué iba a hacerlo? Al fin y al cabo, ganaba suficiente dinero para que otras personas lo hicieran por mí.

—¡Lo que faltaba, que los invitados tuvieran que ayudar! ¿Por quién me tomas? —Cassie puso los brazos en jarras y me miró con fingida indignación.

Sonreí disculpándome y levanté las manos para apaciguarla. —Vale, vale. Solo era una oferta.

—Vosotros dos id a ducharos y a cambiaros. No hace falta que os sentéis a la mesa con el traje de motorista. Everett, te he dejado unas toallas limpias en el baño de invitados —Cassie señaló con la mano por encima de ella. El baño de invitados estaba en el primer piso.

—Gracias, cariño —gritó Joe, antes de que yo pudiera decir algo—. Eres un ángel, no puedo decírtelo lo suficiente. Te debo una. Se me ocurrirá algo bonito.

Cassie hizo un gesto de desdén. —En esta casa no se llevan cuentas. Eso lo decidimos hace tiempo. Me alegro de que hayáis tenido una buena ruta —Cassie le lanzó un beso con la mano. Joe respondió con el mismo gesto y Cassie volvió a entrar.

—Con vosotros todo parece tan fácil. Tan normal —reflexioné.

Joe me miró. —ES normal, Everett. Así es como debe ser. Sé que tú has tenido otras experiencias.

Asentí. No necesitaba hablar de mis experiencias, porque Joe había sido invitado a casa de mis padres con bastante frecuencia. Sabía cómo me había criado. Mi madre habría llamado inmediatamente a mi padre a la cocina por un olvido y además le habría regañado por traer suciedad a casa. Luego le habría prohibido volver a hacer una excursión en moto sin consultarle primero.

Mi padre no habría respondido. No se habría defendido ni habría insistido en sus necesidades. Simplemente le habría dado la razón a mi madre para mantener la paz. Se habría sacrificado a sí mismo.

Y mi madre habría seguido insatisfecha, porque nadie puede estar satisfecho con un hombre que se sacrifica a sí mismo.

Suspiré al recordarlo.

—Otras personas SON diferentes, Everett —Joe insistió.

—Hmm —murmuré.

—¿Qué te impide descubrir cómo es ella realmente? —quiso saber Joe—. Si resulta que es como tu madre, siempre puedes huir. Como he dicho: no tienes que casarte con ella inmediatamente.

¿Qué me lo impedía?

Quizás solo yo mismo.

Y eso sí que podía cambiarse.

Capítulo 19

Melody

—Me alegro de que me hayan elegido para acompañarlos en este reportaje doméstico. —La pequeña reportera con el piercing en el labio superior estaba frente a la puerta del ático de Everett.

—Es un placer para nosotros —mentí. Mi primera mentira del día. Me sorprendió lo rápido que me estaba acostumbrando. Fingía estar prometida a un hombre que apenas conocía y afirmaba vivir en un ático que había pisado por primera vez hacía una hora.

—Miau —sonó entre mis pies.

—Trixie —se rio Everett a mi lado y cogió a la pequeña gata en brazos.

—¡Qué maravilla! —se alegró la reportera—. Por cierto, podéis llamarme Cara. Nos hemos visto varias veces, pero nunca me he presentado correctamente.

—Encantada, Cara —sonreí mientras mantenía la puerta abierta—. Bienvenida a nuestro hogar.

Nuestro hogar.

Cara entró en el ático. —¡Dios mío! —exclamó al pasar del pasillo a la sala de estar—. ¡Qué vistas!

Así es exactamente como había reaccionado yo hacía una hora. Ahora dije con despreocupación: —Sí, realmente merecen la pena. —Luego me reí—. La primera vez que entré aquí, reaccioné exactamente igual que usted, Cara. —Siempre hay que mantenerse lo más cerca posible de la verdad, incluso cuando se está mintiendo. Cara no tenía por qué saber que yo también había entrado aquí por primera vez hoy.

—A nuestras lectoras les encantará esto. —Cara miró alrededor con entusiasmo—. ¿Qué les parece si se sientan allí y les hacemos una foto en el sofá con la gata?

Everett negó con la cabeza. —Trixie no puede subirse al sofá de cuero. En eso quiero ser estricto. Podemos ponernos delante de la ventana. O hacer la foto sin Trixie. O ir a la cocina.

—¡La cocina! Sí, la cocina siempre es buena. —Cara asintió efusivamente. Parecía decidida a que el reportaje fuera todo un éxito —. Podríais cocinar algo juntos.

¿Cocinar?

Me entró un sudor frío. Si tuviera que preparar una comida, Cara se daría cuenta inmediatamente de que era la primera vez que estaba

en casa de Everett. No tenía ni idea de en qué cajón guardaba sus ollas, ni dónde tenía los cubiertos. Ni siquiera sus provisiones.

—En realidad, yo nunca cocino —comentó entonces Everett—. Viene una cocinera regularmente, lo que es suficiente para las pocas comidas que hago aquí.

—¿Y usted, Melody? ¿La cocinera también prepara las comidas para usted? —Cara me miró inquisitiva.

—Eh... —balbuceé. No estaba preparada para este giro de los acontecimientos. Había contado con algunas fotos bonitas en el salón y en la terraza de la azotea. Allí todo estaba bien dispuesto y limpio, y solo teníamos que colocarnos y sonreír amablemente. Eso era lo que Everett me había asegurado.

Cara miró a su alrededor con curiosidad. —¿Dónde están todas sus cosas? ¿Zapatos y demás? En el pasillo solo he visto una de sus chaquetas. —Cara seguía mirando a su alrededor. De repente vi el ático a través de sus ojos.

Solo un móvil. Con un único cargador.

Ni zapatos.

Ni crema de manos.

Ni una multitud de bolsos o pañuelos.

Ni libros.

Nada que indicara que yo realmente VIVÍA allí. Sí, el salón con sus dos enormes sofás de cuero blanco, las dos mesas bajas, las cuatro lámparas de pie y la chimenea sobre la que estaba montada una gran televisión de pantalla plana, parecía perfectamente diseñado. ESTABA perfectamente diseñado. Seguramente Everett había contado con una interiorista que se había encargado de todo. Tan perfecto como estaba el salón, así estaba también la cocina.

—Bueno... actualmente Melody no está muy a menudo por aquí. Desgraciadamente —improvisó Everett a mi lado y me puso un brazo sobre los hombros. Me estrechó contra él y al instante sentí que podía responder a cualquier pregunta de Cara con la misma rapidez mental que hasta ahora. Los eventos de prensa me habían resultado sorprendentemente divertidos. La presencia de Everett me había dado seguridad.

—Maravilloso —suspiró entonces Cara—. Melody, ponga también su brazo alrededor de la cintura de Everett, por favor.

Lentamente, hice lo que me pedía. Nunca había estado tan cerca de Everett. Excepto cuando bailamos en la cena benéfica. Pero eso había sido solo un baile. Algo más bien formal, bajo la mirada del público. Esto era casi... íntimo. Dudé imperceptiblemente. Pero luego mi brazo rodeó la espalda de Everett y mi mano se posó en su cadera. El cuerpo de Everett era atlético y firme, y se sentía bien. Presioné mi brazo contra la espalda de Everett y al mismo tiempo sentí su brazo firmemente alrededor de mis hombros. En secreto, deseaba poder acercarme un poco más a Everett.

Me daba seguridad, como la primera vez, cuando nos fuimos de la mano y dejamos a Ginny y su grupo sin palabras. ¿Realmente había pasado menos de dos semanas? Me parecía que conocía a Everett desde hacía mucho más tiempo.

Y sin embargo, seguía sin saber lo que realmente pensaba de mí. Cuando pasábamos tiempo juntos, todo era relajado. Nos reíamos mucho y nos tratábamos con naturalidad.

Everett se volvió ahora un poco hacia mí e inclinó la cabeza. Su pecho presionaba contra mi cuerpo. Mi piel empezó a hormiguear ligeramente, primero en las zonas donde nuestros cuerpos se tocaban. Luego, el hormigueo se extendió por toda mi espalda. Mi estómago se tensó ligeramente y pude sentir cómo el calor subía a mis mejillas. ¿Cuándo fue la última vez que un hombre había tenido este efecto en mí? Debía de hacer años. La sensación era más que agradable. A la seguridad que me daba Everett se le mezclaba un toque de deseo. Inconscientemente, me acurruqué aún más junto a mi "prometido".

¡Melody! ¿Qué estás haciendo? Esto es solo un espectáculo, no va en serio.

Pero en el momento en que me llamé al orden, Cara exclamó entusiasmada: —¡Sí! Perfecto. Juntos se ven simplemente perfectos. —La cámara hizo clic varias veces—. Por favor, mire hacia arriba, Melody. Directamente a los ojos de Everett.

Obedientemente, levanté la mirada.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando miré a los ojos de Everett. Oscuros, penetrantes y un poco melancólicos. Así me habían parecido la primera vez, cuando me vio en el refugio de animales. Para otras personas podían parecer distantes e intimidantes, pero yo me sentía protegida y a salvo con esa mirada. Con Everett, nadie se metía tan fácilmente.

Observé la barba incipiente en el rostro de Everett. Me habría encantado deslizar mi mano hacia arriba y acariciarla.

Melody.

Me contuve y examiné la nariz recta de Everett y su boca ligeramente abierta. Luego volví a mirar sus ojos.

Deseo.

Podría haber jurado que había deseo en ellos.

Mi estómago se contrajo aún más. El agarre de Everett alrededor de mis hombros se hizo un poco más firme.

Y entonces se inclinó hacia abajo. Contuve la respiración. ¿Me besaría ahora? Ya lo había esperado una vez. ¿Había sido en la cena benéfica? ¿O en la inauguración de la tienda principal? Ya no lo recordaba exactamente. Pero sí recordaba la mirada en los ojos de Everett. Había sido exactamente como ahora.

Un poco más oscura.

Y un poquito ávida.

Everett se inclinó más hacia delante. Podía sentir cómo su aliento acariciaba suavemente mi piel. Involuntariamente, arqueé la espalda y me estiré hacia Everett. Su mano subió por mis hombros, recorrió mi cuello y se posó detrás de mi oreja.

Y entonces sus labios estaban sobre los míos. Suaves, casi tiernos, se posaron sobre mi boca.

Por fin.

Por fin, por fin, por fin.

Eso era todo lo que podía pensar. Los labios de Everett eran como su cuerpo. Suaves y firmes a la vez. Levanté mi brazo y puse mi mano en la cara de Everett. Ahora sentía las cosquillosas cerdas de barba que antes había querido tocar tan desesperadamente. El aroma varonil y áspero de Everett me llegó a la nariz. Una mezcla ligeramente amaderada y un poco... ¿oriental? No demasiado intenso, más bien sutil. Los labios de Everett sabían agradablemente a menta fresca.

Podría haber permanecido así eternamente.

El beso se volvió más firme. Más intenso. Everett me apretó suavemente contra él. Y entonces sentí cómo su lengua cosquilleaba mis labios.

Dios mío.

—¡Maravilloso! —La voz de Cara estaba demasiado cerca de mi oído.

Everett y yo nos separamos. Mi respiración era un poco más pesada y noté que Everett también respiraba profundamente.

¿Acaso el beso le había excitado tanto como a mí?

Sus ojos no revelaban nada.

—Con estas fotos nos arrancarán las revistas de las manos —celebró Cara.

Nuestro beso aparecería en el periódico.

En una revista del corazón.

El rubor subió a mis mejillas.

Una cosa era hacerme pasar por la prometida de Everett y alimentar gatos y abrir tiendas a su lado. Pero besarle y además ser fotografiada... eso era algo completamente distinto. Me sentía como una de esas mujeres muy maquilladas que a veces veía en las bodas. Su único objetivo era cazar a un soltero lo más rico posible y atarlo a ellas para siempre, para no tener que preocuparse más por el dinero y, a cambio, obtener el codiciado estatus de "esposa".

Apenas pude reprimir un gemido.

¿Me había puesto completamente en ridículo?

Sentí la mano de Everett en mi hombro. Se aclaró la garganta. —Por supuesto, no podemos prohibirle nada y tampoco queremos hacerlo —le dijo a Cara—. Al fin y al cabo, la hemos invitado a nuestro hogar. Pero le estaríamos realmente muy agradecidos si no publicara las fotos del beso y en su lugar nos las proporcionara para... bueno, digamos, para uso privado.

—¿No publicarlas? —Cara miró perpleja a Everett—. Vamos, eso es pedir demasiado. Serán unas fotos maravillosas. Se veían tan enamorados. Casi se podía creer que era su primer beso. *Enamorados como el primer día*. Ya veo el titular ante mis ojos.

Me sonrojé.

¿Era tan obvio que Everett y yo nunca nos habíamos besado?

—Todavía no me ha contado por qué sus cosas no están aquí —se dirigió ahora Cara a mí. Ya había oído en el *Animal Shelter* cómo no cejaba y sometía a Everett a un interrogatorio con sus preguntas. Evidentemente, siempre era así.

¿Qué debía decir ahora?

—Melody temporalmente tiene que estar más con su familia. Así que desgraciadamente tengo que prescindir de ella. —Everett sacudió la cabeza con pesar.

Suspiré aliviada. —Es cierto —continué el hilo. Después de que Everett me diera una pista tan buena, me resultó fácil seguir tejiendo la historia—. Mi hermana por fin ha conseguido separarse de su marido maltratador. Me he mudado temporalmente con ella para que no esté tan sola. De ninguna manera queremos que vuelva con él.

—Qué amable por su parte —comentó Cara. Parecía creer la historia —. A nuestras lectoras simplemente les encantará, Melody. No es de extrañar que Everett se haya enamorado de usted.

Dios mío. Solo ahora me di cuenta de que mi mentira aparecería en la prensa. Con sentimiento de culpa, encogí ligeramente los hombros y bajé la cabeza.

Esto iba un poco demasiado lejos.

Por suerte, no tenía hermana. Pero si la tuviera, estaría completamente metida en un lío.

Tenía que tener cuidado de que la situación no se saliera de control.

—¡Miau! —sonó entre mis pies.

—¡Trixie! —Aliviada por la distracción, me incliné hacia abajo.

—Quizás deberían conseguir también un gato para su hermana. Al fin y al cabo, en el *Animal Shelter* había suficientes animales esperando ser rescatados. A una amiga mía le ayudó mucho después de su separación. —A Cara parecía haberle gustado el tema.

Negué con la cabeza. —En su piso, desgraciadamente no se permiten mascotas.

Everett parecía darse cuenta de que no me sentía cómoda con toda esta situación. Dio una palmada. —¿Qué tal si ahora vamos todos a la cocina? Os prepararé un Cosmopolitan en la barra. O algo sin alcohol para usted, Cara, si no puede beber ahora. Creo que a sus lectoras les encantará saber cómo con Melody por fin consigo defender mis preferencias en bebidas, en lugar de esconderlas por considerarlas poco masculinas.

—Maravilloso. —Cara estaba entusiasmada.

—Por aquí. —Everett señaló hacia la puerta de la cocina.

Vi cómo sus músculos trabajaban bajo la camisa mientras le seguía a la cocina.

Me había besado.

Y ahora le estaba contando al mundo que le encantaba el Cosmopolitan, aunque preferiría ocultarlo. Todo solo para que yo me sintiera cómoda.

Un hombre así es lo que siempre había buscado.

Con esfuerzo me recordé a mí misma que todo esto era solo un juego y que la historia pronto terminaría.

Todo se sentía tan real que deseaba que fuera diferente.

Deseaba que esto nunca terminara.

Capítulo 20

Everett

—Nunca he montado en moto —dijo Melody, de pie frente a la Harley Davidson, mirando indecisa el brillante vehículo—. ¿Cómo se le ocurrió a Jessica incluir este tour de forma tan espontánea? No estaba en la lista. De haberlo sabido, habría dicho de inmediato que no era posible. —Melody frunció su bonita frente.

Sentí el impulso de acariciarle la frente con mi mano para suavizar esas arrugas. Quería que todas las preocupaciones desaparecieran de la vida de Melody. Ya había pensado eso en nuestro primer encuentro, cuando Melody parecía tan temerosa y vulnerable. Quería protegerla y hacer aparecer una sonrisa en su rostro.

Y quería sentir su cuerpo contra el mío. Desde la sesión fotográfica en casa hace una semana, no había tenido la oportunidad de estar a solas con Melody. En la lista quedaban dos compromisos con la prensa. SOLO dos compromisos con la prensa, como había pensado con gesto sombrío hace cinco días cuando estudié el plan de Jessica. Melody debía acompañarme a otra cena y queríamos visitar juntos una de las fábricas más nuevas de *Rockwood Cosmetics*.

Pero después de eso, no había más compromisos.

¿Y entonces qué?

¿Melody simplemente desaparecería de mi vida?

Había conseguido un pequeño aplazamiento porque tuve que posponer inesperadamente la visita a la fábrica. Se había concretado una reunión de última hora con el alcalde y el comité económico de la ciudad de Nueva York. Al principio, había pensado pedirle a Jessica que llamara a Melody para informarle del cambio. Pero luego lo hice yo mismo y le comuniqué de inmediato que había un compromiso adicional: tenía que acompañarme el domingo a las Montañas Catskill. Yo pasaría a recogerla, y discutiríamos todos los detalles después.

El tiempo había pasado volando durante el trayecto en coche hacia Catskills. Nos habíamos reído de las últimas travesuras de Trixie y Melody me había hablado de sus clientes y nuevas solicitudes. Y no solo eso: una pareja que había amenazado con contratar a un abogado porque supuestamente Melody había arruinado su boda, la había llamado para disculparse humildemente. Tabitha y John, así se llamaban. Aparentemente habían discutido estando borrachos y luego la novia había culpado a Melody de todos los errores en lugar de discutir el asunto con su marido. La pareja había exigido que les devolviera el dinero. Pero ahora todo se había resuelto favorablemente. Estaba muy satisfecho de que nuestra campaña hubiera tenido el éxito deseado para Melody.

En las últimas dos semanas solo habían aparecido reportajes positivos sobre *Rockwood Cosmetics*, y los medios prácticamente se deshacían en elogios hacia mi nueva prometida. Así que podía estar satisfecho.

Y ahora Melody y yo estábamos junto a la casa de Joe, directamente frente a su taller. Nuestro tour comenzaría pronto. Al menos si Melody podía superar su escepticismo.

—Ni siquiera tengo un traje para moto —se quejó Melody ahora.

—Eso no importa. Te prestaré el mío. Debería quedarte bien, tenemos más o menos la misma figura y seguramente usamos la misma talla. —La voz clara de Cassie nos interrumpió. La esposa de Joe había salido de la casa y ahora miraba a Melody con curiosidad —. Hola, soy Cassie. La esposa de Joe. Y Joe es el mejor amigo de Everett, por si Everett aún no ha mencionado ese pequeño detalle. —Cassie le tendió la mano a Melody.

Melody la tomó sin dudar. —Melody —se presentó.

—Ya hemos leído sobre ti en el periódico —dijo Cassie alegremente —. Aunque cuando Everett estuvo aquí hace poco, no nos contó gran cosa sobre ti. —Estas palabras fueron acompañadas de una mirada levemente acusadora hacia mí—. Por eso me alegro aún más de conocerte personalmente ahora.

Evidentemente Joe no le había contado nada a su esposa sobre nuestra conversación. Eso le honraba. Sabía lo cercanos que eran Cassie y él. Y no me importaba que Cassie supiera de Melody. Pero era bueno saber que mis secretos seguían estando a salvo con Joe.

—Everett tampoco me contó que íbamos a pasar por casa de unos amigos suyos. —Melody sonrió un poco al pronunciar estas palabras.

Cassie se rio. —Así es él.

Melody se unió a su risa. Las arrugas de preocupación en su frente habían desaparecido. Respiré aliviado y me alegré de que las dos mujeres se llevaran tan bien.

—¿Y es realmente seguro montar en una de estas cosas? —Melody miró la Harley Davidson con desconfianza.

—Eso depende del conductor —respondí.

Cassie hizo un gesto de desdén. —¡Tonterías! Vosotros los hombres siempre igual. Sí, por supuesto que depende del conductor. Pero no solo de eso. Yo me hice las mismas preguntas cuando Joe me llevó por primera vez en su moto. —Cassie asintió con énfasis—. Y en aquel entonces ni siquiera era una Harley Davidson. —Se rio mirando a Melody—. Tienes suerte, querida. En tu primera salida podrás montar en la reina de todas las motocicletas.

Melody extendió una mano y acarició con cuidado el asiento y el metal de la Harley. —Hmm —dijo indecisa.

—Simplemente pruébalo. Si no te divierte, seguro que Everett estará dispuesto a dar la vuelta en cualquier momento. ¿Verdad? —Cassie me lanzó una mirada inquisitiva.

—Por supuesto, claro —me apresuré a asegurar—. No es ningún problema. Solo tienes que avisarme y volveremos inmediatamente aquí para coger el coche.

—Pero entonces habré estropeado la cita. —Melody me miró con cierta desesperación.

—¿Qué cita? —quiso saber Cassie, antes de que pudiera responder.

—No hay problema —dije rápidamente, antes de que Melody pudiera contarle a Cassie algo sobre un compromiso con la prensa que no existía—. Podemos hacerlo también en el coche. Aunque en la moto sería mucho más bonito, por supuesto. Y pensé que tal vez te gustaría probar algo nuevo. —Miré a Melody con ánimo.

Ella sonrió. —Está bien. —Melody se volvió hacia Cassie—. ¿Y me prestarías tu traje para moto?

—Claro, no hay problema. También te daré un casco a juego. —Cassie sonrió—. A juego con el color. Los hombres nunca piensan en esas cosas. Solo les gusta mirarnos cuando vamos bien vestidas. —Cassie soltó una fuerte carcajada y tomó el brazo de Melody—. Ven conmigo, te presentaré a Joe y te mostraré la casa. Y podrás probarte el traje. Everett tendrá que esperar mientras tanto.

—No pasa nada —refunfuñé.

—Enviaré a Joe afuera contigo enseguida —me gritó Cassie por encima del hombro, mientras se alejaba con Melody en dirección a la casa.

Esperaba que mi mejor amigo tuviera un buen consejo sobre cómo explicarle a Melody que esto no era en absoluto un compromiso con la prensa, sin que me arrancara la cabeza o se enfadara de verdad.

—Una mesa para dos personas. Dentro, por favor —dije unas dos horas más tarde.

—Si son tan amables de seguirme. —La camarera de anchas caderas nos sonrió y se apresuró a guiarnos.

—Esto es una locura —murmuró Melody, mirando alrededor. El Boatshed Grill era uno de los pubs y restaurantes más populares de la zona. La ubicación era realmente única: justo al lado del río. En verano, los asientos en el porche y la terraza invitaban a disfrutar de la comida y una bebida al aire libre. Ahora, justo antes del comienzo de la primavera, prefería sentarme dentro, detrás de una de las grandes ventanas panorámicas. No quería que Melody tuviera frío después en la moto.

—¿Quieres cambiarte? —pregunté. Por precaución, había empacado la ropa de Melody y la mía; por suerte mi Harley tenía un compartimento extra para ello.

—¿Es mejor para la cita? —quiso saber Melody.

La camarera señaló una mesa. —Aquí. —Luego colocó dos menús sobre el mantel a cuadros verde y blanco, y nos dejó solos.

Por suerte.

Aparté una silla para Melody. —Siéntate. Te explicaré todo.

—¿Dónde están los representantes de la prensa? ¿Cara no está hoy? —Melody miró alrededor buscando, mientras se sentaba—. De todas formas, no entendí exactamente de qué se trataba la cita de hoy. Y se me olvidó por completo pedirte el briefing de Jessica. Eso siempre me ayudaba mucho.

Tragué saliva.

Dilo tal como es, amigo. Sin rodeos. Si algo no ha salido del todo bien o has metido la pata, admítelo. Nada de mentiras. Eso socava cualquier confianza.

Ese había sido el consejo de Joe cuando le conté que había atraído a Melody hasta aquí con un pretexto.

—Bueno... —Me detuve. Maldición, no era tan fácil expresar lo que tenía en el corazón. Cuánto me habría gustado afirmar que Jessica me acababa de enviar un mensaje diciéndome que Cara estaba indispuesta de última hora.

Así no ganarás su confianza, Everett. Al contrario. Si dices algo así y ella lo descubre, solo parecerá más vulnerable y temerosa cuando la próxima vez la acosen unas mujeres estúpidas.

Tragué saliva otra vez. La idea era insoportable.

—Hoy no hay ninguna cita con la prensa —admití finalmente—. Lo de la cita solo fue un pretexto.

—¿Qué? —Melody me miró sin comprender—. ¿Qué quieres decir con que no hay cita? ¿Por qué estamos aquí entonces?

Nervioso, froté las palmas de mis manos contra mis pantalones. —Simplemente quería hacer una excursión contigo —confesé—. Pasar tiempo contigo. Yo... bueno... siempre disfruto mucho de los momentos contigo y... —No supe cómo continuar.

Maldita sea, ¿siempre era tan complicado?

Los ojos de Melody se agrandaron. Su boca formó un "oh", pero no salió ningún sonido.

¿Qué diría? El tiempo parecía estirarse infinitamente. Los milisegundos se convertían en minutos, al menos así me lo parecía. Observé a Melody expectante.

Sus mejillas se sonrojaron. Primero suavemente, luego el rubor se hizo cada vez más intenso.

Melody bajó la mirada hacia el mantel y estudió intensamente el estampado de cuadros verdes y blancos. En voz baja, tan baja que me costó entenderla correctamente, dijo: —Yo también disfruto pasando tiempo contigo.

En ese momento, no solo se me cayó una roca del corazón, sino toda una cordillera. Respiré aliviado.

Solo quedaba una pregunta. —Espero que me perdones por mi engaño.

Melody solo asintió.

Pero algo seguía sin estar bien.

Observé a Melody. Su rostro uniforme con forma de corazón. Su largo cabello rubio. Los párpados con largas pestañas que ahora ocultaban sus ojos azul profundo. Los labios carnosos.

Y la cicatriz que dividía su ceja.

Seguía sin tener idea de dónde había sacado Melody esa cicatriz.

Melody no sonreía.

Disfrutaba pasando tiempo conmigo, pero ese reconocimiento no la hacía sonreír.

Volví a pasar las manos por mis pantalones de moto. Luego coloqué una mano sobre el mantel a cuadros verde y blanco.

—Melody. Dame tu mano —le pedí.

Melody no se movió.

La mujer que me había besado delante de una periodista y había reído conmigo, ahora no podía mirarme a los ojos. Algo no estaba nada bien.

—Melody. —Dejé mi mano sobre el mantel verde y blanco. Melody la tomaría cuando estuviera lista—. Dame tu mano —repetí suavemente.

Con vacilación, Melody finalmente extendió su mano en mi dirección, hasta que nuestros dedos se tocaron. Tomé la mano de Melody y la envolví con mis dos manos. Melody temblaba ligeramente. Apreté con suavidad. Sus dedos descansaban entre mis manos. Pasé mi pulgar por la palma de Melody. Una vez. Dos veces. Tres veces. Dejé de contar. Estábamos sentados a la mesa y yo sostenía la mano de Melody.

Hasta que el temblor cesó.

—Mírame —pedí entonces.

Melody dudó imperceptiblemente y luego levantó lentamente sus párpados. Sus ojos parecían aún más grandes que antes. Brillaban ligeramente y la mirada de Melody volvía a ser increíblemente vulnerable, como en nuestro primer encuentro. ¿No había sospechado ya entonces que algo terrible debía haberle sucedido a Melody?

Tomé los dedos de Melody con mi mano derecha. Luego me incliné hacia delante y acaricié suavemente la cicatriz de la ceja de Melody con la mano izquierda.

Melody retrocedió sobresaltada. —No. —Sus ojos se abrieron de terror.

—Es preciosa —susurré y volví a acariciar la cicatriz.

Los ojos de Melody permanecieron muy abiertos, pero esta vez no retrocedió.

—¿Qué pasó? —quise saber.

Melody tragó saliva.

—¿Qué pasó que es tan grave que disfrutas de mi presencia? —pregunté ahora con más precisión.

Los ojos de Melody brillaron aún más que antes.

—Oye. Todo está bien. Estás aquí conmigo y estamos juntos en un restaurante. Si te sientes incómoda, nos vamos. —No quería irme en absoluto, pero menos aún quería que Melody permaneciera en un lugar donde no se sintiera cómoda.

—Mi ex me gritaba. —Las palabras salieron suavemente de sus hermosos labios.

Esperé. Simplemente esperé y sostuve la mano de Melody. Me di cuenta de que eso no podía ser todo.

Melody guardó silencio un rato. Sus ojos volvieron a fijarse en el mantel verde y blanco. Luego, una sacudida recorrió su cuerpo y me miró directamente. —Él me pegaba y me amenazaba. Era violento, de la peor manera que te puedas imaginar. —Nuevamente, Melody miró el mantel—. Una vez, él... me empujó y tropecé. Caí directamente sobre la bolsa con la compra. Sobre el borde de una lata de conservas. Sangraba por todas partes y él... simplemente afirmó que todo era culpa mía. Así es como me hice la cicatriz.

No dije nada y apreté su mano. Simplemente para recordarle que estábamos aquí y ahora.

—Me juré que nunca me volvería a pasar. NUNCA MÁS. —Melody volvió a mirar hacia arriba. En sus ojos azules había una expresión que nunca había visto antes. Daba testimonio de la fortaleza de Melody. Por supuesto. Quien sobrevivía a tales experiencias, era fuerte—. Y por eso no... —Melody se detuvo—. No quería dejar que nadie más se acercara a mí.

Quería.

No quiero.

Mi corazón dio un brinco.

—No todos los hombres son como tu ex —dije entonces, mirando fijamente a Melody—. Del mismo modo que no todas las mujeres son como esa estúpida pandilla que te hizo tanto daño. Después encontraste buenas amigas, ¿no?

Melody asintió.

—Nunca te haría daño. Nunca. De ninguna manera. —Miré a Melody sin apartar la vista.

Ella asintió tímidamente.

Y entonces sonrió. Primero algo insegura y vacilante. Las comisuras de su boca se elevaron dos milímetros.

Esperé.

La sonrisa se extendió por todo el rostro de Melody.

Ahora sonreía de verdad.

—Tengo hambre —dijo entonces.

Capítulo 21

Melody

—Tú puedes hacerlo. —Everett me animaba. Su mano descansaba firmemente en mi espalda, dándome estabilidad.

Estaba de pie en la plataforma de madera e intentaba no mirar hacia abajo. Debajo de mí había... nada.

Vale, por supuesto que no había "nada". Debajo de mí estaba el suelo del bosque, cubierto de agujas de pino y hojas del otoño pasado. El suelo parecía blando, pero probablemente era todo lo contrario. Bajo las agujas y las hojas había tierra marrón y dura, que se podía ver en otros lugares.

Sin embargo, el maldito suelo no estaba directamente debajo de mí. Estaba al menos a diez metros. O veinte. O treinta. Ya no recordaba cuánto habíamos trepado y tampoco me importaba demasiado. Independientemente de lo profundo que estuviera el suelo debajo de mí, era DEMASIADO profundo. Si me caía, me rompería todos los huesos.

—No vas a caerte. El arnés te sostendrá. —Everett parecía haber leído mis pensamientos. Su mano acariciaba mi espalda de manera reconfortante.

—¿Arnés? —Mi voz sonó algo aguda—. Pero si solo son dos cables de acero delgados o algo así. Y están enganchados solo a uno o dos cables más. —Prefería no examinar más de cerca el artilugio que debía sostenerme.

—Es un sistema de doble seguridad, como explicaron en la introducción. Es imposible que te caigas. —Everett se inclinó un poco hacia mí y sentí su aliento cálido y suave en mi oreja—. No te pasará nada. Simplemente da un paso adelante cuando estés lista. El arnés de cadera te sostendrá y podrás disfrutar del viaje entre las copas de los árboles. —Everett se rio suavemente. Me habría encantado dejarme caer hacia atrás en sus brazos en lugar de dar un paso adelante hacia lo desconocido.

Parecía mucho más seguro.

Y con ese pensamiento, de repente, una sensación cálida se extendió dentro de mí. No era el calor que emanaba de la mano de Everett. Este calor venía directamente de mi corazón. Estaba en mi interior y crecía y crecía y crecía, hasta llenarme por completo.

—Parece que confías en que puedo hacer cualquier cosa —susurré tan bajo que apenas era audible.

Pero Everett me oyó. —Por supuesto. —Su mano volvió a acariciar mi espalda arriba y abajo—. Por supuesto. Por eso estamos aquí. Confío en que puedes hacer muchas cosas, Melody. Y tú también deberías confiar. Puedes hacer mucho más de lo que crees. Y aquí lo vas a demostrar. A mí, al personal, pero sobre todo a ti misma. Yo creo en ti, así que cree también en ti misma.

Esa frase avivó aún más el calor en mi interior.

Everett creía en mí.

En la plataforma hacía fresco. Pero en ese momento ya no lo sentía. Quería darme la vuelta y mirar a esos ojos oscuros que me daban tanta seguridad. Pero la plataforma de madera en la que estábamos era condenadamente pequeña. Así que dirigí mi mirada hacia las copas de los árboles. La mayoría todavía estaban desnudos, pero en muchas ramas se podían ver los primeros brotes. Justo como en Nueva York, en Central Park, hace dos semanas. Las Catskills están un poco más elevadas, así que aquí la primavera llegaba algo más tarde.

—En verano esto debe ser especialmente hermoso —reflexioné.

—Aquí es bonito en cualquier época del año —respondió Everett—. En verano es verde y más fresco que en Nueva York. En otoño, los colores son simplemente increíbles. Cuando el verano indio está en pleno apogeo y puedes recoger manzanas... entonces es cuando debes estar aquí. —La voz de Everett sonaba soñadora con esas palabras—. Desafortunadamente, hace mucho tiempo que no lo hago —lamentó después.

—¿Y en invierno? —quise saber.

—Entonces hay nieve aquí. Nieve de verdad, no ese aguanieve como en Nueva York. Ahora casi todo se ha derretido, pero a mayor altura, en la sombra, seguro que queda algo todavía. —Everett aumentó la presión de su mano en mi espalda—. Si quieres, te lo enseñaré todo.

Si quieres, te lo enseñaré todo.

El hombre que acababa de prometerme en el restaurante que nunca me haría daño, ahora quería mostrarme su hogar. En cada estación del año.

Se me cortó la respiración.

De alegría.

Esta perspectiva ya no me daba miedo.

Y de repente, la vista desde la plataforma tampoco me daba miedo.

Respiré hondo y di un paso adelante.

No pasó ni un segundo antes de que se me cortara el aliento de nuevo. No estaba preparada para la velocidad con la que volaba a través del aire frío.

Ahí... esa rama me golpearía en la cara en cualquier momento.

Cerré los ojos. Pero cuando un segundo después aún no había sentido el golpe esperado, los abrí de nuevo. Había pasado volando junto al obstáculo sin siquiera tocarlo. Ni siquiera era un obstáculo.

¿Y cuántas veces en la vida has visto obstáculos que en realidad no existían, Melody? ¿Cuántas veces has temido caer al suelo duro, cuando en realidad estabas segura en un arnés de cadera que te sostenía?

Miré a mi alrededor con cuidado. Debajo de mí, el suelo del bosque pasaba volando; a mi lado, las copas de los árboles que normalmente solo veía desde abajo.

Encima de mí estaba el cielo. Se habían formado gruesas nubes que ocultaban el sol. Pero eso no me importaba.

Hoy podría llover y el día sería perfecto.

Me había atrevido.

Había superado mis propios límites.

Me atrevería también en el futuro.

Nunca más me dejaría frenar por mí misma y mis propios miedos. Eso me prometí en ese momento.

Tampoco me parecía particularmente difícil. De repente, todo me parecía fácil. Con Everett, parecían posibles cosas que antes nunca había creído posibles. Cosas en las que ni siquiera había pensado. Con su ayuda podía flotar a metros del suelo y sentirme completamente segura. Segura con él y segura en mí misma.

Lancé un fuerte grito de triunfo mientras volaba bajo las nubes oscuras entre las copas de los árboles.

—Maldita sea, ¿por qué tiene que empezar a llover justo ahora? —maldijo Everett tres horas después—. ¿No podía esperar dos horas más? ¡Entonces estaríamos con Joe y Cassie sentados en su cálida cocina!

Después del recorrido en tirolina, Everett había querido mostrarme algunas atracciones de la zona. Fuimos al faro de Hudson Athens y admiré la torre cuadrada que se había construido en un bajío del río en el siglo XIX. Cuando Everett me explicó que antes de la

construcción del faro, innumerables barcos habían encallado en ese punto del río, la primera gota de lluvia golpeó mi nariz.

Plaf.

Me reí. Qué suerte que la ropa de motociclista fuera tan gruesa y resistente. Un poco de lluvia no nos afectaría y en un momento nos pondríamos los cascos de nuevo. Siguió goteando y volvimos rápidamente a la moto. Pero aún estábamos lejos de la casa de Joe cuando esa única gota se convirtió en un verdadero aguacero.

Everett se dirigió hacia el primer lugar donde podíamos buscar refugio. Ahora estábamos en una parada de autobús con una pequeña caseta de madera, esperando a que dejara de llover. El agua se había colado por mi cuello durante el viaje. Sentía cómo la ropa interior mojada se pegaba desagradablemente a mi piel y temblé. Del calor interno que había sentido en la tirolina no quedaba nada.

—¡Achís! —Estornudé.

—Necesitas urgentemente entrar en calor. —Everett me miró con preocupación.

Respondí lastimosamente: —Sí, eso creo yo también. Pero ¿adónde? Difícilmente podemos hacer una fogata y calentarnos. Con esta lluvia, ni siquiera la madera más seca prendería fuego. —Señalé la lluvia, que ahora caía tan densa como una cortina.

Everett se rio. —Melody, tu humor es realmente único. Incluso en una situación así no dejas que te arruine el ánimo.

Miré a Everett sorprendida. Nadie me había dicho algo así antes. Me encogí de hombros. —Por supuesto que no. De eso no saca nada nadie.

Everett contempló el cielo oscuro y frunció el ceño. —No creo que vaya a dejar de llover pronto. O vamos a casa de Joe bajo la lluvia... —Everett me observó y negó con la cabeza—. Realmente no puedo pedirte eso. Así que segunda opción: allí delante hay un hotel. Solo son 500 metros. Cogemos una habitación, te das una ducha caliente y secamos nuestra ropa. Cuando deje de llover, iremos a casa de Joe y Cassie.

Eso sonaba más tentador que cualquier otra cosa que Everett hubiera propuesto hoy.

Media hora después, el agua volvía a resbalar por mi espalda. Pero esta vez no era lluvia húmeda y fría. Estaba bajo la ducha del hotel, calentándome poco a poco. Por suerte, habíamos conseguido una habitación sin problemas. Apenas habíamos aparcado la Harley de forma segura en el patio del hotel y abierto la puerta de la habitación, cuando Everett ya me había empujado hacia el baño.

—Corre a darte una ducha caliente. No quiero que te pongas enferma.

Obediente, había cerrado la puerta del baño detrás de mí, me había quitado la ropa mojada y me había metido en la ducha.

Y ahí estaba.

Para entonces ya tenía suficiente calor, así que cerré el agua. Seguramente Everett también querría ducharse, y aunque no había mencionado con ninguna palabra que tuviera frío, estaba bastante

segura de que no tenía mucho calor. Lenta y cautelosamente, salí de la ducha y cogí una de las esponjosas toallas blancas. ¡Cómo me encantaban las toallas de los hoteles! Darleen y yo no teníamos secadora, así que nuestras toallas rápidamente se ponían duras como una tabla y perdían toda su esponjosidad.

Lentamente, me sequé. Definitivamente no podía ponerme mi ropa mojada de nuevo. ¿Habría cogido Everett mi ropa de repuesto de la maleta en la Harley? Si lo hubiera hecho, estaría fuera. Me envolví en la enorme toalla y abrí la puerta.

—¿Has...? —Mi pregunta se quedó atascada en mi garganta. Everett estaba tumbado con el torso desnudo bajo la sábana de la cama king-size, bebiendo con deleite un Cosmopolitan.

Solté una risita.

Era realmente una imagen digna de los dioses.

Everett se encogió de hombros. —Perdona, pero esperar por ti se me hizo un poco largo. Así que pedí dos Cosmopolitan a la habitación. —Everett señaló la mesita de noche en el lado izquierdo de la cama. Efectivamente, allí había un segundo Cosmopolitan—. Además, necesitaba urgentemente salir de mi ropa mojada. Por eso me tomé la libertad de meterme aquí en la cama. —Antes de que pudiera decir algo, Everett señaló la bebida—. Antes de saltar a la ducha, quiero brindar contigo.

Lentamente, rodeé la gran cama y cogí el Cosmopolitan. Luego me senté en la colcha junto a Everett y brindé con él.

—Por nuestra aventura —dijo Everett, mirándome profundamente a los ojos.

De repente, había una tensión entre nosotros que no había estado allí hasta hacía un momento. Era muy consciente de que estaba desnuda bajo mi toalla. Y que Everett bajo la colcha también estaba... ¿desnudo?

¿Se había quitado toda la ropa?

Me sonrojé hasta la raíz del pelo.

¿En qué estaba pensando?

—Así te ves simplemente hermosa —susurró Everett.

Antes de darme cuenta de lo que pasaba, me había quitado el Cosmopolitan de la mano y había puesto su mano en mi cara. Por tercera vez hoy, se me cortó la respiración.

¿La tercera vez? Ya ni sabía cuántos momentos sin aliento me había regalado Everett hoy. Sus ojos oscuros me miraban como si fuera la mujer más deseable del mundo. Me SENTÍA como la mujer más deseable del mundo.

Nuestros labios se encontraron. Volví a sentir la firmeza cálida de la boca de Everett sobre la mía. Saboreé el gusto de Everett e inhalé su olor. Amaderado con un ligero toque oriental. Mi corazón dio ese extraño salto que siempre daba cuando Everett estaba cerca. Todo mi cuerpo empezó a hormiguear. Sin pensar, cerré los ojos y me entregué completamente al beso.

La lengua de Everett acarició suavemente mis labios. Se me escapó un suave gemido. Y justo entonces, Everett pidió entrada. Su lengua acarició la abertura entre mis labios. Abrí mi boca. Everett deslizó su lengua entre mis labios. Gemí más fuerte y me apreté contra él. El

hormigueo en mi cuerpo se convirtió en un leve ardor. Nunca en mi vida había sentido un deseo así. Everett me rodeó con un brazo y me atrajo hacia él. Al mismo tiempo, su mano se deslizó bajo la esponjosa toalla blanca que envolvía mi cuerpo y acarició mi pierna. Mi muslo. Mi trasero. Gemí. Mi mano izquierda se aferró al pelo de Everett y mi mano derecha acarició sus hombros. Oh, cómo disfrutaba del juego de sus músculos.

Everett separó su boca de mis labios. —¿Estás segura de que esto está bien? —susurró.

—¿Qué? —Estaba confundida.

—No quiero ser precipitado. —Everett me miró inquisitivamente.

Esa consideración me conmovió. ¿Había conocido alguna vez a un hombre así? Negué con la cabeza. —No. No es precipitado.

La mano de Everett se deslizó hasta mi cuello y me acarició suavemente. Besó el lóbulo de mi oreja y su cálido aliento acarició mi piel. Luego se apartó un poco de mí y abrió la toalla. Sus ojos recorrieron mi cuerpo desnudo.

—Eres preciosa, Melody.

La mano de Everett bajó hasta alcanzar mis pechos. Suavemente, envolvió mi pecho izquierdo y comenzó a masajearlo. Luego también movió su cabeza hacia abajo. Su lengua rozó mi pezón. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Jadeé fuerte. —Oh, sí, maldita sea.

Everett presionó su boca contra mi pezón y lo succionó. Gimiendo, me arqueé hacia Everett. Mis manos se deslizaron desde sus hombros hacia abajo y se movieron bajo la colcha.

Everett estaba desnudo.

Completamente desnudo.

Si hasta ahora había estado excitada, ahora el deseo ardía casi insoportablemente en mi cuerpo. Gemí fuerte.

Everett arrojó la colcha a un lado. Luego besó suavemente mi vientre y siguió bajando, hasta que mis manos solo podían tocar sus hombros. De repente, sentí su lengua en mi lugar más sensible.

—Ohhhhhhhh síííííííí. —Separé mis piernas más. La lengua de Everett jugaba suavemente con mi perla. Sus caricias me provocaban un placer inimaginable. Mi centro comenzó a contraerse ligeramente, una sensación que me resultaba completamente familiar y que, sin embargo, no había sentido desde hacía mucho tiempo—. Me voy a correr —jadeé.

Pero justo antes de que todo explotara dentro de mí, Everett se posicionó encima de mí y entró en mí.

Por fin.

Solo ahora me di cuenta de cuánto había deseado estar conectada con él de esta manera.

Everett me llenó por completo y comenzó a moverse dentro de mí. Nuestros cuerpos encontraron un ritmo común. Hábilmente, Everett

empujaba su miembro cada vez más dentro de mí. Arqueé mi espalda y me elevé hacia Everett tanto como pude.

—Melody, mi amor —susurró Everett y gimió fuerte.

Y en ese momento, el deseo se acumuló de nuevo en mí. Esta vez alcancé la cima. Me corrí como nunca antes me había corrido. Todo se contrajo y todo se expandió.

—Síííííí —grité fuerte.

Everett empujó su miembro de nuevo en mí.

Y entonces él también se corrió.

—Melody —jadeó mientras se derramaba dentro de mí con un fuerte gemido y se dejaba caer en la cama, respirando pesadamente.

Era tan feliz como nunca antes en mi vida.

Capítulo 22

Melody

Sí, así se sentía la felicidad. Eso pensé mientras iba sentada detrás de Everett en la moto. Regresábamos juntos a Nueva York en la Harley. Everett había dejado su coche con Joe. Al contrario que ayer, hoy hacía un tiempo espléndido y Everett quería que conociera la experiencia de ir en moto también desde este punto de vista. El próximo fin de semana volveríamos a los Catskills para pasar tiempo con Joe y Cassie. Everett quería que conociera mejor a sus amigos y que ellos me conocieran a mí.

Me gustaba ir sentada detrás de Everett en la moto, pero sentía como si estuviera flotando en el séptimo cielo. De ninguna manera había querido conocer a un hombre cuando me apunté como voluntaria en el *Animal Shelter* y había ido a la reunión de antiguos alumnos. Es más: había dado por completamente cerrado ese capítulo de mi vida.

Y ahora simplemente era feliz.

Me acurruqué aún más contra Everett y apreté todo mi cuerpo firmemente contra el suyo. Aquí, detrás de él, estaba segura. Me

protegía del viento y también me protegería en el futuro. Con él no tendría malas experiencias como con Harvey. Por primera vez en mucho tiempo volví a formar el nombre de mi ex en mi cabeza. Y no sentí nada. Ni miedo, ni resistencia, ni tristeza, ni rabia.

Se había acabado.

El pasado finalmente había quedado atrás.

Estaba lista para el futuro, hacia el que viajaba esa mañana con Everett.

Estaba lista para NUESTRO futuro.

Este pensamiento se sentía tan bien que me apreté un poco más contra Everett. Él se inclinó ligeramente hacia atrás, haciéndome saber que me había sentido. Me respondía con su cuerpo. Sonreí bajo mi casco de moto.

Para entonces habíamos llegado al borde de Manhattan. Los edificios a nuestro alrededor se habían vuelto cada vez más altos a medida que avanzábamos desde los suburbios de Nueva York hacia el centro. Everett giró dos veces. Más adelante ya podía ver el rascacielos más antiguo donde estaba el apartamento de Darleen y mío.

Este viaje había pasado volando.

Justo frente a nuestro rascacielos había un hueco para aparcar. Everett entró y se detuvo junto a la acera. Separé lentamente mi cuerpo del suyo y me sentí triste porque la unidad que habíamos formado durante el trayecto ahora se disolvía.

Melody. No pienses en tonterías. Esto no es una separación definitiva. Te despedirás de Everett ahora y a más tardar en unos días lo volverás a ver.

Al fin y al cabo, íbamos a ir juntos a los Catskills.

Me bajé de la moto y me quité el casco. Había dejado mis cosas con Joe y Cassie. Las recogería el próximo fin de semana cuando volviéramos a Manhattan en coche. No necesitaría la ropa de ayer en los próximos días y Cassie podría prescindir de su traje de moto mientras tanto.

—¿Nos vemos esta noche? —Everett también se había quitado el casco.

Me giré y lo miré. Sus ojos oscuros parecían un poco más claros de lo habitual. Me sonrió. Mi corazón empezó a latir descontroladamente y mi piel comenzó a hormiguear. Esta noche. El recuerdo de la última noche afloró en mí. Había sido la noche más hermosa de mi vida.

Tragué saliva. Mi lengua parecía pegada al paladar. —Me encantaría —logré decir finalmente.

—Paso a recogerte. ¿Sobre las siete? —propuso Everett.

—Tengo ganas —sonreí.

Everett extendió su mano y me acarició la mejilla. En su mirada parecían mezclarse el deseo y la añoranza. Me habría encantado inclinarme hacia delante y besarlo.

—Más tarde —Everett me sonrió y me guiñó un ojo—. De lo contrario, podría olvidarme de todo.

Me reí y la última pizca de tensión que aún llevaba dentro se disolvió.

Everett se puso el casco. Lo observé hasta que no pude ver más la moto. Luego me di la vuelta y entré.

—¡Melody! ¡Aquí estás! —Darleen literalmente salió corriendo de la cocina cuando abrí la puerta de nuestro apartamento—. ¡Por fin!

—Siento no haberte avisado anoche —me disculpé—. Seguro que te preocupaste mil veces porque no volví a casa y no estaba planeado así. —Dejé el casco de moto en el perchero y me dispuse a quitarme la chaqueta—. Lo siento, pero necesito ir urgentemente al baño y ponerme unos vaqueros. Con esta ropa voy a tener demasiado calor.

—¡Harvey ha estado aquí! —Darleen soltó las palabras sin responder a lo que le había contado.

Me llevó un momento entender lo que acababa de decir. —¿Harvey... ha estado aquí?

—Sí. Me ha dejado destrozada. —Darleen se apoyó en la pared del pasillo y cerró los ojos. Solo ahora la miré bien. Parecía agotada. Sus ojeras eran más grandes de lo habitual y su piel estaba pálida. Su peinado no estaba tan cuidado como de costumbre.

—¿Qué... qué ha hecho aquí? —Todo en mi cuerpo se tensó. Mi estómago se retorció de forma desagradable y mis hombros se pusieron rígidos.

Darleen abrió los ojos y resopló brevemente. —Vaya pregunta. —Mi compañera de piso estaba visiblemente afectada. Normalmente no era tan mordaz—. A mí no me quería visitar, claro. Preguntó por ti. —Darleen hizo un breve movimiento con la cabeza.

—Pero... Pero... —Busqué las palabras con esfuerzo—. ¿Cómo ha venido aquí? Quiero decir... está en la cárcel.

—Me aseguró que estaba fuera en libertad condicional y que ahora era otra persona. —Darleen resopló. Esta vez de manera despectiva. Ella nunca había conocido a Harvey y solo lo conocía por mis relatos —. Aunque eso fue DESPUÉS de volverse completamente loco cuando le dije que estabas fuera y que no sabía cuándo volverías.

—¿Te ha amenazado? —pregunté alarmada.

—Si te refieres a si me ha agredido, entonces no. Pero me pareció bastante amenazante su actitud. —Darleen me miró directamente—. Ese tipo es aún peor de lo que habías dicho, Melody. ¿Cómo pudiste liarte con él?

Suspiré. Me lo había preguntado tantas veces que ya había perdido la cuenta. —Al principio, cuando nos conocimos, era diferente. Era encantador, atento y... básicamente como desearías que fuera una pareja. —Me callé un momento, pensando en la época en que conocí a Harvey. ¿Hubo señales entonces que pasé por alto?—. Solo cuando me mudé con él se volvió cada vez más controlador y comenzó a tener arranques de ira. Eso empeoró. Afirmaba que si yo me comportara de otra manera, eso se acabaría. Al final, me pegó. —Suspiré de nuevo—. Ya conoces la historia.

—Ha amenazado con volver. —Darleen me miró preocupada.

—¿Está... permanentemente fuera? —pregunté con inquietud.

—Pues en libertad condicional. —Darleen levantó ambas manos—. Supongo que mientras no vuelva a hacer alguna estupidez, no lo encerrarán de nuevo.

Mi estómago se contrajo. Si Harvey estaba libre otra vez, no descansaría hasta conseguir lo que quisiera de mí. Fuera lo que fuese.

No lo conseguiría.

No se lo daría.

De mí ya no podía esperar nada.

Pensé en Everett y enderecé los hombros. Ahora era una mujer diferente que vivía en un mundo diferente. Por supuesto, seguiría pagando las deudas de Harvey. Al fin y al cabo, yo había sido su avalista.

Pero no obtendría nada más.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta.

Darleen se despegó de la pared. —Debe ser el señor González de abajo. Me había pedido prestada la llave inglesa.

—Ya abro yo. —Todavía estaba junto al perchero y me di la vuelta. Sin mirar por la mirilla, abrí la puerta de nuestro apartamento. El señor González era un mexicano amable y servicial que vivía con su esposa algunos pisos por debajo de nosotras.

Cuando abrí la puerta, mi estómago se encogió. Quería salir corriendo, pero mis piernas no respondían.

Cierra la maldita puerta, Melody. Simplemente ciérrala.

Pero mis brazos tampoco me obedecían. Todo mi cuerpo estaba paralizado mientras miraba fijamente a la persona que estaba ante mí.

Harvey.

Quería gritar o chillar y advertir a Darleen, pero tampoco lo conseguí. Mi lengua también estaba paralizada.

—Bueno, muñeca, estás sorprendida, ¿eh? —Harvey sonrió, mostrando sus dientes. Siempre había odiado esa sonrisa diabólica.

—Yo... —Con esfuerzo intenté formar una frase.

—Síííí... Sé que no esperabas verme tan pronto. —Harvey volvió a sonreír—. Pero me he esforzado mucho allí en la cárcel y han decidido que puedo salir otra vez. Más aún cuando les dije que fuera me espera una mujercita guapa a la que llevo mucho tiempo sin follar. —Harvey dio un paso adelante. Yo retrocedí. Su aliento olía desagradablemente a una mezcla de ajo y humo.

—¿Qué clase de recibimiento es este? —Harvey me miró con desconfianza—. ¿Acaso tienes a otro? ¿Follaste anoche con ese motorista elegante que te dejó abajo?

La sangre primero abandonó mis mejillas y luego volvió a subir con asombrosa velocidad. ¿Harvey nos había visto? ¿Había observado cómo me despedía de Everett?

—Me dije que si tu compañera de piso no sabe dónde estás, entonces debe haber un hombre detrás. Al fin y al cabo, no eres la primera mujer que engaña a su hombre mientras está en la cárcel. —Harvey me agarró del brazo—. Vamos, escúpelo ya. ¿Tienes algo con él?

Cuando sentí la presa de Harvey en mi brazo, desperté de mi parálisis. —Suéltame. —Ofrecí resistencia—. No te debo ninguna explicación. Hemos roto.

Harvey se rio. —¿Roto? Quizá tú has roto conmigo. Pero yo no he roto contigo, muñeca. Tú me perteneces. ¿Ya lo has olvidado? —Harvey acercó su cara a la mía. Sus labios de repente parecían enormes.

Asqueada, giré la cabeza. —No tenemos nada más que decirnos —solté—. Deberías irte ahora. Seguiré pagando tus deudas, como hasta ahora. —Esperaba que Harvey desapareciera al oír esto. Nunca le había importado de todas formas. Siempre había pensado solo en sí mismo y en cómo podía sacar ventaja. En cómo conseguir lo que quería.

—¿MIS deudas? —Harvey se rio con desprecio—. ¡Pero si el dinero se gastó en tus compras! ¿Ya lo has olvidado?

Guardé silencio. Ni siquiera iba a entrar en esa discusión.

—¡Lárgate y déjanos en paz! —Darleen se plantó frente a Harvey—. ¿No has entendido que Melody no quiere tener nada más que ver contigo?

Harvey volvió a reírse. —Siempre fue así de rebelde. Al final solo entendía las cosas cuando le pegaba. —Harvey todavía me tenía

agarrada del brazo. Me empujó más hacia dentro del apartamento y dio un empujón a la puerta. Cuando se cerró detrás de él, me sobresalté.

Ahora estaba atrapada.

Tonterías, Melody. Respira hondo. Ya encontrarás una salida. Darleen te ayudará.

—¡Suél! ¡Ta! ¡La! —Darleen se lanzó contra Harvey y le golpeó con los puños.

—¡Eh! —Harvey se enfureció. Eso yo lo conocía. Entonces era impredecible. Cuando estaba irritado, era impredecible.

Quería ir con Everett. Él me ayudaría. Había dicho que estaría ahí para mí. No quería que nadie me hiciera daño o que me pasara algo malo. Y si Harvey me hacía daño, Everett me ayudaría.

Solo tenía que saber lo que estaba pasando.

Darleen seguía golpeando a Harvey. Di un paso adelante. Pero el agarre de Harvey era férreo.

—No te escaparás taaaan fácilmente. —Harvey le dio un codazo a Darleen y me tiró bruscamente hacia atrás—. ¿Crees que te voy a dejar ir ahora para que se lo cuentes todo a ese ricachón para el que abres las piernas? ¡Oh, no, muñeca! Me aseguraré de que nunca vuelvas a verlo. ¿No creerás que puedes mejorar tu vida follando, mientras yo me pudro en la cárcel o en un cuchitril miserable?

Harvey volvió a reírse con desdén.

—Vamos a arreglar esto ahora mismo. Y luego te vendrás conmigo. O mejor: recogeré mis cosas. —Harvey miró a su alrededor con una amplia sonrisa—. Bonito apartamento tenéis aquí. Espero que tengas una cama ancha, muñeca. Después del tiempo en la cárcel, tengo muchas ganas.

Mi estómago se contrajo de miedo.

Capítulo 23

Everett

Silbando suavemente para mí mismo, entré en el edificio de *Rockwood Cosmetics*. La mayoría de los días, el saber que era mi propio jefe en mi propia empresa me daba buen humor y confianza. Simplemente ver el rascacielos brillar bajo el sol de la mañana me hacía sentir invencible. Pero hoy ese sentimiento no solo provenía de mi entorno, sino también de mi interior. Más aún: no podía recordar cuándo fue la última vez que me había sentido tan bien.

La noche con Melody había superado todo lo que jamás hubiera imaginado. Sabía que nunca quería dejar ir a esta mujer. Lo que había sentido durante nuestras citas ahora se había convertido en una certeza dentro de mí. Melody era una mujer muy especial. Una que me aceptaba tal como soy. Con ella no necesitaba fingir y seguramente no me prohibiría nada ni cuestionaría mis decisiones, como mi madre hacía con mi padre.

Con ella podría tener lo que Joe tenía con Cassie.

Sería feliz.

Tan feliz como lo era ahora.

Añadí un pequeño gorjeo a mi silbido mientras entraba en el vestíbulo con su suelo de granito perfectamente pulido. La recepcionista detrás del mostrador de cristal me miró sorprendida cuando pasé junto a ella. Luego exclamó:

—Señor Rockwood, hay una señora en la sala de conferencias pequeña a la izquierda que insiste en hablar con usted. Afirma que es urgente y se negó a marcharse cuando le dije que no sabíamos si vendría hoy. Dijo que esperaría el tiempo que fuera necesario.

Me detuve y fruncí el ceño. No había concertado una cita con nadie y tampoco conocía a ninguna mujer que necesitara hablar conmigo con tanta urgencia. Rápidamente revisé mi móvil.

Ninguna llamada perdida de Melody.

Ella sería la única mujer por la que dejaría todo a un lado en cualquier momento. Si tenía algún problema, solo tenía que llamarme y estaría a su lado. Se lo había prometido.

Y cumpliría mi palabra.

—¿Cómo se llama la mujer? —quise saber.

—Virginia Kelleher.

El nombre no me decía absolutamente nada. Incluso después de pensar detenidamente, estaba seguro de no haber conocido nunca a una Virginia Kelleher. Tampoco era una socia comercial, porque de lo contrario, seguramente se habría presentado con tarjeta de visita y empresa.

Me encogí de hombros. No podía llevar mucho tiempo. —Iré a ver qué quiere. —Probablemente era la manera más rápida de librarme de ella, ahora que ya se había instalado en la sala de conferencias. Escucharía lo que tenía que decir y luego me despediría educadamente. Probablemente solo era una candidata rechazada particularmente persistente. Ya habíamos tenido varios casos así.

Entré en la pequeña sala de conferencias con la mesa cuadrada y las seis sillas. No había más que lo necesario, ya que la habitación estaba realmente pensada solo para emergencias. Unas delgadas cortinas blancas impedían que los transeúntes de la calle tuvieran una visión directa del interior. —Buenos días —saludé.

Junto a la ventana había una mujer alta y corpulenta, que ahora dejó caer la cortina que sostenía en la mano y se volvió hacia mí.

—Buenos días, señor Rockwood. —Los ojos de la mujer estaban rojos. ¿Le había afectado tanto el rechazo de su solicitud?

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunté. Educadamente señalé una de las sillas de la mesa de conferencias, pero la mujer negó con la cabeza.

Bien.

Entonces no duraría tanto como parecía. Con mujeres que lloran, nunca se sabe. Frunciendo el ceño, examiné a la mujer. Ahora que estaba frente a mí, habría jurado que ya la había visto antes.

Pero, ¿dónde?

¿Había venido a una entrevista de trabajo y la había visto en el pasillo?

Improbable.

¿Había trabajado aquí brevemente y no había superado el periodo de prueba? Con nuestro excelente departamento de Recursos Humanos, tales casos eran raros. Pero ocurrían.

La mujer respiró hondo. —He venido a contarle la verdad sobre Melody Rimes. —Su voz sonaba aguda y estridente. En algún lado había escuchado exactamente esta voz antes.

Pero, ¿dónde?

En ese momento caí en la cuenta. Era una de las mujeres que habían acosado a Melody en el hotel. De hecho, era la cabecilla. Ginny la había llamado Melody. Ginny. Evidentemente un apodo para Virginia.

¿Qué hacía aquí? Crucé los brazos y la miré con desconfianza. Si había alguien que menos diría la verdad sobre Melody, ciertamente sería esta mujer.

—Melody tiene una aventura con mi marido. Desde hace un año. —La voz de la mujer era baja y miraba al suelo mientras hablaba—. Quiere destrozar mi familia.

Resoplé. Esta mujer no podía engañarme tan fácilmente. ¿Por quién me tomaba? ¿Por algún idiota que creería todo lo que le contaran?

—Usted acosó a Melody en el hotel. Y en el instituto pasó lo mismo. Sin ninguna razón. Melody me lo ha contado todo. —Me apoyé contra la pared y miré intensamente a la mujer—. ¿Por qué precisamente USTED diría la verdad? No tengo ni idea de por qué quiere difamar a Melody ante mí, pero francamente, tampoco me

interesa. —Descrucé los brazos y señalé hacia la puerta—. Abandone ahora mi empresa.

Le había prometido a Melody que la protegería.

Y eso es exactamente lo que estaba haciendo ahora.

Esta mujer no tendría otra oportunidad.

—Entiendo que no me crea. Pero debo decirle que Melody no es tan inocente como aparenta. En el instituto ya fui mala con ella, es cierto. Melody me robó a mi novio y me ridiculizó delante de todos. Y ahora la historia se ha repetido. Creí haber conocido a un hombre decente que me amaba y valoraba tal como soy. Y así fue. Hasta que Melody volvió a aparecer. —Las comisuras de los labios de Ginny se torcieron con amargura—. Realmente no sé por qué necesita hacer esto otra vez.

Abrí la boca, pero Ginny no se detuvo. —Cuando escuché en el hotel que usted estaba comprometido con Melody y luego leí lo mismo en el periódico, pensé que debía advertirle. Seguramente Melody no le ha dicho quién es realmente.

Resoplé. —Usted solo está celosa. Probablemente le gustaría tener un hombre con quien aparecer en la portada del periódico. Pero no lo tiene. Y precisamente la mujer a la que ha atormentado toda su vida lo tiene ahora. No puede soportarlo. —Miré a Ginny desafiante y añadí—: Probablemente ya en el instituto había algo de lo que usted estaba celosa. Probablemente Melody era más inteligente que usted. O algo así. Y ahora viene aquí y afirma quién sabe qué para destruir la vida de Melody.

Ginny negó con la cabeza. —Lo ve mal. Estoy aquí para que Melody no destruya SU vida.

Apenas pude evitar que una ligera sonrisa se dibujara en mi rostro.

Destruir mi vida.

Melody hacía mi vida mucho mejor.

—Está tergiversando los hechos. —Señalé nuevamente hacia la puerta—. Creo que nuestra discusión es completamente innecesaria. Nunca estaremos de acuerdo. Realmente debería irse ahora.

—Si no me escucha, le contaré a la prensa quién es realmente Melody y que está destruyendo una familia. —La amenaza llegó inesperadamente.

Pero no era la primera vez que alguien intentaba chantajearme. Como jefe de una gran empresa, ya me había enfrentado a situaciones así varias veces y sabía cómo actuar. Bajo ninguna circunstancia debía ceder ante esta extorsionadora.

Resoplé. —A la prensa le importará un bledo su historia. Allí hay redactores que primero comprueban los hechos. No tiene ninguna prueba, solo acusaciones sin fundamento.

—La prensa busca información. Incluso se puede conseguir dinero si se les proporciona una historia. —Ginny me miró triunfalmente. Sacó un móvil de su bolso.

No presté mayor atención al teléfono. —Así que se trata de dinero. Por mi vida, que supuestamente Melody quería destruir, le importa poquísimo.

—¿Y qué? Hoy en día cada uno debe ver cómo se las arregla mejor. —Ginny se encogió de hombros—. Mi marido no gana mucho dinero, podemos usar cada céntimo. —Luego su rostro se contrajo—. Y además, ella simplemente no merece tenerlo todo y aparecer como la maravillosa princesa, mientras yo no tengo nada.

—Eso se acerca más a la verdad que cualquier otra cosa —dije con sarcasmo—. Simplemente quiere trasladar su acoso a otro nivel. A la prensa.

—Entonces difícilmente estaría aquí hablando con usted —respondió Ginny bruscamente—. En ese caso, estaría ahora en la oficina de un redactor negociando una compensación por mi historia.

En lugar de una compensación, quería chantajearme y obtener el dinero de mí. Pero no lo dije.

—¿Qué ofrece? —preguntó Ginny directamente.

Resoplé. —¿Por una historia que simplemente se ha inventado? Nadie le dará nada por eso. Quizás debería hacer una novela por entregas. Entonces seguramente podría ganar dinero con ello.

Ginny tecleó en el móvil que tenía en la mano y rodeó la mesa acercándose a mí. —Usted lo ha querido así. Me hubiera gustado ahorrarle esto, pero ahora no me queda otra opción. —Ginny levantó el móvil y lo sostuvo de manera que pudiera verlo.

Examiné la pantalla. Mostraba una foto. Un hombre besaba a una mujer de largo cabello rubio.

—¿Sí? ¿Y? —dije con voz arrastrada.

—Son mi marido y Melody. Tomé la foto cuando lo seguí y ellos se encontraron en secreto. —Ginny me miró con amargura—. ¿Todavía no quiere verlo?

—En esta foto se ve a una pareja besándose. Si el hombre es su marido, no puedo juzgarlo. Seguramente usted lo sabrá mejor. Y si la mujer es Melody, tampoco puedo juzgarlo. Se trata de una mujer con largo cabello rubio. Hay miles así por Nueva York. —Me encogí de hombros—. Además, cualquier aficionado puede hacer un fotomontaje. En el ordenador se hace en cuestión de segundos. O se encuentra a alguien en Internet, se le contrata para ello y se le paga. —Ginny probablemente creía que trataba con un principiante al que podía convencer tan fácilmente. Pero en eso se había equivocado conmigo.

—Entonces llamaré ahora a mi marido —anunció Ginny—. Si habla con él, entonces me creerá.

Me reí. —Puede ahorrarse la llamada. ¿Quién me dice que su marido no está confabulado con usted y también quiere hundir a Melody? ¿Quizás usted tiene algo contra él? ¿O quién me dice que cualquier voz en el teléfono es realmente su marido? Podría ser un amigo o alguien a quien ha contratado.

Pero en ese momento, la primera pequeña duda surgió en mí.

¿Y si realmente había algo de cierto en todas las historias de Ginny?

Difícilmente vendría a la oficina a contarme un montón de mentiras que fueran tan fáciles de desenmascarar. ¿O sí?

Realmente no conocía muy bien a Melody. Habíamos tenido algunas citas. Durante ellas, habíamos jugado un juego y en ESO Melody

realmente había sido buena. ¿Y si no solo nuestro espectáculo ante la prensa había sido un juego, sino... simplemente todo? ¿Y si Melody me había mentido?

Pero ¿por qué habría hecho eso? No obtiene nada con ello, Everett.

Tenía que aclarar este asunto.

Pero no involucraría a Ginny. Y mucho menos a su marido.

Miré a Ginny penetrantemente mientras en mi cabeza se formaba un plan. —¿Cómo se llama su marido? —quise saber.

—John Kelleher —respondió Ginny—. Ya verá que es él quien está al teléfono. —Ginny me extendió el móvil.

—Oh, no quiero hablar con él —repliqué.

Ginny me miró sin comprender.

—Voy a llamar a Melody —aclaré—. Ella me explicará qué pasa, si alguna vez tuvo una aventura y, en caso afirmativo, con quién. Seguramente recordará el nombre de su marido.

Noté con satisfacción cómo Ginny palideció un poco. Pero se recuperó. —¿Y quién le dice que Melody no le mentirá?

—A quién creo, lo decido yo. Después de haber hablado con Melody. —Con estas palabras, saqué mi móvil del bolsillo interior de mi chaqueta.

Capítulo 24

Everett

Esperé con el corazón acelerado mientras escuchaba el tono de llamada al otro lado de la línea.

Biiip.

Biiip.

Biiip.

¿No estaba Melody? Cuando la dejé en casa, me contó que primero desayunaría tranquilamente con su compañera de piso antes de ir al trabajo. Tenía una cita con una pareja que se había puesto en contacto con ella después de nuestra acción en la protectora de animales porque querían a Melody como organizadora de bodas. Sentí una ligera sensación de orgullo al pensarlo.

Biiip.

Biiip.

Biiip.

¿Dónde estaba? ¿En la ducha? Aunque normalmente no soy el tipo de persona que se preocupa constantemente por dónde está su pareja y qué hace, ahora sentía una leve inquietud en mi interior. Aparté ese sentimiento. Era solo el resultado de las palabras maliciosas de Ginny. Había querido encender una chispa de duda en mí y lo había conseguido.

No puede ser, Everett. Esta mujer ya ha destruido suficiente en el pasado, no puede estropear también el futuro.

Seguro que Melody contestaría al teléfono en cualquier momento.

Y si no, la llamaría más tarde o ella me devolvería la llamada. Hoy en día nadie desaparece así como así.

Biiip.

Biiip.

Biiip.

—No está —le dije a Ginny. En ese mismo momento me pregunté por qué le estaba dando esa información a Ginny. Realmente no era asunto suyo. Caminé hacia el lado de las ventanas y empecé a dar vueltas en la pequeña sala de conferencias. ¿Qué debía hacer ahora? Quería deshacerme de Ginny lo antes posible.

—Probablemente ya esté en la cama con su nuevo amante —Ginny me miró con malicia.

En ese momento, sentí una ira incontrolable. Apreté la mandíbula y cerré el puño. Me hubiera encantado agarrar a Ginny y sacudirla. ¿Cómo podía hablar tan mal de Melody?

Porque siempre lo ha hecho, Everett.

Antes de que pudiera decidir qué hacer, algo sucedió al otro lado de la línea. —Melody Rimes.

Exhalé profundamente. Melody no debía enterarse bajo ninguna circunstancia de que estaba en una habitación con Ginny. Había prometido protegerla de tales experiencias en el futuro. Ginny no debía ser más que un recuerdo muy pálido y lejano.

—Melody, soy Everett. ¿Te molesto? —pregunté. Al fin y al cabo, Melody había tardado en contestar al teléfono.

—Everett. —La voz de Melody sonaba plana y un poco entrecortada. Nunca la había oído así. Cuando se despidió de mí hace un rato y me sonrió, parecía y sonaba completamente diferente. Melodiosa, relajada y llena de ilusión.

—¿Está todo bien? —quise saber.

—Iba a ponerme en contacto contigo de todos modos —contestó Melody, sin responder a mi pregunta—. Tengo algo que decirte. —Melody seguía sonando casi robótica. Como si estuviera recitando unas palabras ensayadas. No era ella. Algo había ocurrido desde que me despedí de ella, y ahora me lo iba a decir.

—¿Sí? —pregunté, y añadí—: Puedes decirme cualquier cosa, ya lo sabes. —En ese momento, vi la cara de Melody ante mí. Su rostro proporcionado en forma de corazón, sus ojos azules con expresión

de vulnerabilidad, su cicatriz que me habría encantado borrar a besos, sus labios carnosos que se entreabrían ligeramente cuando algo la conmovía y su largo cabello rubio del que siempre se escapaba la horquilla con la que Melody intentaba sujetarlo. Parecía oler su aroma y sentir su piel bajo mis dedos.

—No podemos vernos más —soltó Melody con esa voz plana y extraña.

—¿Qué? —exclamé. No podía ser. Debía haber oído mal.

—No podemos vernos más —repitió Melody con esa voz que no sonaba en absoluto como ella.

Poco a poco esta noticia iba calando en mi interior. Pero no podía ser. Simplemente no podía ser. Algo había ocurrido desde que Melody y yo nos despedimos, y Melody no quería decírmelo.

Respiré hondo. —¿Qué ha pasado? —quise saber—. Por favor, dime qué ocurre.

—No podemos vernos más —repitió Melody una vez más.

Podemos.

Había dicho podemos.

No queremos.

Si Melody no podía, entonces seguro que había ocurrido algo.

—¿No quieres venir aquí para que podamos hablar? —le pedí a Melody—. ¿O prefieres que vaya yo a verte? No es problema, puedo estar allí en media hora.

Melody suspiró. —No hay nada más que hablar, Everett. No hay nada que hacer. No podemos vernos más. El tiempo contigo fue bonito y te agradezco nuestras horas juntos. Pero eso es todo. No puede continuar.

Cada vez entendía menos lo que Melody me decía. —¿Por qué no puede continuar? Si vas a terminar todo así, sin más, al menos podrías darme una explicación.

Ginny soltó una risita.

Le lancé una mirada furiosa.

Ginny realmente se calló.

—No hay nada que explicar. —Melody se aclaró la garganta. Pero su voz seguía sonando igual de extraña—. Si tienes o quieres decir algo a la prensa, simplemente invéntate una explicación. O pídele a Jessica que lo haga. Seguro que tiene algunos textos preparados en el cajón para casos así.

No sabía qué sentía o pensaba en ese momento. Quizás nada.

¿Eso era todo?

¿Así terminaba?

¿Después de una noche como ninguna otra, Melody simplemente lo terminaba? ¿Qué había ocurrido?

—Algo ha pasado, lo presiento —dije con firmeza—. Si vienes aquí, encontraremos una solución. Hablemos una vez más. Si después sigues empeñada en terminar, no me interpondré en tu camino. Lo que quiero es que seas feliz. Te lo prometí.

—No hay nada que explicar. Hablar no sirve de nada. Simplemente acéptalo, Everett. —Melody no cedió ni un milímetro en su posición —. A veces la vida es así. Conoces gente por un momento y luego tienes que dejarla ir. Y así es como estaba pensado nuestro acuerdo. —Ahora Melody sonaba un poco extraña. Ahogada. ¿Estaba llorando?

Habría dado cualquier cosa por poder verla en ese momento.

Un profundo suspiro sonó al otro lado de la línea. —Como he dicho, me da igual lo que le cuentes a la prensa sobre mí. Puede aparecer lo que quieras. A cambio, te pido que me dejes en paz. No quiero ningún contacto. Ni mensajes, ni llamadas, ni visitas a mi puerta, ni anunciadas ni sin anunciar. No quiero verte más ni saber nada más de ti.

Mi estómago se contrajo.

Melody no podía haberlo dicho más claro.

No tenía ni idea de qué estaba pasando o por qué.

Pero sabía que ya no podía cambiar nada. Había intentado todo.

—Te deseo lo mejor —dije.

Biiip.

Biiip.

Biiip.

En mi oído solo sonaba el tono de línea libre. Melody había terminado la llamada, sin más. Fueron las últimas palabras que oiría de ella. Lo había dejado más que claro.

Atónito, aparté el móvil de mi oreja.

—Ya se lo dije. Pero no quería creerme. ¿Lo hace ahora? —Ginny no me dio tiempo para recomponerme.

Deberías haberla echado antes de llamar a Melody, Everett. Independientemente de si esta estúpida tiene razón o no, nada de esto le incumbe.

—No se puede confiar en Melody. —Ginny negó con la cabeza—. Alégrese de que haya salido así. Al final hasta le estará agradecido.

Pasé junto a Ginny y abrí la puerta de la pequeña sala de conferencias. —¿Le importaría marcharse ahora? —Con un gesto de la mano, indiqué a Ginny que saliera de la habitación. La acompañaría personalmente hasta la salida y me aseguraría de que abandonara el edificio de *Rockwood Cosmetics*.

—No tiene que enfadarse CONMIGO —dijo Ginny con aspereza—. Yo solo era la mensajera.

Fugazmente, me pasó por la cabeza que Ginny parecía extrañamente tranquila. No parecía preguntarse si las palabras de Melody tenían algo que ver con su marido, ni parecía enfadada porque ahora no podría sacarme dinero.

—¿Y qué saco yo de todo esto? —preguntó Ginny ahora. No hizo ademán de seguir mi instrucción. No se iba, sino que se apoyó contra la pared y cruzó los brazos—. ¿O prefiere leer en la prensa una historia como *Prometida le pone los cuernos a empresario*?

Resoplé. Esta mujer realmente debía necesitar dinero con urgencia.

—Usted ni siquiera sabe lo que ha pasado. Melody no ha dicho ni una palabra sobre su marido. Ni sobre ningún otro hombre. —El impulso de proteger a esa persona vulnerable de ojos grandes seguía en mí.

¿Desaparecería alguna vez?

—Por cierto, me da igual lo que usted le cuente a la prensa. —Repetí mi gesto y volví a pedir a Ginny que saliera de la habitación—. Lo que sea que aparezca hoy, mañana ya estará olvidado. Siempre hay una nueva historia. —Me encogí de hombros. Aunque el asunto no me era tan indiferente como aparentaba, ciertamente no lo demostraría delante de Ginny. Además, estaba seguro de que Ginny no acudiría a la prensa. O si lo hacía, no la escucharían. Y dinero por su historia, desde luego no recibiría. Yo era un empresario rico y conocido. Pero ni de lejos una celebridad como un actor o miembros de una casa real. Y Ginny no tenía pruebas reales para su historia.

—Si usted lo dice. —Ginny se encogió de hombros y por fin salió de la sala de conferencias.

La seguí y observé cómo se marchaba.

Luego pulsé el botón junto al ascensor en el vestíbulo. Lo primero que haría sería hablar con Jessica y pedirle que advirtiera a la prensa de que una envidiosa loca estaba difundiendo historias falsas sobre Melody y yo. Al mismo tiempo, Jessica debería comunicar que Melody y yo nos retiraríamos un poco por este motivo y cancelaríamos las dos citas pendientes.

Ahora podría ocuparme de mis otros negocios.

Tomaría las riendas de mi vida, como siempre lo había hecho.

Una vida sin Melody.

Capítulo 25

Melody

—Lo has hecho muy bien —Cuando terminé la conversación sin decir una palabra más, Harvey me sonrió mostrando todos sus dientes. Para entonces ya estábamos en nuestra cocina—. Buena, buena. Buena chica. Mi muñequita. —Harvey frunció los labios. Me aparté asqueada.

Sentía una profunda desesperación. Ahora que había colgado y desterrado a Everett de mi vida, la desesperanza se apoderaba de mí. ¿Qué iba a hacer?

—Si no le hubieras dado la patada, le habría contado a los periódicos quién eres realmente. La novia de un ex presidiario —Harvey soltó una risita.

Con eso me había amenazado antes de que Everett llamara.

Cerré los ojos y evoqué la escena de hace un momento.

—Les contaré a los periódicos que la guapa mujer que ha pescado al tipo rico es en realidad la novia de un ex presidiario —Harvey soltó una risita.

—Eso no le importa a nadie —respondí con brusquedad—. Everett conoce mi pasado. No le importa lo más mínimo lo que ocurriera antes de conocerle.

—No pretendo contárselo a él, sino a los periódicos —Harvey sonrió diabólicamente—. A ellos sí les interesará. El ricachón que cierra fábricas en Pensilvania y luego se compincha con la novia de un delincuente. ¿Quizás su dinero, en vez de ir a Pensilvania, ha ido a parar a algún tipo de actividades criminales? —Harvey levantó las manos en un gesto de fingida perplejidad y volvió a soltar una risita —. La gente sacará sus propias conclusiones.

—Nadie te creerá —Mi voz sonó chillona.

—No necesito que me crean a mí, sino a los periódicos —Harvey estaba plantado en la puerta con las piernas abiertas, bloqueándome la salida.

Darleen se había quedado en el pasillo. Ahora intentaba ayudarme de nuevo—. Entonces iré a buscar a Everett.

Harvey se dio la vuelta—. Eso te gustaría. Si das un solo paso fuera del apartamento, Melody lo va a pasar muy mal aquí dentro.

Sentí que me hacía pequeña por dentro. Harvey ya me había dejado llena de moratones en el pasado cuando algo no le gustaba. Seguro que el tiempo en prisión no lo había vuelto más pacífico. Probablemente ahora era aún más brutal y despiadado. Dicen que hay gente que cambia en la cárcel y que después comienza una

nueva vida. Nunca había creído que Harvey fuera uno de ellos. Y ahora tenía la confirmación.

Me hice aún más pequeña y ya estaba a punto de encogerme.

—Déjala en paz —siseó entonces Darleen—. Me quedo aquí —En su voz se mezclaban la frialdad y el odio que yo misma no podía sentir —. Pero si crees... —Darleen no terminó la frase.

Harvey rió como una cabra—. Creo que os tengo bien controladitas a las dos —Se volvió de nuevo hacia mí y siguió bloqueando la puerta —. Melody, ahora vas a llamar a ese ricachón y vas a cortar con él. Dile simplemente que no quieres volver a verlo. Si quieres, dile que tu ex ha vuelto a aparecer y que has recordado lo mucho mejor que folla —Harvey soltó una carcajada estruendosa.

Cerré los ojos con desesperación. ¿Quizás debería decirle exactamente eso a Everett? Así seguro que sabría que algo no iba bien.

Pero en ese momento, Harvey me miró con los ojos entrecerrados—. No, NO le vas a decir eso. Acabas de decir que le has hablado de mí. Quién sabe qué mentiras le habrás contado —Harvey negó con la cabeza—. No, simplemente vas a cortar con él sin dar más explicaciones. Y ay de ti si no obedeces. Entonces la historia irá igualmente a los periódicos —Harvey soltó una risita—. Y también podría ofrecerles algunas fotos tuyas bastante explícitas.

Me entraron náuseas.

Everett no podía entrar en contacto con esta suciedad bajo ningún concepto. Si intentaba protegerme de algo así, su reputación sufriría un daño irreparable. Todo se estropearía. Todo el trabajo. La

inauguración de la tienda, la visita al refugio de animales, el reportaje... todo habría sido en vano. Nadie recordaría nada de eso.

Cualquier mujer que comprara productos de Rockwood Cosmetics retrocedería y al final elegiría otro producto. ¿Quién querría comprar algo con lo que se financiaba a criminales?

Mientras todo esto pasaba por mi cabeza, Harvey me acercó el teléfono.

En ese momento, empezó a sonar.

Me quedé mirando la pantalla.

Apareció el nombre de Everett.

—Vamos, muñequita —Harvey me miró con insistencia—. Vas a responder a la llamada y le dirás exactamente al ricachón lo que acabo de explicarte. Cortas con él. Sin dar explicaciones.

Me quedé mirando la pantalla.

¿Cómo iba a ser capaz de hacerlo?

El teléfono seguía sonando.

—¿A qué esperas? —siseó Harvey acercándose a mí—. ¿O tengo que darte un golpe en la nuca para que contestes de una vez?

Temblando, agarré el teléfono.

Ahora me sentía vacía. Más vacía que nunca antes en mi vida. Después de separarme de Harvey había pasado por una época terrible, pero en el fondo sabía que todo era mejor así y que mi vida pronto daría un giro.

Un giro estaba dando también en este momento, pero no para mejor.

¿Qué sería de mí?

¿Qué futuro me esperaba?

Tragué saliva.

Harvey me agarró el pelo por detrás—. Bueno muñequita, ahora vamos a ver si conservas tus viejas cualidades —Soltó una risita.

Luego tiró.

—¡Ay! —Las lágrimas acudieron a mis ojos por el dolor.

—Oh, esto siempre me ponía muchísimo —Harvey soltó una risita—. Cuando chillas así... y luego sé que conseguiré hacerte gemir.

Me sacudí de asco.

—Venga, dame un beso de una vez —Harvey frunció los labios—. Sé que lo estás deseando desde hace rato.

Mi cabeza iba a toda velocidad.

Puse una mano en el pecho de Harvey—. Es... es cierto. Pero tú... todavía hueles a cárcel. Creo que primero necesitas una ducha —Intenté acariciar el pecho de Harvey con toda la suavidad que pude, sin vomitar en el intento.

—Ohhhh... me estás ofreciendo lavarme —Harvey soltó una risita entusiasmada—. Y de paso puedes chupármela. Sí, es una idea excelente, Melody.

Desesperadamente, intenté captar la mirada de Darleen. Había esperado que Harvey se metiera en la ducha y me diera la oportunidad de desaparecer y ponerme a salvo.

—No creerás que soy tan tonto como para perderte de vista ni un momento —gruñó Harvey mientras me arrastraba hacia el baño—. Conozco perfectamente a las mujeres y vuestras estúpidas ideas.

—El baño está allí —dijo Darleen, servicial.

Miré fijamente a mi compañera de piso. ¿Había decidido participar en este juego?

Darleen se adelantó y abrió la puerta.

—Oh, dos mujeres a mi servicio. SÍ, ASÍ me gusta —Harvey me arrastró un poco más.

Entonces tropezó y en ese momento también soltó su agarre de mi brazo y mi pelo.

—¿Qué demonios...? —gritó, mientras yo percibía la escena como a cámara lenta. La pierna extendida de Darleen estaba perfectamente colocada para que Harvey tropezara con ella. Al mismo tiempo, le

había dado un codazo en las costillas. El cuerpo de Harvey se inclinó hacia adelante. Entró tambaleándose en el baño y apenas consiguió agarrarse al pequeño armario junto a la ducha. Darleen primero retiró la pierna y luego volvió a atacar en el mismo momento. Le dio una patada a Harvey.

Harvey cayó.

Darleen me empujó hacia atrás con el codo. Se retiró como un rayo y cerró la puerta del baño de golpe. Luego giró la llave.

Harvey había quedado encerrado.

Me quedé mirando la puerta—. ¿Por qué... por qué está la llave en este lado? —Fue lo único que pude preguntar.

—Porque ayer la cambié de dentro a fuera. Por dentro siempre se caía de la cerradura. No sé por qué —Darleen me tiró de la manga —. Vamos, tenemos que irnos de aquí. La puerta no es muy resistente. Tarde o temprano conseguirá salir.

En el baño se oyó un estruendo. Harvey parecía estar levantándose. Llegó a la puerta y la sacudió—. ¡Idiotas! —gritó cuando se dio cuenta de que estaba encerrado—. ¡Abrid la puerta inmediatamente y dejadme salir!

Darleen me arrastró hasta mi habitación—. Coge algunas cosas y vete. Yo me encargo de esto.

—Pero... ¿no pretenderás quedarte aquí sola con él? No puedes hacer eso. Quién sabe lo que te puede hacer —Negué con la cabeza.

—No, voy a llamar a la policía —Darleen sonrió—. Ya lo volverán a meter en la cárcel. Violación de la libertad condicional.

Me reí sin fuerzas—. ¿Y de qué manera ha violado la condicional? Podemos afirmar diez veces que ha entrado en el apartamento sin autorización. Harvey alegará que lo encerramos en el baño y que eso es privación de libertad. Al final será su palabra contra la nuestra y él tendrá aún más material para sus calumnias.

Darleen pensaba febrilmente.

En el baño había tanto alboroto que podíamos oírlo hasta en mi habitación.

—Entonces le pediré ayuda al Sr. Gonzalez. Le diré que un idiota nos ha amenazado y que hemos conseguido encerrarlo en el baño. Ya nos desharemos de Harvey.

—¿Tú crees? —dudé.

Darleen abrió el armario, sacó una bolsa de viaje y empezó a meter algunas prendas al azar—. Bajaré contigo si eso te tranquiliza.

—No debería dejarte sola —murmuré.

—Tienes que ponerte a salvo, Melody. Si la policía no puede hacer nada, con más razón —El tono de Darleen era serio—. No conozco a Harvey, pero por todo lo que me has contado, deberías evitar el apartamento por ahora. ¿Cómo ha averiguado dónde vives?

Me encogí de hombros—. Seguramente por el banco. Estoy pagando su préstamo. Habrá llamado allí y les habrá contado alguna mentira. Es un genio en eso.

—Tampoco puedes volver a tu oficina... lo mejor es que canceles todas tus citas y digas que estás enferma —Darleen se mantuvo pragmática.

Sentí que me mareaba.

Algo pesado se estrelló contra la puerta del baño.

Agarré la bolsa.

Darleen tenía razón.

No me quedaba más remedio que desaparecer.

Capítulo 26

Melody

Darleen cerró la puerta del apartamento tras nosotras y giró la llave dos veces. —Por si logra escapar del baño, tendrá que ingeniárselas para salir de aquí.

Mi compañera de piso me arrastró hacia las escaleras. —El ascensor es demasiado lento. Como siempre, tardará una eternidad en llegar hasta arriba.

Bajamos los escalones a toda prisa. Un piso. Y otro más. Y otro. Vivíamos en el octavo piso, pero hoy me parecía más bien el decimoctavo. O quizás el vigésimo octavo.

Finalmente, Darleen se detuvo. —Tengo que ir a ver al Sr. González —se disculpó—. Quiero decir... me encantaría acompañarte, pero...

Tragué saliva. —Puedo apañármelas —le aseguré a Darleen. No podía pedirle que me acompañara. Ella tenía su vida aquí. Ya era bastante malo que mi ex violento y desequilibrado hubiera irrumpido en nuestro apartamento y que Darleen se hubiera visto afectada por

todo esto. No podía permitir que volviera a ocurrir. Debía proteger a Darleen. Y eso significaba que tenía que desaparecer lo antes posible. Mis ojos se humedecieron. Tragué varias veces. No quería que Darleen se diera cuenta de que estaba a punto de echarme a llorar.

—Me pondré en contacto contigo —prometí cuando volví a tener mis emociones bajo control. Luego abracé rápidamente a Darleen. Por un lado, no quería retenerla más tiempo. ¿Quién sabía lo que Harvey estaría haciendo ahora mismo en el apartamento? Posiblemente nuestros muebles pronto quedarían reducidos a astillas si Darleen se demoraba demasiado.

Y por otro lado, necesitaba ponerme a salvo. En cuanto Harvey comprendiera que había desaparecido, movería cielo y tierra para encontrarme. Recorrería todos nuestros lugares favoritos y preguntaría a todos nuestros conocidos. Acosaría mi oficina y este apartamento. Seguro que en la cárcel había hecho suficientes contactos que podrían ayudarle.

—Cuídate —susurré con voz entrecortada, abracé brevemente a Darleen una vez más y luego me separé. Sin mirar atrás, bajé corriendo desde el primer piso hasta la planta baja. No quería que Darleen viera mis ojos húmedos. Ya le había causado más que suficientes molestias, no necesitaba preocuparse más por mí.

Me apresuré por el estrecho vestíbulo. El rascacielos donde se encontraba nuestro apartamento era uno de los más antiguos de Nueva York. No había nada parecido a los amplios vestíbulos que se ven en las películas. El estrecho pasillo estaba oscuro y resultaba un poco amenazador. Aceleré aún más, abrí finalmente la puerta y salí a la concurrida calle.

Fue como entrar repentinamente en un mundo completamente diferente. Por supuesto, la calle me resultaba muy familiar; al fin y al cabo, llevaba bastante tiempo viviendo aquí y pasaba por ella todos los días, a veces incluso varias veces. Pero hoy... La gente en la acera y en los coches que pasaban no tenía ni idea de lo que acababa de ocurrir en mi apartamento. No sabían que estaba allí de pie sin saber qué hacer. Y tampoco les importaba. Esto era Nueva York. Aquí todo era posible. Pero eso también significaba que cada uno forjaba su propio destino y se preocupaba primero por sí mismo. Nadie se preocupaba por los demás aquí. Quien quisiera algo así, tenía que mudarse al campo.

¡Melody! No te quedes aquí parada pensando. Lárgate de una vez. Si Harvey sale del baño y te encuentra aquí fuera, toda tu huida habrá sido en vano.

Pero, ¿adónde podía ir?

Miré a mi alrededor. El buen tiempo de la mañana no había durado mucho. Sobre mí, el cielo estaba tan oscuro como si ya fuera de noche. Y apenas era mediodía. Nubes oscuras se cernían entre los rascacielos y un viento cortante me azotaba la cara. Sentí un escalofrío. Probablemente pronto empezaría a llover. Tenía que encontrar un refugio antes de eso.

Y sobre todo, tenía que alejarme de aquí.

Me volví hacia la izquierda y me apresuré sin rumbo por la acera. No había nadie en Nueva York a quien pudiera acudir. Sí, por supuesto, tenía algunos conocidos. Pero Harvey también conocía esos nombres. Si aparecía por allí, solo sería cuestión de tiempo hasta que me encontrara.

Aceleré el paso. La gran bolsa de viaje, en la que Darleen había metido algunas prendas al azar, me golpeaba las piernas. Estaba medio vacía y por tanto no pesaba demasiado.

Literalmente, no tenía nada.

Nada y a nadie.

Ya no me quedaba familia. Mis padres habían muerto poco después de mi graduación del instituto. No tenía hermanos, tíos ni tías. Estaba literalmente sola en el mundo. Inconscientemente, siempre había buscado seguridad. Cuando conocí a Harvey, creí por primera vez que había encontrado esa seguridad.

Eso había sido una ilusión.

En su lugar, Harvey había conseguido destruir mi vida dos veces.

Volvía a estar en la ruina. En aquella ocasión, había huido de mi hogar sin nada más que la ropa que llevaba puesta. Me había construido una nueva existencia y había cumplido mi sueño: me había establecido por mi cuenta para hacer que el comienzo de la vida en pareja de otras personas fuera lo más hermoso posible.

Y justo cuando creía que también en el ámbito privado podría encontrar una nueva felicidad y verdadera seguridad con Everett, Harvey volvía a aparecer y lo destrozaba todo.

Más adelante estaba el río Hudson. La visión del río desencadenó una tormenta de emociones en mí.

Delante de mí, el semáforo cambió a verde. Crucé la calle y enseguida me encontré tras una barandilla baja al borde del río. Hoy

no fluía tan tranquilo como de costumbre. Olas con crestas de espuma blanca golpeaban contra el muro del muelle bajo mis pies, y también en el centro del río el agua estaba más agitada de lo normal.

Junto a este río había estado con Everett, arriba en las montañas Catskill. Habíamos contemplado juntos el faro Athena y nos habíamos divertido muchísimo, como tantas veces. Todo eso parecía haber ocurrido hace años luz.

Me quedé mirando el agua oscura, que hoy parecía casi negra.

Plas.

Una gran gota de lluvia cayó sobre mi cabeza. Miré hacia arriba.

Plas.

La siguiente gota me dio justo en el ojo.

Bajé la cabeza y pestañeé.

Y entonces simplemente me eché a llorar. Todas las lágrimas que había contenido con tanto esfuerzo ante Darleen salieron a flote. Al principio intenté tragarlas, pero eso solo empeoró las cosas. Mi labio inferior empezó a temblar.

No llores, Melody. No aquí.

Con esfuerzo, intenté reprimir lo que quería salir. Todo mi cuerpo se tensó y finalmente me sacudieron los sollozos.

Me dejé llevar. Me rendí.

Lo había perdido todo, así que ¿por qué no lamentarlo?

Plas.

Plas.

Plas.

Más gotas de lluvia me golpearon.

Me daba igual. Sollozaba y sollozaba. Las lágrimas corrían por mis ojos y finalmente mi nariz comenzó a moquear. Busqué un pañuelo en mi bolso. Nada. Seguí rebuscando. Al fin encontré un paquete casi vacío. Quedaba exactamente un pañuelo. Lo saqué del envase y metí la pequeña funda de plástico de vuelta en el bolso. Después me soné la nariz.

En ese momento, la lluvia empezó a caer con fuerza. Una gota tras otra me golpeaba. En lugar de un pañuelo, pronto solo tenía un trapo empapado en la mano.

Y en ese instante dejé de sollozar y miré enfadada aquel objeto empapado.

Plas.

Plas.

Plas.

La lluvia tamborileaba sobre mi cabeza y mis hombros. El viento la azotaba contra mi cuerpo.

Solo en ese momento me di cuenta de que estaba completamente empapada.

—Eh, pequeña, ¿qué haces aquí tan sola? Vente conmigo, tengo un sitio seco para ti —me gritó una voz balbuceante al oído. Un brazo se colocó sobre mis hombros desde atrás. El olor a alcohol me inundó la nariz.

Me quedé paralizada por un momento. Luego me retorcí. —Suélteme inmediatamente.

—Vamos, no seas tan rebelde —el hombre me apretó más contra él —. Ya veo que estás aquí parada como Cenicienta, esperando a que alguien te rescate. ¿No soy lo bastante bueno para ti?

No respondí, sino que seguí intentando liberarme del agarre del hombre. Pero cuanto más me resistía, más se apretaba contra mí.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te haces la difícil? —el hombre se rió con desprecio—. Oh, vosotras las mujeres. Todas esperando al príncipe de cuento, que debe ser rico, atractivo y culto. Y por supuesto, que os lleve en palmitas. No, un caballo no es suficiente para vosotras. Él mismo debe llevaros, no os conformáis con menos. —El hombre se inclinó más hacia mí. Su aliento caliente me sopló desagradablemente en la oreja. El hedor a alcohol casi me quitó el aliento. Dejé de resistirme.

Finge que le sigues el juego. Solo por un momento.

Eso me daría tiempo para pensar en una estrategia. De alguna manera tenía que salir de allí. De alguna manera IBA a salir de allí. Al fin y al cabo, había conseguido escapar de Harvey.

Esto es pan comido en comparación, Melody.

Pero dentro de mí no se sentía como pan comido. Dentro de mí se sentía extremadamente amenazador.

—Y cuando un hombre os lleva en palmitas, aún así no es suficiente para vosotras. —La voz grasienta en mi oído seguía susurrando—. Así sois las mujeres. Queréis más y más y siempre más. Nada es nunca suficiente para vosotras. Y nadie.

Me estremecí. La lluvia seguía golpeándome, pero apenas lo sentía ya. Solo quería irme.

El hombre me apretó más contra él. —Te diré algo... tengo ojo para las personas que ya no tienen hogar. Al fin y al cabo, yo mismo viví mucho tiempo en la calle. Sé cómo es y cómo empieza. Primero te quedas sin hogar. Luego te quedas sin trabajo. Cuando te faltan estas dos cosas, se pone difícil. Un círculo vicioso. Sin hogar no encuentras trabajo y sin trabajo nadie te da una vivienda. Has perdido ambas cosas.

Contuve la respiración. ¿Cómo sabía esto el asqueroso tipo?

El hombre se rió en mi oído como solo un borracho podía hacerlo. —Sí, te sorprende. Te dije que tengo ojo para eso.

—Suélteme —dije ahora con firmeza.

—Al principio todos creen que pueden arreglárselas solos. Pero luego... luego viene el alcohol y la depresión y antes de que te des cuenta, duermes en el metro. —El hombre se acercó aún más a mí —. Pero no tiene por qué ser así. Si vienes conmigo, te ofrezco un sitio calentito. Ropa seca. Una dirección. Por supuesto, no gratis. —Se rió de nuevo—. Estarás a mi servicio. —Con estas palabras, me atrajo hacia él. Estaba claro lo que quería decir. Estaba claro lo que iba a pasar.

Agarré al hombre por la cabeza, como si quisiera entregarme a sus brazos.

Y entonces le clavé el pulgar en el ojo.

—¡Auuuuuuu! —aulló y me soltó inmediatamente.

Salí corriendo.

—Me las pagarás. Esto es agresión —le escuché decir antes de cruzar la calle.

Delante de mí se detuvo un autobús y abrió la puerta.

Me subí.

—Vaya, tiene usted un aspecto... —comenzó la conductora regordeta.

No escuché el resto de sus palabras, porque saqué mi abono mensual y me apresuré a entrar en el autobús lo más rápido posible. En la parte trasera había un asiento libre junto a la ventana. Me senté y apoyé cansadamente la cabeza contra el cristal. Las gotas corrían por mi pelo. No les presté atención.

No tenía ni idea de adónde iba el autobús.

Pero daba igual.

Sabía que quería irme.

A dónde quería ir, no tenía ni idea.

Fuera de Nueva York, Melody. Tienes que irte de Nueva York. Harvey te encontrará aquí en cualquier parte. No se detendrá ante nada.

De nuevo se me llenaron los ojos de lágrimas. Vi los edificios que pasaban a mi lado. Los rascacielos de Manhattan. La mezcla colorida de transeúntes en las calles, los taxis amarillos, las pequeñas tiendas y las boutiques de las grandes marcas... todo eso era Nueva York.

¿Y todo eso no volvería a verlo nunca?

Medité mientras el autobús giraba y dejaba definitivamente atrás el río Hudson.

Es mejor así, Melody.

Al final, solo había traído desgracia a todas las personas.

Pensé en Everett y fue como si un peso de plomo se posara sobre mi pecho. Everett, que me cuidaba con tanto cariño. Everett, con quien siempre me sentía segura.

Cómo me habría gustado ir a su casa y arrojarme a sus brazos.

Pero no podía hacerle eso.

Quizás para mí todo saldría bien.

Pero no para Everett.

Perdería su reputación y su empresa.

Todo lo que había construido con tanto esfuerzo desaparecería.

No quería hacerle daño.

Él merecía lo mejor.

Y eso no era yo.

Capítulo 27

Melody

Cuatro semanas después.

—¡Melody! ¡Date prisa! ¿Aún no has terminado? —La voz fuerte y desagradable se filtró desde la habitación contigua a nuestra oficina.

—Enseguida —respondí.

La voz contestó enfadada: —No puedo creer cuánto tardas para algo así. Si hubiera sabido que eras tan lenta, ¡nunca te habría contratado! Debería replantearme esto. Por suerte tienes un periodo de preaviso corto. Así puedo devolverte en cualquier momento de donde viniste. ¡A la calle!

Me estremecí al oír estas palabras. Por fortuna, mi nuevo jefe no sabía que realmente venía de la calle. O que por poco acabo allí. Un día lluvioso de primavera, hace cuatro semanas, bajé del autobús interurbano en Boston y contemplé la nueva ciudad con una mezcla de recelo y asombro. Aquí me quedaría. Este sería mi nuevo hogar.

No estaba demasiado lejos de Nueva York y, sin embargo, lo suficientemente lejos.

Busqué un alojamiento barato y ya el primer día envié algunas solicitudes de empleo desde aquella habitación destartalada.

Un puesto parecía hecho a mi medida.

Asistente de proyecto en el departamento de contabilidad en la Feria de Boston. Se prefería a alguien con experiencia en organización de eventos.

Bueno, eso claramente lo podía demostrar. Pero desgraciadamente no tenía ninguna referencia. Había sido autónoma y, por tanto, era mi propia referencia. No podía ni quería preguntar a mis antiguos clientes. O bien Harvey ya se había presentado ante ellos y los había asustado por completo. En ese caso, la referencia no sería muy favorable. O Harvey aparecería más tarde por allí. En ese caso, mis antiguos clientes sabrían dónde podía encontrarme Harvey y seguramente lo sacaría de ellos a presión.

Y no quería correr ese riesgo bajo ningún concepto.

Así que no me había hecho muchas ilusiones y ya me había preparado mentalmente para encontrar, en el mejor de los casos, un trabajo como cajera o camarera. No eran malos trabajos. Pero lo que yo soñaba era con organizar bodas.

Para mi sorpresa, me habían invitado a una entrevista. Mi jefe solo preguntó brevemente por las referencias y aceptó sin cuestionar mi promesa de que entregaría los documentos más tarde. No los entregué.

Y aun así me ofrecieron el puesto.

—No te preocupes —me susurró mi compañera Sondra. Se estiró para poder ver por encima de su pantalla. Hice lo mismo—. Siempre es así —susurró Sondra—. Por eso nadie ha aguantado mucho tiempo aquí.

No me había preguntado por qué estaba libre el puesto, ya que simplemente me alegraba de tener trabajo.

—¡Melody! ¡No te pago para que difundas cotilleos durante las horas de trabajo y distraigas a tus compañeras! —De repente, mi jefe estaba a mi lado.

Emerson Bloom.

Tragué saliva.

Desde que había empezado a trabajar aquí, no había pasado un día sin que me regañara, acosara, acusara y humillara. Mis resultados nunca eran lo suficientemente buenos, siempre lo hacía todo mal y, en general, no trabajaba lo suficiente.

—Esta noche te quedarás más tiempo para recuperar el tiempo perdido por ti Y por Sondra. —Emerson me miró apretando los dientes—. ¿Nos hemos entendido?

Asentí.

—¿Quería saber si nos hemos entendido? —La voz de Emerson se elevó hasta convertirse en un rugido—. Quizá allá abajo en Nueva York no tengáis la necesidad de responder adecuadamente a una

pregunta. Pero aquí en Boston lo hacemos así. ¡Ya te enseñaré los modales necesarios!

—Entendido —dije solamente—. Por supuesto que me quedaré más tiempo, señor Bloom. No hay ningún problema.

Emerson frunció el ceño y arrugó la nariz. Luego salió pisando fuerte de la habitación sin decir una palabra más.

Segundos después, apareció un mensaje de chat en mi pantalla.

Lo siento. No sé por qué es tan desagradable con todas las personas que ocupan este puesto.

Sondra.

Con ella, Emerson se comportaba relativamente normal.

Me encogí de hombros.

Emerson no era el mejor jefe y el ambiente aquí tampoco era el mejor. Pero comparado con lo que había pasado con Harvey, esto era un juego de niños. Una nimiedad. No me pegaban y no tenía que fregar el suelo cuando cometía una falta. Tampoco tenía que pagar las deudas de Emerson.

Visto así, esto no estaba tan mal.

Sí, tenía que hacer horas extra todas las tardes, pero tampoco me parecía tan mal. De esta manera, generalmente llegaba a casa muerta de cansancio y simplemente me desplomaba en la cama. A veces apenas tenía energía para ducharme.

Y eso era bueno.

De esta manera no pensaba en Everett.

Simplemente no tenía tiempo para echarlo de menos. Mi nueva vida me absorbía demasiado.

En ese momento, una sensación de soledad se extendió por mi cuerpo.

Mierda.

Por supuesto que echaba de menos a Everett.

Apareció un nuevo mensaje de chat.

El trabajo no es tan malo y si aguantas aquí un año, puedes solicitar un traslado a otro departamento aquí en la Feria. A planificación de stands, por ejemplo. Es más emocionante que aquí en contabilidad. Maryanne es la jefa de equipo allí y es muy amable con todos. Y encajaría mucho mejor contigo. Después de un año tienes buenas posibilidades de un cambio interno.

Sondra estaba haciendo todo lo posible para ayudarme.

Hasta ahora nadie ha aguantado tanto tiempo.

Vale. El último mensaje no había sido precisamente útil.

Quería responder algo, pero no quería correr el riesgo. ¿Y si Emerson no solo controlaba meticulosamente nuestro comportamiento, sino que también monitorizaba nuestros mensajes?

Además, no había nada que decir al respecto. Yo aguantaría. TENÍA que aguantar. No me quedaba otra opción. Todavía vivía en mi alojamiento barato. De mi sueldo, seguía pagando las deudas por las que tontamente había salido fiadora cuando aún creía que Harvey y yo podríamos ser una pareja feliz.

—Me voy ahora a comer. —Emerson salió de su despacho—. Vosotras os quedáis aquí. Cuando vuelva, quiero ver lo que habéis trabajado. —Emerson os dijo a las dos, pero solo me miraba a mí. Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y salió precipitadamente de la oficina.

Sondra suspiró. —Conmigo no se mete tanto, pero realmente no es agradable trabajar en este ambiente. Solo estoy aquí porque necesito el trabajo y él, por la razón que sea, me deja bastante tranquila.

Miré a mi alrededor con cautela. Emerson se había ido. La puerta se había cerrado detrás de él. —¿Y por qué no te trasladas a otro departamento? —pregunté.

Sondra se encogió de hombros. —Soy contable. Nunca he hecho otra cosa. A diferencia de ti. —Sondra me miró con curiosidad—. ¿Cómo una planificadora de bodas acaba trabajando en contabilidad?

Levanté los hombros. —Necesitaba urgentemente un trabajo y decían que preferían a alguien con experiencia en organización de eventos.

Sondra soltó una risita. —Eso aparece en todas las ofertas de empleo. Porque esto es una feria. Por eso lo ponen en todas partes, sin importar si encaja o no. —Preguntó con curiosidad—: ¿No echas de menos tu antiguo trabajo?

Me mordí el labio y miré fijamente la pared desnuda de la oficina. Mientras que mi antigua oficina estaba decorada con gusto, aquí estaban prohibidos los cuadros. Tampoco se podía traer plantas propias y las fotos familiares eran sistemáticamente retiradas de los escritorios. Los empleados no debían distraerse con nada que les apartara de sus tareas. También se podía decir que no debían sentirse demasiado cómodos en su lugar de trabajo.

¿Qué debía responder a la pregunta de Sondra?

Por supuesto que echaba de menos mi antiguo trabajo. Echaba de menos la atmósfera tan especial que pertenecía a cada pareja. Todos querían casarse y, sin embargo, cada pareja era diferente a su manera. Unos rebosaban entusiasmo, mientras que en los ojos de otros se podía leer la felicidad silenciosa. Pero todos eran felices.

Y yo estaba allí para convertir esa felicidad en un día inolvidable, que cada pareja celebraba a su manera.

Qué tonta has sido, Melody. Querías dar a otros lo que tú nunca has tenido. Felicidad en pareja. No la conseguiste con Harvey y tampoco con Everett. Es justo y apropiado que ya no seas planificadora de bodas. No estás hecha para ese trabajo. Debería hacerlo alguien que sepa cómo se siente esa felicidad.

Pero yo había amado mi trabajo. Por supuesto que lo echaba de menos. Miré fijamente las aburridas filas de números que ahora llenaban mi pantalla. Era difícil imaginar un trabajo menos emotivo. Si había emociones aquí dentro, eran negativas. Emerson se encargaba de que no fuéramos demasiado felices.

Mientras que en las bodas siempre se buscaban ideas nuevas y creativas, aquí la creatividad estaba fuera de lugar. Solo tenía que procesar mecánicamente operaciones, archivarlas y abrir nuevas.

En ese momento, de repente, eché de menos la alegre atmósfera de las bodas más que nunca. Echaba de menos la música, los invitados celebrando, los discursos demasiado cortos o demasiado largos, los tíos borrachos, los solteros coqueteando, las mesas llenas de regalos. Y de repente hasta echaba de menos la empalagosa tarta nupcial.

Mientras que en una celebración siempre había hecho todo lo posible para no tener que comer la tarta nupcial, ahora habría dado cualquier cosa por sentir ese dulzor intenso en mi boca y dejar que el pastel se deshiciera en mi lengua.

Reprimí una carcajada.

No hace falta que exageres, Melody.

No estaba exagerando. Incluso echaba de menos lo que me había molestado de mi vida anterior. Echaba de menos la tarta nupcial.

Y los Cosmopolitan con Everett.

Sentí una punzada.

Este dolor lo había sentido más a menudo en las últimas cuatro semanas. Para ser exacta, lo había sentido cada vez que pensaba en Everett. En nuestra excursión, en los eventos de prensa, en sus ojos. En lo segura que me sentía con él. En cómo se reía y fruncía la frente, en lo cariñosamente que me cuidaba...

—¿Melody? ¿Por qué te fuiste de Nueva York? —La pregunta de Sondra me devolvió al presente. De vuelta a la oficina sin adornos, donde procesaba mecánicamente filas de números.

Eso era exactamente lo correcto.

Tenía que concentrarme y no tenía tiempo para pensar en Everett. El dolor pasaría tarde o temprano. Un día pensaría en Everett y probablemente ni siquiera recordaría cómo era su aspecto.

Otra vez sentí una punzada.

—Aquí también está muy bien —le mentí a Sondra. Luego me encogí de hombros—. No podía quedarme más en Nueva York. Así que estoy aquí. No tiene sentido pensar demasiado en el pasado. Ya está terminado.

Otra punzada me atravesó.

Nunca más vería la alegría en los ojos de una pareja de novios cuya boda yo había organizado.

Nunca más vería a Everett.

Mira hacia adelante de una vez, Melody. Tu vida aquí no es tan mala. Has tenido bastante suerte. Tienes un trabajo y un techo sobre tu cabeza. De alguna manera, la vida siempre sigue adelante.

—Cuando no tengas que hacer horas extra, podríamos hacer algo juntas —propuso entonces Sondra—. Cine o algo así. Me encantan las comedias románticas. A mi marido no le gusta tanto verlas. — Sondra se rio por lo bajo.

—Me gustaría —me oí decir como desde lejos.

Era hora de que me instalara en Boston.

Encontrara amigos.

Conociera gente.

Esta era ahora mi vida.

Capítulo 28

Everett

—¡Por fin te encuentro! ¡Maldito cabrón! —Acababa de entrar en el vestíbulo de *Rockwood Cosmetics* cuando alguien me agarró del brazo por detrás.

Giré sobre mis talones, empujé al agresor en el pecho y liberé mi brazo. El hombre, desconcertado por la resistencia inesperada, trastabilló un poco hacia atrás, lo que me permitió observarlo mejor.

Estaba seguro de que nunca nos habíamos visto antes.

¿Quién era?

¿Un antiguo empleado enfadado de nuestras fábricas en Pensilvania? Apenas había conocido personalmente a ninguno de ellos, ya que no me encargaba directamente de esas fábricas y tenía que administrar bien mi tiempo. Pero el tipo no parecía alguien que hubiera trabajado recientemente en ningún sitio, y mucho menos en una fábrica de cosméticos. Dábamos la máxima importancia a la higiene y todos nuestros empleados debían comprometerse a cumplir

permanentemente con los requisitos de *Rockwood Cosmetics* en este aspecto. Y nunca había habido problemas con ello. No exigíamos nada imposible, solo la limpieza normal que era estándar en la mayoría de los hogares estadounidenses.

Sin embargo, este tipo olía de forma desagradable. Un olor a humedad y acidez, como si no se lavara regularmente ni a sí mismo ni su ropa. Me habría gustado retroceder un paso, no por miedo, sino porque no quería tener ese olor en la nariz. Pero no podía darle esa satisfacción a mi agresor.

Miré a mi alrededor. Mi guardia de seguridad no estaba a la vista. Pero no tenía tiempo para pensar más en ello.

—¡Te crees mejor que los demás, Everett Rockwood! —El hombre me miró con odio. Quería abalanzarse sobre mí de nuevo. Esta vez estaba preparado. Cuando el desconocido se movió hacia mí, di un paso lateral, agarré su brazo, envolví mi brazo alrededor de su cuello y lo inmovilicé con una llave.

Luego reflexioné un momento. ¿Qué debería hacer? El tipo me conocía y sabía mi nombre. Si no lo escuchaba ahora, probablemente buscaría otras formas de hacerse oír. Escribir correos de odio. Lanzar huevos contra nuestros establecimientos. Estas cosas ocurrían con frecuencia. No me convenía. Mejor escuchar al tipo ahora y averiguar qué quería realmente. Después ya vería.

Me aclaré la garganta. —Mire. No tengo ni idea de quién es usted ni qué quiere de mí. Como soy una persona educada y me preocupo por el bienestar de los demás, estoy dispuesto a escuchar su petición. Con una condición: compórtese correctamente. Nada de violencia. Eso puede ser aceptable de donde usted viene. Aquí está fuera de lugar. Si hace el menor movimiento hacia mí, llamaré

inmediatamente a la policía. Seguro que estarán encantados de llevárselo.

Con estas palabras, el desconocido se volvió dócil. —No haré nada —gimoteó, retorciéndose bajo mi agarre—. Por favor, suélteme.

—Si se atiene a mis instrucciones —repetí con énfasis.

El desconocido intentó asentir.

Lo solté.

—¿De qué se trata todo esto? —pregunté cuando nos encontramos uno frente al otro a una distancia segura. Pero luego reconsideré mi decisión. Estábamos en el vestíbulo de mi empresa. Por aquí entraba y salía gente. Mis empleados, mis clientes, visitantes. Posiblemente incluso la prensa. No sabía qué citas había concertado Jessica para hoy, porque acababa de regresar de un viaje de negocios de cuatro semanas. Volví a examinar al hombre. Mejor sacarnos a ambos de la vista.

—Venga conmigo. Allí hay una sala de conferencias. Podemos hablar allí. —Señalé la puerta entreabierta al otro lado del vestíbulo. La última vez que había estado en esa sala fue cuando hablé con Ginny. Desde entonces había evitado la habitación. Simplemente no quería volver a entrar. Allí acechaban demasiados malos recuerdos.

Allí fue donde perdí a Melody.

Mientras caminaba con el desconocido hacia la sala de conferencias, tuve cuidado de mantenerme siempre un paso por detrás de él. Así no podría atacarme por la espalda. Pensé en Melody. En las últimas semanas, había intentado no pensar demasiado en ella. Me había

sumergido en el trabajo. En *Rockwood Cosmetics* había muchos proyectos nuevos en todas las ubicaciones y siempre había mucho que hacer. A menudo, durante el viaje de negocios, me había quedado trabajando en el portátil hasta bien pasada la medianoche. Cuando llegaba a mi hotel, estaba tan cansado que me dormía enseguida. Pero aun así, ocasionalmente había pensado en su largo cabello rubio, donde ninguna horquilla duraba mucho tiempo. En la expresión vulnerable en sus ojos azules. En la risa cuando confesé lo mucho que me gustaba el Cosmopolitan. En el cuerpo que se apretaba contra mí en la motocicleta. En Melody, entregándose a mí.

¿Todo aquello había sido solo una actuación?

¡Cómo había podido engañarme tanto con ella!

Había terminado todo sin vacilación ni explicación, y yo no tenía la menor idea de por qué.

No deberías seguir pensando en ella, Everett. Es una pérdida de tiempo. Concéntrate mejor en el presente y en el futuro. En el trabajo, en tus paseos con Joe y en los fines de semana con él y Cassie. ESO es tu vida. Todo lo demás fue solo un sueño. Algo que podría haber sido, pero que nunca se hizo realidad.

Era duro, pero así eran las cosas.

Llegamos a la sala de conferencias. Hice un gesto hacia las sillas y empujé al hombre hacia la ventana. De esta manera, la mesa quedaba entre él y yo. No le tenía miedo y estaba seguro de poder defenderme de un ataque si fuera necesario. Pero era mejor evitar que llegáramos a ese punto.

El hombre no se sentó. Se plantó con las piernas separadas detrás de las sillas, cruzó los brazos y me miró desafiante.

—¿Dónde está ella? —estalló acaloradamente. La sumisión de antes había desaparecido. Probablemente solo había sido fingida. Menos mal que había estado tan alerta.

Sin embargo, no tenía ni idea de qué estaba hablando. Me apoyé con indiferencia contra la pared y miré al hombre con desdén. —¿Dónde está quién? ¿Y quién es USTED, para empezar?

—¡La está escondiendo! —El hombre dio una patada en el suelo—. ¡Todo este tiempo! ¡Quería recuperarla y entonces ella me engañó y desapareció! ¡Con usted! ¡Por eso no ha vuelto aquí hasta ahora! He esperado aquí todos los días, pero usted no ha aparecido hasta hoy.

—Estaba de viaje. Y no escondo a nadie. —Evalué al hombre con la mirada. ¿Sufriría alguna enfermedad mental? Las alucinaciones y los delirios eran síntomas que aparecían con frecuencia. Tal vez había olvidado tomar su medicación y por eso estaba tan alterado. ¿Debería llamar a una ambulancia? ¿O qué era lo mejor en un caso así?

—¡Melody está con usted! ¡Admítalo! ¡Lo sé con certeza! —El hombre se inclinó hacia adelante y golpeó con su puño sobre la mesa de conferencias. Bajo la fuerza del golpe, la superficie pareció combarse, y cuando el hombre retiró su brazo, creí ver que la mesa aún vibraba. Y eso que se trataba de una mesa extremadamente sólida. No era una de esas cosas inestables que se encuentran en algunas salas de conferencias.

Melody.

La fuerza del golpe pareció transferirse a mi interior.

¿El hombre conocía a Melody?

¿Y la estaba buscando?

¿Quién era?

Melody nunca me había hablado de él.

—No la escondo —respondí con calma—. Ojalá supiera dónde está. Pero desgraciadamente, no tengo ni idea.

—¿Y espera que me lo crea? —El hombre se inclinó amenazadoramente hacia adelante—. ¿Ni siquiera sabe dónde está su refinada prometida? —resopló con desprecio.

Prometida.

Claro. El hombre debía haberse enterado de Melody y de mí a través de los periódicos. De cara al público, seguíamos prometidos. Solo nos habíamos retirado un poco para disfrutar de nuestra felicidad privada y escapar de los envidiosos. La estrategia de Jessica había funcionado a la perfección. Ningún periódico había escrito otra cosa. No sabía si era porque Ginny no había encontrado quien la escuchara o porque no había cumplido su amenaza. En cualquier caso, nadie sabía que la felicidad privada entre Melody y yo ya no existía y que nunca había existido realmente. Los periódicos habían encontrado otras historias que publicar. De Melody y de mí ya no se acordaba nadie.

Y eso me parecía bien.

—Desaparecer es lo suyo. Simplemente desaparecer. A mí me dejó plantado así sin más. Simplemente desapareció. La traté mal, eso fue lo que dijo. —El hombre soltó una breve carcajada—. La traté mal. Si se hubiera comportado mejor, no habría tenido que pegarle. ESA es la verdad. —El hombre me examinó—. ¿Tuviste que pegarle tú también o se portó mejor contigo?

En ese momento todo encajó.

Ante mí estaba el ex de Melody.

El hombre que la había golpeado y amenazado. El hombre al que aún temía. Por su culpa tenía esa expresión asustada y vulnerable en sus ojos.

Una rabia ardiente y burbujeante se elevó dentro de mí. Apreté los dientes y me habría gustado lanzarme sobre el tipo.

¿Cómo pudo haberle hecho eso a Melody?

Cerré los puños.

Cálmate, Everett. Melody ya no es asunto tuyo. La trataste mejor que este tipo, pero obviamente para ella eso no importó. Te dejó plantado igual que a él.

Relajé los puños y respiré profundamente.

Melody ya no tenía nada que ver conmigo. Pero seguiría protegiéndola. Ese tipo no podía encontrarla bajo ningún concepto. Melody me había contado que él estaba en prisión. Al parecer, acababa de salir de la cárcel e inmediatamente se había puesto a buscar a Melody.

—Tiene razón en eso. Desaparecer es lo que hace Melody. También lo hizo conmigo. Ambos hemos sido abandonados por ella. Ha vuelto a desaparecer sin más. —Sacudí la cabeza con incredulidad, como si todavía no pudiera asimilarlo. De alguna manera, era cierto. Quizás eso calmaría al hombre. No tenía problema en echarlo a la calle, pero prefería resolver el asunto con la mayor tranquilidad posible.

—¡Me estás mintiendo! —El hombre se puso rojo como un tomate—. No me creo ni una palabra. Solo lo dices para que me vaya. Ella está contigo. ¿Dónde más iba a estar? Ninguna persona con sentido común dejaría a un tipo tan asquerosamente rico como tú. Por dinero, cualquier mujer abre las piernas, ya sea directa o indirectamente. Y los golpes se soportan mejor. Por eso las mujeres buscan tipos con dinero.

El tipo era repugnante.

Simplemente repugnante.

—¡Si no me dices ahora mismo dónde está, vas a ver lo que es bueno! —El ex de Melody, cuyo nombre aún desconocía, se movió con sorprendente velocidad alrededor de la mesa. Una silla cayó con un fuerte estruendo. Ninguno de nosotros prestó atención a este hecho.

Mis reflejos funcionaron. Agarré al tipo de nuevo por el cuello y volví a inmovilizarlo. Evidentemente, antes no había entendido que yo era un adversario a tener en cuenta.

—La tienes cautiva. Déjala salir —gruñó el hombre—. Conmigo está mejor. Puede que no sea asquerosamente rico, pero siempre le di lo que necesitaba y como se debe.

Eso fue suficiente.

No quería tener a este tipo ni un segundo más en mi empresa. Con el codo abrí la puerta de la sala de conferencias y arrastré al detestable individuo hacia fuera. El hombre se resistió, pero lo tenía tan bien sujeto que no le quedó más remedio que seguirme. Entre jadeos y maldiciones, lo arrastré por todo el vestíbulo. Vagamente percibí los rostros de algunas personas a nuestro alrededor que nos miraban asombradas. Mi guardia de seguridad seguía sin aparecer. Ya me ocuparía de eso más tarde. Ahora no tenía tiempo para ello.

Después de lo que pareció una eternidad, estábamos fuera, al aire libre. Solté al tipo y lo empujé lejos de mí.

Respirando pesadamente, me miró fijamente. —Si no me dices dónde está, iré a los periódicos y les contaré que tu prometida te ha dejado. Les encantará saberlo. —El hombre me sonrió mostrando los dientes, pareciendo una bestia a punto de saltar.

Tensé mi cuerpo.

—¿Ah, sí? ¿Y crees que los periódicos te creerían? —Solté una breve carcajada—. Se huele a tres metros contra el viento que no te has lavado decentemente en semanas. Gente como tú aparece a diario en los periódicos afirmando cualquier cosa. Nadie les presta atención.

El ex gruñó amenazadoramente, pero se quedó donde estaba.

—Además, parece que ni tú mismo sabes qué es lo que crees. Una vez dices que escondo a Melody, y al siguiente momento dices que me ha dejado igual que a ti. —Levanté las manos y sonreí irónicamente—. Antes de contarle algo a alguien, deberías saber

primero qué es lo que ha pasado. De lo contrario, te enredarás aún más rápido en mentiras y contradicciones.

El tipo volvió a gruñir y bajó la cabeza.

—Mejor ve a lavarte y a desintoxicarte —le aconsejé—. Y ni se te ocurra volver a aparecer por aquí. Esta vez quiero abstenerme de presentar una denuncia por allanamiento o incluso por agresión. Pero si vuelves a poner un pie en mi empresa, no seré tan clemente.

Di un paso hacia él. —Y ahora lárgate de aquí antes de que tenga que llamar a la policía.

Como antes, la mención de la policía tuvo un efecto duradero en el tipo. Encogió los hombros, me lanzó una mirada de odio y finalmente se marchó.

Lo observé alejarse.

El ex de Melody.

¿Tendría algo que ver con que Melody hubiera desaparecido tan repentinamente de un día para otro?

Descarté ese pensamiento.

Seguramente me lo habría dicho. Le había asegurado que siempre estaría ahí para ella, que la ayudaría y la apoyaría.

Pero ella no me había pedido ayuda.

Me di la vuelta y regresé al edificio de *Rockwood Cosmetics*.

Capítulo 29

Melody

Una semana después

Mi móvil sonó en mi bolso.

Maldita sea. Había olvidado ponerlo en silencio esta mañana. Era algo que hacía cada mañana antes de ir al trabajo. Por supuesto, lo habría hecho en cualquier empleo. Al fin y al cabo, uno no va al trabajo para atender llamadas privadas. Pero en la mayoría de las empresas tampoco era un drama que alguien llamara o que sonara un móvil. Era parte de la normalidad. En muchos equipos incluso había teléfonos de empresa.

Sin embargo, con Emerson era una catástrofe absoluta. Con una simple mirada mía a Sondra ya bastaba para que nos advirtiera que no intercambiáramos demasiados cotilleos privados.

—¡Melody! ¿Cuántas veces tengo que decirte que tu móvil no tiene cabida en el trabajo? —gritó Emerson en ese mismo instante. Había

entrado en nuestra oficina sin que nos diéramos cuenta y escuchó perfectamente que el timbre venía de mi bolso.

Con la cara completamente roja, agarré mi bolso y rebusqué el móvil. El maldito aparato simplemente no quería dejar de sonar.

¿Quién me estaría llamando a estas horas?

¿Y por qué esta persona no se rendía?

El teléfono ya había sonado al menos diez veces. ¿No debería quedarle claro a cualquiera después de este tiempo que no podía contestar? ¿Por qué esta persona no llamaba más tarde?

No se me podía dejar un mensaje. Harvey solía dejarme mensajes en el pasado y luego me reprochaba si no los escuchaba inmediatamente. Cuando desactivé el buzón de voz, se volvió completamente loco.

Me estremecí al recordarlo.

Pero aquella vez fue la primera en que me mantuve firme. Me había impuesto. Mi buzón de voz había permanecido desactivado. Hoy veo esa victoria como el primer paso hacia mi ruptura con Harvey. Fue el principio del fin. O el principio de mi nuevo comienzo.

Eso sonaba mejor.

Por fin tenía mi smartphone en la mano.

Cuando reconocí el número en la pantalla, se me cortó la respiración.

¿Por qué me llamaba ÉL?

¿Qué quería?

—Dámelo —Emerson agarró el smartphone—. Si no eres capaz de concentrarte en el trabajo durante la jornada laboral y dejar las conversaciones privadas a un lado, tendré que quedarme con el móvil y guardártelo mientras estés aquí.

Emerson exageraba como siempre. Y como siempre, lo hacía con el único objetivo de acosarme. En todas estas semanas, no había mantenido ni una sola conversación privada en el móvil mientras estaba en el trabajo.

El recuerdo de mi victoria anterior sobre Harvey me dio fuerzas inesperadas. —Ni hablar. Y esta llamada es realmente urgente. Así que voy a contestarla. —Con estas palabras, me levanté y aparté a Emerson a un lado.

Fue bastante fácil. Emerson era unos diez centímetros más bajo que yo. Y eso que yo no era especialmente alta. Así que Emerson era muy bajo para ser un hombre. ¿Me maltrataba mi jefe por tener complejos de inferioridad?

Salí de la oficina.

—Esto es el colmo —escupió Emerson detrás de mí—. Ya verás lo que te espera. ¡Esto tendrá consecuencias! No voy a dejar que te salgas con la tuya.

No respondí, simplemente me marché con la cabeza bien alta. Que Emerson pensara y dijera lo que quisiera. En ese momento, me sentía como si fuera al menos veinte centímetros más alta que él.

Probablemente todo el asunto no tendría ninguna consecuencia. Si Emerson me despedía, no tendría a nadie a quien regañar, y ESO era algo que seguramente no quería.

Además, la llamada era más importante para mí en ese momento.

¿Qué querría después de todo este tiempo?

El smartphone en mi mano había dejado de sonar mientras tanto. Miré a mi alrededor en el pasillo. Allí delante había dos compañeras junto al dispensador de agua. No necesitaban oír lo que yo diría por teléfono.

¿Dónde podía encontrar un lugar tranquilo?

Sin pensarlo más, bajé por el pasillo y abrí la puerta del amplio aseo adaptado. Las dos compañeras me miraron de forma extraña.

Da igual, Melody. Acaba con esto de una vez.

Cerré la puerta con llave y me apoyé en ella. La madera cálida y estable me daba una sensación de seguridad. La necesitaba ahora. Mis rodillas estaban débiles.

Luego desbloqueé mi móvil y pulsé "devolver llamada".

—¿Señorita Rimes? —El hombre al otro lado debió de reconocer mi número inmediatamente.

Igual que yo reconocía su voz. Incluso después de todo este tiempo. —Señor Ellis —le saludé—. Me ha llamado usted —añadí.

Innecesario, Melody. Eso ya lo sabe.

—Exactamente, señorita Rimes. Se trata de Harvey Golding. —El señor Ellis habló sobria y secamente.

Suspiré. —Eso me imaginaba. —Cuando Harvey entró en prisión y tuve que hacerme cargo de su préstamo, el señor Ellis y yo nos llamábamos casi a diario. El señor Ellis era el abogado de Harvey y, como tal, se encargaba de mantener a Harvey alejado de todos los problemas posibles. Harvey acabó en la cárcel de todas formas, pero probablemente ningún abogado del mundo podría haberlo evitado.

—Está en prisión preventiva. —El señor Ellis se mantuvo impasible—. No sé si sabe que hace unas semanas salió de la cárcel en libertad condicional.

Así que Harvey no le había dicho al señor Ellis que me había buscado y amenazado. Bueno, eso sí lo podía entender. ¿Quién admitiría algo así voluntariamente? Probablemente nadie. —Sí, lo sé —respondí. Y entonces me di cuenta del significado completo de la primera frase del señor Ellis. ¿Harvey estaba en prisión preventiva?

Estaba de nuevo en la cárcel.

Debía de haber hecho algo malo.

Solo era cuestión de tiempo, Melody.

—¿Qué... qué ha pasado? —quise saber.

—Provocó una pelea en un bar e hirió a otro hombre. —El señor Ellis solo relataba los hechos.

—¿Qué... qué pasó exactamente? —Los pensamientos corrían por mi cabeza. Y al mismo tiempo, no sabía qué pensar.

—Al parecer, el señor Golding se emborrachó y perdió el control. Por supuesto, todo esto son solo suposiciones basadas en las declaraciones de la víctima.

—¿Le ha pasado algo al hombre? —quise saber—. ¿Está gravemente herido?

—Se fracturó la muñeca. Desagradable, pero se recuperará. —Al señor Ellis no le faltaba objetividad. Empatía, por otro lado, sí. Pero probablemente eso fuera normal en un abogado. —El problema es el siguiente, señorita Rimes: el señor Golding no tiene a nadie a quien acudir. La policía no está dispuesta a liberarlo de la prisión preventiva. Se enfrenta a una denuncia por lesiones. Si es condenado, también tendrá que cumplir el resto de su condena original.

Harvey tendría que volver a prisión.

Apoyé la cabeza en la puerta y cerré los ojos.

Sería libre.

Si Harvey iba a la cárcel, yo sería libre.

—A menos que, por supuesto, usted esté dispuesta a responder por el señor Golding. —El señor Ellis se calló y esperó mi respuesta.

Así que ese era el motivo de su llamada.

Yo debía estar ahí para Harvey.

—Si lo acogiera de nuevo en su casa, tendría una dirección fija. Un entorno familiar. Eso seguramente ablandaría a los jueces. Una persona así tiene una probabilidad significativamente menor de reincidir. —El señor Ellis guardó silencio por un momento—. Todo el mundo merece una segunda oportunidad, señorita Rimes. El señor Golding me ha asegurado firmemente que quiere mejorar.

En ese momento, abrí los ojos de nuevo y se me escapó una risa breve y aguda.

¿Cuántas veces me había asegurado Harvey exactamente eso?

Muchas.

Cada vez que me pegaba, se disculpaba a regañadientes.

Cada vez que me insultaba, me aseguraba que no volvería a ocurrir.

Cuando me fue infiel, fue lo mismo. Se disculpó. Y con su disculpa me asignó parte de la responsabilidad de su comportamiento. Si yo fuera más amable, Harvey no tendría que insultarme, pegarme o serme infiel. En realidad, la culpa era mía.

Y sin embargo, Harvey merecía ayuda, en eso tenía razón el señor Ellis. Cada persona debería tener una nueva oportunidad.

Pero yo no le daría esa ayuda a Harvey.

Volvería a pegarme, a mentirme y a serme infiel.

—Eso no es posible. —Mi voz sonó más decidida y segura de lo que me sentía.

—Usted es su última esperanza. —El señor Ellis no se rendía fácilmente. Tampoco lo esperaba. Era el abogado de Harvey y, como tal, tenía que defender a su cliente.

Y yo era mi propia abogada y, como tal, tenía que defenderme a mí misma.

—Por favor, reconsidérelo, señorita Rimes —insistió el señor Ellis.

Cerré los ojos de nuevo.

Si haces eso, entonces no habrá quien te ayude, Melody. El tipo ha destruido tu vida y lo ha hecho DOS VECES. No deberías pensar ni un segundo en ayudarle, sino alegrarte de que esté en la cárcel.

¿Y no fue ese también el primer sentimiento que me invadió cuando recibí la noticia del arresto de Harvey?

Alegría. O mejor dicho, alivio.

Y libertad.

Era libre.

Libre de miedo.

Ya no tenía que temer.

Abrí los ojos, levanté la cabeza y me aclaré la garganta. —Al final, cada uno debe ayudarse a sí mismo, señor Ellis. Tiene razón, todos merecen una segunda oportunidad. Pero Harvey ya ha tenido al menos veinte oportunidades y no ha aprovechado ni una sola. Ni una. Ni siquiera un poco. Cada vez ha vuelto a echar la responsabilidad de sus problemas sobre los demás, en lugar de ocuparse finalmente de sí mismo y encontrar soluciones. A alguien así se le ayuda mejor no ayudándole. De lo contrario, nunca aprenderá a valerse por sí mismo.

Cuando pronuncié estas palabras, me sentí al menos medio metro más alta de lo normal.

—Entonces el señor Golding pasará un tiempo más largo en prisión. Más largo que antes. —El señor Ellis dio lo mejor de sí.

Pero se encontró con una muralla. —Seguro que ya contaba con ello. ¿O acaso tenía planeado salir en libertad condicional? Con su comportamiento habitual, yo habría esperado más bien que llamara desagradablemente la atención en la cárcel y que también allí se viera involucrado en peleas. Debe de haberse comportado muy diferente a como lo hace fuera si le dejaron salir antes. Tal vez simplemente no estuvo dentro el tiempo suficiente para que su cambio de comportamiento se consolidara. A veces se necesita una segunda ronda para eso. —Cuando pronuncié estas palabras, me sentí orgullosa de mí misma.

—Entiendo, señorita Rimes. Le deseo todo lo mejor. —El señor Ellis parecía saber que no podía hacerme cambiar de opinión y se despidió.

—Igualmente para usted. —Terminé la conversación sin enviar saludos a Harvey ni desearle lo mejor a mi ex.

Dejé caer la mano con mi smartphone.

Y entonces dejé escapar un grito de triunfo.

No muy alto.

No muy penetrante.

Pero tan liberador como ninguna otra cosa.

Harvey ya no podría hacerme daño.

Volvería a la cárcel.

Y en ese momento, pensé en Everett. Todos los pensamientos que me había prohibido en las últimas semanas volvieron a mi mente.

Echaba de menos a Everett con cada fibra de mi cuerpo.

Más que nunca.

Pensé en sus ojos oscuros. En lo segura que me sentía con él. En su sonrisa cuando me confesó que lo que más le gustaba beber era Cosmopolitan. En lo cariñoso que había sido con los animales del *Animal Shelter*. En cómo había tomado mi mano y me había acercado más firmemente a su cálido cuerpo en la moto.

No deseaba nada más que estar ahora con Everett.

¿Había actuado precipitadamente al abandonar Nueva York? ¿Debería haber ido a ver a Everett y contárselo todo en su lugar? ¿Pedirle ayuda? ¿Tal como él me había dicho?

¿Habría sido todo diferente entonces?

¿Estaría ahora con él?

Capítulo 30

Everett

Estaba sentado en una vieja silla plegable, moviéndome de un lado a otro. El trasto era terriblemente incómodo.

—¿No podías comprar algo mejor? Cada vez que vengo aquí, espero que esta cosa se desplome bajo mi trasero y termine en el suelo —refunfuñé.

Joe estaba atornillando una pieza que no reconocí exactamente. Tampoco me importaba lo que fuera. Ahora mi amigo levantó la vista. —Esa silla es antiquísima. Nunca se va a plegar. A menos que se sentara alguien como la Sra. Higgs.

La Sra. Higgs había sido nuestra profesora de matemáticas en el instituto. Nunca llegamos a averiguar cuánto pesaba realmente. Pero debían ser al menos 180 kilos.

Normalmente, Joe y yo siempre nos hacíamos reír cuando uno de nosotros mencionaba a la Sra. Higgs. Pero hoy no me reí. Solo me encogí de hombros.

Joe dejó el destornillador a un lado. —¡Maldita sea, Everett! Tienes una cara de funeral. Explícame de una vez qué está pasando. Primero apareces sin avisar con una mujer guapa. Por PRIMERA vez. Luego vuelves después de cuatro semanas de ausencia, le regalas a Cassie un nuevo traje de motorista y declaras que nunca más quieres hablar de esa mujer y que estás bien. —Joe volvió a coger el destornillador y me señaló acusadoramente con él—. Estás de todo menos bien. Yo lo sé, Cassie lo sabe y tú también lo sabes. ¡Solo fingimos todos que es diferente!

Resoplé.

—Ahora cuéntame toda la historia de una vez —exigió Joe.

Me quedé mirando el suelo gris. Dos rayas negras cruzaban de izquierda a derecha, atravesando mi campo de visión. —Ya te lo conté todo por teléfono —dije irritado—. Esa tipa rara llamada Ginny vino a verme y difamó a Melody. Cuando quise hablar con Melody al respecto, ella rompió conmigo. No tengo ni idea de por qué, porque justo antes, después de la visita aquí, la había dejado en la puerta de su casa.

—¿Y qué hiciste después? —quiso saber Joe.

—Hacer, hacer. ¿Qué iba a hacer? Trabajé. Mi empresa es bastante más grande que la tuya. —Hice un gesto abarcando el pequeño taller de Joe—. Siempre hay algo que hacer. Trabajo más que nunca. Más de lo que puedas imaginar. —En el momento en que las palabras salieron de mi boca, lo lamenté. No quería presentar a Joe como pequeño e insignificante o como alguien que no trabajaba. Él había cumplido su sueño y eso requería mucho valor.

—No me refiero a eso —dijo Joe ahora. No se ofendió por mi comentario torpe. Mi amigo me conocía desde hacía bastante tiempo

para saber que no tenía nada que ver con él.

—¿A qué entonces? —quise saber—. Sí, durante el viaje de negocios salí una vez con otra mujer. Una que encontré en Internet en una página de citas. Se parecía un poco a Melody, se interesaba por los animales y trabajaba en el mundo de los musicales. —Suspiré, apoyé los codos en mis rodillas y la cabeza en mis manos—. Fue la noche más aburrida de mi vida —dije resignado.

Joe se rio. —No me sorprende. Buscabas el original y encontraste insuficiente la copia. Así no funciona la cosa.

—¿A qué te refieres? —Sorprendido, levanté la cabeza y miré a Joe.

—Sales con una mujer que se parece un poco a Melody y luego te sorprendes de que no sea como Melody. Por supuesto que no lo es. Ella era ella. —Joe negó con la cabeza ante mi comportamiento.

—Tendré en cuenta tu sabiduría la próxima vez —dije sarcásticamente.

Joe ignoró mi comentario. —Sin embargo, me refería a algo completamente diferente. ¿Qué piensas hacer ahora con el asunto de Melody?

—¿Qué asunto? —Mi colega todavía no entendía cuál era la cuestión —. Ella rompió conmigo. Entonces ya no se hace nada. ESE es el asunto.

Joe negó con la cabeza. —Si te entendí correctamente, la mujer que atormentó a Melody durante toda su etapa escolar apareció en tu casa para difamarla. Tú demostraste suficiente sentido común para no creerlo sin más.

—Gracias —gruñí con los dientes apretados.

Joe continuó imperturbable: —Así que querías llamar a Melody y aclarar las cosas. Entonces ella rompió contigo. Luego no pasó nada más. No has vuelto a saber de Melody y esa Ginny tampoco cumplió su amenaza. No fue a los periódicos.

Negué con la cabeza. —Probablemente no. No ha salido nada publicado y nadie me ha pedido que haga declaraciones. Y probablemente lo habrían hecho si Ginny hubiera ido allí. Pero así, simplemente aceptaron el comunicado de Jessica de que Melody y yo nos retirábamos un poco para protegernos.

—Así que el supuesto romance parece ser una invención de Ginny, que no soporta que Melody sea feliz. —Joe asintió satisfecho—. Como antes. —Se aclaró la garganta—. Y luego aparece el ex de Melody y te amenaza. Quiere saber dónde está Melody.

Recordé exactamente esa escena. —Fue realmente surrealista. El tipo pensaba, evidentemente, que yo mantenía a Melody contra su voluntad en una especie de cárcel. Luego quise saber más, porque pensé que quizás podría darme alguna pista de adónde había ido Melody. Pero realmente no sabía nada. —Me encogí de hombros.

—Así que querías saber más. ¿Saber dónde está Melody? Aunque supuestamente ya lo has superado todo. Al menos, eso afirmaste por teléfono. —Joe asintió significativamente.

No contesté.

—¿Y ahora qué? —Joe me miró otra vez como solía mirarme la Sra. Higgs cuando no sabía la respuesta a la tarea más sencilla.

—¿Qué y ahora qué? —Irritado, me levanté de un salto y me puse a caminar de un lado a otro—. Melody obviamente ha desaparecido por completo. No quiere que nadie la encuentre. Quién sabe, tal vez su nuevo amor llamó espontáneamente a su puerta, se fue con ese hombre y ahora está felizmente tumbada en una isla caribeña con él en la arena, disfrutando del sol y el mar.

—Parece que tienes una venda en los ojos. —Joe no se andaba con rodeos. Nunca lo había hecho—. ¿Y qué tal esto: el ex la amenazó y ella se escondió para protegerse?

—No lo creo. Entonces solo tendría que haberme dicho algo. —Negué con la cabeza—. No quiere que la encuentre. Intenté llamarla dos veces más. No contestó a mis llamadas ni me devolvió la llamada. Quiere que la deje en paz. No podría hacérmelo entender más claramente.

—No puedes estar seguro. —Joe me señaló de nuevo con el destornillador—. Esa es solo tu interpretación de la historia. —Mi amigo resopló—. Honestamente, Everett. ¿Dónde quedó ese tipo que no deja las cosas así, sino que quiere averiguar la verdad?

—¿Cómo voy a averiguarla si ni siquiera contesta al teléfono? —Miré irritado a mi amigo—. Muy bien, si necesita ayuda. Pero solo se puede ayudar a las personas si ellas quieren que las ayuden.

—Excusa barata —comentó Joe—. Solo dices eso porque tienes miedo de que te rompa el corazón definitivamente.

Eso dio en el clavo.

Y era cierto.

¿Y si mis sospechas fueran ciertas y Melody hubiera elegido a otro?

—¿Has pensado alguna vez que podría tener un problema real? —Joe no cedía—. ¿Uno tan grande que ni siquiera se atreve a hablar de él? ¿Sino que depende de que tú vayas y la ayudes?

—¿Tú crees? —Negué con la cabeza—. Entonces habría dado al menos alguna indicación.

—¿Cómo lo sabes? —Joe me miró desafiante—. Algunas personas callan precisamente cuando más necesitan ayuda. Porque les han fallado demasiadas veces.

Pensé en la expresión vulnerable en los ojos de Melody. ¿A quién le había pedido ayuda y no había sido escuchada?

—Tiene una compañera de piso, ¿verdad? —continuó indagando Joe —. Seguro que ella sabe dónde está Melody y qué le pasa. ¿Has preguntado?

No lo había hecho.

No había querido saber la respuesta.

Ahora me enderecé. Si Melody me necesitaba, estaría allí para ella. Y si no, al menos tendría certeza.

—Voy a Nueva York. —Mi voz sonaba tan plena y firme como no lo había hecho en mucho tiempo.

—¡Maldita sea! —Tres horas después, Joe y yo estábamos frente al rascacielos donde había dejado a Melody hacía unas semanas.

Calculé. Debía hacer cinco semanas. Me parecía mucho más tiempo. Y sin embargo, también mucho menos.

—Nadie abre. —Joe resumió el motivo de mi frustración en cuatro palabras.

—Quizás no está en casa —dije.

Joe no se dio por vencido tan fácilmente. —Aquí vive más gente. —Pulsó varios timbres—. Ya nos dejará entrar alguien. —Mi amigo me sonrió—. Como antes. Con alguien siempre funcionaba la bromita del timbre.

Yo no me reí. Todo mi cuerpo estaba tenso. —¿Sí? —Una voz de acento hispano salió del interfono.

—Queremos ver a Melody y a su compañera de piso. Parece que el timbre está roto —dijo Joe en ese momento.

Sonó el zumbido.

Joe abrió la puerta.

—¿Y ahora qué? —pregunté. Estábamos en el estrecho pasillo. Sobre nosotros había al menos veinte plantas. No había visto los pisos aún, pero seguramente cada uno tenía al menos cuatro apartamentos. Si no más. Y Melody podría vivir en cualquiera de ellos. O haber vivido. ¿Cómo íbamos a encontrarla?

En ese momento, un hombre de aspecto hispano bajó corriendo las escaleras. —¿Queréis ver a Melody?

Asentimos.

El hombre nos miró con desconfianza. Luego asintió. —Os acompaño arriba. —Sin más explicaciones, se dio la vuelta y se dirigió al ascensor. Joe y yo nos apresuramos a seguirle.

Mi amigo me dio un codazo significativo. —Aquí pasa algo raro —susurró.

El viaje en el ascensor transcurrió en silencio. El hombre, probablemente mexicano, no dijo ni una palabra. Joe y yo no hicimos ninguna pregunta.

Cuando el ascensor se detuvo, el hombre se abrió paso entre nosotros y llamó a la primera puerta de la derecha.

—Sr. González. —Una voz femenina.

No era Melody.

Algo se desplomó decepcionado dentro de mí. De alguna manera, había esperado que Melody estuviera aquí.

—Dos señores que quieren verla. —El Sr. González hizo un gesto con la cabeza hacia nosotros—. Después de todo lo que ha pasado, no quería dejarlos subir solos.

—Es muy amable por su parte, Sr. González. —La compañera de piso de Melody salió a la puerta—. Sobre todo porque ahora mismo no puedo rechazar a nadie por el interfono. Lleva más de una semana estropeado. Pero mañana por fin vendrá el técnico. —La compañera de Melody nos examinó a Joe y a mí.

Su mirada se detuvo en mí.

Y entonces quedó claro: sabía quién era yo.

—¿Qué queréis aquí? —La voz de la mujer sonaba dura.

Me aclaré la garganta. —Quiero ver a Melody.

—¿Por qué? —La mujer me miró desafiante.

—Porque... porque significa mucho para mí. Y porque... bueno, pensé que quizás necesita mi ayuda.

Dios mío, Everett, suenas como un niño pequeño tartamudeando.

—Se le ocurre bastante tarde. —La compañera de piso me miró fijamente. Luego pareció tomar una decisión—. Está bien. —Me tendió la mano—. Soy Darleen. Pasen.

Darleen se despidió del Sr. González con un gesto de agradecimiento y luego cerró la puerta tras nosotros. —Vengan a la cocina, haré un café.

Eso respondía a mi pregunta más importante.

Melody no estaba aquí.

—¿Dónde está? —quise saber. Me quedé parado en el pasillo. No necesitaba café y desde luego no quería sentarme a discutir todo largo y tendido. Había hablado y pensado durante bastante tiempo. Ahora quería saber finalmente a qué atenerme.

—En Boston. —Darleen se dio la vuelta y se dirigió a la cocina, así que no nos quedó más remedio que seguirla.

—¿En Boston? ¿Qué hace allí? —exclamé.

—Trabajar. Tiene un nuevo empleo. —Darleen me miró por encima del hombro.

—¿Y por qué? —Ahora sabía más, pero seguía igual de confundido que antes.

—Tuvo que irse. —Darleen llenó de agua la cafetera y nos contó una historia increíble. El ex de Melody la había amenazado. Semanas antes de que apareciera en mi casa.

Me puse pálido. Cuando Darleen terminó, pregunté: —¿Por qué no vino a mí y me pidió ayuda? Habríamos solucionado el asunto.

—Ella lo sabía. —Darleen me miró pensativa—. Pero no quería perjudicar a la empresa. Sabía lo que significaría la mala publicidad para la compañía. No quería interponerse en el camino de nadie.

En ese momento, pude sentir literalmente lo sola que debió sentirse Melody al tomar su decisión.

—Prensa. —Resoplé—. De todos modos escriben lo que quieren. Y mañana ya está olvidado.

—O quizás no. —Darleen me miró significativamente—. Precisamente por eso contrató usted a Melody, en aquel entonces.

Respiré hondo. —Puede ser. Pero Melody es más importante para mí que mi empresa.

Escuché mis propias palabras.

Y por fin, por fin, fue como si algo en mi interior se enderezara. Algo que se había desencajado cuando escuché la voz de Melody por última vez.

Esto se sentía correcto.

Correcto y bueno.

—Trabaja como asistente de proyecto en la Feria de Boston, en el departamento de contabilidad —respondió Darleen a mi pregunta no formulada—. No sé dónde vive allí, lamentablemente. No quiso decirlo por si Harvey volvía a aparecer por aquí.

Me levanté tan rápido como pude. —Tengo que ir a Boston.

Capítulo 31

Melody

—¡Melody! —Darleen cogió el teléfono inmediatamente cuando la llamé—. Yo también quería ponerme en contacto contigo —soltó de carrerilla—. Solo que no sabía cuánto tiempo trabajabas en ese sitio y no quería molestarte allí. Si tu jefe siempre se pone así de histérico, supongo que ni siquiera puedes tomarte un pequeño descanso para el café donde puedas hablar por teléfono tranquilamente. —Darleen tomó aire—. Bueno, no te creerás lo que ha pasado hoy y quién ha estado aquí...

—Darleen —interrumpí bruscamente a mi amiga—. Harvey ha vuelto a la cárcel.

—¿Qué? —La exclamación de Darleen fue tan fuerte que un hombre que pasaba justo a mi lado se volvió sorprendido.

—Harvey ha vuelto a la cárcel —repetí.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Darleen.

—Me ha llamado su abogado para decírmelo. Me ha preguntado si podría acoger a Harvey temporalmente. Así no tendría que quedarse en prisión hasta el juicio.

Darleen se rio sarcásticamente.

—Madre mía, el tío tiene agallas.

—Las necesita en su trabajo —comenté con sequedad—. Es abogado. —Por dentro no estaba ni remotamente tan tranquila como sugería mi comentario irónico. Di dos pasos hacia un lado y me dejé caer en un banco—. Me ha afectado bastante —susurré entonces.

—Me lo imagino —dijo Darleen con compasión—. Aun así, espero que le hayas dicho al abogado que busque a otra persona.

—No hay nadie más a quien pueda preguntar —musité.

—Eso no es razón para decir que sí, Melody. Dime inmediatamente que te has negado. —Darleen ahora sonaba casi desesperada—. Echamos al idiota del piso haciendo un esfuerzo enorme y... —A Darleen le falló la voz.

—Claro que he dicho que no —tranquilicé a mi antigua compañera de piso—. Yo... —De repente se me llenaron los ojos de lágrimas—. Ahora soy libre —susurré. Antes había querido soltar un grito de triunfo. Ahora mi libertad se sentía más bien como una ola cálida y suave que me llevaba.

Hacia nuevas orillas.

O hacia viejas orillas.

—Podría volver a Nueva York. —Mi voz sonaba cada vez más firme —. Quiero decir... aquí en Boston no hay nada que me retenga.

Lo mismo pensaste sobre Nueva York, Melody. Y de eso no hace ni cinco semanas.

Sí. Pero esto se sentía completamente diferente.

En ese momento, alguien me agarró bruscamente del hombro. Todas las alarmas se dispararon dentro de mí. Mi cuerpo se tensó. ¿Qué era eso? ¿QUIÉN era? ¿Acaso Harvey no estaba en la cárcel? ¿Me había encontrado?

—Aquí está prohibido hablar por teléfono. —Una voz áspera me espetó. Volví la cabeza hacia un lado y me encontré con un par de ojos cuyo color ni siquiera podía identificar exactamente. Grises como guijarros. O grises como el agua en invierno. El hombre señaló un cartel que colgaba sobre el banco donde estaba sentada—. Puede descifrar perfectamente el cartel. Ni siquiera necesita saber leer. Un móvil con una cruz roja encima.

—Un momento —le dije a Darleen. Aparté el teléfono de mi oreja—. Disculpe. —Asentí al hombre de los ojos grises—. Era una emergencia.

El hombre resopló.

—Emergencia. Emergencia. —Sonaba despectivo—. Eso dicen todas. ¿Y qué es en realidad? Tenéis que cotillear sobre la última ropa o sobre si el tío os quiere o no. Eso no es una emergencia. Es una charla inútil que impide que otras personas trabajen. NOSOTROS hacemos cosas importantes y VOSOTRAS os creéis mejores. —El hombre no paraba de hablar.

Me levanté.

—Ya me voy. No hay problema. Simplemente no he visto el cartel.

—¿Irte? ¿Y crees que con eso todo se arregla? No es tan fácil. Vamos a informar de esto. —El hombre prácticamente echaba espuma por la boca de rabia. Me agarró de nuevo por el hombro y se fue dejando llevar cada vez más por sus emociones.

—¿Y a quién piensa informar? ¿A los servicios secretos? —Una voz profunda se entrometió. Miré hacia la derecha. Allí había una señora grande y corpulenta con bastón y un sombrero imponente—. La gente de aquí tiene cosas realmente más importantes que hacer. Y USTED también. —La señora alzó las cejas—. ¿No acaba de anunciar a voz en grito lo importantes que son usted y su trabajo? ¿Y ahora quiere ocuparse de informar sobre un problema que ya está resuelto?

—Yo... —El hombre de los ojos grises empezó a tartamudear—. Pero no se puede dejar así sin más —protestó—. Entonces en el futuro cada uno hará lo que quiera.

—Tonterías. —La señora negó con la cabeza, levantó el bastón y pinchó al hombre entre las costillas. Él retrocedió, soltándome el hombro—. Nadie hace lo que quiere. Esta joven —la mujer asintió en mi dirección—, no ha visto un cartel y está hablando por teléfono, aunque aquí no es deseable. Después de que usted se lo haya señalado, ahora quiere sentarse en otro sitio. No es gran cosa. —La mujer volvió a pinchar al hombre de ojos grises entre las costillas—. ¿O sí?

—Ssss... Seguro. —El hombre estuvo de acuerdo. A regañadientes, eso se notaba claramente.

—Pues eso —dijo la mujer satisfecha—. Entonces vaya ahora a ocuparse de su importante trabajo y la joven aquí seguirá con su llamada. —La mujer se interpuso entre el hombre y yo, y me susurró al oído—: No dejes que te intimiden, querida. —Luego me dio un pequeño empujón. Obedientemente, me puse en marcha.

Después de unos pasos, me atreví a volver a ponerme el teléfono en la oreja.

—¿Sigues ahí? —quise saber.

—Claro —respondió Darleen—. Con este diálogo tan emocionante, cualquiera habría colgado. Pero dime una cosa: ¿dónde diablos estás? ¿En el jardín de infancia? ¿O dónde más hay gente que se comporta así?

—En el aeropuerto —contesté—. Estoy en el aeropuerto.

—¿Te quieres ir? —El asombro de Darleen era inconfundible.

—Quiero volver a Nueva York. Preferiblemente ahora mismo —confesé—. Yo... —Respiré hondo. Esto era importante. Necesitaba y quería encontrar las palabras correctas.

—Hace un momento has dicho que PODRÍAS volver y ahora ya estás en el aeropuerto... Vaya, vaya, realmente no pierdes el tiempo. —Darleen parecía estar tamborileando con los dedos sobre la mesa. Al menos, así sonaba por el teléfono.

—Todavía no tengo billete. —No había sido tan precipitada.

—Puede que el trabajo en Boston sea una mierda. Pero aquí tampoco tienes clientes —señaló Darleen.

Respiré profundamente una vez más.

—Quiero ir con Everett. Fue un error no contarle lo de Harvey. Seguro que me habría ayudado. Debería habérselo dicho. Pero estaba ciega de miedo.

—No querías hacerle daño. Esas no eran malas intenciones. —Darleen me escuchaba atentamente.

—Es cierto. Pero nos he hecho daño a NOSOTROS. A él y a mí. Simplemente me fui y dejé todo atrás, como si él no significara nada para mí. —Mi voz amenazaba con fallar—. Quiero cambiarlo. Quiero arreglarlo.

—Melody... —Darleen quería decirme algo.

La interrumpí.

—Me da exactamente igual lo que pienses. De verdad, completamente igual. Everett es el primer hombre que realmente me ha visto y me ha aceptado tal como soy. Y yo... yo le quiero.

Solté el aire.

La tensión abandonó mi cuerpo.

—Puede que sea así, pero... —comenzó Darleen.

—¿Ahora vas a hablar mal de él? —Estaba decepcionada. Aquí estaba yo, queriendo volver a Nueva York y luchar por la vida que había soñado y tan absurdamente desechado, ¿y mi mejor amiga no estaba de mi lado?

—No. Por supuesto que no. —Darleen respiró hondo—. Solo no quiero que vengas ahora a Nueva York. Espera un poco más, Melody.

—Esperar. Esperar —exclamé—. ¿Y qué va a mejorar con eso? No voy a cambiar de opinión otra vez.

—No me refiero a eso —dijo Darleen—. No creo que vayas a cambiar de opinión otra vez. Y tampoco deberías hacerlo. Me alegro de que por fin hayas decidido luchar por tu felicidad. Tal vez debería haberte convencido entonces de que fueras a ver a Everett y le pidieras ayuda, en lugar de dejarte ir a Boston sin más.

Ya no entendía nada.

¿Darleen estaba de mi lado?

¿Compartía mi opinión?

Pero entonces, ¿por qué quería que esperase?

—¿Y por qué no quieres que vaya ahora a Nueva York? —quise saber. En ese momento, las dudas se colaron en mi corazón. ¿Acaso Darleen sabía algo que yo no sabía? En las últimas semanas había evitado todas las noticias de Nueva York. No había leído nada sobre *Rockwood Cosmetics* y había desactivado todos los pop-ups y aplicaciones con cotilleos de la ciudad.

¿Y si me había perdido algo importante?

¿Y si Everett tenía a otra?

¿Era eso?

¿Apenas había dejado la ciudad y él ya me había reemplazado?

¿Y por eso Darleen no quería que volviera?

Me sentí débil. Rápidamente busqué un banco con la mirada. Necesitaba sentarme. ¿Acaso había estropeado mi futuro aún más de lo que me había imaginado?

Si realmente es así, entonces es mejor así, Melody.

Con estas palabras intenté calmarme. Pero solo lo conseguí a medias. Mi corazón latía con fuerza, el vello fino de mi piel se había erizado y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Creo que simplemente deberías quedarte un rato más en el aeropuerto de Boston. Tu instinto te ha llevado exactamente al lugar correcto. —Darleen carraspeó.

—¿Has bebido? —pregunté, antes de que pudiera seguir hablando—. No sueles hablar así. —Negué con la cabeza, lo que Darleen obviamente no podía ver—. Ahora voy a ir al mostrador y comprarme un billete para el próximo vuelo a Nueva York. Creo que también tengo que ir urgentemente a verte. Hoy estás realmente muy diferente de lo habitual.

—Everett está de camino hacia ti —soltó Darleen de repente.

—¿Qué? —Ahora mis rodillas se debilitaron aún más que antes. Mi corazón se saltó un latido. ¿Había oído bien? ¿O simplemente había escuchado lo que quería escuchar?

—Everett está de camino hacia ti —repitió Darleen.

Escuché las palabras. Penetraron profundamente en mi cuerpo, resonaron dentro de mí y luego se extendieron por todo mi ser.

Cálida y agradablemente.

—Debería aterrizar pronto. Luego quería preguntar en la feria dónde vives. A mí no me lo has dicho. —En la voz de Darleen se percibía un ligero reproche.

—Pero... ¿por qué... por qué me está buscando? —Por mucho que quisiera ver a Everett, no entendía nada de esto—. ¿Por qué ahora? ¿Después de todas estas semanas?

—Harvey apareció en su casa. Eso hizo reflexionar a Everett y se preguntó si quizás le habías ocultado algo. Vino a verme y le conté todo. Esa es la versión corta. —Darleen guardó silencio.

—¿Harvey estuvo con Everett? —Todavía intentaba conectar los acontecimientos.

—Eso ahora no importa. Lo importante es que Everett está de camino hacia ti. Debería llegar pronto. Así que tal vez deberías recibirlo, ya que estás en el aeropuerto de todos modos. —Incluso por teléfono podía oír que Darleen sonreía.

—Esto... esto... —Me detuve.

De repente me puse nerviosa.

¿Qué le diría a Everett cuando estuviera aquí?

—¿Sí? —preguntó Darleen.

—Todo está pasando muy deprisa. —Miré a mi alrededor sin saber qué hacer. Allí atrás había flechas que señalaban hacia la zona de llegadas. Allí es donde debía ir. Entonces encontraría a Everett.

—Hace un momento querías venir a Nueva York. Ahí no podías ir lo suficientemente rápido. —Darleen se mantuvo objetiva.

—Sí, pero... —me quejé—. No tengo ni idea de qué decir cuando le vea.

—Lo mismo que le habrías dicho si le hubieras vuelto a ver en Nueva York. —El comentario seco de Darleen pretendía ayudarme.

—Quería pensármelo con calma en el avión —admití.

—Entonces piénsatelo ahora. Estas cosas normalmente no mejoran cuando se piensa mucho. Lo espontáneo suele ser lo mejor. —Darleen hacía todo lo posible por animarme—. Y ahora, ponte en marcha de una vez, para que no te pierdas a Everett.

Con las rodillas temblorosas, seguí las flechas que indicaban el camino hacia la zona de llegadas.

Capítulo 32

MELODY

Con el corazón latiéndome con fuerza, permanecía de pie en la terminal esperando. Según el panel de información, aquí llegaba el vuelo de Nueva York. Así que Everett llegaría por aquí. Y en cualquier momento. Según la pantalla, el vuelo ya había aterrizado y los pasajeros habían descendido. Everett seguramente no había facturado equipaje, así que estaría entre los primeros pasajeros en entrar a la sala de llegadas. Cada vez que se abrían las puertas correderas de cristal esmerilado, casi se me cortaba la respiración. Me habría encantado apartar la mirada y esconderme detrás de una columna.

¡Melody! Primero querías ir a Nueva York lo más rápido posible para verlo. ¿Y ahora, cuando él está prácticamente en la puerta, preferirías estar en cualquier otro lugar? No puedes hablar en serio.

Podía parecer ridículo, pero así era exactamente como me sentía. Lo que más deseaba era, a la vez, lo que más temía.

Las puertas se abrieron de nuevo. Un hombre alto de pelo oscuro y hombros anchos salió. Contuve la respiración.

Luego solté el aire.

Su constitución no era muy diferente a la de Everett, pero no tenía su encanto, ni sus ojos oscuros y...

En definitiva, no era Everett.

Apreté los labios y me concentré en las puertas.

Respira, Melody, respira.

Las puertas se abrieron otra vez. Una mujer empujaba muy lentamente un cochecito de bebé hacia la sala de llegadas. El niño en el cochecito lloraba a todo pulmón. La mujer se detuvo en medio de la puerta, se inclinó hacia delante y acarició al bebé. Dejó de llorar. La mujer seguía parada en medio de la puerta, bloqueando la salida para todos los pasajeros que venían detrás. Mecía suavemente el cochecito de un lado a otro, pero no se movía un paso hacia adelante.

Me habría encantado pedirle que se apartara a un lado.

Tienes que ser considerada con el bebé, Melody.

Pero el niño ya ni siquiera estaba llorando.

—Disculpe —un hombre se abrió paso junto a la mujer. Un hombre pequeño y robusto que no se parecía en absoluto a Everett. La mujer dio un paso a un lado. En ese momento, alguien pasó corriendo entre el cochecito y el hombre.

Atlético.

Rápido.

Tan rápido que no pude verlo bien.

Pero no hacía falta. Lo había reconocido de todos modos. Habría reconocido esa forma de andar entre miles, ya fuera lento o rápido. Habría reconocido ese cuerpo entre miles.

Everett.

Everett acababa de pasar corriendo junto a mí.

Vamos, Melody, hazte notar.

Pero estaba como clavada en mi sitio y no conseguía abrir la boca. Quería llamarlo y hacer que Everett se fijara en mí, pero estaba paralizada. Mi lengua se pegaba al paladar y mis piernas de repente pesaban infinitamente. El tiempo parecía correr y a la vez pasar infinitamente despacio.

—No debería dejarlo irse así, pequeña —un empujón me sacó de mi trance. A mi lado estaba la señora grande y robusta de antes, mirándome con aires de exigencia desde debajo de su imponente sombrero.

¿Cómo sabía que estaba esperando a Everett?

—Por cómo lo mira, a cualquiera le queda claro que él es el afortunado al que ha estado esperando todo este tiempo. O al que quería ir antes —la señora respondió a mi pregunta sin que yo la hubiera formulado. Me dio otro empujoncito. En secreto, agradecí que no me pinchara las costillas con el bastón. —Vamos, dese prisa.

De lo contrario, desaparecerá sin siquiera saber que usted estaba aquí esperándolo —me instó.

Otro empujón más.

Miré agradecida a la señora.

Me guiñó un ojo.

Y entonces eché a correr. Corrí tras Everett tan rápido como pude. Me abrí paso entre la gente que esperaba a sus familiares, amigos y socios comerciales. Delante de mí, vi la figura atlética de Everett desaparecer hacia la salida.

¡No podía irse!

Si lo perdía de vista ahora, ¿cómo iba a volver a encontrarlo?

Seguí corriendo. Mis pies volaban sobre el suelo y apenas parecían tocarlo.

—Tenga cuidado...

—¿Adónde va...?

—No puede...

La gente intentaba detenerme, pero no les presté atención. Simplemente seguí corriendo.

Y aun así, no conseguía acercarme ni un paso a Everett. Era para volverse loca.

Mi costado empezó a dolerme. Nunca había sido buena velocista en el colegio.

No te rindas ahora, Melody. Ya casi estás fuera.

Everett no podía seguir corriendo eternamente, ¿verdad?

Me apresuré a través de la puerta giratoria.

Dios, ¿es que ese maldito artilugio siempre giraba tan despacio?

Por fin estaba fuera, en el aire primaveral que a esta hora ya no era realmente cálido. Pero tampoco especialmente frío. Era la transición entre verano e invierno. Justo el momento en que el clima no podía decidir si avanzar o retroceder. Y que al final siempre avanzaba, como cada año.

¿Dónde estaba Everett?

Jadeando, me quedé de pie frente a la puerta, mirando a mi alrededor. A mi izquierda no había ninguna figura grande y atlética corriendo a toda prisa. Y a mi derecha tampoco había nadie que se pareciera a Everett. Frente a mí menos aún. Con una mirada escrutadora, giré sobre mi propio eje. ¿Acaso Everett había vuelto a entrar al aeropuerto por la puerta? Seguro que no. Me habría dado cuenta. ¿Y por qué iba a hacer algo así, con lo rápido que había corrido hacia fuera?

El taxi que estaba justo delante de mí arrancó el motor.

Y entonces lo vi: Everett estaba sentado en el asiento trasero.

Literalmente me lancé hacia delante y golpeé el guardabarros. El taxista levantó la vista. Everett en el asiento trasero no se movió. Señalé hacia atrás. El taxista arqueó las cejas con expresión interrogativa.

¿Cómo le iba a hacer entender lo que quería de Everett? El taxista debía de pensar que estaba loca.

Pensé febrilmente.

Entonces, reuní todo mi valor y dibujé un gran corazón en el aire. Así sin más. Extendí mi dedo índice derecho, tracé el primer arco, bajé la línea hasta la punta y luego volví a subir y dibujé el segundo arco.

El taxista asintió. Y sonrió. Luego se volvió hacia atrás. Di un paso a un lado.

Everett levantó la mirada y miró por la ventana.

Me vio.

Mi corazón se saltó un latido. Entre nosotros estaba el cristal de la ventanilla, pero al mismo tiempo Everett me parecía increíblemente cercano. Sus ojos oscuros me cautivaban tanto como siempre. Mis rodillas se debilitaron. Como a cámara lenta, observé desde fuera cómo la mano de Everett se posaba en el tirador de la puerta. La puerta se abrió. Everett salió y se quedó frente a mí.

—Melody —no dijo nada más.

—Everett —respondí. Luego bajé avergonzada la mirada al suelo. Todavía me faltaban las palabras. Ay, ojalá hubiera estado sentada en el avión hacia Nueva York. Entonces habría tenido todo el tiempo

del mundo para pensar en lo que le diría a Everett cuando volviera a estar frente a él. Ahora simplemente no estaba preparada. Fijé la vista en las puntas de mis pies. Mi corazón latía tan fuerte que creí que Everett debía oírlo.

Entonces sentí un dedo bajo mi barbilla.

El dedo de Everett.

El lugar donde me tocaba se volvió cálido. Muy cálido. Y ese calor se extendió lentamente por mi rostro. El dedo de Everett ejerció una suave presión en mi barbilla. Obedecí y levanté la mirada. Al principio lenta y reacia. Y luego cada vez más voluntariamente. Everett no había dicho nada. No me había hecho ningún reproche. ¿Qué sucedería?

Por primera vez en semanas, algo parecido a la esperanza brotó en mí. Quizás, después de todo, todo saldría bien. Tal vez la aparición de Harvey y mi reacción irreflexiva no habían jodido mi vida.

Mi corazón latía aún más fuerte y rápido. Pronto saltaría fuera de mi pecho.

Y entonces miré a los ojos de Everett. No había cambiado ni un ápice. Su mirada era como siempre.

Oscura.

Fuerte.

Protectora.

Y tan bondadosa.

Tragué saliva. De repente mis ojos se humedecieron. Quería levantar una mano y pasármela por los ojos, pero tampoco eso funcionó.

—Everett... —mi voz sonaba ronca.

—Shhhhh... —el dedo de Everett se movió y de repente estaba sobre mis labios—. No tienes que explicarme nada si no quieres, Melody. Por supuesto que me gustaría escuchar toda la historia en algún momento, de principio a fin. Pero no tiene que ser ahora si te afecta demasiado. Lo importante es que nos hemos encontrado de nuevo.

—Yo... —miré incrédula a Everett. ¿Podía existir realmente algo así? ¿Podía alguien ser tan bueno?— Tú... ni siquiera sabes lo que ha pasado —susurré entonces.

—Darleen me lo contó todo. O al menos lo más importante —Everett me miraba fijamente. Miraba como si quisiera abrazarme de inmediato. Pero eso no podía ser. ¿O sí?

Eso era ilusionarme. Era mi fantasía proyectándose sobre él, porque lo que más deseaba era lanzarme a los brazos de Everett y apretarme contra él. Sentir su fuerza y su apoyo, y la sensación de estar protegida y a salvo. En los brazos de Everett nada podía pasarme.

Everett se movió un poco hacia delante. Y de repente percibí ese aroma familiar. Amaderado y a la vez con un toque oriental muy discreto.

Mis rodillas se debilitaron.

Ahora tenía que decir algo, simplemente.

Everett se me adelantó: —Sé que Harvey apareció en tu casa y te amenazó. Darleen me lo describió y me contó sobre tu huida —Everett respiró hondo—. ¿Por qué no acudiste a mí, Melody? Yo te habría ayudado.

¿Me equivocaba o había un atisbo de decepción en esos ojos oscuros?

Me aclaré la garganta. Aun así, mi voz sonó ronca: —No quería ser una carga para ti. Y sobre todo, no quería perjudicarte. Harvey quería ir a los periódicos y contarlo todo allí. Y si hubiera aparecido un artículo sobre *Rockwood Cosmetics* diciendo que tú tenías algún tipo de relación con violentos o criminales o algo así... ninguna mujer habría vuelto a comprarte nada. Habrías perdido tu empresa. Yo te habría arruinado —mis palabras salían entrecortadas y las frases a veces carecían de coherencia.

Pero Everett parecía entenderme de todos modos: —Eso es absurdo, Melody. Los periódicos escriben lo que quieren de todas formas. Hoy encuentran una historia y mañana otra. Claro que pueden hacerme daño. Por eso te había... —Everett titubeó.

—Contratado —completé. Mi voz sonaba casi normal otra vez y de repente todo en mi interior se sentía mucho más ligero.

—Exacto —Everett me miró fijamente. Me sentí aún más acalorada que antes—. Así que los periódicos pueden hacerme daño, sí. Pero mi empresa no va a quebrar por eso. Y aunque lo hiciera: no sería tan grave. Lo peor sería perderte a ti.

Me quedé sin habla mirando a Everett.

¿De verdad había dicho eso?

—Estoy aquí para ti, Melody. Pase lo que pase —Everett ahora tenía una expresión seria—. Lo digo exactamente como lo siento. Hablo completamente en serio. Y quiero que aquí y ahora me prometas que en el futuro vendrás a mí cuando ocurra algo. Quiero que hables conmigo sobre lo que te preocupa. ¿Cómo voy a poder ayudarte si no?

Una calidez se extendió dentro de mí. No el calor que sentía cuando los dedos de Everett tocaban mi piel. Esto venía de muy adentro e irradiaba en todas las direcciones.

—Prometido —dije en voz baja. La última tensión en mí se disolvió. Me sentía ligera y libre.

Los brazos de Everett me rodearon.

Levanté la cabeza.

Y finalmente nuestros labios se encontraron y se fundieron.

Capítulo 33

Melody y Everett

Un año después.

Everett

—Esta pieza debería estar ahora bien sujeta —dijo Joe satisfecho mientras dejaba la llave inglesa a un lado—. Con esto seguro que no tendrás más problemas.

—Muchas gracias por tu ayuda —dejé la herramienta que tenía en la mano también a un lado y miré a Joe.

Estábamos juntos en el pequeño taller. Aquí nada había cambiado en los últimos meses. Todo seguía igual que cuando vine aquí con Melody por primera vez. Me gustaba esta constancia. Todas las demás áreas de mi vida cambiaban tan rápido. Pero aquí todo era como siempre. Eso me daba la reconfortante sensación de que todo seguiría siendo como siempre.

—Siempre, colega —respondió Joe—. Te ayudo cuando quieras. Últimamente vienes tan poco por aquí. Siempre me alegro de verte. Y Cassie también. Nos alegramos también cuando traes a Melody.

—Hoy ha quedado con una amiga —contesté—. Y yo en realidad quería trabajar, pero ella insistió en que viniera hasta aquí.

—Buena mujer la que te has buscado. —Joe me sonrió y me dio un empujón amistoso—. Piensa en ti y en tu bienestar.

Asentí. —Nunca hubiera pensado que todo esto pasaría —reflexioné.

—Estas cosas suelen venir sin avisar, colega. —Joe asintió con sabiduría.

—Como si tú tuvieras tanta experiencia en eso —me burlé—. Te enamoraste de Cassie hace años y desde entonces nunca has mirado a otra mujer.

—No, ¿por qué habría de hacerlo? —Joe parecía satisfecho—. En cualquier caso, me alegra que Melody te diga que pienses también en ti mismo y no solo en el trabajo. La empresa funciona de maravilla sin ti.

—Eso no es del todo cierto. Pero... tienes razón. Podría trabajar un poco menos. Desde que contraté al nuevo subdirector, todo va perfectamente. Parece ser un buen hombre y poco a poco empiezo a creer que puedo confiar en él. Es muy diferente a su predecesor. —También había hecho esta contratación a instancias de Melody. O mejor dicho: había cumplido su deseo demasiado gustosamente para tener más tiempo el uno para el otro.

Además, la contratación era urgentemente necesaria. La empresa iba mejor que nunca. Mi decisión de cerrar las empresas en Pensilvania había resultado ser acertada. Habíamos podido crear nuevos puestos de trabajo en otros lugares. Y hace seis meses recibí la buena noticia de que todos los empleados que había despedido habían encontrado un nuevo trabajo gracias a nuestro programa de formación. Eso me aliviaba mucho, aunque a veces todavía sentía una punzada de remordimiento.

—En la prensa también tenéis muy buena imagen. —Joe sonrió de nuevo, esta vez con algo de picardía.

Puse los ojos en blanco. —Bien puedes decirlo. Pero estos periodistas están más interesados en nuestra vida privada que en las cifras de la empresa desde entonces. Apenas hay un anuncio en el que Melody pueda faltar. Si no está presente, todos preguntan por ella.

—¿Te molesta? —quiso saber Joe.

Negué con la cabeza. —No. Me alegra que tengamos tan buena reputación y no tenga que preocuparme por nada. Melody realmente ha hecho milagros.

—Junto con el gato. —Joe sonrió.

Esta vez le di un codazo a mi amigo. —Ajá. Así que lees las historias de cotilleos. Ahora te he pillado. Admítelo: compras revistas del corazón en secreto y te lees todos los artículos de cabo a rabo.

Joe se mantuvo impasible. —Claro. ¿Cómo iba a enterarme de lo que pasa en tu vida si vienes tan poco por aquí? De algún sitio tengo que sacar mi información. Si no es de ti, entonces de la prensa."

—Pillado. —Levanté las manos—. Prometo mejorar.

Entonces miré el reloj. —Ahora tengo que volver a casa urgentemente. Quiero estar allí cuando Melody regrese. Tengo una sorpresa para ella.

Joe me miró intensamente. No preguntó cuál era la sorpresa y yo tampoco tenía intención de contárselo ahora. Se lo diría después. Cuando todo hubiera pasado.

Espero que con éxito.

Al pensar en mi plan, las palmas de mis manos empezaron a sudar ligeramente. Respiré hondo.

—Creo que deberías ducharte antes de ir a casa —dijo Joe—. A menos que quieras presentarte ante Melody con una raya negra en la frente. Seguía sin preguntar por la sorpresa. Parecía que mi amigo más antiguo sabía de qué hablaba sin necesidad de palabras. Aunque últimamente había estado poco por aquí, me conocía bastante bien.

—Me ducharé en casa, colega. —Agradecido, le di una palmada en el hombro a Joe—. Así me quitaré también el polvo del viaje.

—Melody realmente te ha cambiado. Estás mucho más relajado. Solo ahora percibo un ligero nerviosismo. —Joe me miró inquisitivamente. Luego dijo—: Todo irá bien. Ya sabes: al final todo sale bien. Y si aún no está bien, es que no es el final.

Me quedé pensando.

Joe tenía razón.

Así había sido.

Melody había huido. Nada había sido bueno. Pero eso, simplemente, aún no había sido el final.

***

Melody

—La cuenta, por favor. —Hice un gesto a la pequeña camarera mexicana que nos había atendido. Darleen y yo habíamos salido a cenar elegantemente hoy.

—¿Juntas o por separado? —preguntó la camarera.

—Por separado —dijo Darleen.

—Juntas —la contradije.

—Eso... —comenzó Darleen.

—Eso sí que puedes aceptarlo. —Miré enérgicamente a mi mejor amiga—. Has hecho tanto por mí. Sin ti, probablemente todavía estaría sentada en alguna oficina en Boston dejándome terrorizar por mi jefe. —Decidida, le pasé mi tarjeta a la camarera y le pedí que añadiera una propina generosa.

Por fin podía permitírmelo. Por fin podía hacer algo bueno por todas las personas que habían sido amables conmigo y me habían ayudado. Siempre había deseado eso. La camarera completó el pago y nos dejó a solas.

—Es increíble cómo han evolucionado las cosas en los últimos meses —reflexionó Darleen.

Asentí. Ahora iría a casa, al espacioso ático que Everett y yo compartíamos. Tras mi regreso de Boston, solo había pasado unos pocos días antes de que me mudara con él.

Las palabras de Everett aún resonaban hoy en mis oídos.

No quiero que vuelvas a huir de mí nunca más.

Me invadió una sensación cálida. Y me alegraba poder verlo pronto de nuevo en nuestro hogar.

—Simplemente reabriste tu empresa. —Darleen todavía se asombraba de ello—. Y eres más popular que nunca.

—En ese sentido, parece que mi ausencia ha sido beneficiosa —sonreí. Los neoyorquinos se morían por que yo planificara y organizara su boda. Tenía reservas para meses y ya estaba pensando en establecer una colaboración con una colega. Ampliaría mi empresa. La idea aún se sentía bastante nueva y extraña. Pero Everett me animaba y me apoyaba en ello, como en todos mis planes.

—No solo en ese sentido —rio Darleen ahora—. Sois la pareja más feliz que he visto jamás. Y todos los demás problemas también se han esfumado. Harvey está entre rejas por ahora.

Asentí. Había pasado un tiempo hasta que la mención de mi ex dejó de hacerme sentir mal. Pero desde hace algún tiempo podía hablar de él sin que mi estómago se encogiera tan desagradablemente.

Harvey había sido condenado a otra pena de prisión. Además, por supuesto, tenía que cumplir el resto de su condena original.

—Everett me ayudó a pagar sus deudas y también le ofreció ayudarle con un nuevo comienzo tras su liberación. Con una condición: Harvey se muda a Alaska.

—Tienes un hombre inteligente —sonrió Darleen.

Asentí. —En el futuro quiero pasar más tiempo con él. No trabajar tanto. Pronto no podré hacerlo. —Al decir esto, puse protectoramente una mano sobre mi vientre.

Darleen me miró inquisitivamente. —¿No podrás? —repitió lentamente. Me miró con curiosidad.

Negué ligeramente con la cabeza. No quería hablar de eso ahora. Ni siquiera con Darleen, que era mi mejor amiga.

—Venga, vámonos. —Me levanté y me di la vuelta. Detrás de mí, escuché cómo Darleen se ponía de pie.

En ese momento vi una cara conocida. Una cara que ya había olvidado hace tiempo. Una mujer grande y rolliza me miró. Sus cejas se elevaron.

Pero no dijo nada.

La miré. No de forma desafiante, ni enojada, ni furiosa. Simplemente la miré y sostuve su mirada.

¿Quién de las dos apartaría primero la mirada?

El momento pareció durar una eternidad. Pero probablemente solo fueron unos segundos. Entonces Ginny apartó la mirada.

Mi archienemiga desvió la vista.

No dijo nada, simplemente siguió caminando. Pasando por nuestra mesa.

La seguí con la mirada.

—¿Seguirá casada? —se preguntó Darleen.

Me encogí de hombros. —Ni idea. Incluso fui a nuestra reunión de antiguos alumnos, hace apenas unas semanas. Pero ni Ginny ni nadie de su antigua pandilla estaba allí y nadie tenía noticias de ella.

—Eso tendrá su motivo —sonrió Darleen.

—Puede ser. —Me encogí de hombros de nuevo—. No tengo tiempo para pensar en esas cosas.

—Es mejor así. Tienes suficientes otras cosas en tu vida que te llenan. Cosas positivas. —Darleen me rodeó los hombros con un brazo y me guio hacia la salida.

Pensé en la noticia que le daría a Everett más tarde. En lo que no le había contado a Darleen hace un momento. Everett debía ser el primero en saberlo.

Era algo que cambiaría nuestras vidas para siempre.

***

Melody

—¡Hola! ¡Ya estoy en casa! —grité al abrir la puerta y entrar en el ático.

Sin respuesta. Silencio por todas partes. ¿Aún no había vuelto Everett? Me había prometido estar aquí cuando yo regresara de la cena. Aunque yo fui quien lo envió a ver a su amigo Joe, ahora estaba un poco decepcionada. Colgué mi abrigo y estaba a punto de ir al salón cuando algo se colocó sobre mis ojos desde atrás.

Parpadeé.

De repente no vi nada.

Una venda negra.

—Tranquila —susurró entonces la voz de Everett en mi oído—. Solo soy yo. Cierra los ojos un momento. Tengo una sorpresa para ti. Ven conmigo, te guiaré. —Everett me rodeó con un brazo y caminó conmigo por el pasillo.

—¿Qué...? —empecé a decir. Naturalmente, quería saber por qué tenía que caminar con los ojos vendados en mi propia casa. ¿Acaso Everett no había estado con Joe, sino que había reconstruido algo en secreto que ahora quería mostrarme?

—Enseguida —dijo Everett.

A pesar de la venda, sentí cómo todo se volvía más brillante a mi alrededor. Habíamos entrado en el salón con los grandes ventanales panorámicos. Desde aquí se tenía una vista directa del Empire State Building. Aunque ya llevaba un tiempo viviendo aquí, seguía disfrutando de las vistas una y otra vez. A veces me pellizcaba en secreto, para decirme que todo esto era real y que no estaba soñando esta vida, sino que realmente la vivía.

Everett me giró y luego me quitó la venda de los ojos.

Parpadeé. Mi vista estaba dirigida hacia fuera. Directamente al Empire State Building. Pero delante había... un corazón enorme.

Un marco rojo que estaba colocado en nuestra ventana.

Everett me tomó de la mano y me llevó a la ventana. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Como si estuviera frente a Everett por primera vez.

¿Qué estaba pasando aquí?

Everett se detuvo. Todavía sujetaba mi mano y dobló una rodilla.

—Melody, eres la mujer más maravillosa que he conocido jamás. Hace un año te pedí que te mudaras aquí porque no quería que volvieras a huir de mí nunca más. Detrás de mí queda el mejor año de mi vida. Un año lleno de sorpresas y momentos maravillosos. —Everett respiró hondo—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. ¿Quieres ser mi esposa?

Everett sacó una pequeña caja de su bolsillo y la abrió.

Contuve la respiración. Ante mí estaba el anillo más hermoso que jamás había visto. Sencillo, de oro blanco. Con una pequeña piedra azul en el centro, que brillaba exactamente del color de mis ojos. Tenía que ser un zafiro.

Mi corazón latía tan salvajemente que creí que pronto estallaría. Todo lo que había soñado se haría realidad. Todo eso y mucho más.

Extendí la mano hacia el anillo. Luego dudé. —Sí... pero tengo que decirte algo. —Miré a los ojos oscuros de Everett, que hoy brillaban de forma especial—. Entonces respiré hondo para anunciar mi noticia. —Estoy embarazada. Vas a ser padre.

—¿Qué? —Everett me miró incrédulo.

Mi corazón se detuvo.

—Eso es maravilloso. —Everett se levantó de un salto, dejó la cajita con el anillo en el brazo del sofá y me abrazó—. Vamos a ser padres.

Inhalé el olor de Everett. —Sí.

—Esta será la mayor aventura de mi vida. —Everett se alejó un poco de mí y tomó mi rostro entre sus manos—. Por supuesto, solo si quieres ser mi esposa.

—Sí. Por supuesto. —Las lágrimas acudieron a mis ojos. Sorbí brevemente.

—Te quiero. —Everett puso una mano sobre mi vientre—. Os quiero. —Se inclinó hacia delante y besó mis ojos. Me sentí más segura y protegida que nunca antes en mi vida. Por fin había llegado a donde nunca más quería irme.

—Nosotros también te queremos.

FIN